KIAN NOREN

LAMENTOS DE XENON

LOS DIARIOS DE ATLAS VOL. 3



LAMENTOS DE XENON

LOS DIARIOS DE ATLAS VOL. 3

KIAN NOREN

Lamentos de Xenón — Los Diarios de Atlas Vol. 3

© Kian Noren, 2026
© Eduardo Maqueda, por la portada
© Alejandro Quijada, por la corrección

ISBN-13: 978-84-09-82280-5
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de este autor. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.



VOROS
Studios

We like to point the blame.
But point the mirror at ourselves.

—Ren

VAS A NECESITAR ESTO

Esta no es tu primera vez en Atlas. Ya viste lo que X vio. Pero una cosa es sobrevivir en esta ciudad… y otra entenderla.

Para ello tengo un regalo. Un archivo que intercepté. Contiene el Mapa de Atlas, ilustrado y completo, y un glosario confidencial con los términos, códigos y argot del país.

No es solo información. Es una forma de mirar el mundo con los ojos de X. De entender los barrios, los clanes y los sistemas que le dieron forma… o lo rompieron.

Después de esto, no habrá más avisos. Atlas no espera a nadie.

Escanea el código QR o ve al enlace para reclamarlo antes de que desaparezca: kiannoren.com/mapa-atlas

GUÍA DE PERSONAJES

X Freeman: soldado exiliado de la RES y fundador de No-One.

Trix: «hermana» adoptiva de X.

Kyra: ejecutiva de las Valquirias, propietaria del brainclub Misty Dreams y esposa de X.

Cleo Rojas: integrante de los Santinos y antigua pareja de X. Asesinada por X al estar contagiado con Blackout.

Dalia Rojas: ejecutiva de los Santinos (Ministra de Comercio) y madre de Cleo Rojas.

Evaristo Molina: ejecutivo de los Santinos (Ministro de Guerra).

Hernán Ballesteros: presidente de los Santinos.

Milo Greco: antiguo capodecina de los Siracusa e hijo de Bruno Greco. Propietario del restaurante San Giusto.

Bruno Greco: Don de los Siracusa y padre de Milo Greco.

Fumiko Watanabe: líder de los Inarizoku.

Kenji Tanabe: integrante de los Inarizoku y ejecutivo del clan.

Yudai Sato: integrante de los Inarizoku al servicio directo de

Fumiko.

Astrid: ejecutiva de las Valquirias.

Soffia: ejecutiva de las Valquirias.

Meilin Jindao: líder de los Shiz.

Heung Jindao: integrante los Shiz, dirigente de Puerto Bahía e hijo de Meilin Jindao.

Mad Dog: integrante de los Shiz y ejecutor del clan.

El Director: información no disponible.

Dorian Lasker: mano derecha de El Director.

Juno: techsmith de X.

Luka Cruz: cabecilla de la red de informantes de X.

Vera Voss: presidenta de Atlas.

Darío Kellman: Ministro de Infraestructura de Atlas.

Elías Rivas: candidato a la presidencia de Atlas y creador de ARCO.

Julius Thorne: comandante de ARCO.

Maia Duval: capitana de ARCO.

Adrian Cole: asistente de X en No-One.

Leilah Nadir: gran empresaria de Atlas y primera víctima de los asesinatos del tarot.

Capitán Pavlov: antiguo capitán de X en el ejército de la RES.

23 DE JUNIO, 2067

▷ 01:19

El coche hendía la ciudad como una cuchilla silenciosa, deslizándose entre el neón y el vapor del asfalto mojado. X se aferraba al volante con las manos crispadas, los nudillos blancos, los ojos fijos en una línea que ya no existía. No había margen para frenar. Ni para pensar. El mensaje seguía ardiendo en su retina, una palabra solitaria que no necesitaba releer. Bastaba con recordarla para saber que algo se había roto. Irremediablemente.

Atlas se negaba a dormir, hervía con esa vida desordenada que la definía: drones de reparto flotaban entre semáforos, taxis sin conductor tomaban giros cerrados sin señalizar y de los soportales emergían figuras borrosas que se deslizaban como sombras hambrientas.

X rebasó tres carriles de un volantazo, las ruedas protestaron contra el asfalto. Los sensores de tráfico pitaron. Le daba igual la multa, la persecución o el arresto. Lo único imperdonable era llegar tarde.

Volvió a llamarle. Ni una respuesta. No llegaba a dar señal. Simplemente… vacío.

La ciudad mutaba a medida que avanzaba. Las luces parecían menos brillantes, el ruido más lejano, como si el pulso de Atlas se

apagara lentamente en esa dirección. No era un lugar peligroso, pero tampoco lo abrazaba la calma.

El mapa proyectaba una línea roja sobre su NED. Faltaban setecientos metros. Luego quinientos. Luego doscientos.

Giró la última esquina.

Frenó en seco.

Aparcó sin molestarse en cerrar bien la puerta y se dirigió al portal a paso rápido. El lector reconoció su NED al primer intento. Entró. El ascensor tardaba demasiado, tomó las escaleras. Subió los escalones de dos en dos, luego de tres en tres.

Al llegar a la planta, su cuerpo iba en modo automático. La mente, no. La mente estaba viva, clavándole imágenes de posibles futuros como cuchillos. Esa persona maniatada. Esa persona sangrando. Esa persona sin rostro.

Y entonces la vio. La puerta de la casa, entreabierta.

No era una rendija amable. Era una herida expuesta. El marco estaba torcido, la cerradura arrancada desde dentro.

X desenfundó su fusil y entró.

El aire tenía ese espesor que solo aparece cuando algo se ha roto del todo. Ni rastro de movimiento, ni de vida. Un silencio con peso que parecía observarlo. Avanzó con el pecho sellado y el NED conectado a su fusil, dispuesto a disparar.

El salón lo recibió con objetos caídos, señales de una huida o de una lucha. En la cocina, un vaso volcado y una luz aún parpadeante. Había un rastro. No de sangre, sino de desorden.

X siguió el recorrido con una calma que no sentía. Su pulso no existía ya como ritmo: era una vibración constante que le subía por el pecho. Al girar hacia el pasillo del fondo, el aire cambió. El olor. Ese olor. Orgánico, dulce y metálico a la vez. Lo reconoció de inmediato.

Tomó una bocanada de aire y la puerta del dormitorio cedió con un leve crujido. Y al instante, el mundo dejó de tener sentido.

Lo que encontró al otro lado era un altar profanado: la cama, destrozada; el colchón, empapado hasta rezumar por los bordes. Las paredes, manchadas con líneas y salpicaduras que no seguían ningún patrón, pero hablaban con claridad: allí no se había cometido

un asesinato. Aquello había sido una ejecución ritual. Una advertencia sin palabras.

X no dio un paso más. Solo observó. Observó la violencia que había tenido lugar dentro de esas cuatro paredes.

Cuando finalmente retrocedió, no lo hizo por miedo, sino por náusea. Por algo que se deshacía en su interior.

—Esto… —La voz de X fue apenas un murmullo, rasgada por dentro.

Apretó los dientes. Sintió cómo se le tensaban los tendones del cuello, cómo los nudillos se le volvían blancos.

—Joder, esto es culpa mía.

La frase no sonó a lamento. Sonó a sentencia.

—Si le hubiera detenido. Si le hubiese parado antes…

Se apartó, pero la escena seguía ahí. Pegada a su espalda. Imborrable.

—Toda esta sangre… —Miró sus propias manos, temblorosas, sucias sin tocar nada—. Toda esta puta sangre es mía.

El silencio no lo consoló. Era áspero, hostil. Lleno de ojos invisibles.

X retrocedió hasta el marco de la puerta. Aún con el fusil colgado del brazo. Aún con las pulsaciones fuera de control. Como si el tiempo hubiese olvidado detenerse junto a él.

Sabía exactamente cuándo había empezado todo: el día en el que llegaron esos sobres. El día en que aceptó ese maldito caso. El 17 de junio.

Si hubiera hecho caso a Kyra cuando le pidió que escaparan de Atlas…

Si hubiera sido capaz de detener aquello antes de que fuera demasiado tarde…

Nada de esto habría ocurrido.

15 DE JUNIO, 2067

◗ 18:18

—Nos encontramos hoy aquí —dijo el oficiante con voz grave, modulada para imponerse incluso sobre el vaivén del mar— para celebrar la unión de dos personas que, en un mundo como este, han decidido elegir algo tan improbable como el amor.

El sol descendía lento sobre el Caribe, pintando el horizonte de tonos naranjas y violetas. La playa estaba vacía, salvo por la presencia de ellos tres. El oficiante, un notario contratado para dar fe legal del matrimonio, vestía un discreto traje gris. Frente a él, X y Kyra permanecían erguidos, los pies hundidos en la arena todavía cálida.

Las olas marcaban un pulso tranquilo, como si la ceremonia siguiera el ritmo del océano. No había público, ni música, ni flores, solo la brisa impregnada de sal y el leve zumbido del dron que grababa la escena para el registro oficial.

X sonreía. Lo movía, ante todo, la dicha de ese momento, destinada a quedarse impresa en su retina para siempre. La segunda razón, más silenciosa, era la incredulidad que aún persistía en una parte de su mente: le costaba aceptar que aquella ceremonia fuese real. Más de cinco años atrás, antes de que su vida en la RES se viniera abajo, jamás habría imaginado que algo así pudiera ocurrir.

Su futura esposa no solo era una ciudadana de Atlas, sino también una figura influyente dentro de una de las cinco organizaciones criminales que gobernaban aquel país al que él había combatido jugándose la vida. Lo más insólito de todo era que no sentía la más mínima duda al respecto.

—X Freeman, ¿aceptas a Kyra para ser tu compañera de vida? —continuó el oficiante—. ¿Prometes compartir con ella tus días, tus noches, tus victorias y tus derrotas, y proteger lo que habéis construido juntos, hasta el final de vuestra existencia?

X sostuvo la mirada de Kyra. En sus ojos encontró la calma del mar y esa fiereza íntima que solo él sabía descifrar. Luego vio su propio reflejo y, sobre todo, vio sus cicatrices. Algunas físicas, como las secuelas del ciberware que estuvo a punto de matarlo. Otras, más profundas, seguían ancladas en su mente, como el peso de la muerte de Cleo Rojas. Un lastre que ni siquiera el día de su boda conseguía soltar.

Asintió. Su voz sonó baja, pero firme.

—Sí, acepto.

El oficiante giró el rostro hacia la novia.

—Kyra, ¿aceptas a X para ser tu compañero de vida? ¿Prometes caminar a su lado, en la luz y en la sombra, guardando este vínculo como algo único y libre, en un mundo que tantas veces intenta romper lo humano?

Kyra apretó los labios antes de hablar. Había pasado por demasiadas pérdidas para pronunciar aquellas palabras a la ligera, pero también había sobrevivido a todo eso hasta llegar a él.

—Sí, acepto.

Un silencio breve se extendió, roto únicamente por la espuma que lamía la orilla. El oficiante extendió las manos, como dictando una sentencia solemne.

—En nombre de la ley de Atlas, vigente en esta república asociada a la nación, os declaro unidos en matrimonio. Podéis sellar este pacto como prefiráis.

X tomó la mano de Kyra y la atrajo hacia él. El beso no fue largo ni teatral; fue una confirmación, un ancla contra todo lo que habían dejado atrás. Ella se aferró a su nuca con fuerza, como si temiera

que el viento pudiera arrancarlo de su lado.

El dron zumbó suavemente, archivando aquel instante, pero para ellos solo existía el rumor del mar y la certeza de que, pese al caos de Atlas, habían encontrado un refugio en el otro.

Cuando se separaron no hubo aplausos ni vítores. El oficiante hizo un leve asentimiento de cabeza y caminó hacia el lugar en el que había descendido el dron. Cogió el dispositivo apagado y se marchó de la playa sin un solo comentario.

X y Kyra seguían con la mirada fija en el otro. En sus expresiones sintieron un leve deje de tristeza. Estaba claro que ninguno de los dos imaginaba una ceremonia así. No habían llevado invitados por la misma razón por la que se encontraban en un territorio independiente de Atlas, aunque estuviese afiliado al país. Ni siquiera Trix estaba presente, la única persona a quien pensaban contarle la noticia cuando regresaran a Atlas. Aún no lo sabía, pero le tenían preparada una sorpresa especial.

El sol se había deslizado un poco más hacia el horizonte y el mar batía con la misma calma que había arropado cada palabra. Sin decir nada, comenzaron a caminar. La arena se pegaba a sus pies húmedos y las gaviotas trazaban círculos perezosos en el cielo. A unos cientos de metros, la silueta de la villa los esperaba, discreta y blanca, la única en toda la extensión de la playa. El sonido de las olas parecía seguirlos, como si el océano quisiera ser testigo de lo que ocurriría después.

Al cruzar el umbral, no encendieron ninguna luz. Bastaba con la penumbra azulada que entraba desde el ventanal abierto al mar. Se detuvieron frente a la cama. No hubo prisas ni gestos torpes; se miraron como si quisieran memorizar cada rasgo del otro. Se fueron desvistiendo con una ternura que tenía más de ceremonia que de deseo urgente.

Lo único que quedó sobre Kyra fue un colgante con una cruz plateada, fina como un susurro, que descansaba en su clavícula. El metal, pulido por los años y el roce constante de sus dedos, aún conservaba el calor de su piel. No era creyente, pero ese fragmento era lo último que la unía a sus padres, el único vestigio intacto de una vida que ya no existía.

Cuando por fin se tendieron sobre las sábanas, sus cuerpos se encontraron con suavidad. Se buscaron en un ritmo tranquilo, acompasado con la respiración y los suspiros. X recorrió con sus manos la piel de Kyra como si fuera un mapa que deseaba aprender de memoria, y ella respondió con la misma dulzura.

El tiempo se volvió difuso. No hubo nada más que ese vaivén íntimo, las caricias y la certeza de estar entregándose por completo. Cuando el clímax se disipó, yacieron en la cama como dos cuerpos naufragados en una orilla, envueltos aún en la sal de lo que acababan de vivir. La brisa marina entraba con un frescor salado y agitaba suavemente las cortinas. Durante mucho tiempo, ninguno de los dos habló.

—Esta ha sido una ventaja de no tener ningún invitado —dijo X al cabo de un rato, con cierta pena de romper el silencio.

—¿El qué? —dijo Kyra, todavía con los ojos cerrados sobre el pecho de su nuevo marido.

—No hemos tenido que esperar a que nuestros invitados se atiborrasen de comida y se emborracharan para escabullirnos y acabar así.

Kyra se rio suavemente. La vibración se propagó por el torso de X.

—Cierto. Pero, considerando lo variopinta que sería nuestra lista de invitados, y no precisamente en el buen sentido, tampoco habríamos esperado mucho. Iniciarían una batalla antes siquiera de que empezara el banquete.

—No sé de qué me hablas, si las Valquirias habrían sido superreceptivas a mis invitados.

Kyra resopló, girando apenas la cabeza sobre el pecho de X.

—Por supuesto.

—Fíjate si son majas, que son la razón principal por la que nos hemos casado en secreto.

Ella se incorporó un palmo, despacio, con el cabello cayéndole sobre un hombro. Sus ojos brillaban con una mezcla de humor y advertencia.

—No pretendo discutir otra vez sobre el tema —dijo X con tono conciliador—. Es solo que, de todas las reglas estúpidas que tienen

los diferentes clanes, esa vuestra es la peor de todas. Parece impuesta para marcar vuestra extinción. No sé cómo vuestra organización sigue existiendo.

Kyra soltó un suspiro y alzó las cejas, lo que indicó a X que en parte estaba de acuerdo con él.

—Ya sabes la razón de la ley. Ninguna Valquiria se puede casar con nadie fuera del clan, debemos ser nuestra única familia. Si lo haces, quedas automáticamente expulsada de la organización.

—Sí, está claro que es una gran forma de promover las relaciones homosexuales. Una lástima que a ti no te gusten las mujeres y te hayas tenido que conformar conmigo.

—¿Quién te ha dicho que no me gustan las mujeres?

X se recolocó en la cama de inmediato, fijando la vista en Kyra. Ella solo fue capaz de mantener el rostro serio durante unos segundos.

—Pero estoy de acuerdo —dijo Kyra, apoyada de vuelta en el pecho de X—. Es una regla muy estúpida. A excepción de las pocas relaciones que ha habido entre Valquirias, el resto acaban solas y amargadas, o dejando el clan con el tiempo.

—Menos mal que nosotros hemos encontrado una laguna legal —respondió X con una media sonrisa.

—Ambos sabemos que es un simple parche. Tarde o temprano, se filtrará que nos hemos casado y tendré que abandonar el clan.

X apretó con fuerza a Kyra contra su cuerpo, en un gesto de agradecimiento por el sacrificio que estaba haciendo.

—Recuerda por qué hacemos esto.

—Lo sé… Porque eres un antiguo aferrado a las costumbres de tu país que cree que un certificado del gobierno sirve para constatar nuestro amor.

Un silencio se extendió por la sala durante varios segundos, hasta que ambos estallaron en una carcajada sincronizada.

—Sí —dijo X cuando cesó la risa—, por eso y por otro motivo más importante.

Kyra acarició el abdomen de X. Al parpadear, le hizo cosquillas con sus pestañas.

—Lo sé. Estoy deseando ver cómo reacciona.

Se quedaron callados durante unos minutos, saboreando una calma imposible de encontrar en Atlas. Estaban allí solo con la intención de casarse, pero de paso disfrutarían de esas pequeñas vacaciones.

—X —dijo Kyra de repente, incorporándose en la cama. Él la observó dubitativo, incluso con algo de miedo debido al cambio tan repentino en su actitud—. Vayámonos de Atlas.

—Pero si ya estamos fuera —respondió, tratando de rebajar la tensión que recorría el espacio entre los dos.

—Lo digo en serio. Cuando volvamos a casa, cojamos a Trix y vayámonos. Dejémoslo todo. Olvídate de tu empresa y yo dejaré a las Valquirias. La Tierra es muy grande, no tenemos que estar ni en Atlas ni en la RES. Abandonemos nuestras antiguas vidas y no miremos nunca más atrás.

X apartó la mirada de su esposa y la dirigió hacia la puerta, por donde se colaba la brisa marina arrastrando finas partículas de arena. Que Kyra lo dijera lo tomó por sorpresa, pero era una idea que llevaba tiempo rondándole la cabeza. Abandonar No-One, dejar atrás todo lo que había construido: sus amigos, sus contactos, su trabajo… el propósito que lo impulsaba cada día. Un objetivo que ya no sabía si realmente le pertenecía o si, en el fondo, no era más que una condena heredada.

Por unos segundos se imaginó diciendo que sí. Ver la cara de Kyra iluminada, abrazarse, hacer el amor otra vez, impulsados por el vértigo de la libertad. Lo dejarían todo atrás, en especial la violencia de Atlas. El temor constante a que su mujer, una drifter, no regresara por la noche. La angustia de que Trix pudiera morir por cualquiera de las mil causas de muerte que ofrecía ese país. O la posibilidad, siempre latente, de que alguna de las cientos de personas que querían ver muerto a X finalmente lo consiguieran. El mundo no se reducía a una nación opresiva y anclada en un idealismo inalcanzable, como la RES, ni a otra donde el individualismo había sido llevado hasta sus formas más inhumanas.

Sin embargo, cuando X habló, no fue una afirmación lo que salió de su boca.

—Lo siento, Kyra, pero ya sabes que no puedo hacerlo. No puedo

abandonar lo que empecé hace cinco años.

16 DE JUNIO, 2067

◗ 19:08

X y Kyra descendieron del avión junto a los otros doce pasajeros que regresaban de un territorio caribeño del que pocos sabían. Siguieron las señales hasta encontrarse con las colas que serpenteaban frente a los puestos de inmigración.

Cinco años habían pasado desde la última vez que X se encontró en una situación parecida, y los nervios reaparecían, intactos. Eran distintos, más sutiles. Ya no huía de un país que quería ejecutarlo, ni temía lo que pudiera encontrar al otro lado del control migratorio. Esa vez no era un refugiado. Era un ciudadano de Atlas. Y justamente eso era lo que le aterraba.

Le otorgaron la ciudadanía unas semanas atrás, al cumplir cinco años dentro del país. Gracias a sus contactos, el trámite fue rápido. Aun así, algo en su interior insistía en que era una farsa. Si le cerraban el paso, le estarían impidiendo volver a la vida que había construido en ese país, el que curiosamente se había convertido en su hogar.

En su poder tenía el mismo documento que Kyra, pero algo le decía que el suyo era falso. Una imitación. Que las pruebas que le hicieron —un examen teórico sobre las leyes, una entrevista psicológica de adaptación cultural y una revisión médica completa—

eran una broma elaborada.

Kyra pasó delante de él. El agente observó el rostro de la mujer, miró la pantalla de su NED y, sin decir una sola palabra, hizo un ademán con la cabeza hacia la puerta que se acababa de abrir.

X se quedó inmóvil, contemplando cómo la puerta de cristal volvía a cerrarse, con el miedo clavado en el pecho de que no se abriera para él. Un carraspeo del agente lo sacó de su ensimismamiento. Tragando el nudo que le oprimía la garganta, dio unos pasos hacia el mostrador. El funcionario lo miró con ojos apagados, repitió el mismo gesto automático que había dedicado a Kyra y, para alivio de X, señaló hacia la puerta recién abierta.

Los pasos de X de repente se volvieron ligeros, como si se acabara de quitar la tonelada de peso que los lastraba. Kyra le dedicó una sonrisa socarrona al cruzar el puesto migratorio.

—Fíjate tú, ya eres un ser despreciable y egoísta como el resto de la escoria capitalista de este país.

—Y no he tenido que casarme con nadie para conseguir la nacionalidad —añadió X con un guiño.

Kyra se rio.

—Hasta podrás votar en las elecciones del mes que viene.

—Qué ilusión —dijo con el rostro más tétrico que pudo fingir.

Salieron del aeropuerto en dirección al aparcamiento. Apenas les llevó unos minutos recorrer las calles del Sector Industrial, el barrio norte de Kinshima donde se encontraba la terminal, para que los últimos vestigios de calma —los mismos que habían dejado atrás con su matrimonio secreto en el Caribe— se disiparan por completo.

Cruzaron el puente hacia Sentrum, una mole de acero gris que vibraba con el paso constante de vehículos. A mitad de camino, el aire cambiaba: se notaba menos el olor a humedad y óxido del otro lado, sustituido por un aroma neutro a limpieza industrial. Al llegar, las calles se abrían en avenidas anchas, separadas por franjas de césped y árboles que parecían plantados más por norma que por gusto. Los edificios, altos y simétricos, captaban la luz blanca de los neones recién encendidos, tiñendo el barrio de un brillo eléctrico que no era del todo cálido ni frío. Había amplitud, sí, pero también una distancia medida, una pulcritud que rozaba la frialdad. Siguieron

caminando entre fachadas de cristal y pasos peatonales amplios hasta llegar a su apartamento, a unas manzanas del Misty Dreams.

Salieron del coche y subieron en ascensor hasta una de las últimas plantas, donde vivían. Al entrar en la casa, no los recibió un grito de ilusión, lo que les indicó que Trix no estaba.

Los tres vivían en un dúplex de líneas limpias y abiertas, construido con esa obsesión por el espacio que solo podía encontrarse en los rascacielos altos de Atlas. Nada más entrar, lo primero que atrapaba la mirada eran los ventanales de dos alturas que abarcaban todo el frente del salón. De suelo a techo, de pared a pared, ofrecían una panorámica del horizonte, un mosaico de luces y rascacielos que respiraba a la par que la ciudad. Cuando llovía, el cristal se convertía en un lienzo líquido atravesado por neones; cuando amanecía, la luz entraba como una marea imparable que lo bañaba todo.

La planta baja era un espacio abierto, continuo. El salón, el comedor, la cocina y el estudio compartían la misma estancia, delimitados solo por muebles de diseño y por la luz programable que variaba tonos según la actividad. El sofá de cuero sintético —idéntico al material de la ropa de Kyra— se curvaba en semicírculo frente a una mesa baja que flotaba suspendida, sostenida por campos magnéticos invisibles. La cocina, de acero pulido y pantallas táctiles, parecía diseñada para chefs, aunque en realidad solo la usaban para recalentar comida. En la zona de estudio, el escritorio, rodeado de proyectores apagados, esperaba el regreso de su dueño.

Las únicas dos puertas de la planta baja daban acceso a la habitación de Trix y al baño, ambos escondidos detrás de paneles corredizos que se confundían con la pared. Trix había personalizado su cuarto como una extensión de su personalidad: una mezcla caótica de peluches, luces de neón, pósteres de bandas olvidadas y tecnología de última generación.

Desde el salón partía una escalera suspendida de metal y vidrio que conducía al segundo piso. Arriba, el dormitorio de X y Kyra dominaba la vivienda entera. No había muros que lo cerraran del todo, sino una balaustrada de cristal que lo abría al espacio principal, desde donde podía verse la ciudad a través del ventanal de doble

altura. El espacio era sobrio, casi monástico, con una cama amplia de estructura baja y apenas un par de muebles adicionales.

Kyra se deshizo de su mochila y fue directa a ducharse. No había dejado de quejarse todo el vuelo de la humedad salada que no era capaz de desprenderse. X se comió una pieza de fruta, lo único que había en el frigorífico, mientras observaba Atlas con el ruido del baño de fondo.

Se acercó a la encimera de la cocina, donde descansaba un pequeño montón de papeles que Trix habría dejado. Unos años atrás, alguien tuvo la brillante idea de que, debido a la insensibilización de la sociedad a la publicidad digital, debían volver a los métodos antiguos de panfletos en los domicilios. Rápidamente, esa inteligente estrategia se extendió en la mayoría de negocios hasta alcanzar la misma insensibilización en ambos medios.

Entre decenas de papeles de ofertas y promociones, notó algo más grueso. En unos segundos llegó a tres sobres de color ocre con nombres escritos a mano. «"X" Freeman», «Valquiria Kyra» y «Trix». Frunció el ceño, receloso de esa extraña sorpresa. Los puso a contraluz, dentro solo había un papel grueso, nada más. Abrió el suyo y, cuando estaba a mitad de sacar una cartulina que le recordaba a las postales que su tía guardaba cuando era pequeño, la puerta del apartamento se abrió.

—¡Ya habéis vuelto! —dijo Trix corriendo a abrazar a X.

Él le devolvió el gesto con la misma intensidad. Aunque solo habían estado fuera tres días, era el periodo más largo que habían pasado sin Trix en mucho tiempo. Kyra bajó las escaleras, envuelta en su albornoz, y se sumó al abrazo. Al separarse, Trix les examinó el rostro a ambos con detenimiento.

—Mmm, seguís teniendo la misma cara de siempre. —Ambos alzaron una ceja, sin saber cómo tomarse ese comentario—. Trix creía que bastarían unos días fuera de este país para que volvierais unos años rejuvenecidos.

—Te confundes de isla. Las vacaciones de los famosos son en un resort con centro de recomposición celular. En nuestra isla solo había arena, mar y paz.

—Pues qué decepción —dijo Trix manteniendo su sonrisa.

En Trix, ya con diecisiete años, no quedaba rastro de la niña que X conoció en el callejón junto al Misty Dreams. Había crecido en estatura y en porte: su cuerpo delgado se había estilizado con una fuerza discreta, marcada en los brazos y el cuello. Llevaba el pelo largo, recogido en trenzas negras que caían sobre los hombros, imitando a Kyra incluso en el modo de anudarlas con hilo oscuro. Su rostro, más anguloso, conservaba aún algo de suavidad en las mejillas; la mirada —clara y serena—, en cambio, había perdido gran parte de su inocencia.

Lo único que quedaba de aquella niña era esa costumbre que ya solo mostraba en privado con ellos, la de hablar de sí misma en tercera persona. Como si, al hacerlo, pudiera encerrar a la niña que fue en una jaula invisible.

—A pesar de que no hemos ido a quitarnos años de nuestro rostro —dijo Kyra bajando la mirada, algo avergonzada—, no es del todo cierto que estábamos de vacaciones.

—¿No habéis ido de vacaciones? Estáis más morenos.

—Sí —continuó X—, pero no era el único motivo del viaje. Ni tampoco el principal.

Trix turnaba la mirada entre ambos, alarmada por el nerviosismo impropio en esos dos. X y Kyra tampoco sabían cómo continuar, así que le propusieron sentarse en el salón. Cuando Trix analizó sus rostros una vez más, su cara se iluminó.

—No me digáis que habéis adoptado a un niño de la isla. ¿Trix va a tener un hermanito?

Ambos se relajaron ante sus ideas.

—No exactamente —dijo Kyra.

X, cansado de la tensión, lo acabó escupiendo.

—Nos hemos casado.

No tenían anillos ni ningún documento que lo acreditara —aún esperaban los papeles oficiales del notario—, pero Trix no necesitó pruebas. Su expresión dejaba claro que les creía… y que la noticia no le hacía ninguna gracia.

—¿Y por qué no habéis invitado a Trix?

Su pregunta infantil se contradecía inmediatamente por sus hombros anchos y brazos fibrosos.

X y Kyra, turnándose con la precisión de una conversación ensayada, le explicaron por qué se habían casado en secreto, lo crucial que era mantenerlo oculto y el riesgo añadido que habría supuesto llevarla con ellos. Al final, Trix pareció comprenderlo, aunque sus ojos delataban que no lo aceptaba del todo. A diferencia de lo que era habitual en ella, no lo dijo en voz alta; bastaba con verla para entender que prefería guardárselo.

—Está bien —dijo para romper un silencio que mortificaba a X y Kyra—. Si esto puede causar tantos problemas, entonces ¿para qué os habéis casado? Kyra, ¿es que luego te quieres divorciar de X y quedarte con el cincuenta por ciento de su empresa?

Ambos se rieron, aunque por poco tiempo. El nerviosismo volvió a asomar, tan presente como desde que se sentaron en el sofá. Se miraron y, tras un asentimiento mutuo, Kyra habló.

—Dentro de unos meses, por fin vas a cumplir dieciocho años. Antes de que eso ocurra… queríamos adoptarte oficialmente como nuestra hija.

Trix no respondió. La mirada se le clavó en algún punto entre los dos, sin llegar a enfocar. X contuvo la respiración. Un segundo. Dos. Parecía que estaba procesándolo, pero algo en su postura —los hombros tensos, los dedos crispados contra el sofá— decía otra cosa. X sentía las pulsaciones de su corazón golpear las yemas de sus dedos. Tenía la boca seca y un sudor frío le caía por su nuca. Miró a Kyra y ella parecía estar igual. Fue entonces cuando se dio cuenta de que el tiempo no se había congelado, solo Trix. Tenía cada célula de su cuerpo inmortalizada en el instante anterior a que Kyra hiciera el anuncio. X comprobó en su NED que los segundos se sucedían, sin que Trix mostrara señal alguna de ello.

Con una preocupación creciente entre ambos, se miraron con más tensión que nunca.

—¿Trix? —dijo X con toda la dulzura que pudo reunir.

Su rostro se mantuvo inexpresivo por unos segundos más. Luego bajó la mirada y X creyó ver un leve temblor en su mentón. Cuando empezó a hablar, al principio fue un susurro, casi inaudible.

—No…

Lo repitió. Una, dos veces más, como si cada palabra la

desbordara desde dentro. El volumen aumentó hasta convertirse casi en gritos. Cuando Trix levantó el rostro, tenía los ojos rojos y dos ríos de lágrimas descendían por ambas mejillas.

—¡No! ¡Esto no está pasando!

Antes de que X y Kyra pudieran reaccionar, Trix se puso en pie, echó a correr hacia la puerta y desapareció sin dejar rastro, sin más explicación que el monosílabo que seguía resonando en la mente de la recién casada pareja.

17 DE JUNIO, 2067

◗ 09:31

Aquella noche fue una tortura. Hacía tiempo que X no dormía tan mal. O, mejor dicho, que no dormía. Cada media hora se incorporaba sobresaltado, convencido de haber oído la puerta. Como si Trix, al fin, hubiese regresado. Pero cada vez que se asomaba al pasillo, solo le recibía el silencio denso del apartamento. Regresaba a la cama con el mismo peso en el pecho, más cansado, más frustrado.

A veces, Kyra despertaba también. Le decía que intentara dormir, que no podían hacer nada hasta que Trix decidiera regresar. Ambos lo sabían. Ambos habían aprendido a aceptar que la voluntad de Trix no respondía a nadie más que a sí misma. Solo quedaba esperar. Y eso era lo que más le jodía a X: tener que esperar.

Sin embargo, aquella mañana Kyra ya no conservaba la misma calma. Había llamado a Trix varias veces, le había dejado mensajes de voz y de texto. Nada. X había hecho lo mismo, sin respuesta. El localizador compartido —que los tres llevaban activado como protocolo básico de seguridad en Atlas— aparecía apagado.

Si se hubiese esfumado por cualquier otra razón, no estarían tan preocupados. Ambos sabían que podía apañárselas sola en aquella ciudad. Lo inquietante no era su ausencia, sino el motivo. Lo que les

desvelaba era no entender por qué había salido huyendo. Ese interrogante en su comportamiento.

—Quizás está molesta porque nos hayamos casado en secreto —dijo Kyra, hundida en el sofá.

—No, eso no es. Al principio se molestó, sí, pero luego pareció aceptarlo. Su expresión se torció cuando le dijimos que queríamos adoptarla… Pero ¿por qué?

Esa pregunta era la que le había mantenido despierto esa noche. Una incógnita que lo roía por dentro, lenta y constante, como óxido avanzando bajo la piel.

—No tengo ni idea —dijo Kyra al cabo de un minuto, con la mandíbula apretada por el esfuerzo de pensar—. Es que ni siquiera se me ocurre una posibilidad. No es como si le hubiésemos dicho que íbamos a dejar Atlas, que pensábamos separarnos o que estoy embarazada. No hay ni una sola razón lógica para que Trix reaccione así solo porque queramos adoptarla. ¡Es un trámite simbólico, joder! ¿En qué momento se nos ocurrió que era buena idea?

X observó el rostro enrojecido de Kyra. La frustración le ardía en la piel, idéntica a la que a él no le había dejado dormir en toda la noche. Como si a ella el golpe le hubiera llegado con retardo. Tal vez por eso él sí tenía una idea, una posible explicación. No era certeza, pero algo intuía. En los últimos años había investigado sobre el tema, de pasada, un par de veces. Lo justo para sospechar.

—Yo creo que sí que sé el motivo.

Kyra alzó la mirada con un atisbo de esperanza.

—Es lo de siempre —dijo X, con voz grave—. Lo que lleva arrastrando desde hace demasiado tiempo. Trix nos pidió espacio, nos dijo que necesitaba tiempo. Y se lo dimos. Pero ya han pasado años, y en lugar de afrontarlo, lo único que ha hecho es enterrarlo más hondo. Como si al ignorarlo fuese a desaparecer. No se da cuenta de que su pasado no va a dejar de perseguirla hasta que lo mire de frente.

Las veces que X había sacado el tema, Kyra siempre lo desestimaba con rapidez, pasando a Trix el poder decisorio sobre cuándo enfrentarse a sus demonios. Pero esa vez no lo hizo; desvió la mirada hacia el suelo.

—Voy a ir a buscarla —dijo X poniéndose en pie con ímpetu.

Kyra fue a hablar, ostensiblemente contrariada, cuando sus ojos se iluminaron. Su expresión se contrajo en una mueca de confusión y sorpresa al ver quién la llamaba. Levantó la mano, indicándole a X que le diera un minuto, y se alejó hacia una esquina del salón, aunque en ningún momento llegó a hablar en voz alta.

Al rato, volvió al sofá. Mostraba una seriedad que hacía tiempo que X no contemplaba.

—Está bien, ve a buscar a Trix. Si necesitas cualquier cosa o la encuentras, avísame. Yo me tengo que ocupar de un problema con el clan.

Kyra subió al dormitorio y se metió en el baño. X supo que tardaría un rato en salir. Un poco confundido por su cambio tan repentino de actitud y ese problema de su clan, cogió su chaqueta y rifle inteligente y salió a la calle.

La primera parada estaba clara. Agartha. Esa ciudad subterránea creada por Trix y el resto de niños huérfanos o abandonados que habían construido una pequeña comuna que, tras unos cuantos años desde su fundación, seguía funcional. Algo increíble dada la organización —o más bien, la falta de organización— con la que contaban. Aunque, por lo que había escuchado en las últimas semanas, eso estaba a punto de cambiar.

X, accediendo por una entrada olvidada en un callejón, descendió por las galerías del viejo sistema de prevención de tsunamis, cruzando pasarelas oxidadas y túneles con estalactitas de sal y plástico fundido. El aire allí siempre mantenía un deje húmedo, cargado de vida, pero ese día se sentía diferente. Era un refugio construido por quienes no tenían ningún hogar. Y en esos momentos, estaba roto en dos.

Lo primero que vio al llegar fue el mural, una pintura de gran tamaño sobre láminas de metal adheridas al cemento. Los fundadores de Agartha aparecían en trazos infantiles pero decididos: Trix al centro, manos abiertas; Luka a su lado, sonriente; detrás, los rostros de Velo, Mara y Kenzo, los mayores del grupo. Los colores eran vivos, aunque desgastados por el humo de las lámparas y el paso del tiempo. «Aquí nadie sobra. Aquí nadie manda. Aquí nadie

está solo», decía abajo en rojo. Pero hacía tiempo que esas palabras pesaban más que inspiraban.

Tras saludar a los niños que conocía —varios de ellos le habían servido como ojos y oídos en la ciudad—, X notó algo distinto. Los más pequeños no reían como antes. Algunos lo miraban con recelo, otros con esperanza, como si él pudiera resolver algo. Un par se le acercaron para saludar y luego, sin decir nada más, se apartaron rápido. Miedo en la mirada. No hacia él, sino hacia algo mayor. Más profundo.

No tardó en confirmar la razón.

Los pasillos se colmaban de susurros. Los mayores —quienes pasaban de los veinte— hablaban entre sí en voz baja, cruzando miradas con los otros adultos de la comuna, como si estuvieran repartiendo silencios. El núcleo del conflicto lo conocía ya: cinco o seis de los más veteranos, entre ellos Kenzo y Mara, habían planteado «profesionalizar» Agartha. Querían convertirla en algo más que una comuna de supervivencia. Proponían cotizar a quienes vivieran allí, asignar tareas según edad y habilidad, establecer jerarquías y, lo más peligroso, empezar a forjar alianzas con los clanes. Todo con la excusa de que así podrían garantizar recursos, protección y legitimidad.

Trix se había negado. Y lo había hecho con tanta firmeza que, según le contaron los chavales, la última asamblea había terminado con gritos, portazos y dos niños llorando por miedo a ser expulsados. Para muchos de los pequeños, Trix no solo era una líder: era la razón por la que aún vivían. Pero los fundadores mayores comenzaban a parecer más seguros, más adultos. Más «racionales», según decían. Y en una ciudad como Atlas, eso solía ganar.

X llegó hasta la casa de Luka, una de las estructuras colgantes más estables del lugar. Construida a partir del fuselaje invertido de una vieja cápsula de transporte, colgaba anclada con gruesos cables a dos columnas de hormigón. El metal conservaba aún las marcas de impactos y corrosión, pero Luka la había reforzado con planchas nuevas y trozos de madera reciclada que servían de suelo. Desde abajo, se colaban luces cálidas por las rendijas. Una pasarela estrecha de tablones desiguales era el único acceso; crujía con cada

paso, pero resistía. Dentro, se adivinaban estanterías hechas con cajas, una mesa soldada a mano y un colchón bajo de tela raída.

Antes de cruzar la pasarela, X miró una vez más el mural. Los trazos de Trix habían sido repasados recientemente. Como si alguien intentara que no se borrara. Como si alguien supiera que había peligro de que se olvidara quién comenzó todo.

Y lo cierto era que empezaban a olvidarlo.

—Me preguntaba cuándo vendrías —dijo Luka como bienvenida.

—¿Trix ha estado aquí?

Luka asintió. X sintió un ápice de alegría que desapareció rápidamente al ver la expresión del chaval.

—Vino anoche, a eso de las diez. —Tenía la mirada fija en el vacío de la ventana y apretaba con fuerza sus muslos, formando multitud de pliegues en sus pantalones—. Estaba muy agitada. Soltaba frases inconexas, algo sobre Kyra y tú, sobre que otra vez iba a pasar, preguntándose por qué. Esa es la pregunta que no dejaba de hacerse.

Al hablar, Luka se levantó con lentitud, recorrió la habitación arrastrando los pies y volvió a sentarse. Tenía las pupilas dilatadas, los labios mordidos y los dedos entrelazados, como si retuviera algo que se le escapaba. Quedaba claro que entre Trix y él había algo más que una simple amistad. Al menos por su parte.

—Al quedarse en ese bucle, la agarré y le pedí que me dijera de qué hablaba, entonces empezó a llorar y se derrumbó en mis brazos.

X tragó saliva. Sabía que atormentarse no servía, pero la pregunta seguía revoloteando como un mosquito encerrado en una lámpara, zumbando sin descanso. «¿En qué momento se nos ocurrió hacer algo así?».

—Al cabo de unos minutos conseguí que se tranquilizara. Pero seguía repitiendo frases inconexas, sin llegar a explicarme exactamente qué había ocurrido o por qué estaba tan afectada. La segunda vez que le pregunté de qué hablaba, se puso en pie enfadada y salió tras decir: «No entiendes nada. Nadie entiende nada».

Luka se derrumbó sobre el colchón de la cama. Le consumía la misma impotencia que a X, con la diferencia de que él no tenía pinta

de saber qué hacer con los sentimientos que lo corroían.

—Anoche le dijimos a Trix que Kyra y yo queríamos adoptarla. Salió corriendo sin ninguna explicación.

Luka abrió los ojos de par en par.

—Pero… eso son buenas noticias, ¿no? ¿Por qué reaccionó así?

—Eso es lo que intento averiguar. ¿Te dio alguna pista de a dónde se fue?

Negó con vehemencia.

—Y ya sabes cómo es ella. Si decide desaparecer, lo hará de verdad. Puede esconderse incluso de ti si se lo propone.

—Ya veremos si eso es cierto —dijo X con frialdad, más dirigida hacia sí mismo que hacia Luka.

Sin decir nada más, salió del cuarto.

A pesar de las veces que había estado ahí, todavía no se orientaba bien en los pasadizos que recorrían la ciudad hasta ese nexo inmenso. Al volver a la superficie, apareció un kilómetro al sur de donde pretendía emerger.

X se pasó el resto de la mañana recorriendo la ciudad-Estado casi en su plenitud. Fue a todos los restaurantes y cafeterías donde Trix tenía amigos, a los parques en los que le gustaba descansar o a los rincones de Atlas que solo conocían unos pocos, como la azotea de un rascacielos o una cueva escondida en las alturas del Pico Atlas. No encontró ni un solo indicio de que hubiera pasado por allí.

Sabía que solía huir a esos lugares para escapar del bullicio de una ciudad que no daba tregua a nadie. Por lo visto, tenía otro sitio más —uno que ni X ni Kyra conocían—, el lugar al que acudía cuando el ruido que la perseguía no venía de fuera, sino de ellos.

Había tomado el metro para moverse con más libertad entre distritos. Durante los trayectos, le acompañó un murmullo constante, uniforme, como una inquietud larvada que recorría la ciudad desde los obreros de Poblado hasta los ejecutivos pulidos de Nuevo Centro. X no le dio importancia… al menos no hasta que, tras varias horas de búsqueda sin resultados, se detuvo a comer.

Sentado en la barra y esperando su comida, necesitó pensar en algo diferente a Trix. Fue entonces cuando la pantalla que mostraba las noticias le ofreció la explicación del tumulto generalizado en la

ciudad.

La noche anterior habían asesinado a una empresaria importante de Neurodyne Industries, un enorme fabricante de chips neurológicos de sincronización, imprescindibles para el funcionamiento de drones de combate y armamento autónomo. Aunque eso habría sorprendido a algunos, la conmoción se debía a otros motivos.

La muerte venía acompañada de filtración de información muy sensible. Leilah Nadir, la víctima, había sobornado a multitud de políticos del Ministerio de Comercio para monopolizar la exportación de chips. Contratos inflados, chips defectuosos y millones de créditos del gobierno malgastados. Ese no era el primer escándalo de corrupción política ni mucho menos, pero los detalles de la información filtrada no dejaban ninguna flexibilidad al gobierno actual para negar lo ocurrido.

A X no le sorprendió ni le escandalizó. Para eso haría falta que aún esperase algo bueno del Gobierno, y ese tren ya había pasado. Lo que sí consiguió apartar a Trix de su mente —por primera vez en horas— fue el crimen en sí. No era un asesinato cualquiera. Había algo extraño, casi escénico, en la forma en que el culpable lo había orquestado.

En las imágenes censuradas que emitían de la víctima destacaban dos elementos con claridad. El primero era la carta del tarot que Leilah sostenía entre las manos: La Torre. No era la versión tradicional. En esa reinterpretación, la torre era la sede de Neurodyne, un coloso de cristal atravesado por un rayo que rasgaba un cielo rojizo. En lo alto, el logotipo holográfico de la corporación explotaba en una lluvia de fragmentos de luz, mientras dos figuras caían al vacío: una, Leilah Nadir, con el traje rasgado por el viento; la otra, un burócrata abrazado a un maletín del que brotaban documentos en llamas azules. Abajo, la ciudad de Atlas aparecía a oscuras. Alarmas rojas titilaban en los rascacielos vecinos, mientras una lluvia de vidrio, metal y papeles incendiados sellaba la imagen de un poder en ruinas, desplomándose en pleno corazón de la ciudad.

A X aquella carta le resultaba familiar, pero no lograba ubicar por

qué. No fue la ilustración lo que le hizo tensarse, sino la firma del asesino. Aparecía tanto en la carta como grabada a cuchillo en la frente de la víctima: dos letras, claras y contundentes. «XE». Un nombre para esa muerte.

Los últimos meses habían sido sorprendentemente tranquilos. Pero en cuanto X vio aquellas imágenes en las noticias, lo supo con una certeza punzante: su calma estaba a punto de terminar.

Como una premonición cumplida, recibió una llamada en su NED. Leyó el nombre de Adrian Cole, su asistente, y chasqueó la lengua.

—¿Qué quieres? Ya te he dicho que dejaras de mandarme mensajes, hoy no voy a trabajar.

En cuanto terminó de hablar, X se sintió mal por la rigidez de sus palabras. Adrian no tenía culpa de sus problemas.

—Lo siento, X, pero es por el cliente. Lleva dos horas aquí y se niega a marcharse. Dice que la única forma de salir de la oficina sin verte es si lo dejo inconsciente o si viene la policía a sacarlo. Y no parece que esté bromeando.

A X le sirvieron un plato humeante de caldo caliente con fideos. Cerró los ojos y vació el contenido íntegro de sus pulmones, formando una especie de torbellino con el vapor humeante del plato. Ya se había quedado sin sitios en los que buscar a Trix, al menos así tendría algo con lo que entretener a su mente.

—Está bien. Dile al cliente que voy para allá cuando termine de comer. Estoy cerca de la oficina, llegaré en veinte minutos.

◗ 14:04

Las oficinas de No-One seguían en la misma ubicación de siempre, alojadas en uno de los muchos rascacielos que brotaban en Nuevo Centro como árboles centenarios. Pero ya no había pisos ocultos ni salas secretas: ahora todo estaba unificado en un solo espacio, abierto, funcional y sin doble fondo.

X entró por su acceso habitual en la planta baja. Adrian Cole lo esperaba tras su escritorio, con la espalda recta y las manos apoyadas sobre la superficie pulida. El despacho combinaba elegancia y precisión: paredes de vidrio ahumado, suelo de mármol oscuro y un ventanal que enmarcaba los rascacielos de Nuevo Centro. Todo estaba dispuesto con una pulcritud casi militar. Cole alzó la vista al verlo aparecer y exhaló.

—Perdona por la insistencia —dijo disculpándose una vez más, pero con una notable expresión de alivio al ver a su jefe aparecer—. Te está esperando arriba.

Adrian era el último en una larga lista de asistentes que X había tenido en los últimos dos años. Llevaba dos meses en el puesto, lo que lo acercaba a convertirse en el más longevo. Tras tantos empleados fallidos, X empezaba a sospechar que el problema no eran ellos, sino él. Aun así, siempre había algo que acababa chirriándole —una frase, una actitud— y, como medida preventiva, terminaba despidiéndolos antes de que esa incomodidad se enquistara.

En el caso de Adrian, era una simple manía estúpida, más propia de X que de él. Siempre que hablaban, el asistente movía los dedos con un ritmo irregular, como si contara un compás que solo él entendía. X había aprendido a tolerar ese tic nervioso, seguramente más por la pereza de reiniciar otra vez el proceso de contratación que por verdadera resignación.

X subió las escaleras y llegó a la antesala de su despacho público.

Al abrir la puerta, un hombre lo reconoció de inmediato y se puso en pie con el vigor de un cadete al dar la bienvenida a su teniente.

—Señor Freeman, muchas gracias por ceder a mi insistencia —dijo escupiendo las palabras a gran velocidad y ofreciendo su mano —. Sé que estas no son formas, pero créame cuando le digo que no tenía otra opción. Mi nombre es…

—Darío Kellman, Ministro de Infraestructura de Atlas —dijo X estrechándole la mano.

X maldijo a Adrian en silencio. El cliente no era un simple empresario.

—Vaya, ya veo que con usted no sirve de mucho esconderse.

En su voz se notaba alivio, como si la perspicacia de X fuera la confirmación de que estaba en el lugar correcto.

—Señor Kellman, sale en las noticias cada pocas semanas. Que mi asistente no le haya reconocido dice más de él que de su habilidad para pasar desapercibido.

—*Touché* —dijo el ministro, sentándose en la silla que enfrentaba el escritorio de X.

El alivio que Kellman sentía al fin por encontrarse con X desapareció rápidamente, sustituido por el terror que le había provocado ese comportamiento alarmista.

—No voy a andarme con rodeos, señor Freeman. Supongo que ya sabrá lo que ocurrió anoche y la conmoción que ha supuesto en el país. No solo por la información que ha salido a la luz, sino por la forma en la que la persona murió.

X asintió con calma. No le sorprendía que la presencia de aquel político en su despacho estuviera vinculada al suceso extraño, pero eso no hacía más que acrecentar su interés por lo ocurrido.

—Conocía a Leilah Nadir… Podría decirse que era mi amiga —dijo, y X percibió en su voz una tristeza contenida, apenas visible bajo un miedo mucho más profundo—. Pero mi vínculo con su muerte va mucho más allá de eso. Hace dos días recibí una carta del tarot con un estilo muy similar a la que tenía el cadáver de Leilah entre las manos.

El cuerpo entero de X se tensó, acercándose de forma inconsciente hacia el cliente.

—¿La carta venía acompañada de algo más?

—Estaba sola.

En silencio, su mente ya trabajaba a toda velocidad, trazando escenarios, sopesando culpables, analizando quién saldría beneficiado con ese crimen, quién tenía los medios para ejecutarlo, por qué recurrir a una carta del tarot… Cuando quiso darse cuenta, el silencio se había alargado demasiado.

—Ya me ha demostrado que está muy interesado en contratar mis servicios. —El ministro asintió de inmediato—. No he decidido si aceptaré su caso o no, pero para hacerlo, debe ser completamente sincero conmigo, ¿entiende? Desde ahora mismo.

Darío asintió, con el destello de un relámpago de temor en su rostro al imaginarse a dónde quería ir a parar.

—Seré directo. ¿Qué clase de mierda esconde usted?

El rostro del cliente se congeló; los labios se entreabrieron en silencio y la mirada se le nubló, como si buscara una salida que no existía. Los dedos, antes quietos sobre la mesa, se crisparon apenas, dejando una marca blanca en las falanges.

—¿A qué… a qué se refiere?

—Está claro que oculta algo. Si no fuera así, no habría recibido esa carta del tarot. Y, desde luego, no habría venido a mí. Habría acudido a la policía o dejado que se encargara el servicio secreto de la presidencia. Así que dígame: ¿qué está ocultando que podría haber motivado a quien está detrás de todo esto para ir a por usted?

Ya no quedaba rastro del porte del político forjado durante décadas en el arte de esquivar preguntas afiladas y resistir debates encarnizados. El hombre que X tenía delante se parecía más a un niño a punto de confesar una travesura que al responsable de un ministerio con decenas de millones en presupuesto.

—Superviso los contratos de infraestructuras energéticas y de transporte interno —dijo sin dar rodeos, algo impropio en un político —. Y puede que, en ocasiones, haya dejado que intereses personales influyeran al conceder ciertas licencias.

X se rio para sus adentros. Resultaba casi admirable la destreza con la que personas como Darío manipulaban el lenguaje hasta tergiversar por completo la interpretación de los hechos.

—Quiero contratarle por dos motivos —dijo de seguido, seguramente para desviar la atención de sus crímenes—. El primero es que encuentre al asesino de Leilah Nadir. Si llega a dar con el culpable, ya dará igual que yo haya recibido esa maldita carta del tarot. La segunda razón es para que me proteja hasta que lo resuelva y se asegure de que no me pase nada. Ni a mí, ni a mi reputación.

Tenso, se recostó en la silla. En otras circunstancias, habría dicho que no sin pensarlo. Evitaba los casos que implicaban directamente a clanes o al Gobierno. No tenía intención de hacer de portavoz encubierto de un político corrupto. Pero había algo en ese caso que lo arrastraba, una atracción visceral que eclipsaba las precauciones que solía seguir al aceptar clientes. Especialmente por la presencia del tarot.

—¿Ha traído la carta que recibió?

—Por supuesto.

Darío rebuscó en el maletín que descansaba a su lado y sacó una carta el doble de grande que las habituales en cualquier baraja. Se la entregó a X con el recelo de quien pasa de mano una prueba que podría condenarlo.

—El Cinco de Pentáculos —dijo X, reconociendo la carta de inmediato. Aunque tenía un estilo diferente a la versión original, todos los elementos característicos de esa carta estaban presentes, igual que la que había recibido Leilah Nadir.

La carta mostraba a un obrero con su brazo cibernético roto y una madre con un niño aterido, caminando bajo la nieve sucia de Atlas. Pasaban junto a la fachada iluminada de una corporación eléctrica, donde cinco pentáculos brillaban como vitral futurista, mientras dentro reinaba la calidez del lujo y, afuera, solo el frío y el hambre. Un dron de seguridad flotaba sobre ellos, vigilando sin ofrecer ayuda, recordando la indiferencia de un sistema que abandona a los suyos.

Luego le explicó a Darío su simbolismo. El Cinco de Pentáculos, también conocida como Cinco de Oros, hablaba de pobreza, exclusión y pérdida: de aquellos que, heridos y olvidados, quedan fuera de los muros del poder. Cada pentáculo resplandeciente

representaba riqueza manchada, contratos turbios, mientras las figuras en la nieve eran la cara desnuda de las consecuencias.

X se acercó la carta para examinar la firma que había en una de las esquinas. Las letras XE en un verde fluorescente.

—¿La carta te vino así tal cual o estaba dentro de un sobre?

—Venía dentro de un sobre —dijo Darío.

Por su tono, parecía más sorprendido de que X hubiese supuesto eso que del hecho de que supiese tanto sobre ese sistema esotérico de adivinación.

Darío rebuscó en su maletín y sacó un sobre de manila ligeramente mayor que la carta de tarot. En una de las caras tenía el nombre de Darío Kellman escrito a mano.

Desde que vio por primera vez aquella carta del tarot en las noticias, una inquietud sorda se instaló en el fondo de su mente. Cuanto más averiguaba sobre el caso, más crecía. Sostener la carta que le entregó Darío no hizo más que avivar ese desasosiego. Pero fue al ver el sobre cuando sus sospechas terminaron de encajar.

—Acepto su caso —dijo X con un tono tajante.

Darío sonrió con ímpetu y se lo agradeció en repetidas ocasiones. En ningún momento habían hablado de dinero, al ministro no le preocupaba. Lo que dejaba claro que estaba dispuesto a pagar lo que hiciera falta para quitarse ese problema de encima.

Pero eso a X le daba igual. Ya sabía de qué le sonaban esas cartas del tarot. Sostuvo en sus manos una muy similar la noche anterior. Con todo lo que ocurrió con Trix, se le había olvidado revisar de qué se trataba.

Y lo más inquietante: no era un único sobre. La noche anterior vio tres idénticos, uno para cada habitante del domicilio: Kyra, Trix y él.

¿Eso quería decir que ellos también escondían información que escandalizaría al país? Y, más importante, ¿tenían ellos tres la misma diana que el ministro llevaba sobre su espalda?

◗ 14:57

X regresó a su apartamento nada más marcharse el cliente. En cuanto entró, volcó sobre la encimera el pequeño montón de correo, casi todo publicidad. Rápidamente resaltaron los tres sobres de color beige, solo diferenciados por el nombre que tenían escrito. El de Trix y Kyra eran normales, pero en esa ocasión se fijó en que, en su caso, la X estaba rodeada de dos comillas. Sintió una punzada inmediata sobre lo que eso podía significar.

Sin más miramientos, abrió los sobres, extrajo las tres cartas del tarot y las dispuso sobre la superficie lisa de la encimera.

Ya no quedaban dudas: estaba atrapado en el mismo juego que había costado la vida a una mujer la noche anterior y que amenazaba al político que acababa de contratarlo. Y, junto a él, también se encontraban Trix y Kyra. Se preguntó si la teoría que había formulado con Darío Kellman se aplicaba en su situación.

De ser así, X no tardó en intuir a qué secreto se refería el autor de aquel espectáculo. El mismo que El Director había usado durante años para tenerlo atado de pies y manos: la razón por la que llevaba tres años sin investigar la muerte de Cleo Rojas. Si su verdadera identidad salía a la luz, solo significaría una cosa: que todas las figuras de poder de Atlas se lanzarían a cazarlo hasta borrarlo del mapa.

Hundió el rostro entre sus manos.

En el caso de Kyra, no tenía una idea específica de qué información podrían tener de ella, aunque siendo una de las ejecutivas de las Valquirias, no era difícil de suponer que algo tendría que haber. Lo que le confundía era Trix. ¿Qué pintaba ella en todo eso?

Que ella también hubiese recibido una carta solo confirmaba que aquello iba mucho más allá de una simple denuncia de corrupción en el Gobierno. Y, teniendo en cuenta la implicación de Trix y el hecho

de que quien estaba detrás parecía conocer su identidad oculta, X temía que el responsable fuera precisamente quien menos quería. La opción más obvia.

Un mensaje en su NED le interrumpió. Era Kyra.

> *No me esperes despierto esta noche. Hay algunos problemas en el Misty Dreams que tendré que resolver, quizás me quede aquí a dormir.*
>
> *Y no le metas demasiada presión a Trix, ya sabes que solo servirá para alejarla más. Sé que cuesta, pero debemos darle el espacio que necesita para que vuelva cuando esté preparada.*

Con todo lo que había pasado en la última hora y media, X había logrado apartar a Trix de su mente. Pero al leer el mensaje de Kyra, resopló con fastidio. Aun así, cuando respondió, tuvo que darle la razón. No era su seguridad lo que le inquietaba —sabía que Trix podía cuidarse sola—, sino esa maldita incógnita que seguía cerrada como un puño.

Sacudió la cabeza y volvió la atención a la mesa, observando las tres cartas. Trix había recibido La Luna; X, El Loco; y Kyra, La Muerte. A X eso no le gustaba nada. Teniendo en cuenta el caso con Leilah Nadir, era obvio que había un claro simbolismo entre la carta elegida por el asesino y el motivo y porvenir del objetivo. X había visto a su madre trabajar como tarotista el suficiente tiempo como para entender el significado de esas cartas, y la que más le preocupaba era la de Kyra.

X sostuvo la carta con el estómago encogido. Mostraba a la Muerte cíborg sobre un corcel metálico, alzando una bandera con una rosa de circuitos, mientras a sus pies imploraban ejecutivos y androides. Sabía que simbolizaba transformación, no siempre muerte literal, pero no lograba borrar de su mente una imagen inquietante: Kyra, marcada. ¿Y si aquello no auguraba solo un cambio, sino su final?

Después cogió la carta de Trix. Mostraba una Luna desmesurada

sobre un cielo púrpura, enmarcada por dos rascacielos cuyos ventanales encendidos imitaban los pilares del tarot clásico. A sus pies, un perro y un lobo robóticos aullaban hacia lo alto, mientras un cangrejo biomecánico emergía de una alcantarilla luminosa para internarse en una carretera húmeda que se perdía en la ciudad. Todo estaba envuelto en neones difusos y hologramas fluctuantes, como si la propia imagen buscara engañar la mirada. X sabía que La Luna hablaba de ilusiones, de confusión, de aquello que se oculta tras el reflejo. Mirando la carta, no pudo evitar pensar en Trix como alguien atrapada en ese papel ambiguo: una figura rodeada de sospechas, un reflejo vulnerable en medio de un juego de sombras donde nada era lo que parecía.

Por último, tomó su carta: el borde de una cornisa, con la ciudad a sus espaldas iluminada por la luz del amanecer. Una figura llevaba una rosa blanca de neón prendida en la solapa y un bastón al hombro del que colgaba un petate, como si toda su vida —recuerdos, culpas, promesas— pendiera de aquel equipaje ligero. Un cero flotaba sobre su cabeza como un halo eléctrico, mientras un dron cuadrúpedo tiraba de su pernera para impedirle dar el paso hacia el vacío. X reconoció la figura: El Loco. En el tarot, era la carta del inicio, de la inocencia y también del riesgo; del que avanza sin mirar demasiado dónde pisa. Y en esa imagen no pudo evitar verse a sí mismo: quien nunca había encajado en ningún bando y que, aun así, seguía avanzando cuando alguien querido estaba en peligro. Quizá el mensaje era ese, empujarlo a dar un salto de fe que lo llevara directo a la trampa. O, peor aún, recordarle que su brújula interna —el aferrarse tanto a sus principios— podía convertirse en la cornisa donde acabaría cayendo.

Pasó la siguiente hora investigando en la red y consultando a sus contactos de confianza. La incertidumbre era general, y la preocupación, palpable. En ningún momento mencionó que él también había recibido una carta, y pronto comprendió que no era el único que optaba por ese silencio. Ni él, ni su cliente, ni Kyra o Trix eran los únicos objetivos del asesino. Había más. Identificarlos, sin embargo, no sería tarea fácil. Más allá del asesinato de la empresaria la noche anterior y el revuelo causado por la filtración de

corrupción, no logró descubrir nada concreto.

Cuando se dio cuenta de que seguía sin comer, salió de casa rumbo a su restaurante favorito. Aunque decir «favorito» era deshonesto, teniendo en cuenta que la mitad del negocio le pertenecía.

Al entrar en el San Giusto —no habían cambiado el nombre que le puso su anterior dueño, ya jubilado—, se encontró con el local completamente vacío dadas las horas.

—¿Milo?

—¡En la cocina! —dijo una voz a los pocos segundos.

X cruzó el pasillo trasero y empujó la puerta. El olor a salsa de tomate le golpeó de frente. Dentro, Milo removía una olla enorme con una cuchara de madera mientras tarareaba algo entre dientes.

X había estado muy encima al principio: contrataciones, cuentas, financiación. Incluso con el beneplácito de los Siracusa, levantar un restaurante legal en Atlas no fue fácil. En la actualidad, solo pasaba de vez en cuando, comía gratis y preguntaba si necesitaban algo. Casi siempre, la respuesta era no.

Al observar a Milo embelesado con el contenido de una olla, se fijó en cómo se había transformado. Desde que dejó el clan, tres años atrás, no solo había cambiado de vida: se la había tomado en serio. Atrás quedaron las peleas, las huidas, los negocios turbios. El restaurante era legal, limpio, incluso rentable. Y mucho. Más importante aún: le gustaba. Le gustaba ver la cara de los clientes cuando probaban uno de sus platos, ya fueran drifters, policías de turno o vecinos de siempre. Allí todos eran iguales, y Milo trataba a todos como si fueran familia.

Estaba casado. Felizmente, y no de forma decorativa. Siro, su hijo de dos años, aparecía de vez en cuando por el local y lo llenaba con su risa. Cuando eso pasaba, incluso los clientes más duros se ablandaban: alguno bajaba la voz sin darse cuenta, otro levantaba la vista del plato para sonreírle al niño, y no faltaba quien dejara la cuenta a un lado solo para verlo pasar entre las mesas. Nadie que viera a Milo en esos momentos pensaría que había sido alguien peligroso. No era una máscara. Esa era la que llevaba antes. Ahora sencillamente era él. Por fin.

—Aquí tienes, anda —dijo sirviéndole a X un plato de pasta, como si ya esperase su llegada—. Si mi amatriciana no te quita esa cara de mierda, no sé qué lo hará.

X enrolló algo de pasta en el tenedor sin mucha energía, pero cuando la salsa cálida tocó sus labios y sintió la textura de los espaguetis en la lengua, fue incapaz de reprimir una sonrisa.

Milo se quitó el delantal, lo dejó caer sobre la encimera y se sentó frente a él con una sonrisa extrañamente satisfecha.

—Veo que todavía no he perdido mi mano. Ahora dime, ¿a qué viene esa cara?

X engulló un par más de bocados de pasta antes de responderle.

—Trix.

—¿Qué es lo que has hecho esta vez?

—¿Yo? —dijo X escandalizado—. ¿Por qué asumes que es mi culpa?

—¿Acaso me equivoco?

X desvió los ojos de la mirada inquisitiva de su amigo y socio.

—No del todo. Anoche le dijimos que Kyra y yo la queremos adoptar.

Milo reculó sobre el taburete metálico, con una clara mueca de sorpresa.

—¿Adoptar? Pero para eso tenéis que estar casados, ¿no?

—Sí, lo sé. Nos casaríamos antes de adoptarla —dijo X sin querer dar muchas explicaciones al respecto. Milo era pésimo en guardar secretos.

—¿Y qué pasó? Hasta ahora no tengo ninguna queja con tu comportamiento.

—¿Ves? Esta vez no es mi culpa, no hicimos nada más. Pero Trix reaccionó diciendo una y otra vez «no, no, no», y salió de casa sin dar ninguna explicación. Tampoco responde a nuestras llamadas ni mensajes.

Milo se quedó en silencio un rato largo, reflexionando al respecto.

—Tú la conoces mejor que yo, pero Trix es como un gato. —X alzó las cejas con extrañeza—. Si vas a por ella, solo harás que salga corriendo. Te tienes que quedar quieto y esperar a que sea ella quien vaya hacia ti.

—¿Y si no viene?

—Y yo qué sé —dijo encogiéndose de hombros—. Mi hijo tiene dos años, lo máximo que es capaz de alejarse de mí antes de caerse es de la cocina al baño. Todavía no tengo los problemas de tener a una adolescente. Pero no te preocupes, ya verás como para nuestra cena ya estará solucionado.

—¿Nuestra cena?

—¿Te has olvidado? —respondió Milo con cierta molestia en su tono—. El miércoles que viene. En mi…

—Ah, sí, perdona. Lo tengo apuntado en mi NED —mintió X, mientras se conectaba a su NED y lo anotaba de verdad—. Esperemos que para entonces todo se haya solucionado.

Milo le dio un leve empujón en el hombro y se echó hacia atrás para dejar que siguiera comiendo.

—¿Y qué es lo otro que te pasa?

X se comió el último espagueti y miró a Milo con perspicacia.

—Desde que te has vuelto cocinero, eres mucho mejor leyendo a la gente.

—Pues claro, debo saber qué es lo que necesita mi cliente.

X sacó del bolsillo de su chaqueta las tres cartas del tarot. Las tres con la firma XE en verde fluorescente en una de las esquinas.

—Al parecer, los problemas nunca vienen solos —dijo X.

Los ojos del antiguo capodecina de los Siracusa se iluminaron con un brillo de temor. Sin decir ni una palabra, se puso en pie con un molesto sonido del taburete metálico y salió de la cocina. Al minuto, regresó con una carta en la mano. X soltó un suspiro de desasosiego, eso cada vez le gustaba menos.

—Esto me llegó hace dos días.

X cogió la carta y la observó. Mostraba un corazón de neón atravesado por tres espadas metálicas, pintado en un mural bajo la lluvia, con el rojo chorreando como sangre sobre el pavimento. A un lado, una foto familiar empapada y un osito caído sugerían que la herida no era solo suya, sino de todo lo que amaba. X reconoció el símbolo: el Tres de Espadas hablaba de dolor profundo, de pérdidas imposibles de reparar, de traiciones que desgarraban más que cualquier arma. No pudo evitar temer que esa imagen señalara un

destino pésimo para Milo, como si su vida pacífica estuviera condenada a quebrarse de forma cruel.

—Cuando la recibí llamé a mi padre —continuó Milo—, pensaba que quizás era algo del clan. Él me dijo que no conocía su significado, pero que también había recibido una.

—¡¿Bruno también tiene una?!

Milo asintió de nuevo.

—¿Sabes cuál?

—No. Ya sabes que ahora prefiero conocer lo menos posible sobre los asuntos del clan.

X lo entendía. Desde que Bruno se convirtió en Don —tras la caída y muerte silenciosa de Dante Gallo—, todo se había vuelto distinto en los Siracusa. Más rígido, más vertical. Milo salió en el momento justo.

—Esto no es algo que ataña solo a los Siracusa. ¿No has visto las noticias de hoy?

—¿Qué ha ocurrido? —dijo Milo con un tinte más agudo de preocupación.

—Han asesinado a una empresaria que estaba encamada con algunos políticos corruptos. Entre sus manos tenía una carta del tarot como estas, y en su frente le han grabado la misma firma de XE. Además, se ha filtrado todo su entramado de corrupción. Seguramente es de lo único que se ha hablado en el restaurante a la hora de la comida.

Milo ladeó un poco la cabeza, con la mirada quieta y los labios apenas tensos, como si no terminara de entender lo que le inquietaba.

—Cuando cocino solo tengo oído para el chisporroteo de la mantequilla que me avisa cuándo está dorada o el burbujeo del agua hirviendo que me indica cuándo la pasta está al diente —dijo con seriedad, como si esa puntualización fuera imprescindible.

Luego observó más de cerca las cuatro cartas y alejó la suya todavía más de sí.

—Llévatela. No quiero que Martina la vea y se preocupe por mí y por Siro.

X las guardó en la chaqueta.

—Estas gilipolleces del ocultismo suenan a los Umbrales —dijo Milo retomando la palabra—. Si yo fuera tú, empezaría a investigar por ahí.

X le dio un par de vueltas a esa idea. No se le había ocurrido.

—Asesinar empresarios importantes y revelar casos de corrupción no pega mucho con el esoterismo que suelen llevar. Pero supongo que es un buen sitio por donde empezar. Gracias. Conozco la persona idónea con la que hablar.

◗ 16:21

Durante el trayecto en metro entre Greco y Chinatown, lo único que escuchó X fueron comentarios sobre el asesinato de la noche anterior. Aunque no tardaban en derivar hacia lo de siempre: quejas contra el gobierno, hartazgo con una corrupción que ya les repugnaba y la insistencia en que las elecciones del mes siguiente eran la oportunidad para cambiar las cosas de una vez por todas.

X no tenía ni idea de hasta dónde llegaría aquel juego con las cartas del tarot, pero de algo estaba seguro: con el descontento generalizado hacia el gobierno de Vera Voss, si seguían saliendo a la luz tramas como esa, no pasaría mucho tiempo antes de que todo el país empezara a arder.

Al llegar a un local con un cartel de neón, se detuvo a mirar el logo. Hacía bastante que no pasaba por allí. En parte porque ya no lo necesitaba, pero también porque, en el fondo, sabía que un pedazo de él prefería mantenerse lejos de ese sitio. Lejos de lo que estuvo a punto de pasar entre esas paredes. Sin más miramientos, entró en The J-Fix y atravesó la entrada cutre que servía de señuelo para novatos y para quienes no podían permitirse el ciberware que Juno instalaba en su negocio.

Al llegar a la sala espaciosa llena de estores iluminados con mods caros, a X lo recorrió un pequeño escalofrío.

En los últimos tres años solo había regresado cuando necesitaba arreglos sueltos o actualizar alguno de sus implantes. Afortunadamente, no había vuelto a caer en la espiral que casi lo llevó a convertirse en legacy.

—Mira quién se ha dejado caer por aquí.

—¿Cómo va el negocio, Juno? ¿Sigues persuadiendo a tus clientes para que no te compren más mods?

—Solo a quienes tienen impulsos suicidas.

La techsmith se acercó a la silla giroscópica que presidía la sala y

recogió unas cuantas herramientas manchadas de sangre y una sustancia azulada del líquido cicatrizador. Debía de acabar de terminar con un cliente. X se dejó caer en una de las sillas y la observó trabajar.

—¿Sigues con la manía de mirarme el culo?

Cuando Juno se dio la vuelta, alzó las cejas al darse cuenta de que se había pasado de lista. X observaba el ciberware de uno de los expositores.

—Se me debió de quitar a la vez que el vicio por el cromo. Te recuerdo que estoy felizmente… emparejado.

X se maldijo por un segundo, casi se le escapaba «casado». Juno no pareció darse cuenta.

—Cierto. Y teniendo en cuenta quién es esa pareja, está claro que ni loca me arriesgaría a acostarme contigo.

X no respondió. Si escondía una insinuación, prefirió ignorarla. Esperó a que Juno terminara de recoger. Al cabo de un rato, se sentó en su escritorio, delante de él.

—Dime, ¿qué necesitas? No hay ninguna actualización pendiente para el hardware que llevas.

—Necesito información.

—¿Información? Es la primera vez que vienes a mí para eso.

Juno había ajustado su actitud al tono grave de X. En sus miradas ya no quedaba rastro de la calidez de antes.

—Entiendo que has visto lo ocurrido esta noche.

—Habría que ser un ermitaño para no darse cuenta.

X se rio por lo bajo, pensando en Milo. Seguidamente, lanzó sobre la mesa la carta del tarot que había recibido.

—No sé si yo seré el siguiente, pero está claro que formo parte del juego macabro que alguien ha montado.

Juno se acercó con cuidado a la carta, como si esta fuese a cobrar vida en cualquier momento.

—El Loco… —murmuró con cierta parsimonia.

Se quedó un rato largo analizándola a fondo, examinando hasta el más nimio detalle de la ilustración.

—El cero que no pesa, el que camina al borde del abismo con una sonrisa, sin saber si caerá o volará. La carta que guarda en su

vacío todos los comienzos posibles.

—El que ha organizado esto no está repartiendo cartas al azar. La de Leilah Nadir lo deja claro. La Torre. El colapso de todo lo que se levanta sobre mentiras. Su imperio de chips neurológicos no podía durar para siempre. Pero no solo eso: simboliza que la ruina de Leilah pretende arrastrar con ella la confianza de una ciudad entera.

Juno observó a X con intriga.

—Vaya, nunca habría supuesto que eres un adepto del tarot.

—No lo soy —dijo X tajante—. Pero sé que los Umbrales sí.

La techsmith se tensó de inmediato.

—Ya entiendo por qué has venido a mí…

—Sé que tú formas parte de ellos y, por lo menos hace unos años, frecuentabas sus congregaciones de esoterismo y espiritualismo. ¿Podrías conectarme con alguno de los dirigentes de la organización?

Juno soltó una risa seca que demostraba más molestia que divertimento.

—Dudo mucho que los Umbrales tengan algo que ver con esto. Ni siquiera somos una organización, solo un conjunto de personas con intereses afines. Nos parecemos más a un club de amigos que a una asociación formal, por mucha teatralidad que rodee a lo que hacemos.

—Lo sé —dijo X con tono conciliador—. Soy el primero que ve muy improbable que alguien de los Umbrales esté detrás de esto, pero la conexión está ahí. Solo quiero hablar con alguien de dentro para obtener una opinión más informada al respecto. He visto el informe policial del asesinato de Leilah y no hay mucho más de lo que tirar.

Juno se acomodó en su asiento, más relajada. Parecía debatirse entre ayudar a X o no, pero finalmente cedió.

—Está bien, déjame hacer una llamada.

Un brillo apareció en sus ojos y se giró sobre su silla. Se quedó así varios minutos, sin hacer ruido. Seguramente hablando con alguien por su NED.

X aprovechó para repasar lo que había leído en el informe de la policía. Leilah Nadir había muerto por dos disparos en el pecho, a

quemarropa. Estaba maniatada a la silla de su despacho, con los brazos cruzados sobre el abdomen y, encima, su carta del tarot: La Torre. En la frente, grabado con una mano precisa, las letras X y E.

Había un detalle que no cuadraba del todo. Estaba claro que habían intentado sacarle información: la posición, el tiempo de inmovilización, todo indicaba un interrogatorio. Pero, a excepción de la firma, su cuerpo no presentaba ninguna marca de violencia más allá de las necesarias para mantenerla sujeta. Ni golpes, ni moratones, ni resistencia. Como si hubiese hablado desde el principio.

El forense apuntó que las marcas simétricas en las sienes —leves, limpias— no eran resultado de ningún golpe. Parecían hechas por presión prolongada, probablemente de algún dispositivo apoyado a ambos lados de la cabeza. Quizás algo sensorial. Aún no había conclusión.

Lo más revelador fue el orden de los hechos: según el análisis de los patrones de sangrado y la temperatura de los tejidos, el corte en la frente se hizo post mortem. No hubo hemorragia activa ni reacción nerviosa. Quien la mató quiso asegurarse de dejar su firma, pero no tenía interés en que sufriera más de lo necesario.

La escena hablaba de alguien metódico, con conocimientos técnicos, precisión y control absoluto de la situación. El sistema de seguridad del apartamento había sido desactivado por completo, sin señales de sabotaje ni alertas activadas. Cámaras, sensores, cerraduras… todo anulado con una limpieza que no dejaba margen a la improvisación. Ni testigos, ni ruidos, ni una sola alerta. El lugar no parecía una escena del crimen, sino un espacio cuidadosamente preparado. Como si el asesino hubiera sabido exactamente qué hacer y cuánto tiempo tenía. Como si todo formara parte del mismo mensaje.

—Listo. Mañana tienes una consulta de tarot con una de las organizadoras de los Umbrales —dijo Juno, interrumpiendo sus pensamientos.

—¿Qué? ¿Cómo que una consulta de tarot?

La voz de X sonó más aguda de lo que le habría gustado.

—¿Qué pretendías hacer? ¿Irrumpir en casa de mi amiga e

interrogarla con tus tácticas europeas para ver si anoche asesinó a sangre fría a una empresaria corrupta? —Juno se levantó en una clara señal de que daba por terminada la conversación—. Yo ya he hecho mi parte. Espero que sepas comportarte con ella, no quiero que luego me venga quejándose de los amigos que le envío.

X asintió cabizbajo. Le agradeció la ayuda y abandonó el local.

Al salir a la calle, notó el sudor frío deslizándose por su nuca. No era solo inquietud. Era una certeza incipiente, punzante, de que algo estaba mucho más cerca de lo que creía.

—¿Por qué el responsable de todo esto tiene que usar cartas de tarot? —murmuró entre dientes—. Ya podría haber escogido cartas de póker.

A punto de emprender la marcha, una llamada surgió en su NED. El nombre en la pantalla bastó para saber que venían gritos.

—¡X Freeman, ¿te piensas que soy una puta niñera?! —La voz de Dalia Rojas no le dejó ni un segundo para responder—*. Como no vengas ahora mismo a por tu maldita perra, sintiéndolo mucho por la memoria de mi hija, sacrifico al animal aquí mismo.*

◗ 17:39

X cruzó la entrada de aquel bar de apariencia corriente. Años atrás, jamás habría podido poner un pie allí. El Templo era una de las bases de los Santinos, y cinco años atrás se presentó en ese lugar con el cadáver de la hija de Dalia Rojas.

En el tiempo transcurrido, la opinión de los Santinos sobre X no había cambiado mucho, aunque sí se había rebajado la intensidad de su aversión. La razón principal era Dalia. Nunca había dado explicaciones de por qué se juntaba con el presunto asesino de su hija. Ella no justificaba sus acciones. Era la Ministra de Comercio del clan. Con la erosión del tiempo y la notoriedad que X había ganado con los años, ya lo toleraban lo suficiente como para que pudiese presentarse allí.

El Templo ocupaba la planta baja de un edificio antiguo. La barra, de piedra oscura, estaba iluminada por luces rojizas que imitaban velas, y las paredes exhibían una variedad interminable de botellas de alcohol que reflejaban las luces brillantes del techo. El aire olía a whisky, y entre la música grave y las risas roncas se respiraba la jerarquía silenciosa de los Santinos.

X se acercó al hombre que custodiaba una puerta en la esquina. Este lo registró de arriba abajo y, a pesar de que X estaba armado con su rifle en la espalda, lo dejó pasar.

—La Ministra te espera en su despacho.

Cuando X se plantó en la puerta de la oficina, se detuvo unos segundos para tomar aire. Al hacerlo, su expresión cambió de inmediato. Al abrir, donde esperaba el habitual orden de Dalia Rojas, encontró un escenario de desastre. El suelo estaba cubierto de plumas, astillas y fragmentos de cristal; las cortinas torcidas, el sillón volcado, una planta destrozada junto al escritorio. El olor a perfume y a café derramado se mezclaba con un leve aroma a tierra húmeda.

—Oh, Freeman, le agradezco que por fin haya podido hacer

hueco en su apretada agenda para visitar mi humilde hogar —dijo Dalia desde su escritorio, sin levantar la vista de una pantalla.

X avanzó despacio, sin entender qué estaba viendo. Cada paso resonaba en el silencio, como si entrara en una escena del crimen. Se detuvo en el centro de la sala, en el único espacio libre de plumas, astillas y restos de lo que parecían cojines desmembrados. El despacho, antes reflejo del control de Dalia, parecía ahora una parodia de sí mismo. Observó los arañazos en la madera del escritorio, la pantalla de cristal rota, el sillón volcado. Por un momento pensó en un asalto, pero algo en el aire —esa mezcla de caos y torpeza— lo hizo dudar. Tragó saliva, sin saber qué decir ante el tono sarcástico que aún flotaba en la sala.

—Como podrás ver, tu perra ha querido dejarme un buen recuerdo —dijo al fin, levantándose y encarando a X.

En la cabeza de X se sucedieron varias respuestas. Como que Lluna técnicamente era de su difunta hija, o que a quién se le ocurría meter a un pastor del Cáucaso de sesenta y cinco kilos en un despacho, o que eso era debido al desprecio sutil que siempre mostraba con el pobre animal. Pero una vez más, decidió que el silencio sería de mayor ayuda.

—Ya puedes dar por hecho que esta es la última vez que me encargo de la perra, no me importa que fuese la mascota de mi hija. Sé que vives en un dúplex en uno de los edificios más cotizados de Sentrum, así que la siguiente vez que te vayas de vacaciones pagas por un cuidador de lujo, que para eso tienes créditos.

—Eso haré. Disculpa por todas las molestias y muchas gracias por el favor.

La respuesta salió más automática y artificial de lo que le habría gustado a X, pero Dalia no pareció percibirlo. Se le notaba la vista cansada, como si esa noche ni se hubiese molestado en intentar dormir. Parecía que la furia que le había mostrado un rato atrás cuando lo llamó por el NED se había convertido en simple resignación. X sentía curiosidad por conocer el verdadero origen de esa furia, convencido de que el destrozo de Lluna no era más que la última piedra que hizo derrumbar el muro. Tenía una sospecha de lo que podía ser, y no quería que fuera cierta.

X fue a tantear a Dalia, cuando, sin rastro de su gracia habitual, se dejó caer sobre el único sillón intacto de la habitación.

—Ya estoy cansada de ti, Freeman.

Él la miró con las cejas alzadas, ya sin entender para nada de qué hablaba y a dónde iba a parar eso.

—Quizás hace cinco años tuvieses razón. Debería haberte matado cuando apareciste aquí con el cadáver de mi hija.

X se puso alerta, conectándose por si acaso con la interfaz de su fusil inteligente, pero nada en la actitud corporal de Dalia mostraba que fuese a atacarle. Solo lo hacían sus palabras.

—¿Acaso ya te has olvidado de ella? ¿Ya no quieres que su verdadero asesino pague por el daño que nos hizo?

Al pensar en Cleo, no fue su cuerpo desgarrado lo que apareció en su mente. Fue el estallido. El sonido sordo y húmedo, la onda caliente de sangre contra su rostro, la cabeza de Prym convirtiéndose en humo rojo. Aquel cuarto helado en ARCO, tres años atrás. Las paredes pintadas con la firma de alguien que no dejaba cabos sueltos. Esa misma noche El Director le hizo saber a X que conocía su secreto, sabía cuál era su verdadera identidad. Esa que, de hacerse pública, supondría que la gente más importante del país le querría muerto.

Esa era la razón por la que llevaba tres años sin investigar. Eso Dalia no lo sabía. Nadie lo sabía. X no se había olvidado de Cleo, seguía pensando en ella casi todos los días. En la rabia que mantenía contra sí mismo por lo que hizo y los pocos resultados que había obtenido para vengar lo ocurrido.

—Llevas tres años sin mover un puto músculo para llegar a El Director. Ya sabes que yo no puedo hacer nada, nuestro clan tiene una estrecha relación con su empresa y sus servicios. Pero tú siempre has fardado de no casarte con nadie, de primar ante todo tu independencia y tus valores. Así que dime, ¿dónde están esos valores? Porque parece que desde que estás con esa Valquiria se te ha olvidado lo que es la lealtad.

No se había dado cuenta hasta entonces, pero tenía los puños cerrados con fuerza. Destensó la rigidez de su cuerpo y se sentó en lo que quedaba de un taburete de madera de caoba.

—Dalia, tú mejor que nadie sabes que las cosas nunca son tan sencillas como parecen.

La ejecutiva del clan pareció sorprenderse por la frialdad y falta de emoción en la voz de X. Quizás buscaba oposición, una discusión que le diera la razón.

—No me he olvidado de Cleo. Nunca lo haré. Solo… —X sintió la boca seca, como si toda su saliva hubiese desaparecido, junto con la palabra que buscaba—. Solo necesito encontrar una forma de llegar a él. Solo necesito tiempo.

Dalia soltó un suspiro que llenó el despacho de la tensión que la corroía.

—Tiempo… —dijo en una risa seca—. Todos necesitamos tiempo. En especial cuando menos nos queda.

Al terminar esa frase imbuida en congoja y cierto arrepentimiento, se levantó y se acercó hacia su escritorio.

—¿Qué sabes sobre esto?

Antes de que X pudiera preguntar a qué se refería, Dalia le lanzó una carta. Alcanzó a ver un atisbo de la firma en verde fluorescente justo antes de atraparla al vuelo. Observó cuál le habían entregado a la ejecutiva del clan: La Reina de Pentáculos.

Representaba a Dalia en clave corporativa: sentada en un sillón blanco, con un traje verde esmeralda bordado en dorado y un pentáculo brillante en las manos, donde se desplegaban rutas comerciales y cifras económicas. Tras ella, el puerto de Atlas rebosaba de fábricas y contenedores, testimonio de su poder sobre el comercio, mientras una corneja mecánica reposaba a sus pies como emblema familiar. A primera vista, era un retrato halagador: la mujer que custodiaba la prosperidad y convertía la riqueza en estabilidad. Pero X sabía que La Reina de Pentáculos también podía advertir de la fragilidad de esa abundancia, de cómo lo material se convierte en lastre cuando se pudre en corrupción. Viendo la carta, no pudo evitar pensar que, para Dalia, aquel trono cómodo podía ser también el pedestal desde el que acabaría cayendo.

—Esto no es un simple mensaje —murmuró Dalia, santiguándose con disimulo al ver la carta en manos de X—. No me gusta que jueguen con estos símbolos. Hay cosas que no deberían mezclarse

con la muerte. Esto… huele a maldición. A algo impuro.

Finalmente lo entendió. La furia en su voz cuando lo llamó. La actitud derrotista que había mostrado durante toda esa conversación. También esa urgencia inesperada por ver vengada la muerte de su hija.

Dalia Rojas tenía miedo a la muerte.

Esa carta había conseguido traspasar su impasibilidad habitual. Sabía que, dada su posición, podía perder la vida de un día para otro, y no quería que eso sucediera antes de que el asesino de su hija estuviese muerto o, al menos, en prisión.

—No soy la única del clan —dijo, recobrando parte de su temple habitual—. El Ministro de Guerra ha recibido otra, al igual que el Presidente.

X alzó la mirada, encajando por fin una pieza que habría preferido no descubrir. El presidente de los Santinos, el líder de los Siracusa, al menos una Valquiria… X sacó de su chaqueta su carta, El Loco, y la dejó caer sobre la mesa.

—Sé lo mismo que tú. Que estamos marcados.

Dalia apretó la mandíbula y asintió.

Multitud de preguntas bombardeaban a X. ¿Quién estaba detrás de aquello? ¿De qué medios disponía? ¿Alguien realmente pretendía acabar con todos ellos? Y, en ese caso, ¿por qué poner en alerta a los posibles objetivos dándoles una carta del tarot?

X, por el momento, solo tenía incógnitas. Lo único que sabía con seguridad era que quien estuviese detrás llevaba años de preparación y contaba con una ambición desmedida. Jugaba contra la gente más poderosa de la capital mundial del crimen organizado.

18 DE JUNIO, 2067

◗ 01:53

El tacto extraño de algo en la mano de X lo despertó. Todavía sin abrir los ojos, intentó interpretar qué era. Emanaba un calor constante, con un tacto duro y húmedo. El leve jadeo que lo acompañó le dio la pista final. X alargó el brazo y acarició a Lluna en la cabeza. Aunque solo hubiese estado unos días fuera de Atlas, era la primera vez que se alejaba de ella en mucho tiempo. La exposición de arte abstracto que había creado en el despacho de Dalia era una muestra de su descontento.

Se giró sobre la cama y vio el otro lado libre. Eran casi las dos de la mañana y Kyra todavía no había vuelto. Siempre llevaba horarios extraños, no era la primera vez que estaba solo a esas horas. Pero en esa ocasión, debido a los últimos acontecimientos, X sintió una preocupación añadida.

Se despojó de la sábana sin apuro, dejando al descubierto su cuerpo desnudo, apenas interrumpido por unos pocos implantes funcionales. Cruzó hasta el baño, y al comprobar que el sueño se le había escurrido por completo, bajó al salón. Se detuvo en silencio frente a los ventanales de doble altura. Atlas se desplegaba ante él: un océano de luces suspendidas en el humo, con drones cruzando el cielo y rascacielos que se hundían en la neblina. Desde aquella

altura, el bullicio de la metrópolis se desvanecía, y solo quedaba el eco sordo de sus propios pasos. Las avenidas brillaban como arterias abiertas, latiendo con el tráfico constante de la madrugada, mientras las pantallas publicitarias teñían las fachadas de neón azul y rojo, proyectando sombras intermitentes que trepaban hasta su salón. La ciudad no dormía; simplemente mostraba el rostro que solo existía cuando nadie la miraba.

Por algún motivo, aquella vista le trajo a la memoria su país de origen, pese a que la comparación carecía de lógica: la RES no podía ser más distinta. Llevaba todo el día con esa sensación al fondo del pensamiento, sepultada por asuntos más urgentes, pero sin desvanecerse del todo. Había empezado a rondarle al mediodía, en cuanto la primera carta del tarot apareció en las noticias.

Habían pasado cinco años desde que abandonó su país. Desde que lo echaron de allí. ¿Habría cambiado en algo? ¿Qué habría sido de su capitán, el principal culpable de que estuviera allí, y de sus compañeros del escuadrón? Quizás más de uno hubiese muerto en la guerra de Europa.

Aprovechando que el sueño lo había abandonado, X abrió el cajón del escritorio y sacó su libreta. Encendió la lámpara de pared y dejó que la luz tenue de la ciudad entrara por los ventanales. Tomó la pluma que le regaló su madre y, tras unos segundos de duda, comenzó a escribir. Como de costumbre no pensaba en la forma ni en el estilo: solo necesitaba vaciar la mente. Durante un rato el silencio de la noche lo envolvió mientras las palabras tomaban forma sobre el papel.

El clic metálico de la puerta lo arrancó del trance. La pluma se detuvo a medio trazo, y el eco del sonido pareció cruzar el salón hasta chocar con la quietud de la ciudad.

Cerró el cuaderno con calma y se incorporó, aún desnudo. El inconfundible sonido de las botas de Kyra resonó al cruzar el umbral.

—No me haría gracia que alguien te fotografiara desde otro edificio y terminaras desnudo en alguna filtración.

X vio en el reflejo cómo su rostro mostraba una sonrisa.

—¿Crees que ya he alcanzado ese nivel de celebridad en el que la gente normal quiere verme desnudo? Con suerte, eso me traería una

clientela más interesante. Además, alguna ventaja debía tener que Trix no esté en casa.

Kyra soltó una risa seca mientras se desprendía de sus katanas y varios complementos de su cintura. X la observó por el reflejo del ventanal. Esa noche iba con su equipación completa. Y, a juzgar por su coleta desgreñada, los pliegues de su ropa y la falta de un par de dispositivos auxiliares, había sido una noche movidita.

—¡Lluna! —dijo Kyra de repente.

La perra lamió las muñecas y tobillos de Kyra, pidiéndole que la acariciara. Kyra acató la orden con gusto. Cuando terminó, se acercó a uno de los sofás y se dejó caer con un sonoro suspiro.

—¿Cómo ha ido la noche? —dijo X.

Kyra no respondió, solo negó con la cabeza y puso los ojos en blanco. X supo que estaba en un momento en el que era mejor dejarla sola, que se duchara y descansara. Pero esa curiosidad suya que tantos problemas le había causado hizo acto de presencia.

—¿Qué problemas hay en el Misty Dreams?

Kyra volvió a resoplar, esta vez con más tirria que cansancio.

—Prefiero no hablar del tema.

Su tono fue seco, cortante. X quiso rebajar la tensión latente, pero más bien consiguió lo opuesto.

—Sabes que te puedo ayudar en lo que necesites. A ti no te cobraré como…

—¡He dicho que no, X! Yo no me meto en tus cosas, tampoco te metas tú en las mías.

Incluso Lluna alzó la cabeza, alarmada por el grito. Kyra se llevó las manos al rostro y se lo masajeó con fuerza, como si intentara aplastar el enfado. X no se movió, solo la observó en silencio. Estaba claro que los niveles de irascibilidad en Atlas iban en ascenso. Pensó fugazmente si los problemas de las Valquirias tenían relación con las cartas del tarot o con el asesinato de la noche anterior, pero se obligó a detener ese hilo. No era noche para seguir indagando.

—Perdona… —dijo Kyra con una dulzura que contradijo su actitud anterior. Quizás Kyra no hablase en tercera persona como Trix, pero podía mudar de temperamento con la misma rapidez que ella—. X, ¿confías en mí?

X frunció el ceño ante esa pregunta tan repentina. Pero, como si temiera que fuese una prueba, respondió al instante.

—Siempre.

—Eso es lo único importante. Confía en mí, por favor. Es lo único que te pido.

No sabía en qué momento, pero todo el cuerpo de X había adquirido una rigidez que brillaba bajo la noche de Atlas. Relajó sus músculos y asintió.

—Está bien.

La expresión de Kyra cambió un poco y dejó entrever un atisbo de sonrisa.

—Bueno, en realidad sí que hay algo que puedes hacer para ayudarme.

El tono insinuante de su voz fue suficiente para que X entendiera de qué hablaba. Al estar todavía desnudo, su respuesta no fue verbal, sino fisiológica. Kyra sonrió todavía más.

X se acercó con lentitud a su esposa, dejando que ella disfrutara de la anticipación. Se inclinó y, tras acariciar su mejilla, la besó con dulzura. X percibió un leve olor a sudor en el cuello de Kyra, lo que lo activó todavía más. Bajó las manos a sus pechos y luego a sus glúteos. Se arrodilló delante de ella y le bajó los pantalones hasta los tobillos. En un silencio velado, X leyó en la mirada y los labios de Kyra el deseo que profesaba por él.

Con un gesto medido, se inclinó hacia su vientre y lo besó. Luego descendió, avivando la intensidad de cada caricia. Dejó que la respiración entrecortada de Kyra guiara su ritmo y, por la intensidad de sus gemidos, comprendió que estaba logrando reconducir aquello que la había desbordado esa noche.

◗ 09:39

Cuando X despertó, supo al instante que la noche anterior desactivó la alarma sin darse cuenta. Llegaba tarde a su sesión de tarot. Permaneció un instante inmóvil, debatiéndose entre la desgana y la obligación. Luego se levantó, se vistió deprisa y, antes de salir, se detuvo a mirar a Kyra. Incluso dormida mantenía en el rostro la misma expresión contrariada con la que llegó la noche anterior.

X decidió no darle más vueltas y salió de casa con el fusil al hombro. En el coche, la voz de Kyra seguía repitiéndose en su cabeza. Buscó en la net algo sobre el Misty Dreams y las Valquirias, sin hallar nada.

Mientras tanto, Atlas respiraba raro. El aire pesaba, los anuncios callaban. Nadie hablaba en los semáforos ni en los andenes. Y él, absorto en el NED, no lo notó. La prisa lo mantenía en su propio túnel, lejos del miedo que recorría la ciudad.

En cuanto aparcó enfrente de la dirección que le dio Juno, se bajó del coche y entró en la tienda de esoterismo. Llegaba diez minutos tarde.

El timbre del local emitió un sonido áspero al empujar la puerta. Un olor denso a incienso y madera húmeda lo envolvió enseguida. La luz era baja, teñida de un ámbar difuso que se filtraba entre cortinas bordadas con símbolos astrológicos. En los estantes se apilaban frascos de cristal, velas sin etiqueta, pequeñas figuras de animales y barajas con dibujos en espiral.

Una voz suave llegó desde la parte trasera del local.

—Puedes pasar, cariño. Ya te esperaba.

X atravesó el pasillo hasta una escalera que descendía al sótano. El aire se volvió más frío. Al llegar al final, la estancia se abría en un círculo casi perfecto: tapices con constelaciones, lámparas colgantes de vidrio morado y una mesa redonda cubierta con terciopelo violeta. Sobre ella, un mazo de cartas, una vela encendida y una

figura de piedra con los ojos vendados.

La mujer que lo esperaba tenía unos cincuenta años, la piel olivácea y el cabello recogido en una trenza que le caía por el hombro. Llevaba un vestido negro y un chal rojo que parecía flotar a cada movimiento.

—Sybila —se presentó, sonriendo con una calma que parecía ensayada—. Y tú eres X.

—Sí. Perdón por el retraso.

—El tiempo no me pertenece —dijo simplemente, y le indicó que se sentara frente a ella.

X tomó asiento. Las sillas eran más cómodas de lo esperado. La vela desprendía un calor mínimo, casi simbólico.

—¿Vienes buscando respuestas o solo algo que te distraiga un rato de lo que llevas en la cabeza? —preguntó Sybila, barajando las cartas con un ritmo pausado, casi teatral.

X arqueó una ceja, sorprendido por la franqueza y el tono casi burlón de la mujer. De alguien de dentro de los Umbrales debía de habérselo esperado. Aun así, lo desconcertó.

—Supongo que depende de lo que tengas para ofrecerme —respondió, recuperando la compostura con una media sonrisa.

Ella no contestó de inmediato. Terminó de extender el mantel sobre la mesa y alzó la vista hacia él, sin apuro.

—No hace falta que creas en esto —dijo, barajando las cartas—. Solo necesito que no intentes controlarlo. Las cartas no dicen el futuro, dicen en qué punto estás.

X arqueó una ceja.

—Perfecto, entonces no tendré que fingir fe.

—Eso ayuda —respondió ella, tendiéndole el mazo—. Tócalas. No es cuestión de fe, sino de conexión.

X apoyó la palma sobre el mazo. No sintió nada especial, pero notó la mirada de Sybila fija en él, como si le estuviera escaneando el alma con un software invisible.

—No hace falta que me cuentes nada —dijo ella, separando las cartas en tres montones—. Esto funciona igual, hables o no.

Sybila apoyó el mazo sobre el mantel.

—Tres cartas —dijo, ordenando el mazo con cuidado—. La

primera, dónde estás; la segunda, lo que te arrastra; la tercera, lo que no te deja avanzar.

Luego se tomó un momento antes de levantar la primera carta. La deslizó hacia el centro con los dedos cubiertos de anillos, como si temiera romper algo frágil.

—El Colgado —dijo—. Estás atrapado entre dos sitios. No por miedo, sino por lealtad.

X observó el dibujo sin parpadear. La tinta estaba desvaída en los bordes, como si alguien la hubiera tocado demasiadas veces. La ilustración no tenía nada que ver con las que habían recibido del asesino. Esta tenía un estilo mucho más tradicional, como las que usaba su madre décadas atrás.

—¿Lealtad a qué? —preguntó, casi por inercia.

—A un fantasma —respondió ella sin pensarlo—. Al eco de una promesa que nunca fue tuya.

X no contestó. El zumbido tenue de la luz lo distrajo por un instante, pero lo ignoró. Había algo en la carta, en esa quietud invertida, que le resultaba familiar. Como si alguien lo observara desde ese mismo ángulo, colgado y sereno.

—¿Ves esto? —preguntó Sybila, girando la carta con la punta de los dedos. Seis de Copas. Dos figuras: una grande, otra pequeña. Un gesto de entrega entre ambas—. Aquí hay algo que se quedó a medias.

X observó el dibujo unos segundos.

—No parece una carta mala.

—Ninguna lo es. Solo muestran lo que evitas mirar.

No respondió. La imagen tenía algo incómodo. No era tristeza; era reconocimiento. Como si esa escena se repitiera en bucle dentro de su cabeza, sin saber cuándo empezó.

—Alguien se fue antes de tiempo —dijo Sybila, con un tono más bajo—. Y tú llevas cargando con lo que dejó.

Alzó la vista hacia él, buscando apenas un gesto, una contracción, algo.

X soltó una risa corta, seca.

—Esto suena a una sesión de terapia, no de tarot.

—A veces es lo mismo.

El silencio duró más de lo necesario. Sybila no lo presionó; solo dejó que el humo del incienso hiciera su trabajo. Finalmente, él habló.

—Murió joven. Mi padre —dijo, como si le costara sacarlo.

Ella asintió sin mostrar sorpresa.

—Y desde entonces has intentado terminar lo que él no pudo. Pero los sueños heredados pesan. No siempre son herencia; a veces son cadenas.

X se recostó en la silla, intentando romper la tensión con un gesto cansado.

—Él creía que podía arreglar el mundo con sus manos.

—Y tú estás repitiendo el error —contestó Sybila, sin apartar la vista del mazo—. Lo conviertes en castigo, no en legado.

X forzó una sonrisa que no le alcanzó a los ojos.

—Tal vez algunos nacemos para seguir las ruinas, no para arreglarlas.

Sybila giró la última de las cartas. La Luna. Un cielo partido, dos torres, un perro y un lobo aullando hacia lo imposible. Era la misma carta que el asesino le había entregado a Trix, con la diferencia de que esta no era tan tétrica como la otra.

—La máscara —dijo—. Lo que enseñas y lo que escondes. Llevas tanto tiempo protegiéndote detrás de una imagen que ya no sabes si te mantiene a salvo o te borra.

X frunció el ceño.

—¿Eso también está en las cartas?

—No. Eso está en tu forma de mirar —replicó—. Vives con un nombre que no es tuyo y con una cara que no puedes mostrar. Y si lo hicieras, quizás no sabrías cuál de los dos sería más real.

El comentario lo pilló a contrapié. Por un instante, la respiración se le detuvo. No esperaba que lo alcanzara tan cerca del centro. Sintió el impulso de decir algo, de preguntar qué sabía realmente, si era simple intuición o había algo más detrás. Pero no lo hizo.

La observó en silencio, buscando algún rastro de cálculo, una pista que explicara su acierto. Nada. Sybila seguía allí, tranquila, con las manos apoyadas sobre el mantel, como si no hubiera dicho nada fuera de lo normal.

X apartó la vista. No le gustaba sentirse expuesto. Ni allí, ni ante nadie. Y menos frente a alguien que jugaba con cartas y certezas que no podía verificar.

El aire del sótano pesaba más, y cada respiración le supo a incienso viejo y a hierro.

—¿Y qué se supone que hago con esto? —preguntó al fin.

Sybila no respondió de inmediato. Se tomó un par de segundos, como si eligiera con cuidado la forma exacta de herir sin romper. Luego habló, con voz más baja:

—Nada. No hay que hacer nada todavía. Solo dejar de empujar. —Sus dedos rozaron el borde de las cartas—. Cuando uno se pasa la vida arreglando cosas rotas, olvida que a veces hay que mirar qué parte de sí fue la que se rompió primero.

X bajó la mirada hacia las cartas. Las tres figuras parecían distintas ahora, casi vivas bajo la luz temblorosa. Notó la tensión en los hombros, la respiración un poco más lenta. No era fe, ni revelación. Solo la sensación incómoda de que alguien había visto demasiado.

Se quedó quieto, la vista fija en las cartas, dejando que el silencio se alargara más de lo necesario. Por un momento, olvidó por qué estaba allí, qué había ido a buscar. Luego, la incomodidad lo devolvió a tierra.

Parpadeó, enderezó la espalda y apartó la mirada de la mesa. Necesitaba recuperar el control, poner distancia.

—¿Tú realmente crees en todo esto? —dijo X, con un tono más frío.

—Aquí no hay nada que creer. Esto es lo que dicen las cartas. No tiene más. Ya tú haces lo que quieras con esa información. Puedes aferrarte a tu escepticismo y negar tus problemas, pero eso no hará que desaparezcan. También puedes tomar esta lectura como una verdad absoluta, cegándote ante otros aspectos de tu vida que las cartas no han mostrado hoy. O, quizás, puedes tomarte esto como lo que es, una guía, y utilizarlo para argumentar mejor las decisiones de tu vida.

X se sorprendió por esa respuesta, mucho más racional de lo que esperaba. Cuando su madre hacía sesiones de tarotismo en el cuarto

de su casa, más de uno le hacía la misma pregunta que X acababa de formular. Su respuesta siempre era más categórica, como si al poner en duda lo que había estudiado toda una vida estuvieran insultándola en lo más profundo.

—¿Por qué elegiste dedicarte al ocultismo? —dijo X con un tono más amigable, recordando cuál era el verdadero motivo por el que estaba allí.

Sybila rio con ese tono magnánimo que ya le caracterizaba. Cada una de sus frases parecía sacada de un antiguo libro de meditaciones de un filósofo.

—Decir que es algo que elegí sería una gran simplificación de la realidad. Y cualquier respuesta que te diera a esa pregunta sería una mera interpretación subjetiva. Pero, si quieres una contestación, supongo que es algo que me interesó desde la primera vez que acompañé a mi padre a una sesión de tarotismo, cuando tenía nueve años.

X terminó de relajarse. Era estimulante hablar con esa mujer, aunque tenerla como amiga en el día a día seguramente sería excesivo dada su intensidad.

—¿Y por qué… acabaste en los Umbrales? Supongo que tampoco es algo que elegiste. ¿Qué es lo que te interesó de esa asociación?

Si X fue demasiado brusco con su pregunta, Sybila no mostró molestia alguna. Seguía con sus ojos negros fijos en su mirada.

—Sé por qué estás aquí, X Freeman. Entiendo tu preocupación, en especial tras lo ocurrido esta noche. —X reprimió su gesto de confusión—. Te puedo asegurar que quien está detrás de esas cartas del tarot no tiene nada que ver con los Umbrales. Nuestra organización realmente no se diferencia mucho de tu empresa. Lo único que nos interesa es la información. No para venderla, sino para nuestra evolución personal. Trabajamos con información interna, una que no se puede encontrar haciendo interrogatorios o investigando a personas. Solo buscando en tu interior con la ayuda de herramientas como el tarot. Pero el culpable de los dos asesinatos tiene unos motivos mucho más egoístas. Y desde luego que no busca la iluminación. Sino la destrucción.

«¿Dos asesinatos?», pensó X intranquilo, «¿era eso lo que había

ocurrido esa noche?».

Sybila observó la hora en el reloj de la pared.

—El tiempo de la sesión ha terminado. Si en el futuro necesitas que el tarot te ayude, te estaré esperando.

Con las tripas todavía un poco revueltas por la sesión en sí y esa última alusión sobre una segunda muerte, X se puso en pie. Esa cita al menos le había servido para descartar a los Umbrales como posibles involucrados de lo ocurrido.

—Ah, y respecto a Juno —dijo X—. Ella no tenía ni idea de que pretendía interrogarte sobre las muertes en Atlas. Le pedí que me recomendara una…

—No es necesario que me mientas, X Freeman. Juno lo único que ha hecho ha sido conseguirme un cliente. ¿Acaso no es obvio?

Sin saber por qué, X asintió a la pregunta retórica y salió de la sala. Se habría quedado rumiando esa extraña sensación que le había dejado Sybila, pero su necesidad por obtener respuestas era mayor. Entró en la net y con una simple búsqueda vio lo que esa mañana le había pasado desapercibido.

El asesino del tarot había vuelto a matar. Una nueva víctima yacía con el Rey de Espadas entre las manos, la carta firmada con un XE verde fluorescente, las mismas letras grabadas en su frente. Pero esta vez no era una empresaria: era un drifter.

Un ejecutivo.

Y no de cualquier clan, sino de los Santinos.

Esa noche, el responsable de las cartas había asesinado a alguien con el mismo cargo que ocupaba Dalia Rojas.

El muerto era Evaristo Molina, Ministro de Guerra de los Santinos.

◗ 11:01

X había pensado en visitarla el día anterior para preguntarle por la primera muerte del tarot, pero en los últimos meses su relación se había vuelto extraña, y prefería mantener las distancias. Sin embargo, con el asesinato del ejecutivo de un clan, cualquier incomodidad personal quedaba fuera de lugar.

Los rascacielos de Atlas se sucedían frente al parabrisas del coche. X ya no podía ignorarlo: el miedo se reflejaba en todos los rostros. Transeúntes, comerciantes, conductores… todos llevaban la tensión escrita en la cara. Se preguntó cómo no lo había notado esa misma mañana.

Si la primera víctima puso nervioso a empresarios, políticos corruptos y a quienes recibieron una carta del tarot, esa segunda muerte alertó a todos los clanes. Y, como resultado, alarmaba a cada ciudadano del país. Si había alguien que antes dudara de la seriedad de lo ocurrido, ya no tenía dónde escudarse. Esto era serio. Muy serio.

Al igual que con la primera muerte, también se había filtrado gran cantidad de información sobre la víctima. Como Ministro de Guerra de los Santinos, Evaristo Molina se encargaba de la protección del clan. Como ocurría con cada integrante de una organización así, siempre existían métodos adicionales de obtener créditos. En su caso era con la venta armamentística.

Su principal proveedor de armas pesadas y munición era el ejército europeo, aliado de Atlas. Algo sabido por muchos, aunque las filtraciones revelaban algo más: Evaristo operaba con doble contabilidad. Mientras enviaba armas a los europeos, vendía información sobre ellas a la RES. Los países que llevaban décadas combatiendo contra el régimen socialista acababan de descubrir que, durante años, su enemigo había tenido acceso privilegiado a los secretos de su armamento.

La traición había indignado más que el contrabando o la extorsión. Pero lo que enfurecía a la población era algo mayor: Atlas había sido cómplice durante años. La información filtrada explicaba por qué la guerra europea se alargaba durante décadas pese a la superioridad capitalista: a Atlas no le interesaba que acabara. La guerra era uno de los mayores negocios posibles y, mientras el conflicto estuviese lejos de casa, lo importante no era la ideología, sino el beneficio económico.

De toda esa información, lo que más le fascinaba a X era la metodología del asesino. ¿Cómo podía saberlo? Contaba con datos muy específicos y privados que involucraban a muchas partes. Y lo que filtró sobre la primera víctima y Neurodyne Industries no tenía nada que ver con los negocios de contrabando de los Santinos.

Esa era información muy sensible y de difícil acceso. A X solo se le ocurría una persona capaz de obtenerla: El Director. Sin embargo, estaba muy seguro de que él no era el responsable. Su modus operandi no tenía nada que ver con su forma de actuar hasta entonces. Además, la persona responsable estaba matando al perfil de cliente de El Director: la élite de Atlas. Junto al Gobierno, él debía de ser uno de los más afectados por esos crímenes.

X terminó de cruzar el puente que conectaba Chinatown con Nuevo Centro y aprovechó para comprobar su NED. Durante la sesión del tarot le habían llegado varios mensajes, pero la noticia de la segunda muerte le hizo olvidarse por completo.

Recorrió por encima la lista interminable: más de un centenar. Tras asegurarse de que ninguno era de Kyra, Trix o Milo, pasó al resto. Todos compartían el mismo tono: miedo, urgencia, desconfianza. Preguntaban si sabía algo, si estaban en peligro, si podían hacer algo. A estas alturas, la única protección real era no haber cometido errores años atrás.

Entre tanto ruido, dos nombres destacaron: Dalia Rojas y Bruno Greco. Verlos en la misma bandeja ya era extraño. No por lo que decían —lo mismo que el resto—, sino por lo que implicaba su presencia. Dalia parecía incluso más alterada que el día anterior. Y Bruno… hacía meses que no hablaban. Desde que se convirtió en el Don de los Siracusa y echó a su hijo del clan, también se alejó de X,

pese a que fue él quien lo ayudó a alcanzar la cima de su organización.

Apagó el coche. El cese del zumbido eléctrico lo devolvió al presente. Había llegado a ARCO. La sede principal —y única— de la Agencia para la Regulación de Clanes Organizados. En los controles de acceso todos le conocían, lo que rebajaba su hostilidad. Aun así, le quitaron su rifle y le instalaron un inhibidor en el poco ciberware que llevaba encima.

Lo acompañaron hacia una sala de espera y aguardó a que Maia quedara libre.

Esa oficina había cambiado bastante desde la primera vez que X la visitó, tres años atrás. Y no para mejor.

Si en su primera ocasión se sorprendió de la falta de renovación que tenía el sitio, ahora le resultaba ya algo imprescindible. Al menos al principio se compensaba con el continuo trajín de personas, decenas de agentes trabajando sin descanso. Pero la plantilla se había reducido a la mitad, quizás a más. Estaba claro que desde que Elías Rivas —el fundador de ese cuerpo— salió del partido, esa organización no pasaba por sus mejores momentos.

Aunque decir que le echaron sería una inexactitud. Su destitución del gobierno de Vera Voss fue la última de las consecuencias del gran revuelo que causaron ReCorp y los legacy. Uno de los responsables de sacar a la luz ese escándalo fue ARCO, así que la presidenta se cansó de contar con su creador entre sus filas. Sin embargo, debido a la gran popularidad que tuvo ese organismo a raíz de esa operación, siguió activo con Julius Thorne y Maia Duval a la cabeza como estrategia de blanqueamiento de imagen. Según le había dicho Maia, ya operaban casi como una organización clandestina, con la mayoría de sus acciones fuera del radar de sus superiores.

Tras un rato, otro agente lo acompañó al despacho de Maia.

—Perdona que te haya tenido tanto tiempo fuera —dijo la capitana de ARCO cuando X entró en su reducida oficina.

Seguía con la atención en su NED. Tardó unos segundos más de lo necesario en levantar la vista. Cuando por fin lo hizo, su expresión era neutra, casi forzada. Como si no supiera si recibirlo con

reproche, alivio o algo más primitivo.

—Como entenderás —añadió—, estos últimos dos días están siendo una locura.

X se sentó sin decir nada y esperó a que Maia terminara. Después de lo ocurrido con ReCorp habían colaborado en unos cuantos trabajos más. Su relación profesional era sólida y provechosa para ambos, excepto cuando Maia sacaba el tema de El Director. Dalia no era la única que presionaba a X para que siguiera investigando. Como la capitana de ARCO dijo en su momento, «nadie puede matar a uno de mis detenidos sin pagar las consecuencias». Tras la muerte de Néstor Prym, parecía que ella había tomado el relevo en la misión de acabar con El Director.

La última vez que se vieron, unas semanas atrás, la conversación terminó precisamente con ese tema. X no sabía por qué, pero Maia reaccionó con una agresividad inusual ante su falta de avances y sus evasivas constantes. Se lo tomó casi como una ofensa directa. En general, hacía tiempo que no comprendía su comportamiento.

Finalmente, Maia miró a X con un asentimiento. Sin el mínimo rodeo, X sacó su carta de la chaqueta y la tiró sobre la mesa.

—Yo también recibí una carta. Kyra, Bruno, Milo, Dalia Rojas… incluso Hernán Ballesteros y Darío Kellman, el ministro. Seguro que hay más: Valquirias, ejecutivos de los Shiz, líderes Inarizoku. Tal vez hasta Vera Voss. ¿Qué hay de vosotros? ¿El comandante Thorne o tú habéis recibido algo?

Maia no se inmutó lo más mínimo ante la franqueza de X. Ella actuaba igual. Abrió uno de los cajones y, durante un segundo, dudó. Como si lo que iba a mostrarle no fuera una simple prueba, sino algo que también le afectaba en lo personal. Luego dejó la carta sobre la mesa.

X la repasó con el ceño fruncido, intentando descifrar la intención oculta tras la imagen. Maia Duval aparecía transformada en un Caballero de Espadas futurista, montada en una moto que se lanzaba como un proyectil entre nubes de tormenta y restos de drones abatidos. La espada de plasma que blandía no dejaba lugar a dudas: era un retrato de acción, de embestida sin freno.

X interpretó aquello como una acusación velada, una forma de

pintarla como la ejecutora impetuosa de un plan mayor, la mano que carga cuando otros dan la orden. El simbolismo parecía claro: Maia no era la estratega, sino el filo arrojado contra el enemigo.

Quizá el autor de esas cartas quisiera presentarla como cómplice directa de los asesinatos recientes, como el brazo armado de ARCO. O quizá solo se tratara de un teatro macabro, una narrativa impuesta para enredar todavía más las sospechas.

X sabía que la elección de esa carta, al igual que con el resto, no era casual: estaba diseñada para impregnar a Maia de la ferocidad y la sangre que otros querían atribuirle.

—Julius también tiene otra. La Justicia.

X soltó una risa seca. De no estar implicado en ese circo de tarot y asesinatos, hasta le habría hecho gracia el teatro del asesino.

—¿Elías Rivas también?

Maia se acomodó en la silla, como si el respaldo pudiera protegerla de la pregunta. No dijo nada. Su mirada osciló hacia el ventanal durante un segundo, luego volvió a X sin alterar el gesto.

X no insistió. El silencio decía más de lo que cualquier frase podría. Ya había aprendido que, al mencionar ese nombre, Maia dejaba de estar en la sala.

Y esa ausencia, cada vez más evidente, le decía algo que aún no sabía poner en palabras.

—¿Y sabes algo sobre la muerte de anoche? —dijo X rompiendo por fin el silencio.

La capitana de ARCO pareció destensarse.

—Que ha muerto un ejecutivo de los Santinos.

—Eso es obvio.

—Sí, pero conviene destacarlo. Una empresaria corrupta que, con el respaldo del gobierno, saqueó millones de las arcas públicas. Y un Ministro de Guerra de los Santinos que llevaba años filtrando información al mismo enemigo al que vendía armas. No seré yo quien finja pesar por lo ocurrido. Si algo me incomoda, es el golpe al ego: en solo dos días, quien esté detrás de esto ha conseguido más que nosotros en años de operaciones.

Aunque Maia había hablado con una sonrisa y algo de sorna, X la miraba con fijación. Sus palabras habían despertado una suposición

que hasta entonces no tenía.

Por un instante, X notó que Maia quería decirle algo más. Estaba ahí, en el cambio sutil de postura, en la forma en que se inclinó hacia delante como si sus palabras fueran urgentes. Pero la puerta se abrió antes de que pudiera pronunciar ni una sílaba.

—Capitana Duval, tiene que venir a ver esto. Está ocurriendo algo en el Consejo Central. Se ha formado una revuelta enorme de al menos cuarenta mil personas contra el gobierno.

◗ 11:47

El portazo resonó en el despacho de ARCO cuando X y Maia salieron a toda prisa. El rugido de una multitud se filtraba por los muros, cada vez más cercano. El Consejo Central estaba a unas manzanas de distancia, pero la marea humana lo inundaba todo, extendiéndose hasta casi alcanzar la propia sede de ARCO.

El aire vibraba. Decenas de miles de personas formaban un río compacto de cuerpos y gritos que exigían respuesta. El nombre de Vera Voss se repetía como un latigazo, entre insultos, pancartas improvisadas y un clamor que pedía su dimisión. Atlas había perdido la paciencia.

X avanzaba junto a Maia entre los empujones, midiendo cada detalle. No era una simple protesta: era un síntoma de agotamiento. La presidenta estaba a semanas de cerrar su mandato, y las elecciones se acercaban como un punto de fuga inevitable. En Atlas, cada cinco años, los ciudadanos votaban de manera directa a la persona que ocuparía la presidencia. No había intermediarios, ni listas, ni reparto de escaños: un nombre, un rostro, y la mayoría definía el rumbo del país.

Ese sistema, tan celebrado por la propaganda, no había impedido que los clanes siguieran controlando la ciudad desde sus distritos, gobernando con mano de hierro los ayuntamientos y moldeando la vida cotidiana. El gobierno central, con sus tres poderes reunidos en Nuevo Centro, seguía siendo la fachada oficial, el escenario donde se proclamaba la democracia. Pero lo que gritaba la multitud no era política de manual: era hambre de justicia, rabia contra un liderazgo que había callado demasiado.

Maia clavó la vista en la silueta del Consejo Central, apenas visible tras el humo y las banderas agitadas.

—Hasta que no hable, esto no va a parar —dijo con la voz áspera, casi ahogada por los gritos.

X no respondió. No le hacía falta: sabía que la multitud no se movería hasta escucharla. Y también sabía que, cuando lo hiciera, el incendio podía crecer todavía más.

Entonces una enorme proyección surgió en la fachada principal del Consejo Central del Gobierno de Atlas. Los gritos y ánimos de la gente se calmaron, aunque ciertos abucheos se seguían sucediendo en intervalos irregulares. Cuando la imagen se volvió nítida, apareció la cara de la presidenta Vera Voss. Nuevos gritos se levantaron hacia el aire. La presidenta debía de tener conexión directa con ese cruce colapsado por manifestantes, ya que esperó paciente a que la gente bajara la voz. Cuando lo hizo, empezó a hablar con esa calma que rozaba la condescendencia:

—Ciudadanos de Atlas. Sé que en estos días habéis sido sacudidos por revelaciones dolorosas, por verdades que nadie quería oír y que, sin embargo, debían salir a la luz. Casos que han puesto a prueba la confianza que depositasteis en vuestras instituciones y en mí. No voy a negarlo: la sombra de la corrupción ha alcanzado a nombres que jamás debieron rozarla. Y como presidenta de esta nación, me corresponde asumirlo con la transparencia que merecéis.

X atendió a la disculpa con el ceño fruncido: calculada al milímetro, lo bastante para sonar sincera, pero sin llegar a mancharse las manos.

—Quiero que sepáis —prosiguió Voss— que ya hemos iniciado un proceso independiente y exhaustivo. Cada contrato será revisado, cada cifra, cada firma, cada decisión tomada bajo mi mandato será examinada con la luz que exige la justicia. No habrá excepciones. Quienes hayan abusado de su posición serán apartados y procesados. Sin importar su apellido, su fortuna o el lugar que ocupen en esta administración. Nadie, escuchadme bien, nadie está por encima de la ley.

A su lado, Maia Duval soltó un resoplido incrédulo, sin apartar la vista del holograma.

—La mitad de esos «nadie» cenará con ella mañana —murmuró.

El discurso viró entonces, como X anticipaba, hacia un enemigo externo. Pero no esperaba que la presidenta eligiera ese objetivo.

—No nos engañemos —continuó Voss, y su tono adquirió un filo

gélido—. Estas revelaciones no han surgido por azar. La República de la Europa Socialista se ha infiltrado en nuestras redes, ha manipulado nuestros sistemas y ha intentado fracturar la estabilidad de esta nación. Buscan algo más que manchar nuestra reputación: quieren quebrar la fe que nos une, erosionar la confianza en nuestra libertad, debilitarnos desde dentro hasta que olvidemos quiénes somos.

La cámara se acercó a su rostro. Los ojos de Vera brillaban con una intensidad casi programada, la de quien sabe que cada palabra quedará grabada en la memoria colectiva.

—Atlas no caerá en el juego de la RES. Resistiremos sus mentiras, sus intentos de división, sus ataques disfrazados de verdad. Esta ciudad, nuestra nación entera, se ha forjado bajo la presión del caos, y no será ahora cuando permitamos que nos roben lo que hemos levantado con esfuerzo, con dolor, con esperanza.

X no respondió, tampoco los miles de personas a su alrededor. Todos se habían quedado congelados, incapaces de creer que la presidenta hablara en serio.

—Atlas —concluyó Vera Voss, alzando la voz con una convicción que resonó como metal contra mármol—, no olvidemos quiénes somos. No somos una nación que se rinde. Somos el corazón libre del mundo. Y solo unidos podremos resistir contra quienes quieren arrebatarnos lo que hemos construido con nuestras manos, con nuestra verdad y con…

A la presidenta no le dio tiempo a terminar la frase. Si pretendía apagar el descontento con ese discurso, acababa de conseguir justo lo contrario. La revuelta ardió de tal forma que los gritos del inicio parecieron de ánimo.

X observó cómo la marea humana se agitaba con una furia nueva, como si cada palabra hubiera sido gasolina sobre un incendio ya encendido.

Y mientras los gritos crecían, él no podía dejar de pensar en el contenido de ese discurso. Porque todos ahí sabían lo que era: un juego de espejos. Él también lo creía. Pero había algo en el tono de Vera que lo descolocaba: había hablado con una certeza inquebrantable. No dudaba de su capacidad para mentir a las

masas; era política. Y debía de saber a la perfección el efecto que tendría ese mensaje en un momento como ese. Entonces, ¿por qué lo había hecho? ¿La presidenta realmente creía que era la RES quien estaba detrás de las muertes, la filtración de información y el caos general en el que se había sumido el país?

Quizás sí lo pensaba. Pero de ser así, X estaba seguro de que se equivocaba. La RES no estaba detrás de esos ataques. No podía estarlo. Al menos, eso era lo que seguía repitiéndose.

En cualquier caso, eso era secundario. Hasta entonces, Atlas crujía como un edificio al borde del colapso; tras el comunicado de la presidenta, ardía por dentro, convertida en una hoguera que devoraba sus propios cimientos y amenazaba con arrastrar consigo toda la ciudad.

◗ 23:12

Dos horas más tarde, el eco del portazo de Kyra aún retumbaba en la cabeza de X.

X había llegado a casa después de un día largo, cargado de tensión y frustración. Tras repasar toda la información relevante sobre los asesinatos del tarot, seguía sin sacar nada en claro. Leilah Nadir y Evaristo Molina. Mismo tipo de proyectil, dos disparos al pecho en ambos casos. La carta de tarot, colocada del mismo modo. La firma en la frente: ese maldito XE. Según el informe de la científica, el trazo era similar, aunque no podía asegurarse que se hubiera usado el mismo cuchillo.

X se había pasado horas dándole vueltas. ¿Eran iniciales? ¿Un seudónimo? ¿Una advertencia? No le gustaba que la «X» estuviera ahí. Sabía que era sugestión, pero no podía evitarlo. La primera vez que vio la firma, durante un segundo, creyó haber leído XF. Las suyas. Desde entonces, sentía que el caso lo tocaba más de la cuenta. Quizá era paranoia. O quizá era que tanto él como su familia estaban amenazados con ser los siguientes.

Había intentado traducir esas letras en varios idiomas, buscar referencias, algún patrón. Nada. Ninguna combinación tenía sentido. O al menos, ninguna que lo llevara a algún sitio.

El resto del método era igual de preciso: ejecución limpia, filtración de un escándalo relacionado con la víctima y, siempre, alguien con cierto peso público. Aquello no lo estaba haciendo un aficionado. Era alguien con experiencia. Y con una preparación milimétrica.

Solo un detalle le había llamado la atención: en la primera víctima había marcas leves en las sienes. Como si hubiese llevado unas gafas o algún tipo de visera justo antes de morir. El ejecutivo de los Santinos, en cambio, no tenía nada parecido. Otra incógnita para la lista. Cada vez le molestaba más la repercusión que iba tomando

aquello.

Al regresar a su apartamento, Kyra estaba allí. X necesitaba despejarse y, tras unos segundos de duda, le propuso salir a cenar. Ella respondió con una evasiva vaga, sin mirarlo. Cuando insistió, Kyra tardó demasiado en contestar y, al hacerlo, su voz sonó demasiado medida. X frunció el ceño. Dio un paso más hacia ella. Kyra se levantó de golpe y le sostuvo la mirada, rígida. Las palabras empezaron a caer entre ellos, cada vez más rápidas, más tensas.

Por un instante, X reconoció en sus ojos a la Kyra de años atrás: el gesto duro, la mandíbula tensa, esa forma de hablar como si cada frase fuera un filo. Dejaron de escucharse. Las frases se volvieron cortas, precisas, dirigidas solo a hacer daño.

Kyra abrió la puerta sin mirar atrás y salió, cerrando de un portazo que hizo vibrar los cristales. X se quedó inmóvil en mitad del apartamento, con el eco aún golpeándole la sien.

En ese mal momento, Darío Kellman llamó a X. Tenía la voz ansiosa, con el temor de que esa noche el asesino del tarot acabase con él. Le pedía que lo protegiera. X ni siquiera respondió a su cliente, sencillamente colgó.

Llevaba las últimas dos horas hundido en el sofá. Inmóvil. Solo con la mirada clavada en la panorámica de lujo que le brindaba su apartamento. Una panorámica que empezaba a aborrecer.

Cansado de pensar en lo mismo una y otra vez, se levantó resignado y subió al vestidor de la habitación. No tenía ningunas ganas de hacer de guardaespaldas de su cliente, pero al menos así estaría ocupado. Y, si aquel día el asesino decidía actuar, estar cerca del político podía darle nueva información que tanto necesitaba.

Al fondo del vestidor, un sensor escaneó el rostro de X y el espejo reveló el pequeño arsenal del que disponían. La mayor parte del armamento era de Kyra. X cogió un par de complementos que acopló a su fusil, se puso una chaqueta reforzada y, tras asegurarse de que tenía la máxima munición posible, salió de la casa.

Su cliente vivía en una de las últimas plantas de un rascacielos de Nuevo Centro. Tras su insistente llamada le había mandado un acceso por si al final decidía acudir. Fue lo que empleó para entrar al vestíbulo interior y poder usar el ascensor.

Cuando llegó a su piso, en el pasillo solo había cuatro apartamentos, a pesar de que la planta del edificio era enorme. La puerta de su cliente estaba cerrada. Llamó y esperó a escuchar movimiento. Nada. Lo intentó varias veces más con el mismo resultado. Empezó a preocuparse. Probó a llamarle por el NED. Aunque hacía conexión, lo que indicaba que no estaba muerto, seguía sin responder.

En cualquier otra ocasión, se habría maldecido por el tiempo perdido y habría puesto rumbo a casa. O, más probablemente, al Death Zone o a algún otro bar. Pero tras los últimos acontecimientos, estaba más susceptible de lo habitual.

Sin ningún miramiento, desenfundó su rifle y lanzó una carga contra la cerradura. No fue suficiente para perforarla por completo. Disparó dos veces más hasta que la puerta cedió. Para su sorpresa, no sonó ninguna alarma. Eso no le gustó, significaba que alguien ya la había desactivado.

Entró despacio, con el fusil listo para activarse en una centésima de segundo. Avanzó por el primer piso sin hacer ruido, revisando cada rincón con la mirada fría y metódica de quien ya ha visto demasiadas emboscadas. Ninguna luz automática se encendió, y el silencio era tan perfecto que podía oír el zumbido leve del sistema eléctrico en reposo. No había movimiento, ni calor humano, ni rastro de presencia reciente. Todo estaba en orden… Demasiado en orden.

Subió a la segunda planta con la vista fija en la penumbra, cubriendo cada ángulo. Al llegar arriba, el pasillo se abrió ante él. Salió del dormitorio y giró hacia la que parecía la última de las habitaciones. Con la retaguardia ya limpia, X daba pasos cortos y seguros, con la confianza de que, de haber un peligro, se encontraba delante de él.

Al divisar el umbral de la puerta detectó una luz en su interior, pero no pudo identificar si era de la noche de Atlas o de la habitación en sí. Al avanzar un poco más, lo confirmó. Vio a una figura sentada delante de un escritorio, dándole la espalda a X. Debía de ser Darío Kellman. Enfrente de él, una persona vestida entera de negro y oculta tras una máscara tenía las manos sobre su cliente.

—Detén lo que estés haciendo ahora mismo.

La voz de X se impuso justo cuando alzaba el arma hacia la cabeza del intruso y cruzaba el umbral del despacho. Como única respuesta, el desconocido apartó brevemente la mirada de su víctima. X se preparó para disparar una carga neutralizadora, pero entonces escuchó un pitido inconfundible. No le había quitado los ojos de encima ni a su objetivo ni a sus manos, pero debía de haber instalado algún tipo de trampa.

X se paralizó en seco. El fusil se le cayó al suelo con un estrépito que retumbó en la sala. El hombro le escocía bastante, era ahí donde había recibido el impacto inmovilizador.

Se conectó con su NED al fusil inteligente, pero al caer, el arma se había volteado y el cañón apuntaba directamente a su pierna. Cualquier intento de disparo teledirigido acabaría impactando contra su propio cuerpo. No había nada que pudiera hacer. Tanto él como su cliente estaban a merced del individuo tras la máscara.

La persona seguía encima de la mesa, sentada en una posición un tanto infantil. Una vez comprobó que X no se podía mover, había vuelto a lo que estuviese haciendo, como si no le importara tener audiencia. X aumentó su visión con el NED y analizó bien la escena. Podía ver el lateral de la cabeza de Darío, tenía algo conectado sobre sus orejas y en los ojos. Rápidamente lo identificó como un visor de braindiving. La persona de negro también estaba conectado a él.

Entonces lo entendió. Esa era la forma en la que el asesino obtenía tanta información confidencial de sus víctimas. La extraía de su cerebro.

El braindiving era el arte de manipular recuerdos. Desde experiencias reproducibles, como un BF, hasta interacciones más complejas como las que sufrió en ReCorp o durante la prueba de Victor Ardan. Pero también permitía algo más siniestro: excavar en la mente de alguien sin su consentimiento, como un ladrón de secretos.

Por eso el asesino sabía tanto. Porque, antes de acabar con sus víctimas, violaba sus mentes sin ningún remordimiento y luego publicaba esa información, casi como si fuera la propia persona testificando sobre sus crímenes.

Así se sucedieron los minutos, sin ningún movimiento por ninguna de las tres partes: Darío, porque estaba inconsciente, dentro del braindiving; X, porque estaba inmovilizado, sin ningún indicio de que fuera a recuperar la movilidad pronto; y el perpetrador, porque estaba ocupado haciendo su trabajo.

Un rato después, el asesino pareció haber reunido todo lo que necesitaba. Se incorporó sobre el escritorio y saltó al suelo con un movimiento fluido. La luz del ventanal se deslizó por su traje oscuro, ceñido como una segunda piel. El material, una mezcla entre cuero y filamentos dorados, trazaba líneas precisas sobre su cuerpo, pulsando con un brillo intermitente, casi orgánico. En el rostro, una máscara sin rasgos definidos: solo una superficie opaca de la que escapaban destellos tenues, como si una mirada eléctrica se ocultara tras el metal.

Con un gesto seco, giró la silla con la pierna para que Darío quedara de frente a X, y le retiró el visor. La consciencia volvió de golpe. Pasó de una palidez inmóvil a una expresión de puro pavor. Pataleó, agitó los brazos con desesperación, pero las ataduras no cedieron. Entonces, sus ojos se clavaron en la figura inmóvil bajo el umbral de la puerta.

—¡Freeman! ¡¿Qué haces ahí parado?! Quítame a este psicópata de encima antes de que me mate —suplicó Darío, encadenado a la silla, con el rostro empapado en sudor y los ojos tan abiertos que parecía que no parpadeaba desde hacía minutos.

X sintió lástima por el hombre, aunque ni siquiera pudo mostrarlo. Darío repitió varias veces la misma frase, cada vez con un llanto más sonoro. Hasta que los gritos se sustituyeron por un sollozo irregular y el sonido de un goteo. Al bajar la vista, X observó un charco de orina formarse a los pies del político.

—Por favor… sálva…

No terminó la frase. Dos disparos en el pecho le robaron la última sílaba. El asesino, como si X no estuviera ahí, se acercó al amplio escritorio y cogió una carta de la mesa. Volvió al cadáver de Darío Kellman y la dejó sobre su regazo. Era el mismo Cinco de Pentáculos que X vio la mañana anterior en su oficina.

Seguidamente, la persona de negro sacó un cuchillo pequeño de

su cinto y lo apoyó sobre la frente desnuda del cuerpo. Mientras grababa su firma, X analizó al individuo. Suponía que detrás de esas ropas se escondía una mujer. Aunque no se intuía pecho, era una persona de baja estatura, delgada y los movimientos que le había visto hacer eran muy ágiles.

Al menos confirmó que no se trataba de Kyra. Sabía que eso era imposible, ella estuvo en la cama en la noche del primer asesinato, cuando X estuvo desvelado por la huida de Trix. Pero aun así, X había tenido esa molesta suposición en el fondo de su mente todo ese tiempo, en especial tras su extraño comportamiento de los últimos días y su aparición en la madrugada anterior, después de la muerte de Evaristo Molina.

Interrumpiendo a X en su ensimismamiento, la asesina se apartó y le mostró su obra de arte. Un XE tallado en la frente de la persona que se suponía que debía proteger. Limpió el cuchillo en la ropa de la víctima y guardó el arma.

Al darse la vuelta, dio unos pasos seguros hacia X. A él le fue imposible no pensar en Trix al verla caminar así. Tanto su complexión, actitud, como agilidad se asemejaban a un calco de ella. Pero no podía ser ella.

No podía ser ella.

Se detuvo a un par de palmos de distancia. X empezaba a recuperar la sensibilidad en las puntas de los dedos, pero todavía faltaban varios minutos para obtener el control completo. Solo le quedaba una opción: observarla.

La máscara que cubría su rostro parecía hecha de un material ajeno a este mundo. Oscuro, sin un solo borde visible, se adaptaba a su cara con una perfección casi inhumana. En la frente brillaba un símbolo dorado, circular, semejante a un ojo o a un sol estilizado, del que nacían filamentos finos que descendían por las mejillas y el cuello, como si canalizaran energía. A la altura de los ojos, dos aberturas estrechas dejaban escapar una luz cálida y palpitante que, más que iluminar, parecía mirar. Había algo ritual en su diseño, una geometría sagrada convertida en interfaz; una fusión imposible entre tecnología y misticismo, como si el traje no solo protegiera a quien lo llevaba, sino que la convirtiera en una especie de entidad o

sacerdotisa de un credo desconocido.

Siguiendo la misma teatralidad del asesino, si hubiese tenido que asignarle una carta, habría sido El Mago. No por azar, sino porque todo en ella —desde la precisión de sus movimientos hasta la calma con la que orquestaba el caos— emanaba esa energía de dominio absoluto. Igual que el Mago del tarot, tenía a su alcance todos los elementos para imponer su voluntad: conocimiento, poder, control. Su traje no era solo una armadura, sino una extensión de su mente, un instrumento para convertir pensamiento en acción. En aquel escenario de mentiras, muertes y símbolos, ella era la arquitecta invisible, la ejecutora de lo imposible. Todo lo que ocurría en torno a Atlas respondía a un único acto de su magia: la voluntad hecha sistema.

Sin embargo, el asesino había cometido un error. De lejos y con movimientos seguidos, X no podía analizar su rostro. Pero ahora que estaba detenida delante de él, sí que podía. Activó la exploración avanzada de su NED. Su visión atravesó la tela que cubría el rostro de quien se acababa de convertir en asesino en serie y estudió sus facciones para reconstruir un modelo en tres dimensiones de su aspecto.

La asesina debía quedarse así unos segundos más. Solo unos segundos más. Aunque apenas mostraba intención de moverse, casi como si quisiera que X descubriera cuál era su identidad. ¿Realmente podía ser Trix?

La barra de progreso avanzó a gran velocidad, hasta que se detuvo en el sesenta y cuatro por ciento. Dos segundos después, aunque su objetivo siguiese inmóvil, el NED le mostró un aviso de error:

> *Imposible detectar complexión facial. Elimina el dispositivo de ocultación y vuelve a efectuar la exploración.*

¿Dispositivo de ocultación? ¿Tan preparada estaba esa persona?

A pesar de lo inútil que sería, X volvió a activar el análisis. Entonces, la persona se movió. Alzó la mano y se quitó el guante que la protegía.

Con la piel desnuda, sin ningún arma, acercó los dedos hasta acariciar su mejilla. X sintió la piel tersa y fría de sus yemas, un contacto tan inesperado como desconcertante. No era una amenaza. Tampoco una muestra de piedad. Era algo más íntimo, más críptico. Como si en ese roce hubiera un reconocimiento, una advertencia… o un adiós. Y, aunque estuviese mirando en la negrura insondable de la máscara, creyó ver unos ojos. Los ojos de alguien que ya había visto antes. Aunque todavía no sabía cuándo.

Con un gesto que rompió por completo la calma que había mostrado hasta entonces, la asesina desapareció. Escuchó sus pasos apresurados por el pasillo al descender por las escaleras hasta perderse del todo. Se desvaneció de la escena del crimen sin pronunciar una sola palabra y sin herir al único testigo del asesinato.

19 DE JUNIO, 2067

◗ 10:19

X se despertó en la cama de su apartamento de lujo. Solo. Al ver la hora en su NED, no se lo creyó. El sentimiento letárgico que percibía desmentía que hubiese dormido tanto tiempo.

Aunque esa noche logró dormir del tirón, su descanso estuvo infestado de pesadillas; y eso que, tras todo lo que X había vivido en su corta existencia, pocas experiencias merecían realmente ese nombre.

Se había visto de nuevo en el despacho de Darío Kellman, frente a la asesina del tarot. X volvía a estar paralizado cuando la figura de negro se acercaba a él y se quitaba la máscara para revelar el rostro de Trix. Después de dedicarle una sonrisa sádica, regresaba a la silla que presidía el escritorio y mostraba a Kyra atada. Ella la miraba con terror, con el miedo de que alguien a quien quería tanto fuese a hacer una locura. Sin una sola palabra, Trix desenfundaba su pistola y disparaba tres veces contra el pecho de Kyra. Seguidamente, recreaba la escena final del crimen que la verdadera asesina había hecho la noche anterior con el político.

El agua fría de la ducha arrastró los restos del sueño, pero solo sirvió para que la realidad pesara más. Era la primera vez que cometía un error tan grave desde que fundó No-One. El cliente que

había contratado su protección había muerto frente a él, y no había hecho nada para evitarlo.

La raíz de todo estaba clara. X no había ido a su rescate antes, aun sabiendo el peligro que corría. Y aunque tuvo delante al responsable de las tres muertes, de poco le sirvió. Recordaba su complexión, la calma metódica con la que actuaba… y algo peor: la sospecha de que lo conocía. No había otra razón para seguir con vida.

Un pensamiento se abrió paso, viscoso y temido.

Trix.

Necesitaba despejarse, aunque fuera un poco. Ver el estado del país le pareció un buen punto de partida, o al menos una forma de calibrar cuán hondo estaban calando las muertes y los escándalos.

Secado y vestido, X bajó al salón y conectó la pantalla principal para ver las noticias. Se tomó un café mientras acariciaba a Lluna y observaba cómo el país entero ardía. Cualquier canal mostraba lo mismo. Tres muertes en tres noches. La última de ellas, el Ministro de Infraestructura. Junto a una empresaria y el ejecutivo de un clan. No había nadie seguro en la cúpula de Atlas. Y la opinión de la gente estaba más polarizada que nunca.

Como era habitual, la asesina filtró los datos que extrajo del cerebro de Darío Kellman. La noticia confirmó lo que X ya sospechaba: el ministro manejaba contratos de infraestructuras amañados, vendía licencias a cambio de sobornos y permitía que barrios enteros se hundieran en el abandono.

Con su muerte expuesta y la trama al descubierto, el país entero comprendía que su precariedad no era casualidad, sino parte de un sistema podrido que los exprimía sin tregua.

En los barrios más pobres, el miedo también se mezclaba con superstición. Las muertes, siempre acompañadas de cartas del tarot, comenzaban a verse como algo más que simples asesinatos. En tabernas, mercados y la net, la gente hablaba en susurros de una maldición: alguien estaba limpiando el poder desde dentro, guiado por fuerzas que no entendían.

X cambió de canal una vez más y apareció una nueva imagen: una multitud aún mayor que la del día anterior frente al Consejo

Central. Reconoció el lugar al instante: una plaza amplia en Sakoku, el barrio sur de los Inarizoku. Pero esa vez el ambiente era distinto. Nadie insultaba al gobierno ni alzaba pancartas de protesta. La multitud vitoreaba las palabras de alguien que hablaba desde un escenario improvisado.

Elías Rivas.

X percibió que su mensaje estaba cargado de una rabia contenida —una válvula para la furia que la ciudad acumulaba tras tanto escándalo—. Elías no encabezaba los vítores ni redactaba los lemas de las pancartas, pero tampoco los acallaba. X leyó varios carteles y, en las pausas del político, escuchó los gritos de la multitud. A la mayoría no le importaban las muertes; las celebraba. Eran empresarios y cargos públicos corruptos. Incluso alguno, amparado por el anonimato que otorgaba el estar rodeado de tanta gente, se atrevió a decir que elogiaba la muerte del drifter: un traficante de armas para ambos bandos que no merecía otra cosa que una bala en el pecho.

—Cuando estaba dentro del partido de la presidencia —continuaba Elías Rivas—, presencié muchas cosas que me provocaron repulsión. Y me da vergüenza admitirlo, pero lo único que hice fue girar la cabeza hacia otro lado. Sin embargo, la respuesta de Vera Voss ante los sucesos de los últimos días ya es excesiva, y por fin estoy en una posición en la que no tengo que mirar a otro lado. Ninguno de nosotros tenemos que hacerlo. Ya es momento de enfrentar la realidad y hacer todo lo que esté en nuestra mano para cambiarla.

Una gran marabunta de vítores mostró el acuerdo con sus palabras.

—Echarle la culpa a la RES es el truco más viejo del manual. Una distracción miserable, orquestada por la presidenta para desviar la atención y crear un enemigo externo que oculte los problemas internos. Pero no va a funcionar. Sabemos cuál es el verdadero cáncer: un gobierno podrido desde sus cimientos. No debería sorprendernos, al fin y al cabo, fueron los seis clanes fundadores quienes crearon la figura del presidente como una marioneta decorativa, diseñada para dar legitimidad internacional a este país. Y

esa marioneta se ha ido heredando hasta llegar a Vera Voss.

»Pero ya no estamos en los años ochenta. La única razón por la que la guerra con la RES sigue vigente es porque permite a políticos y empresarios corruptos engordar sus bolsillos. Yo he formado parte del gobierno que hoy rige Atlas, y puedo decirlo con certeza: es una farsa. Una fachada manipulada por los verdaderos dueños del país. Fumiko Watanabe, Bruno Greco, Hernán Ballesteros, Meilin Jindao… y las Valquirias. Esto no es una democracia. Es una plutocracia mafiosa. Y yo, Elías Rivas, pretendo acabar con ella.

Un instante de silencio precedió a la explosión. Luego, la plaza entera estalló en una oleada de puños alzados y gritos que reverberaban contra los edificios. Algunos lloraban, otros saltaban. Desde las azoteas, varios drones de prensa flotaban sobre la multitud como buitres expectantes.

La tierra tembló bajo la presión de miles de gargantas desahogando años de frustración. Parecía que un pequeño terremoto había alcanzado esa parte del país.

X se quedó prendido del habla de ese hombre. Incluso dejó de acariciar a Lluna —que pedía su atención con el hocico—. Ese hombre… No se podía esperar menos del creador de ARCO. De quien había elegido a personas como Julius Thorne y Maia Duval para llevar a cabo una tarea que nadie en su sano juicio querría llevar. Pero aun así, no se lo acababa de creer. Elías Rivas, en mitad de la locura que asolaba Atlas en esos momentos, había hecho una declaración tan directa como suicida. Y, a pesar de ello, X estaba de acuerdo con cada una de las palabras que había soltado. Sabía lo hipócrita que era por su parte. Él mismo había respaldado a varias de las personas que había nombrado como culpables, aunque más por necesidad de adaptarse al ecosistema de ese país que por convicción.

Mientras aquel salvador mesiánico seguía hablando, X no podía apartar una idea que empezaba a tomar forma. Tras lo ocurrido, Elías era de los más beneficiados. Una semana atrás lideraba una minoría que apenas aspiraba a plantar cara al gigante que era el partido de Vera Voss. Ahora el escenario había cambiado, y X no descartaba que todo aquello hubiera sido orquestado por él. Por

ARCO. Cuanto más lo pensaba, más fuerza cobraba esa sospecha.

Lo que tenía claro era que ese discurso solo servía para echar combustible a un incendio que se propagaba sin control. Ningún clan quería que Vera Voss se sustituyera por el creador de ARCO. No lo permitirían. Y esa fricción añadida a los asesinatos y a los escándalos de corrupción era muy peligrosa.

Viendo que ya no podía posponerlo más, X revisó los mensajes en su NED. Solo con ver la lista de notificaciones proyectadas en su visión aumentada, sintió una punzada de ansiedad. La mayoría eran lo de siempre: solicitudes de información, preguntas de antiguos clientes, peticiones vagas de ayuda. Pero entre los mensajes rutinarios, detectó algo nuevo.

Algunas comunicaciones iban cargadas de un veneno más sutil: insinuaciones, preguntas con doble filo, frases cortas que no decían lo que realmente querían decir. Acusaciones veladas. Había quienes, convencidos por el discurso de la presidenta —ya fuera por convicción o por puro instinto de supervivencia—, comenzaban a verlo como el ejecutor ideal del supuesto plan siniestro de la RES. No lo señalaban abiertamente, aún no. Pero el tono lo decía todo. La sospecha empezaba a anidar.

Daba igual todo lo que X hubiera hecho en los últimos cinco años. Bastaba con haber sido europeo. En cuanto surgían sospechas de espías comunistas, él era el primero en ser señalado. Como si todo lo vivido desde su llegada no hubiera sido más que una tapadera, un plan meticuloso para alcanzar la posición de poder que ocupaba en la actualidad.

X seguía convencido de que la RES no estaba detrás de aquello. Era un plan demasiado elaborado, demasiado preciso. Para lograr algo así, necesitaban a alguien con una posición como la suya dentro de Atlas, y estaba seguro de que no tenían a nadie con ese perfil. Además, él había estado en el otro bando; conocía bien a las fuerzas empeñadas en mantener con vida la RES y su ideología el mayor tiempo posible. No tenían ni los recursos, ni la organización, ni la visión necesaria para provocar el caos que se había desatado en Atlas.

Una nueva notificación le llegó al NED. La iba a ignorar cuando se

fijó en que no era un mensaje, sino una alerta. Kyra se estaba moviendo.

X no estaba orgulloso de ello. De hecho, le avergonzaba haber cruzado esa línea. Pero necesitaba saber en qué estaba metida. Kyra, igual que Trix, había desactivado el localizador familiar, cerrándole cualquier vía directa de seguimiento. Así que la noche anterior, aprovechando un descuido, colocó otro dispositivo en sus katanas.

Había estado en el Misty Dreams hasta ese momento. Pero una vez en marcha, X necesitaba saber qué era lo que ocultaba. Se armó con su fusil y salió de casa, decidido a seguir a su mujer.

◗ 11:13

Tras diez minutos en el taxi autónomo, X alcanzó a Kyra. Había configurado el vehículo para que siguiera su dirección en vivo. Gracias al rastreador, no necesitaba ir pegado a ella. Dejaba un centenar de metros de distancia, suficientes para que el ojo entrenado de Kyra no detectara que la seguía.

Al principio hizo algunos recados sin importancia. Visitó un par de brainclubs regentados por otras Valquirias y acudió a varias tiendas de Barriada. Tras un rato, detuvo su coche delante de una clínica general. Estuvo en su interior casi una hora. Al salir, X trató de leer en su expresión el motivo de su visita. Llevaba la misma máscara que acostumbraba a usar siempre que estaba fuera de casa. Una agresividad latente que decía «si te acercas, te rompo una pierna». Sin embargo, X ya llevaba suficiente tiempo con ella como para saber mirar debajo de ese rostro impostado. Sentía temor, algo que acababa de descubrir la inquietaba profundamente. ¿Tenía una enfermedad? ¿Era terminal? ¿Ese era el motivo de tanto secreto últimamente? ¿O se trataba de los resultados de otra persona? También había algo más, otra emoción que no consiguió detectar.

Después paró a comer en un restaurante de Sentrum que visitaba con frecuencia. X la observó desde la distancia, notando que parecía tomarse su tiempo, más tranquila que de costumbre. Cuando volvió al coche, ya no condujo con la misma tensión del principio: la siguiente vez que se detuvo, aparcó con calma y se bajó con la aparente intención de quedarse un rato ahí. X pagó el taxi autónomo —una cifra desorbitada debido a las horas de vigilancia— y siguió a Kyra con la misma precaución medida.

Estaban en un parque amplio para ser ese barrio, un pequeño oasis encajado entre muros de hormigón y fachadas oxidadas. Desde fuera apenas se intuía su existencia; había que cruzar una verja baja y un sendero de grava para descubrirlo. Dentro, el ruido

de la ciudad se amortiguaba, sustituido por el zumbido leve de los insectos y el roce apagado de la grava bajo los zapatos. El aire olía a tierra húmeda y a resina, una mezcla improbable en ese distrito.

Kyra no era el tipo de persona que se tomaba descansos, ni mucho menos se sentaba en mitad del día a respirar aire artificialmente limpio. Había algo ensayado en sus movimientos, demasiado contenido. Se detuvo al llegar al centro del parque y eligió un banco de piedra, justo frente a una fuente apagada. Se sentó sin mirar alrededor, con las manos entrelazadas y la espalda recta, la actitud de alguien que planea leer o simplemente dejar pasar el tiempo. Dos cosas que Kyra jamás hacía.

X se mantuvo en la distancia, oculto tras una hilera de árboles jóvenes. Desde allí tenía una buena vista del banco. Se movió con cuidado, midiendo cada ruido.

El tiempo empezó a dilatarse. Kyra no se movía. Podría haber pasado por una mujer cualquiera, matando la tarde sin prisa. El contraste era desconcertante: aquella quietud no tenía sentido en ella. El parque seguía respirando ese silencio tenso, como si aguardara el siguiente movimiento. X sintió una incomodidad sorda, una vibración bajo la piel. Aquello era una cita, una entrega o el preludio de algo que aún no entendía.

Una persona se sentó en el banco de detrás de Kyra y apoyó la espalda en el mismo respaldo. X estaba tan enfocado en los movimientos de su esposa que no había visto el rostro del individuo. Aunque era un hombre.

X activó la mejora auditiva enfocada de su NED y trató de aumentar la señal proveniente de los dos bancos, pero en cuanto se dispuso a hacerlo, un pitido agudo estalló en su cabeza. Apagó de inmediato el dispositivo, aunque la molestia persistió durante unos segundos más. X devolvió la atención a la pareja. Uno de los dos debía de tener un inhibidor que emitía ondas que bloqueaban las mejoras como la de X.

Frunció el ceño y aumentó el zoom óptico de su NED con la intención de leer los labios de Kyra. Una vez más, no pudo. Aunque en esa ocasión el mecanismo de defensa era mucho más rudimentario. Kyra se tapaba la boca con la mano. Eso no podía ser

una coincidencia.

A X, todo aquello le olía cada vez más a chamusquina. Era el tipo de conducta que uno esperaría de una espía. Aunque la incógnita principal seguía sin resolverse, otra pregunta empezaba a ganar terreno en su mente, con un filo más cortante: ¿quién era realmente Kyra? ¿Conocía de verdad a la mujer con la que se acababa de casar?

Observó la escena con creciente impaciencia. El intercambio entre ambos, fuera cual fuera su contenido, no duró más de un minuto. Kyra sonrió, pronunció una última frase y se levantó para regresar por el mismo camino por el que había llegado. X la siguió con la mirada hasta que desapareció tras el seto. Dudó si ir tras ella, si interrumpir aquel silencio con una verdad que ni él sabía cómo formular. Pero no lo hizo.

Se quedó quieto.

Había algo en esa marcha serena, en esa sonrisa que Kyra le dedicó al desconocido, que le caló como una lluvia lenta: no solo era el secreto lo que dolía, sino la facilidad con que ella se lo ocultaba.

El banco crujió cuando el hombre se incorporó. Caminó en dirección opuesta. Y entonces X lo identificó.

Yudai Sato.

Un drifter de los Inarizoku al servicio directo de Fumiko. Lo conoció unos años atrás con los sucesos de ReCorp y la guerra interna de los Siracusa, y después habían coincidido en alguna que otra ocasión.

¿Qué hacía Kyra quedando con ese hombre con tal secretismo? Si fuese negocio de clanes, el encuentro sería mucho más formal, no con la apariencia de una compraventa de un arma ilegal. ¿Y qué clase de relación tenían? Porque cuando Kyra había escuchado la voz del hombre, su cara se había iluminado de alegría durante unos segundos.

Antes de llegar a una conclusión, notó una punzada leve en el hombro que lo sobresaltó a causa de su ensimismamiento. Al darse la vuelta, se encontró con una adolescente que lo miraba con ojos apesadumbrados.

—Estabas tan empanado que Trix no quería asustarte. Ya veo que

no ha servido de nada.

—¡Trix! —dijo en un grito ahogado.

En un movimiento automático, la abrazó con fuerza, como si en lo más profundo de su interior pensara que nunca más la iba a tener entre sus brazos.

Al separarse de ella, seguía tan en shock por su presencia y lo ocurrido con Kyra que no sabía qué decir. Fue Trix quien tomó la iniciativa.

—No creo que a Kyra le hiciera mucha gracia saber que la estás siguiendo a escondidas.

X pensó que era irónico que se lo dijera Trix, quien acababa de hacer lo mismo.

—Trix… —comenzó, sin saber cuál iba a ser la siguiente palabra en salir de su boca.

—Lo siento, X. Siento mucho haber salido así sin ninguna explicación y haber estado tres días desaparecida.

Su voz estaba apagada, carente de su habitual energía y jovialidad. X desvió la mirada un instante, como si necesitara protegerse de algo que no podía soportar ver.

—¿Por qué… por qué saliste corriendo?

Solo formular la pregunta le aterraba, como si temiera que encadenar ciertas palabras en voz alta pudiera activar otra desaparición repentina.

—Cuando le dijisteis a Trix que queríais adoptarla… —La voz se le cortó. X nunca la había visto así, tan afectada por algo—. Trix… yo no quería que nada cambiara. Quería que siguiésemos siendo la familia que hemos sido los últimos años. Trix tenía miedo de que si me adoptarais, todo cambiase…

Se detuvo unos segundos, apartando la vista de X, como si no pudiera soportar ver el dolor que se reflejaba en su mirada. Sus ojos verdes, habitualmente chispeantes, habían perdido toda su fuerza, incluso parecían de un tono diferente, un verde apagado, casi marrón.

—Pero veo que ya es tarde para eso. Kyra y tú tenéis problemas, anoche me pasé por casa y os escuché discutir. Y ahora esto. Está claro que las cosas ya han cambiado y no se puede volver atrás.

X acortó la distancia que los separaba y agarró a Trix por los hombros. Al principio sintió que estaba sujetando a alguien que estaba a punto de colapsar.

—Trix, eso es lo normal. Somos humanos; el cambio es lo único que permanece. —Trix alzó la mirada con timidez—. Pero no tienes que preocuparte por Kyra y por mí. Es cierto que no estamos pasando por nuestro mejor momento. Pero arreglaremos esto. Créeme.

A Trix le volvió algo de luz a la mirada, aunque se percibía que no terminaba de creérselo.

—Y ten claro que nunca nada será igual para siempre. Pero eso es lo bonito de la vida, cambiar junto a la gente que tienes a tu alrededor, crecer todos juntos.

El cuerpo de Trix se destensaba con cada frase, cambiando su lenguaje corporal a uno más cómodo y cercano. X aprovechó esa apertura.

—Trix, déjame que te ayude, por favor. Déjame que te ayude a crecer. ¿Qué es lo que te ocurrió de pequeña? ¿A qué tienes tanto pavor?

Trix no negó ninguna de las suposiciones de X. Incluso al inicio pareció que iba a responderle, despejar esa incógnita que X había tenido desde que la conoció, cinco años atrás, cuando tan solo tenía doce. Pero entonces se volvió a cerrar sobre sí misma. Se zafó con sutileza de los brazos de X y retrocedió unos pasos.

—No puedo, X… Trix no es suficientemente fuerte. Lo siento.

Entonces, al igual que tres días atrás, se dio la vuelta y se alejó.

No necesitó correr. X no fue tras ella. Sabía que no serviría de nada.

◗ 23:49

Cuando oyó el chasquido del cerrojo, X se tensó en la silla de la cocina. Llevaba más de una hora ahí plantado, esperando a que Kyra regresara. No había dejado de ensayar posibles palabras, pero seguía sin decidirse por ninguna.

La luz de la espaciosa estancia que unificaba la entrada, el salón y la cocina se activó. Kyra portaba una expresión de emoción contenida, pero en cuanto vio a X sentado con el ceño fruncido, desapareció la ilusión de su rostro.

—¿Desde cuándo nos hemos convertido en un padre enfadado que espera a una hija que se ha fugado de casa?

La sorna en su voz reflejaba lo cansada que estaba. Se despojó de las katanas enfundadas. X dudó si había una amenaza velada en ese gesto.

—Te he visto este mediodía con Yudai Sato. ¿Qué me ocultas? ¿Qué…?

—¿Perdona? —La voz de Kyra retumbó en el apartamento. Por un momento, X creyó que las cristaleras vibraban—. Esto debe de ser una puta broma. ¿Quién te crees que eres para seguirme como si fuera una de tus investigaciones?

X no respondió. Su mirada bastó. Apretaba los dientes y mantenía la espalda recta, la postura rígida de alguien que interroga a un sospechoso.

—¿De verdad? ¿Después de tres años no sabes cuándo parar? —Sus manos temblaban al pasarse los dedos por el cabello—. ¿Eso soy para ti? ¿Un caso sin cerrar?

—Estás actuando como si lo fueras.

Kyra lo miró con los ojos muy abiertos. Algo en su interior se había quebrado al fin. Por primera vez en toda la conversación, pareció no saber qué decir. Su boca se abrió ligeramente, pero las palabras no llegaron.

X dio un paso adelante, con la voz más baja, más firme.

—Si no me quieres decir eso, ni por qué te has ausentado por las noches, ni qué cojones está ocurriendo, al menos dime esto: ¿por qué has ido a esa clínica? ¿Te pasa algo?

Los ojos de Kyra se enrojecieron al instante, pero aun así no logró responder. La incredulidad parecía dejarla sin palabras.

—Kyra, soy tu marido. ¿No crees que al menos deberías contármelo a mí?

Aunque X moduló la voz, tratando de rebajar la tensión, no sirvió de nada.

—No me pasa nada. He ido a la clínica por motivos del clan.

La frase salió plana. Ni siquiera intentaba sonar realista. X sabía que mentía. Kyra sabía que lo sabía.

X empujó el taburete hacia atrás y comenzó a dar vueltas alrededor de la isla, como un animal enjaulado.

—¡Ya no aguanto más mentiras ni secretismos! —dijo, con las venas del cuello a punto de explotar—. Atlas está lleno de mentiras. Está construido sobre ellas. Esperaba que al menos se quedasen en la puerta de la casa. Al parecer, está claro que una drifter sería incapaz de hacerlo.

La palabra salió de la boca casi sin permiso. X vio a cámara lenta cómo la pronunciaba, como si él no la controlara. Kyra le dedicó una mueca de desagrado que remarcó con una frase gélida.

—Así es como me ves, como una drifter. Ya veo.

Kyra se desplazó con movimientos medidos, casi sin hacer ruido. Más que enfadada, parecía agotada de todo. Subió las escaleras sin mirar atrás.

X se quedó donde estaba. Al oír el armario cerrarse arriba, se dejó caer en el sofá, hundiendo la cara en los cojines. El grito se le quedó atrapado en la garganta, espeso, inútil. Ahí, casi sin poder respirar por la tela del sofá, recibió un mensaje. Tuvo que leer dos veces el remitente para asegurarse de que no se equivocaba. Nunca había hablado con ella, y era con la última persona con la que quería asociarse en ese momento.

La presidenta de Atlas, Vera Voss, le había escrito.

Señor Freeman:

Confío en que sabrá apreciar la discreción de este mensaje. Los acontecimientos recientes requieren una conversación reservada entre ciertas personas que, como usted, comprenden el peso real de lo que está ocurriendo.

Mañana, a primera hora, un vehículo pasará por su residencia para trasladarlo a Isla Paradiso, donde tendrá lugar la reunión. Le ruego que mantenga la más absoluta reserva.

—Presidenta V. Voss

Cuando terminó de leerlo, y antes de que pudiera reflexionar sobre lo que eso significaba, Kyra bajó por las escaleras. Llevaba una mochila en la espalda. Su mirada seguía igual de imperturbable que cuando había subido.

X fue detrás de ella.

—Kyra, por favor. Háblame. No te vayas, solo necesito que me hables.

No habló.

Cogió las katanas de la encimera y se fue de la casa sin la apariencia de que pretendiese regresar.

20 DE JUNIO, 2067

◗ 09:13

Unas barras salieron del edificio y la cristalera se abrió hacia el cielo de Atlas. Cuando X vio esa característica del piso antes de alquilarlo, nunca pensó que la fuese a utilizar. Estaba equivocado.

El deslizador se acopló a las sujeciones y desplegó una plataforma que le daba paso. X indicó a Lluna que no le siguiera y, con cierta inseguridad ante la idea de pisar una plataforma suspendida sobre el vacío, salió y subió al vehículo.

No le apetecía nada asistir a una reunión privada con la presidenta del país dada la situación. Pero ventajas como ese viaje aéreo eran un plus. Y teniendo en cuenta quiénes más estarían allí, no se lo quería perder ni loco. Era un evento histórico. Aunque no tenía tanta ilusión por ver cómo acababa, quizás ninguno saliese vivo de ahí.

El deslizador se desacopló de su terraza y emprendió la marcha. La ciudad lo recibió con una luz nueva, dorada y fría, esa que solo dura unos minutos antes de que el caos despierte del todo. Desde el aire, Atlas se asemejaba pura: los rascacielos se alzaban como columnas de cristal, las avenidas se extendían con precisión y las pantallas aún no habían encendido del todo su ruido. X se sorprendió a sí mismo pensando en lo bonita que era. No sabía si

era por el contraste con lo vivido la noche anterior o porque, a esa altura, el infierno siempre parecía más llevadero. Le resultó curioso que aún encontrase belleza en algo tan podrido.

Aunque desde esa altura no podía verlo, imaginaba que en las calles se respiraba una calma extraña. Por primera vez en tres días, la noche anterior no hubo ninguna muerte.

Ya acostumbrado a la vista aérea, X hizo una llamada por su NED.

—Buenos días, Freeman. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Adrian, tengo un pequeño encargo. Necesito que busques información sobre una persona.

—¿Que yo busque información? —dijo el asistente con una risa nerviosa—*. De eso te encargas tú, ¿no? Yo no…*

—Cuando te contraté hace unos meses, me dijiste que querías aprender a hacer lo que yo hacía. Has visto cómo trabajo, ahora te toca probar qué has aprendido.

—Está bien —dijo unos segundos más tarde, sabiendo que no tenía otra opción—*. Lo haré lo mejor que pueda. ¿Qué necesitas?*

A X no le agradaba mandarle ese encargo a su asistente. Aunque confiaba en él —no trabajaría con él de no ser así—, en Atlas esa palabra era relativa y muy fácil de comprar. Normalmente habría acudido a Luka, pero estando locamente enamorado de Trix, estaba claro que no era la mejor opción. X maldijo a su yo pasado que pensó que trabajar con niños sería inteligente.

—Es una chica de diecisiete años. Su nombre es Trix, no tiene apellido. Te mando foto de su rostro. Busca todo lo que puedas sobre ella.

X sabía que, con una o dos tardes de investigación, sacaría algo en claro. Pero, por respeto a ella, nunca se había puesto a buscar en serio. Y justo cuando más falta le hacía, tenía asuntos más urgentes reclamando su atención.

—Dalo por hecho, Freeman —dijo Adrian con un tono de emoción en su voz. Su inseguridad se había disipado rápidamente—*. Te avisaré cuando sepa algo.*

—Que así sea.

Colgó la llamada y devolvió la vista a la panorámica de Atlas. Ya

estaban dejando detrás Jindao y descendían hacia Isla Paradiso.

La isla se extendía como una mancha verde y dorada en mitad del océano. Desde el aire, sus curvas delimitaban playas privadas, residencias de lujo y un puerto repleto de yates como piezas de museo. Era el refugio de quienes podían permitirse olvidar que Atlas existía, una ilusión de paz donde los poderosos fingían que aún quedaba algo limpio en el mundo.

Seguramente la presidenta había congregado la reunión ahí, en vez de en su despacho en el Consejo Central, porque no quería que hubiese ninguna prueba de la gente con la que se reuniría. Los habitantes de Isla Paradiso, en su mayoría políticos, empresarios y celebridades de la televisión o el cine, vivieron una crisis décadas atrás, aunque llamarla así era exagerar. Cuando se iban de vacaciones a sus casas de lujo, los periodistas alquilaban deslizadores para sobrevolar la isla y tomar fotos de algún incauto desnudo en la piscina, dejándose llevar con una mujer que no era su esposa o de barbacoa con el líder de la oposición política. Para asegurarse de que no volviera a ocurrir, instalaron inhibidores alrededor de la isla que bloqueaban cualquier fotografía o vídeo tomado.

El deslizador descendió en vertical hasta posarse en el tejado plano de una casa enorme. X miró por la ventanilla. La residencia se alzaba sobre una ladera de vegetación domesticada, con líneas tan precisas que parecía más un laboratorio que un hogar. El cristal, el blanco impoluto y el silencio calculado lo envolvían todo. Nada era casual. Todo olía a vigilancia.

Lo condujeron por un pasillo largo, sin cámaras aparentes, donde el aire estaba filtrado y las paredes desnudas, salvo por tres cuadros abstractos que parecían retratar explosiones contenidas. Era el tipo de arte que compraba alguien que quería parecer sensible sin dejar de imponer.

A X le bastó ese recorrido para hacerse una idea de cómo era Vera Voss: una mujer que creía en la limpieza, en el orden y en que el poder debía sentirse incluso en la temperatura del aire. Nada en aquella casa era casual. Ni el color, ni el silencio, ni el hecho de que cada puerta se abriera justo un segundo antes de que él llegara.

El pasillo desembocó en una sala amplia, con ventanales abiertos al mar y un mobiliario tan aséptico como caro. Había ya una docena de personas esperando, reunidas en grupos discretos, conversando en voz baja. Aquella sala tenía más poder acumulado que muchas cumbres internacionales. Si alguno de los presentes caía, el país temblaría. Si dos se enfrentaban, la ciudad sangraría. Y si todos alzaban la voz a la vez… ni siquiera Vera Voss podría contener lo que vendría después.

X se quedó junto a la entrada, observando. En ese lugar todo estaba perfectamente medido: el espacio, la luz, el tono de las voces. Un entorno diseñado para recordarle a cualquiera que Vera Voss no necesitaba alzar la voz para dominar una sala.

Durante unos segundos, no se movió. Escaneó los rostros, midió las distancias, y dejó que el peso de aquella tensión contenida se le instalara bajo la piel. No había saludos sinceros en aquella sala. Solo treguas estratégicas y máscaras bien puestas.

Entonces, se acercó al primer grupo. Dos Valquirias conversaban en voz baja junto a los ventanales. Soffia fue la primera en mirarlo. X la recordaba de su llegada a Atlas, cinco años atrás, cuando discutió con Kyra tras la muerte de un cliente en el Misty Dreams. Por aquel entonces, él no tenía ni idea de dónde se estaba metiendo. Desde el primer momento notó que Kyra y Soffia no se soportaban. Él tampoco congeniaba con ella.

La otra era una mujer negra, de rostro anguloso y mirada punzante. Se llamaba Astrid.

—Freeman —dijo Soffia, sin molestarse en disimular el desdén.

Nadie sonrió. Nadie se apartó para hacerle hueco. Aun así, X se quedó.

—¿Mala semana para las Valquirias? —preguntó, mirando de reojo la sala.

Astrid ladeó la cabeza apenas un grado. Soffia entrecerró los ojos.

—¿Por qué lo preguntas? —dijo.

—He escuchado que hay ciertas tensiones y problemas —respondió X, sin apretar.

—Depende de a quién le preguntes —añadió Soffia, con la lengua

afilada.

X no replicó. Dejó que hablasen.

—No entiendo cómo sigues vivo —dijo Astrid, cruzándose de brazos—. Después de tanto tiempo con Kyra, me refiero.

La otra esbozó una sonrisa leve, sin humor.

—Debe de ser como acariciar un cuchillo. Brilla, seduce… hasta que te das cuenta de que estás sangrando.

X tensó el gesto, sin apartarse ni un milímetro.

—Tiene sus momentos.

Soffia arqueó una ceja.

—Claro… Solo hay que sobrevivir a sus cambios de humor, sus decisiones unilaterales y el pequeño detalle de que jamás te contará lo que realmente está pensando.

X inspiró por la nariz, lento.

El aire se torció. Kyra apareció en la sala como quien no debe explicaciones a nadie. Soffia y Astrid la vieron venir y enderezaron la postura. X no se movió. Ella se detuvo frente al grupo, a centímetros de él. Ni una mirada.

—Soffia, Astrid, necesito hablar con vosotras.

La voz le salió firme y X habló sin pensar:

—Kyra.

Nada.

Ella no reaccionó. No giró la cabeza. No parpadeó. Ni siquiera tensó la mandíbula. Solo esperó a que las otras dos asintieran. Se dieron la vuelta y se alejaron.

X se quedó ahí, con la garganta tensa y las manos quietas. Mirando la espalda que antes compartía cama con él. Le ardía el pecho, como si algo hubiera implosionado por dentro. Aún no sabía si era rabia, tristeza o ambas cosas disfrazadas de dignidad.

Hizo lo único que podía: arrinconar el golpe y convencerse de que era solo cuestión de tiempo. Que todo seguía demasiado reciente. Luego se movió por la sala.

Volvió a estudiar a los presentes. Era como observar un campo minado, con cada grupo portando su propio historial de sangre. Las alianzas allí presentes eran circunstanciales; los odios, en cambio, eran antiguos y estructurales.

Al lado de las tres Valquirias, X reconoció a la líder de los Shiz, Meilin Jindao y a su hijo Heung. Junto a ellos, un hombre observaba la tensión en el ambiente con el mismo interés. X no sabía quién era. Quizás se debía al primer choque que tuvo con los Shiz, cuando varios de sus drifters lo atracaron nada más llegar al país, pero era la organización que siempre le había causado más rechazo.

Jamás había cruzado palabra con los ejecutivos, ni con la líder. Y, aunque conocía el tipo de actividades que realizaban —controlaban el mercado negro tecnológico de Atlas: diseñaban, traficaban y manipulaban software, armamento y vehículos de alta gama—, era de quienes menos sabía.

Después estaba Fumiko, junto a su mano derecha, Shinobu Omori, uno de los ejecutivos del clan, Kenji Tanabe, y Yudai Sato. El hombre con el que Kyra se vio el día anterior. Había vigilado su mirada de soslayo en todo momento. No había mirado a la Valquiria ni una sola vez, como si nunca hubiesen quedado en secreto en un parque.

X continuó con el escaneo hasta la agrupación de los Siracusa. Bruno Greco iba acompañado de dos hombres que portaban una rigidez que parecía que se les había incrustado en los huesos. El hecho de que no llevaran armas —ni ellos ni nadie— seguramente incrementaba su sensación de inseguridad.

X se acercó.

—Señor Greco, me alegro de que no haya conseguido que su hijo venga aquí —dijo en voz baja.

Bruno esbozó una sonrisa que contradecía la tensión de sus dos acompañantes.

—Que el San Giusto cerrase para comer un lunes provocaría un revuelo mucho mayor en Greco que si se supiera quiénes estamos reunidos aquí.

X soltó una suave carcajada. Ese restaurante era la mejor inversión que había hecho jamás. Con la reputación que ya traía por su antiguo dueño y la pasión y dedicación de Milo, su trabajo era poco más que revisar cómo la cuenta del negocio subía.

La expresión del Don de los Siracusa se crispó repentinamente. Cuando X se giró para ver a dónde miraba, vio a Dalia Rojas

aproximándose a ellos. Antes de ver cómo eso podía acabar, X se despidió de Bruno y se topó con el tono seco de su exsuegra.

—No has respondido mis llamadas, Freeman.

X sabía que se refugiaba en esa impasibilidad porque, si se quitaba ese escudo, se vería con absoluta claridad lo aterrada que estaba. Dos días atrás había muerto alguien de su misma posición sin previo aviso ni negociación. Y ella tenía una carta del tarot que la marcaba como la posible próxima víctima.

Todos los presentes estaban marcados. Esa era la única razón por la que compartían sala quienes, en otro momento, se habrían robado cuota de mercado, incriminado para enviarse a prisión o, directamente, intentado matar.

Aunque si había que reconocer el mérito de alguien era el de Vera Voss. Había que tener los ovarios blindados en cromo para juntar a todos los líderes de los clanes bajo el mismo techo. En Atlas, ni los dioses se atrevían a tanto.

Dalia, todavía con la mirada clavada en X, ladeó la cabeza en busca de una respuesta. X iba a hablar cuando la puerta principal de la sala se abrió y una mujer apareció. Entró con la calma de quien sabe que cada paso altera el aire a su alrededor. No era alta, pero su sola presencia bastaba para ocupar toda la estancia. El corte impecable de su traje, gris marfil con líneas angulosas, reflejaba la luz como una superficie metálica. Su cabello, recogido en un moño severo, no dejaba espacio para el descuido, y en sus ojos —de un azul acerado, frío y analítico— habitaba una autoridad que no necesitaba escolta ni voz elevada. Caminaba sin prisa, como si el tiempo también trabajara para ella. Cada gesto medido, cada respiración contenida, proyectaban una serenidad que imponía más que cualquier amenaza. Cuando se detuvo, el silencio se volvió obediente. Todos querían escuchar las palabras de la presidenta del país.

—Les agradezco que hayan venido. Ahora, por favor, pasen y comencemos esta reunión.

◗ 10:00

Hacía varias décadas que no se reunían en una misma sala las cabezas de las cinco grandes organizaciones. La última vez fue para poner fin a una guerra que arrasó con el sexto clan fundador hasta borrarlo del mapa. Allí estaban de nuevo: compartiendo techo, divididos por una mesa ovalada y por una historia tejida con traiciones, alianzas quebradas y cuentas que aún pedían saldarse.

La presidenta de la ciudad-Estado de Atlas lanzó una mirada afilada sobre los asistentes. Todos callaban, en una quietud que rozaba lo incómodo. Al observar con detalle a algunas de las figuras más influyentes del país, X no hallaba nerviosismo ni tensión, sino una impasibilidad pétrea. No era sumisión, sino paciencia: aguardaban a que la anfitriona desplegara la agenda del día.

—No necesito explicar por qué estamos reunidos. El simple hecho de vernos a todos en esta sala ya revela la magnitud de la emergencia. Algunos más que otros, pero todos hemos sentido el impacto de los asesinatos del tarot.

La presidenta terminó la frase mirando a Hernán Ballesteros. El líder de los Santinos no mostraba ni un indicio de que estuviese dolido por la muerte de uno de sus ejecutivos.

—En mi caso, se trata de un daño irreparable a mi imagen pública a menos de un mes de las elecciones. En el vuestro, hablamos del asesinato de miembros clave de vuestra organización.

Vera repasaba la sala con la mirada, deteniéndose en cada gesto contenido, cada silencio que se alargaba más de la cuenta, cada cruce de ojos evitado. X entendió que la presidenta calculaba riesgos con la precisión de un cirujano. Bastaba un solo error, una acusación fuera de lugar, para que aquella reunión histórica se convirtiera en una carnicería diplomática y el mandato de Vera Voss fuera recordado por el estallido de una guerra civil entre clanes.

—A excepción de algunos acompañantes, los aquí reunidos

recibimos una carta del tarot firmada con las letras X y E. Por eso habéis acudido a mi llamada, aunque dudo que seamos los únicos marcados. ¿Alguien sabe quién más está en este fatídico grupo?

El ambiente finalmente se cargó de tensión. Los presentes se miraron entre ellos, tratando de discriminar quién conocía la respuesta a esa pregunta y si elegirían mantenerse callados.

—Yo tengo esa información —dijo X con un tono seco.

Por primera vez desde que se sentaron, Kyra lo miró de frente. X sintió un leve alivio, al menos seguía siendo capaz de escuchar sus palabras. Cuando sus miradas se cruzaron, intuyó que temía que revelara que Trix había recibido la carta de la Luna.

El resto también lo observaba, en especial el hombre sentado junto a Meilin Jindao. Aunque no lo reconocía, X intuía que no era un asistente cualquiera. Vestía con una sobriedad calculada y en su mirada había algo clínico, como si evaluara a todos los presentes en busca de puntos débiles. Parecía disfrutar del espectáculo, sí, pero no como espectador casual, sino como alguien que tomaba nota para más adelante.

—El comandante Julius Thorne y la capitana Maia Duval. Los máximos dirigentes de ARCO. Al igual que Elías Rivas.

—No me sorprende —dijo la presidenta, inalterada—. Los ejecutores han involucrado a personas del espectro completo de la cúpula de influencia del país. Seré directa, aunque sea solo por esta vez, debemos dejar de lado las claras diferencias que nos separan y unir fuerzas. Cuanto antes erradiquemos este conflicto, antes podremos volver a nuestras ocupaciones individuales. Propongo que cada uno de nosotros comparta la información que tiene sobre los hechos, con tal de obtener la imagen más ajustada de lo que está ocurriendo.

Nadie respaldó su petición, aunque tampoco la rechazaron, lo cual ya era un logro.

—Empezaré yo —continuó la presidenta—. Hace dos días ya hice un comunicado público responsabilizando a la RES de estos asesinatos y revueltas. Al contrario de lo que mi oposición política y una cantidad considerable de ciudadanos piensan, no se trata de una estrategia de divergencia de la atención. Porque de ser así, está

claro que su efectividad ha sido nula. Mi gabinete y yo tenemos la firme creencia de que estos ataques son un plan de la RES con el objetivo de debilitar nuestra unidad y fuerte presencia en el continente europeo.

»La primera prueba de ello es la elección de las primeras tres víctimas. Además de ser figuras influyentes en Atlas, su muerte beneficia especialmente a la RES. No fueron elegidas al azar. Leilah Nadir, Evaristo Molina y Darío Kellman ocupaban posiciones clave cuyo vacío ha desestabilizado sectores enteros. Con sus muertes, la RES ha frenado sus exportaciones tecnológicas, forzado la suspensión de alianzas militares y provocado una crisis energética interna. Cada golpe ha debilitado nuestra posición mientras fortalece la suya.

»La muerte del ejecutivo de un clan es, desde luego, un hecho inaudito. Y aun así, me temo que solo es el principio. Si no actuamos, no tengo dudas de que seguirán cayendo otros ejecutivos… incluso líderes. Y esas muertes, creedme, no serán aleatorias: estarán calculadas para que os acuséis entre vosotros.

Vera Voss hablaba como si las personas a las que se refería no estuvieran allí, con un semblante curtido por años de decisiones que habían costado vidas. Cada palabra salía medida, pero en su mirada quedaban los rastros de alguien que hacía tiempo había dejado de distinguir entre el deber y la culpa.

—El director del servicio secreto del gobierno ha dibujado la posible estrategia que define las acciones de los comunistas. Primero de todo, está la fase de reconocimiento. Dada la naturaleza de las personas a las que tienen acceso y los recursos con los que cuentan aquí, debemos de estar hablando de una operación de varios años de preparación. La segunda fase de su plan es el caos inicial con la exposición de escándalos públicos. Las revueltas de los últimos días atestiguan la efectividad de la información que han publicado. La tensión social y la polarización de los habitantes del país está en máximos en los últimos años. Muchas de las manifestaciones que se han organizado han acabado en grandes actos de vandalismo y violencia. Ya cuentan con cientos de heridos. A este paso, las primeras muertes no tardarán en llegar.

»No obstante, lo que más me preocupa es la siguiente fase, la que comenzó con la muerte de Evaristo Molina. Nuestra suposición es que la RES pretende imitar lo ocurrido con el Blackout hace cinco años. Acrecentar la tensión entre vuestras organizaciones y forzar la enemistad entre varios clanes hasta que alcancéis las armas. En ese momento, cuando la población estalle en protestas violentas, el gobierno haya perdido toda su credibilidad y las cinco grandes organizaciones estén sumidas en un conflicto abierto… entonces, y solo entonces, la República de la Europa Socialista hará su jugada. Y no será para mediar: vendrán a barrer los restos.

»Pretenden acabar con nuestro país y, así, acabar con el mayor impedimento del resurgir del comunismo. Y para ello, están usando la misma estrategia que emplearon en la fundación de nuestro país: destruirnos desde dentro. Antes de que eso ocurra, debemos cortar de raíz esta situación. Suficientes consecuencias ya han tenido los actos de los asesinos.

A X no le gustaba admitirlo, pero la exposición de la presidenta le resultaba convincente. Y, a juzgar por los rostros de los presentes, no era el único.

La primera persona en tomar la palabra fue Fumiko Watanabe.

—En contraste con sus discursos demagógicos, al escuchar su posición con detalle, es cierto que ha ganado más fuerza. —Por flagrante que fuera, Vera no se inmutó ante tal ataque. Nadie llegaba a su posición sin desarrollar una piel gruesa—. Aunque habla como si no tuviésemos forma de contrastar su suposición. Señor Freeman —dijo girándose hacia X—. Usted fue ciudadano de la RES antes de exiliarse en nuestro país. Y no solo eso, fue un soldado galardonado, considerado incluso un héroe. Tengo mucho interés por escuchar su opinión al respecto.

La mayoría de los asistentes asintieron ante la petición de la líder de los Inarizoku como no lo habían hecho ante las palabras de la presidenta. Como si quisieran recalcar que en esa sala, Vera Voss quedaba lejos de ser el individuo con más poder.

X carraspeó y se acomodó en su asiento, un tanto molesto por recibir la atención.

—Si me preguntáis por información de primera mano, no cuento

con ella. Llevo cinco años sin comunicarme con nadie de la RES, ni pretendo cambiar ese hecho. Y cuando estaba en el ejército, en ningún momento escuché ningún operativo con ambiciones tan altas. Estábamos suficientemente ocupados con combatir la guerra de desgaste en nuestras fronteras a la que llevábamos sometidos las últimas décadas.

—Eso son los hechos —dijo Bruno Greco—. ¿Cuál es su opinión respecto al planteamiento de la presidenta?

X soltó aire, incómodo por tener que hablar de su antiguo país.

—El odio hacia Atlas en la RES es real, especialmente entre su cúpula militar y política. Hay gente capaz de trazar un plan así. Pero no tienen los recursos ni la visión a largo plazo. No pienso que sean ellos.

Algunos mostraron un atisbo de decepción al escuchar esas palabras. Meilin Jindao, la presidenta de los Shiz, no pareció satisfecha con la respuesta.

—¿Y por qué deberíamos confiar en usted? Sinceramente, si atendemos a la hipótesis del servicio secreto del gobierno, solo una persona me viene a la mente como el posible ejecutor del caos de los últimos días: X Freeman.

La acusación de aquella mujer crispó el ambiente. Varios asintieron en silencio.

—Mire a su alrededor, señor Freeman —continuó—. De los aquí presentes, ¿quién es el único extranjero? Solo usted. ¿Quién llegó a este país hace cinco años proveniente de la RES y siendo una figura relevante allí? Solo usted. ¿Quién ha pasado los últimos años ganándose la confianza de las figuras más importantes de Atlas? Solo usted.

»Yo no solo no me fío de su opinión, señor Freeman. Si tuviera que hacer una apuesta ahora mismo del ejecutor de las muertes, mi dedo apuntaría en su dirección sin un atisbo de duda.

El impacto de la frase le cortó la respiración un segundo. X cerró los ojos apenas un instante. La mandíbula se le tensó hasta doler y un sabor metálico le inundó la boca. Su mano izquierda se aferró al borde de la mesa como si necesitara anclarse, y en la sien le palpitó un golpe sordo. Cuando volvió a abrir los ojos, tenía todas las

miradas encima.

—¿Tiene algo que decir al respecto? —dijo Vera Voss.

X se preguntó en qué momento esa reunión se había vuelto un juicio contra él mismo. Pero tampoco le preocupaba.

—Sí. Déjeme conectarme al proyector holográfico de la sala.

Sabía que mostrar aquello era arriesgado. No solo lo exponía ante todos, también significaba romper el pacto tácito de guardar silencio que había mantenido durante días. Pero si quería que le creyeran, tenía que enseñar la herida.

La presidenta alzó las cejas, pero accedió a su petición. Las luces se atenuaron levemente y en el centro de la mesa se proyectó una grabación.

—Darío Kellman, el antiguo Ministro de Infraestructura y tercera víctima, vino a mí hace tres días. —Varios se sobresaltaron y cruzaron miradas contenidas; el aire se tensó con un murmullo apenas audible. La presidenta chasqueó la lengua, un gesto seco que dejó claro cuánto le molestaba aquella revelación—. Hace dos noches, antes de que lo asesinaran, Darío me pidió que fuera a su piso como medida de seguridad. Cuando llegué, ya había alguien.

X evitó mencionar las dos horas que transcurrieron entre la llamada y el momento en que acudió. La grabación mostraba a la mujer de negro sobre la mesa. Mientras la reproducción avanzaba hasta revelar la muerte del político, X explicó cómo lo inmovilizó y cómo se vio obligado a presenciar la ejecución de su cliente.

—Esto no me exculpa del todo —dijo al terminar la grabación—, pero sí demuestra que no fui el ejecutor. Teniendo en cuenta cómo tuve que salir de la RES, ayudarles sería lo último que haría. Quiero que esto acabe tanto como ustedes.

Aunque Meilin no rebajó la agresividad de su expresión, las palabras de X sí que apaciguaron las sospechas de varios.

—Gracias por compartir esa grabación, señor Freeman —dijo la presidenta—. ¿Hay alguien más que tenga información que pudiera ser de utilidad para todos?

Una a una, las cinco organizaciones criminales del país compartieron hechos, suposiciones y acusaciones. Cada uno, además, reveló la carta que les habían entregado: Vera Voss, El

Emperador; Bruno Greco, El Carro; Fumiko Watanabe, La Sacerdotisa; Kenji Tanabe, El Cinco de Espadas; Meilin Jindao, La Emperatriz; Heung Jindao, La Rueda de la Fortuna; Hernán Ballesteros, El Rey de Bastos; Astrid, El Siete de Espadas; y Soffia, La Reina de Bastos.

X se guardó información con la que contaba, como el hecho de que Trix también recibió una carta. Supo que el resto hizo lo mismo.

Contra todo pronóstico, la conversación no rebasó los límites de la civilidad. Para un observador externo, aquello podría parecer una reunión de ejecutivos ambiciosos; para cualquiera que conociera la historia de esas organizaciones, era un milagro contenido. Bastó que Hernán Ballesteros afilara sus indirectas contra Bruno Greco para que la máscara de protocolo empezara a resquebrajarse. El líder de los Siracusa devolvió los ataques y rápidamente la reunión se transformó en una discusión donde todos se culpaban entre sí, ya fuese por los eventos actuales o por problemas pasados.

La presidenta se convirtió en una especie de moderadora del debate, hasta que decidió que ya era suficiente y dio por terminada la reunión.

A pesar del calor que alcanzó la discusión en la segunda mitad, a X le sorprendió que nadie saltase por encima de la mesa para estrangular a su oponente. Porque sabía que todos lo habían considerado en algún momento. Había un equilibrio inestable, sostenido solo por la necesidad común de no empezar una guerra sin saber cómo acabaría.

Lo que tampoco se esperaba fue el mensaje que recibió en cuanto la presidenta finalizó la congregación. La remitente era ella misma.

> *Me gustaría hablar en privado con usted. Venga a mi despacho una vez que se vayan los asistentes.*

◗ 11:04

X empujó la puerta del despacho y entró. El cierre automático dejó atrás el murmullo distante de la casa.

El espacio, amplio y cálido, estaba revestido de paneles de nogal que solo interrumpían una cristalera abierta al mar. La luz del atardecer se filtraba hasta el suelo y brillaba sobre el escritorio central, también de nogal, pulido hasta parecer líquido. Solo una pantalla apagada y una copa de agua rompían la sobriedad del conjunto.

Vera Voss estaba sentada detrás del escritorio. No se levantó. La postura era exacta, milimétrica; cada movimiento parecía medido de antemano. Tenía las manos cruzadas sobre la superficie pulida del nogal y la mirada fija en él, tranquila, evaluadora. X cruzó la habitación, alzó la vista con un leve gesto, suficiente para hacerle sentir que el resto del espacio —la luz, el silencio, incluso el mar al otro lado del ventanal— también le pertenecía.

—Gracias por venir —dijo, la voz firme y sin estridencias—. Por favor, siéntese.

Los dos se quedaron callados. Al principio X pensó que se trataba de una medición de poder, una especie de competición para ver quién aguantaba más la tensión. Al final dedujo que había algo más.

—¿Esperamos a alguien más?

La presidenta hizo un leve asentimiento con la cabeza.

Varios minutos pasaron hasta que la puerta se abrió. Cuando se giró, se encontró con el único de los rostros que no había reconocido en la reunión anterior.

—Oh, gracias por acudir —dijo Vera con el mismo tono complaciente con el que se había dirigido a X. Se puso en pie detrás de su escritorio de nogal e hizo las presentaciones pertinentes—. Señor Freeman, tengo entendido que no se conocen. Sin embargo, se podría decir que ambos hacen lo mismo. O más bien, él trabaja

para alguien que hace lo mismo. Le presento a…

—Dorian Lasker —dijo el hombre, ofreciendo su mano con una sonrisa amplia y pulida—. Mi nombre es Dorian Lasker. Es un placer por fin conocerle en persona.

X se quedó clavado en su asiento. El aire pareció espesarse a su alrededor, como si el cuerpo se negara a obedecer. Notó cómo la sangre le subía a las sienes, un zumbido sordo le nubló los oídos y los dedos de la mano derecha se le contrajeron, deseando alcanzar el arma que le habían obligado a dejar en el deslizador. La sonrisa del hombre seguía ahí, inmóvil, ajena al peso del nombre que acababa de pronunciar. X respiró una sola vez, tratando de contener el temblor que le subía desde el estómago. Por dentro, todo ardía. Era él. El hombre por cuya pista había estado a punto de morir una y otra vez, por quien casi se convirtió en un legacy. Ahora estaba allí, frente a él, presentándose con naturalidad, como si hubiera decidido salir de las sombras por pura cortesía.

Y X supo, sin sombra de duda, que aquel encuentro lo cambiaría todo.

Cuando terminaron las presentaciones con la mano derecha de El Director, X dirigió la mirada hacia la presidenta. Le bastó un segundo para entender lo que realmente ocurría. Él seguía sin creer que la RES fuera responsable de lo ocurrido. Tal vez Vera lo creyera de verdad, o tal vez solo fuera una maniobra de imagen, pero no había duda de que era inteligente. Acababa de manipularlo con sutileza, empujándolo a ponerse de su lado y a investigar con todo su empeño, al situar a El Director como su enemigo directo. Lo que implicaba una cosa evidente: sabía más de sus viejas disputas de lo que mostraba.

—Los tres sabíamos cómo acabaría la reunión —dijo la presidenta al tomar asiento—. Bastante que nadie haya sacado un arma. Los egos en esa sala no están hechos para compartir espacio sin lanzarse dardos envenenados.

»Pero no vine a formar un equipo idealista. Solo quería aumentar su nivel de alerta y compartir información. Ahora, cada uno protegerá lo suyo, como siempre. Solo me queda rezar a Atlas para que no caigan en los juegos mentales de la RES.

Esa mujer desconcertaba a X. No poseía la presencia imponente ni el cálculo meticuloso de Fumiko Watanabe o Dalia Rojas, y desde luego no contaba con la osadía de Bruno Greco. Su estrategia parecía otra: dejar que sus adversarios la subestimaran. No por debilidad, sino por diseño. Como si disfrazarse de figura secundaria le otorgara más control que cualquier despliegue de poder explícito. Con X lo había logrado… pero eso estaba a punto de cambiar.

—En quienes realmente confío para poner fin a las muertes y a las filtraciones de información es en ustedes dos. Señor Freeman, su trayectoria lo convierte en una pieza clave. Nadie conoce mejor que usted a la RES, sus métodos y a quienes la componen. Espero que sepa poner ese conocimiento al servicio de esta causa. Y en cuanto a usted, señor Lasker, no me haré la ingenua: sé perfectamente el alcance de la red de El Director y cómo su influencia se extiende por todo Atlas. Usted tiene los recursos para localizar al ejecutor de los asesinatos… y erradicar la presencia de la RES en este país.

»Solo ustedes dos tienen el poder de contener la tormenta que la RES ha desatado. De su pulso depende el destino de Atlas.

◗ 14:41

De vuelta en Atlas continental, X se lanzó a investigar de inmediato. Aunque, para disgusto de la presidenta, no lo hizo sobre los asesinatos del tarot. Sino sobre Kyra. Tener tres frentes abiertos —esos dos y la situación de Trix— no era algo que le hiciera gracia, menos aún cuando no sabía cuál priorizar. Pero después de haber compartido mesa con su propia esposa y que esta no le dirigiera ni una sola palabra… entendió que debía afrontar ese frente antes de que la herida, ya abierta, terminara por desangrar su matrimonio.

No podía decir que su investigación estuviese siendo fructuosa. Ni sus bases de datos, ni la compra de información, ni su red de contactos habitual le ofrecían nada que no supiera ya.

Cuando estuvo a punto de tirar la toalla y centrarse en si la RES estaba detrás de las muertes recientes, un recuerdo asomó en la mente de X. Una luz pequeña, pero persistente. Cinco años atrás, mientras investigaba el Misty Dreams como posible origen de los ataques de Blackout junto a Trix, se topó con algo extraño: en la base de datos de clientes de Kyra, su propio nombre estaba acompañado de una nota. Nunca llegó a leerla. Desde entonces, la incógnita había quedado enterrada, pero no olvidada. Años después se atrevió a preguntarle a Kyra qué era, y ella lo despachó con una frase vaga: dijo que no lo recordaba y que no era relevante. Viendo cuánto le había mentido y ocultado en los últimos días… ¿Quién le aseguraba que las mentiras no empezaron mucho antes?

Era una línea de investigación muy fina a la que aferrarse, pero no tenía otra cosa.

X dobló la esquina y el letrero del Misty Dreams apareció entre la neblina luminosa de la avenida, palpitando en tonos rosados y azul hielo. Algo en el ambiente resultaba distinto. Las calles seguían llenas, los coches pasaban, los anuncios rugían desde las fachadas, pero el pulso de la ciudad era otro. Tras los últimos días, nadie

estaba de humor para el ocio. Ni siquiera Atlas.

El club seguía abierto, con música, risas y luces, pero su energía era más baja, contenida, como si todo el mundo hubiera aprendido a disfrutar con cautela.

Pasó frente a la entrada principal. Algunos clientes cuchicheaban en la puerta mientras intercalaban caladas a sus cigarros. Mostraban más seriedad que diversión. X siguió de largo, giró por el callejón lateral y se detuvo frente a una compuerta metálica que Trix siempre usaba. El panel de seguridad seguía igual. Conectó un acceso desde su NED, esperó a que el sistema reconociera la señal y, tras un breve pitido, la puerta se abrió.

El interior lo recibió con el olor característico de perfume sintético, el aire calibrado para inducir calma sin adormecer los sentidos. El Misty Dreams funcionaba como siempre. La música era apenas un hilo, un pulso atmosférico diseñado para acompasar las respiraciones y no perturbar a los clientes sumergidos en los BF que los transportaban a cualquier experiencia que uno se pudiese imaginar, experimentándola como si fueran sus propias carnes. Todo operaba con normalidad, aunque se percibía cierta tensión bajo la superficie, un aire contenido que delataba que, tras los últimos acontecimientos, incluso el placer debía administrarse con cautela.

X bajó las escaleras hacia el sótano. El sonido cambiaba con cada peldaño, de la euforia digital del piso principal al zumbido grave y constante de los servidores. El despacho de Kyra estaba al fondo, tan ordenado como siempre. Encendió el terminal central y la pantalla se iluminó. Introdujo la clave de Trix. Ante él se desplegó el entramado interno del Misty Dreams: listados de clientes, horarios de sesiones, historiales de inmersión, registros de mantenimiento, movimientos de créditos, protocolos de seguridad, todo. Entró en la base de datos de braindiving y buscó su nombre. Accedió al único resultado y se encontró con el mismo perfil que vio cinco años atrás: su rostro, nombre completo, ID del NED, clan de afiliación, cantidad de dinero gastado en el brainclub, deudas pendientes y un apartado de observaciones varias. Esta vez sí que tuvo tiempo de leer la nota que llevaba esperándole tanto tiempo, pero la tuvo que leer varias veces con tal de asegurarse de que sus ojos no le traicionaban.

Las manos se le crisparon en dos puños contundentes. Los nudillos, blancos, tensaban la piel hasta el punto de parecer a punto de romperse.

Cuando leyó el mensaje por cuarta vez, ya no tuvo duda de que era real.

> *Si este cliente repite, ejecutar programa de captación de recuerdos durante su BF.*

¿Qué significaba aquello? Cuando X visitó aquel brainclub, todavía no conocía a Kyra. Entonces, ¿cómo podía haber una nota sobre él? ¿Ya sabía quién era? ¿Por qué le interesaban sus recuerdos sin ni siquiera haber cruzado una palabra? ¿Tenía todo eso relación con su extraño comportamiento de los últimos días?

Ya con la duda de si en verdad quería conocer la respuesta a todas esas incógnitas, se desconectó de la unidad y salió del despacho de Kyra. Caminó por el subterráneo y las escaleras del local con pasos pesados. Tantos secretos y mentiras lo lastraban con un peso insoportable. Aun así, nadie se percató de su presencia.

Al salir a la calle, el frío lo golpeó de lleno, pero no fue eso lo que le hizo detenerse un segundo. Fue el vértigo. Esa sensación que aparece cuando uno siente que la vida se le escapa entre los dedos sin saber en qué momento empezó a perderla.

No tenía rumbo. Solo caminó. Y cuando se dio cuenta, estaba en la puerta de su propio restaurante.

X empujó la puerta y lo primero que escuchó fue una carcajada aguda, infantil. Siro, con dos años y las piernas aún torpes, cruzaba entre las mesas vacías como si el suelo fuera suyo. Su madre lo esperaba al fondo, sentada en una esquina con ese tipo de sonrisa que solo se ve cuando todo en la vida te encaja.

Milo salió de la cocina con el delantal a medio quitar y un trapo colgando del hombro. Se agachó justo a tiempo para atrapar a su hijo antes de que se comiera el suelo, lo levantó en brazos como si no pesara nada y giró con él en alto. Eso le arrancó otra risa que rebotó en las paredes.

Milo estaba distinto. No en lo físico —aunque el horno le había

cincelado los brazos y el trabajo le había quitado el gesto de alerta que antes nunca abandonaba su cara—, sino en algo más profundo. Brillaba. Había dejado atrás al drifter y construido una vida propia, limpia, sólida. Era de esos que se ganaban el cariño sin buscarlo. Ahora tenía un restaurante, una familia y la paz tatuada en la manera de caminar.

Lupo, a unos metros, observaba la escena con una media sonrisa. El brazo metálico —reemplazo del que perdió en la última guerra del clan— asomaba sin pudor bajo la chaqueta, mientras hacía que Siro le apretara el pulgar falso como si fuera un juego. A pesar del implante, de la historia que compartía con Milo, de seguir metido hasta el cuello en el clan… allí parecía solo otro amigo más.

X se quedó inmóvil en la entrada. Le habría gustado alegrarse por ellos, pero tenía demasiado dentro como para fingir. Llevaba días sin entender nada, con la cabeza llena de piezas que no encajaban y la herida abierta de que la persona que más quería le ocultaba más de lo que compartía. Ver a Milo así, en su mejor versión, no hizo más que hundirlo en esa niebla. Si alguien como él había logrado dejarlo todo atrás y construir algo tan limpio… ¿Entonces qué demonios había hecho mal él?

En cuanto Milo vio la expresión de X, le hizo un gesto para que lo siguiera a la cocina. Mientras preparaba la cena con la dedicación de quien parece estar haciéndolo por primera vez, X se lo contó todo. Le explicó que su viaje al Caribe, en realidad, no lo habían sido: se había casado. Le narró las discusiones con Kyra cada vez más tensas, llenas de palabras lanzadas como cuchillas, de esas que uno lamenta incluso antes de pronunciarlas. Terminó hablándole del día en que la siguió, de la visita a la clínica, de la cita secreta con Yudai Sato… y de la nota que había dejado en su ficha de cliente, cuando aún no habían cruzado ni una sola palabra.

Tras un rato largo hablando, X se quedó en silencio. Milo dejó la espátula de madera y apartó la vista de la olla por primera vez. Se apoyó en la encimera, con los brazos cruzados. Los ojos le suavizaron el gesto, casi como si buscara aliviar el peso que X cargaba solo con sostenerle la mirada. Luego suspiró, no con fastidio, sino con ese cansancio de quien entiende más de lo que

dice y sabe que, a veces, escuchar es lo único que puede ofrecer.

—Tú conoces a Kyra mejor que yo, pero a mí nunca me pareció una drifter.

X frunció el ceño, con una línea de tensión marcándole la frente. ¿Esa era su respuesta después de todo el sermón que le había soltado?

—¿De qué hablas?

—Siempre que he interactuado con esa mujer, tanto antes en mi vida de drifter como en los últimos años en alguna de las cenas que hemos compartido, he sentido que llevaba una máscara. Era como si nunca se la quitara. X, alguien que siempre finge es peligroso. No solo por lo que oculta, sino porque llegará un momento en el que ni ella misma sepa cuál es la realidad y cuál es la máscara.

X quiso interrumpirle, pues sabía a qué se refería y sentía la necesidad de defender a su esposa. Pero Milo le levantó el dedo indicando que aún no había terminado.

—Solo en dos ocasiones he visto sinceridad en sus emociones. La primera, al ver la mirada de amor que profesa por Trix y por ti.

X se llevó las manos a la cara. No supo qué tenía esa frase, pero que saliera de la boca de Milo le recordó el verdadero motivo por el que hacía todo aquello. No era el odio a la mentira, ni la necesidad casi visceral de saber qué le ocultaba Kyra. Era amor. Quería pasar el resto de su vida con ella y no iba a permitir que una estupidez como aquella arruinara lo que tenían.

—La segunda vez en la que he visto una mirada genuina —continuó Milo— fue al demostrar el odio que profesaba por los Santinos y los Siracusa.

El recuerdo de aquella confesión volvió a la mente de X: las palabras de Kyra, dichas sin temblor, pero con una tristeza tan pura que rozaba la rabia. Le había contado cómo, siendo apenas una niña, vio morir a sus padres en un fuego cruzado entre los dos clanes; cómo un instante bastó para convertir su vida en ceniza. Desde entonces, había aprendido que en Atlas la justicia era solo un espejismo que se compraba o se robaba, y que las familias del crimen no distinguían entre culpables o inocentes. Ese día, X comprendió que su odio no era un impulso, sino una herida abierta:

una venganza que respiraba con ella.

Milo tenía razón, ese odio era completamente real. A Kyra incluso le había costado compartir una cena con su amigo, por mucho que ya no fuera un drifter. Cada vez que X preguntaba por sus padres o por cómo murieron, ella zanjaba el tema al instante.

—X, no quiero ser yo el que ponga este pensamiento en tu cabeza, pero… —Se detuvo unos segundos, con un miedo ostensible en su expresión—. Existe la posibilidad de que sea ella quien esté cometiendo los asesinatos del tarot. Sus desapariciones por la noche, el secretismo, su pasado oculto que obviamente…

—No es ella —dijo X categórico—. No puede ser ella.

—Sé que cuesta creerlo, pero…

—He estado delante de la asesina —añadió X, cortante por segunda vez—. Su fisionomía y altura son diferentes a Kyra. También usa armas distintas. Además, la noche del primer asesinato, Kyra no se movió de nuestra cama.

Aunque sus palabras habían sonado firmes, en su interior cada vez dudaba más de su veracidad. Sabía que eran pruebas objetivas y, aun así, su seguridad se desmoronaba.

—Pero está claro que oculta algo —dijo X—. Algo que ni siquiera quiere compartir con su marido.

◗ 19:32

Si tener una carta del tarot implicaba estar en la mira del asesino, entonces Kyra, Trix, Milo… o él mismo podían ser el próximo rostro en aparecer en las noticias, con otra muerte sumándose a la cuenta. En las últimas horas X se había volcado de lleno en investigar los ataques. No solo por la urgencia del peligro, sino porque necesitaba mantener la mente ocupada. Alejarla de Kyra. De Trix.

Había revisado con detalle los informes de las tres muertes. También había hablado con sus contactos en la policía, con tal de conocer sus opiniones. Estaban igual de perdidos que el resto. Ellos ni siquiera contaban con la información de quiénes eran los demás portadores de cartas del tarot.

A pesar de no gustarle, el único hilo del que podía tirar era sobre la involucración de la RES, por mucho que se basase solo en un mecanismo de defensa de la presidenta del país.

X llegó al límite entre Puerto Bahía y Cuatro Torres al caer la tarde. El sol se ocultaba tras los rascacielos oxidados del antiguo puerto y las sombras alargadas cubrían los callejones como una advertencia. Frente a él se alzaban dos edificios que parecían descomponerse a simple vista: torres huecas, rendidas al tiempo y la humedad, sostenidas más por abandono que por estructura. Según sus fuentes, ahí se ocultaban decenas de exiliados de la RES. Igual que él años atrás, muchos cruzaban el océano para llegar a Atlas. A diferencia de él, no todos buscaban empezar de nuevo.

Las escaleras que llevaban al interior estaban medio colapsadas. X subió con cautela, esquivando vigas sueltas y tablones podridos. El olor a moho, sudor rancio y plástico quemado impregnaba cada rincón. No tardó en encontrar a los primeros ocupantes: un anciano con la mirada perdida sentado junto a un brasero improvisado, una mujer acunando a un niño en una sábana sucia, dos adolescentes rebuscando entre restos de cables y latas vacías. Todos lo miraban

con una mezcla de desconfianza y miedo.

Intentó hablar con un par de ellos. Les preguntó si sabían algo sobre nuevos inmigrantes, si habían visto movimientos extraños, rostros que no encajaban con los del resto. Ninguno respondió. Uno se limitó a escupir al suelo. Otro se giró sin decir palabra. Daba igual que X hablara con su lengua materna o impostara el acento que tenía años atrás. Ahí no eran bienvenidos los extraños, y menos si llevaban en los ojos el brillo de alguien que busca información.

Avanzó por un pasillo en penumbra, iluminado solo por las rendijas de las paredes rotas. Detrás de una puerta sin cerradura encontró una habitación. Dos colchones en el suelo, uno vacío, el otro ocupado por una joven sentada con las piernas cruzadas. Leía un libro con calma, como si el mundo a su alrededor no tuviera la menor importancia. Ni siquiera levantó la vista cuando X apareció en el umbral.

X dio un paso más, pero no dijo nada aún. Fue entonces cuando lo vio: entre los dos colchones, medio cubierto por una manta raída, había un objeto que no debería estar ahí. Algo familiar. Algo demasiado concreto para ser casualidad.

Alzó la voz:

—¿Quién duerme en esa cama?

La chica pasó una página. Ni lo miró.

—Te he hecho una pregunta.

Nada. Solo el susurro seco del papel al cambiar de hoja. X avanzó otro paso, cruzando el umbral.

Sin previo aviso, la chica le lanzó el libro, se levantó y salió disparada por el pasillo.

X fue tras ella.

El suelo crujió bajo sus pies mientras esquivaban obstáculos, cables colgantes, muebles desvencijados. La joven corrió como si conociera cada grieta del edificio, girando por corredores estrechos y descendiendo tramos de escaleras en ruinas con la ligereza de quien lleva años viviendo entre escombros. X la siguió de cerca, aunque el lugar no se lo ponía fácil.

En la segunda planta casi la alcanzó. La chica tropezó con una silla caída, perdió el equilibrio y X alargó el brazo para sujetarla. Ella

se impulsó contra una pared desconchada, se escabulló bajo un marco roto y volvió a ganar distancia.

Ascendieron de nuevo y atravesaron una tercera planta asfixiante, donde charcos y moho negro se adueñaban del suelo y las paredes. Una mujer los observó desde su rincón con una criatura famélica aferrada a su pierna. X no se detuvo, solo tenía ojos para la silueta que huía.

Al llegar a la cuarta, una puerta se abrió de golpe. Un hombre con la cara llena de cicatrices apareció con una barra metálica en la mano.

—¡Fuera de aquí, cabrón! —gritó al ver a X.

X no se detuvo. Lo esquivó de lado y subió el siguiente tramo de escaleras.

El aire estaba más denso en la quinta planta. Techos caídos, colchones arrojados en los pasillos, ropa mojada colgando de tubos oxidados. La joven trató de llegar a una habitación lateral. Esta vez X anticipó el movimiento y le cortó el paso. Ella giró sobre sus talones, pero la ruta de escape estaba bloqueada por un mueble caído.

La arrinconó contra una pared carcomida. Ambos respiraban agitados. X levantó una mano, sin amenaza.

—No quiero hacerte daño —dijo—. Solo necesito respuestas.

La chica lo miró, acorralada, con los hombros temblando. Aun así, sus ojos ardían con furia. Viéndola de cerca, no debía de tener más de veinte años. La piel, pálida y sucia, revelaba unas mejillas hundidas por el hambre. Llevaba el cabello muy corto, como cortado a navaja, y una cicatriz fina le cruzaba la ceja derecha. Sus manos, tensas junto al cuerpo, eran huesudas pero firmes, llenas de pequeñas marcas que delataban meses de subsistencia callejera.

Miró a su alrededor, en busca de una salida. Al ver que no le daría tiempo a correr de nuevo, se apoyó en la pared de chapa oxidada y bufó con resignación.

—Sé quién eres. Te vi por primera vez en 2060, creo. Estabas con otros soldados, habíais hecho esas locuras imposibles en el frente… En la ceremonia te vi recoger una medalla de manos de tu capitán. —Lo recorrió con la mirada, como quien observa algo que no encaja, con una mueca de asco apenas disimulada—. No sé qué coño te ha

pasado desde entonces. —Bajó la voz, con un tono seco, casi escupido—. Me das puto asco.

X acortó la distancia con tesón, no iba a permitir que una adolescente emitiera juicios morales sobre él. La chica se cohibió un poco.

—Dime de quién eran las cosas del suelo. Con quién compartes habitación.

La chica se encogió de hombros como si le hubiese preguntado por direcciones en una ciudad que no conocía.

—No voy a traicionar a mi país como hiciste tú.

X puso los ojos en blanco, pasmado por su hipocresía.

—¿Traicionar? Mira a tu alrededor. Estás en Atlas. Ya has traicionado a tu país.

—No te equivoques. —A pesar de la diferencia de tamaño entre ambos y de que X iba armado, la confianza de la chica parecía crecer por momentos—. Una cosa es abandonar tu país por las circunstancias; otra muy distinta es hacer algo que vaya en contra de la RES.

X alzó la cabeza de golpe, como si la frase le hubiera atizado físicamente. Por un instante, los músculos del cuello se le tensaron y un tic apenas visible le recorrió la mandíbula antes de que soltara una exhalación seca. Normalmente habría dejado pasar un comentario así. Esa vez no. Llevaba demasiada rabia acumulada, y aquella chica acababa de encontrar la chispa que encendía la mecha.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Pretendes proteger al gobierno corrupto que te obligó a abandonar tu país.

Una carcajada cargada de condescendencia rebotó en el metal corroído. El espacio era una antigua sala de mantenimiento, ya despojada de toda función. Tuberías abiertas sobresalían de las paredes como venas secas, manchas de humedad cubrían el techo, y en un rincón, un viejo generador oxidado dormía bajo una capa de polvo. El suelo, desnivelado, estaba cubierto de trapos, botellas vacías y una fina capa de hollín. Cada sonido rebotaba como si las paredes quisieran devolverlos amplificados, atrapando a sus ocupantes en un eco constante de miseria.

—Has pasado demasiado tiempo en Atlas. ¿Quién coño ha

mencionado al gobierno? Puede que tú llegaras a conocer a alguno de ellos. Yo no. Los que mandan en la RES son una minoría ridícula comparados con el resto. Yo protejo a mi familia, a los amigos que dejé atrás. A mis compatriotas.

»Si de verdad eres capaz de ir contra los que crecieron contigo, con los que trabajaste, con los que compartiste mesa… solo por los que están al mando o por la ideología que les tocó vivir, entonces sí: te has convertido en otro ciudadano podrido más de Atlas.

Se despegó de la pared y se plantó frente a X. No le llegaba ni al mentón y bastaría un empujón para tumbarla, aunque su postura decía otra cosa. Parecía más firme que él.

—No tengo claro qué buscas, pero hace unos meses hicieron una redada en el refugio. Toda la gente que ya no está fue deportada de vuelta a la RES, donde seguramente habrán sido encarcelados o ejecutados por traición. Lo mismo con quien compartía ese zulo.

»Si buscas a los responsables de las muertes y el caos de estos días, no mires al otro lado del océano. Los culpables no se esconden lejos; están justo delante de ti.

◗ 22:12

Las risas y los hielos chocando contra los vasos del resto de clientes no conseguían enmascarar el ruido que X tenía en la cabeza. Miró hacia la puerta en busca de la persona a la que esperaba. Quien entró fue una pareja cogida del brazo. Le dio un nuevo sorbo a su mooncrest y se desinfló sobre su asiento.

—Freeman, ¿desde cuándo el alcohol forma parte de tu método de trabajo? —dijo Kane, con media sonrisa y ese andar de quien no necesita placa para imponer.

X no contestó. Levantó el vaso. Kane lo tomó y le sirvió una nueva copa sin preguntar. Se apoyó en la barra y cruzó sus brazos cromados, como si fueran parte del mobiliario. Aquel hombre, que décadas atrás se ganó el apodo de «Iron» tras detener con sus propias manos las peleas que estallaban en su local, no necesitaba levantar la voz. En Dead Zone las reglas eran simples: quien entraba, aparcaba las guerras fuera. Y si alguien olvidaba eso, dejaba de entrar. Kane construyó ese oasis imposible en Atlas para que tipos como él o como X pudieran respirar sin mirar por encima del hombro. Por eso, aunque ya estaba más cerca de los setenta que de los cincuenta, su presencia seguía pesando como el primer día.

—Está todo más tenso que una cuerda de piano por aquí —añadió, mirando al fondo del local—. Hoy han venido cinco que hace un año no se podían ni ver. Se han sentado en la misma mesa.

X bebió despacio dejando que el trago bajara solo.

—La ciudad está al límite.

Kane asintió, sin sorpresa.

—Atlas vive al borde desde que tengo memoria. Lo raro es cuando parece estable.

No hacía falta decirlo. Kane lo sabía. X también. Todo estaba a punto de romperse, y no solo fuera. La conversación con la refugiada de la RES seguía repitiéndose en su cabeza. Aunque X

tuviera un pasaporte nuevo, cinco años atrás habría dado la vida por borrar esa nación del mapa. ¿Por qué, entonces, le importaba tanto que fueran a hacerlo ahora?

Kane sacó un vaso más y lo llenó sin decir palabra. Parecía reconocer el tipo de silencio que estaba ocupando ese espacio.

—Yo ya he visto esto antes —murmuró—. El caos que precede al momento en que la ciudad decide matarse a sí misma.

X no respondió. Pensó en las últimas muertes, las mentiras de Kyra, la reunión de esa mañana en la casa de la presidenta.

—¿Tú cómo lo hacías? —preguntó al cabo de un rato.

Kane lo miró.

—¿El qué?

X bajó el vaso.

—Seguir sin creerte un dios… ni convertirte en un cabrón sin alma. Aguantar el punto medio. Porque el día que dejas de hacerte la pregunta, ya estás jodido.

Kane le mostró todos sus dientes en una sonrisa torcida, más cercana al cansancio que a la alegría.

—Tú mismo lo has dicho. Nunca dejé de hacerme la pregunta.

X asintió apenas. Esa era la línea: la que no quería cruzar y, a veces, ya había cruzado sin darse cuenta.

La puerta del bar volvió a sonar.

—Parece que tu acompañante ha llegado —dijo Kane, con un ademán hacia la mujer que acababa de entrar en el local.

Maia avanzó entre las mesas con paso firme, pero medido, procurando no llamar la atención. Llevaba su estilo funcional de siempre —botas, chaqueta entallada, pantalones oscuros—, aunque esa noche había un matiz distinto: el cabello suelto, un brillo discreto en los labios y una contención en los movimientos que revelaba algo más.

—¿Eso es un mooncrest? —dijo sentándose en el taburete de su lado—. Es la primera vez que te veo bebiendo. Creía que habíamos quedado por trabajo.

—Es por trabajo —dijo X, sin notar cómo la sonrisa de Maia perdía fuerza en los bordes, como si algo se replegara en ella antes de tiempo—. La situación lo requiere.

Ella no respondió. Hizo un gesto leve al camarero, sin mirarle, y pidió lo mismo. Apoyó los antebrazos sobre la barra y cruzó las piernas con un movimiento medido, como si ocuparse las manos y el cuerpo le ayudara a no decir lo que pensaba. Cuando le sirvieron la copa, la sostuvo un momento entre los dedos, girándola por puro hábito, sin beber.

No volvió a mirarlo de frente. Mantuvo la vista en el licor, como si ahí hubiera algo que entender. Sus dedos golpearon dos veces el cristal con suavidad. Una pausa. Luego una exhalación breve, contenida.

Solo entonces habló, sin voltearse, y con una voz más afilada.

—Decías que esto era por trabajo, ¿no? ¿Qué necesitas?

X despegó la mirada de su vaso y la observó. Parecía molesta y no tenía ni la más mínima idea de por qué. Ya tenía demasiadas cosas en la cabeza como para preocuparse de descifrar a esa mujer.

—Aquí no.

Se puso en pie y se dirigió a uno de los reservados del local. Maia lo siguió sin decir nada. Al incorporarse, X sintió de golpe el efecto de las dos copas y media. Se obligó a caminar recto, lo que solo sirvió para cuestionarse si sabía caminar. Absurdo, teniendo en cuenta que era algo que llevaba haciendo toda la vida.

Se dejó caer en el sillón, mientras Maia tomaba asiento al otro lado de la mesa, con la misma firmeza contenida de siempre, aunque mucho más delicada en el gesto. Él apoyó los codos sobre la superficie, como si necesitara anclarse a algo para que su cabeza dejara de girar. Maia lo observó en silencio, intentando descifrar lo que pasaba por su mente. Cuando por fin logró calmarse, X inspiró hondo y soltó la pregunta.

—¿Qué es la Unidad Lázaro?

X no tenía ni idea de qué esperaba escuchar Maia, pero estaba claro que no era eso. Su expresión, normalmente impenetrable, se resquebrajó durante un segundo y dejó ver la verdad sin necesidad de palabras. Esa vez no era fachada. Aun así, X tomó nota mental: fingir estar borracho podía ser útil para pillar desprevenido al otro. Con Maia, al menos, había funcionado a la perfección.

—¿De qué… qué estás hablando?

En vez de insistir, X soltó una frase en apariencia sin sentido.

—Bajo la tierra muere un nombre; sobre ella, vive otro.

Maia finalmente cerró la boca y se apoyó en el respaldo de terciopelo azul. Ni trataba de ocultar lo poco que le gustaba la dirección que tomaba la conversación.

—¿Dónde has escuchado ese nombre y esa frase?

Pillar tan desprevenida a Maia despertó a X.

—El nombre en las oficinas de ARCO. No voy a darte más que eso. En cuanto a la frase, me costó bastante más. Desde que oí hablar de la Unidad Lázaro, he intentado encontrar información varias veces. Eso fue lo único que conseguí, hace unos meses. Es todo lo que sé, aparte de que es un operativo secreto de ARCO.

Maia permaneció callada. Mantenía los ojos entornados, como si intentara descifrar la historia que le contaba el detenido frente a él.

Aprovechando el silencio, X continuó hablando.

—Esta mañana he tenido una reunión con la presidenta. —Si esa frase le sorprendió a Maia, no lo mostró. Volvía a tener su máscara infranqueable—. Me ha explicado con más detalle por qué cree que la RES está detrás de los ataques. Al parecer, no es solo una estrategia para contener el descontento público. Realmente lo piensa. Y los argumentos que me ha dado son bastante válidos. Sin embargo, yo no pienso que sea mi antiguo país. Además de ellos, hay un único otro beneficiado de las muertes, las filtraciones de corrupción y las revueltas. Tu jefe.

—¿El comandante Thorne?

—No, tu jefe máximo.

La confusión de Maia parecía honesta. Sabía que era fingida. Tenía que serlo.

—¿Jefe máximo? ¿Te refieres a la presidenta? Te recuerdo que no dejamos de ser una organización del Gobierno. Por mucho que nos estén ahogando con la falta de presupuesto y que…

—Elías Rivas.

El nombre que X escupió cortó de raíz las excusas de la capitana de ARCO.

—La mayoría de veces no hay que mirar muy lejos para encontrar al culpable de lo ocurrido. Sí, es cierto que las tres muertes y las

revueltas que inundan Atlas benefician a la RES. Pero eso está muy lejos. Fue Elías Rivas quien levantó ARCO desde dentro del gobierno. Su cruzada contra la corrupción y los clanes no es ningún secreto. Si ignoras el teatro de las cartas, todo esto encaja con su estilo.

»ReCorp no fue un caso aislado. Han salido a la luz otros escándalos igual de graves. Era la primera vez en décadas que el ejecutivo de un clan moría por algo que no fueran disputas internas. También he comprobado que el presupuesto que el gobierno de Vera ha repartido para vosotros es de un crédito, ya que es obligatoria la financiación de todas las entidades gubernamentales. Puede que andéis justos de dinero, pero no tanto. Tras una breve búsqueda entre un entramado complejo de empresas, he comprobado que el noventa por ciento de los créditos con los que contáis viene de Elías Rivas. Y para terminar, ARCO cuenta con un operativo secreto que perfectamente se podría estar encargando de los ataques.

»Y como he dicho, Elías es el único junto a la RES que se está beneficiando de los ataques. Antes de este caos, las encuestas electorales lo ponían en quinto lugar. Las que se han publicado hoy lo consideran el segundo. Incluso hay quienes lo ponen por delante de Vera Voss.

Mientras hablaba, Maia lo escuchaba en silencio sin apenas parpadear, con los labios cerrados y los dedos entrelazados sobre la mesa. Su expresión no cambió, pero algo se tensó en su mandíbula. Cada palabra de X parecía martillar una parte concreta de ella.

X continuó:

—El resumen es el siguiente: se está demostrando la corrupción con la que pretende acabar, están muriendo ejecutivos de los clanes y su popularidad se ha triplicado. Si a esto no se le llama un pleno directo de culpabilidad, no sé a qué…

Maia se lanzó sobre la mesa antes de que terminara la frase. Sin pausa ni aviso, solo un impulso que cortó el aire. Apoyó una mano en el borde y la otra sobre la superficie para sostenerse, cruzando el espacio que los separaba en un segundo. Lo besó con una brusquedad que no tenía nada de ternura. Fue rápido, seco, torpe. Apenas duró un segundo.

Cuando se apartó, la respiración le temblaba. X no se había

movido. Tenía la boca entreabierta, como si no supiera qué reacción era la correcta.

Maia bajó la vista y negó con suavidad, en un intento de expulsar de sí misma lo ocurrido.

—Lo siento —dijo—. Joder. Perdona.

Su voz se había vuelto más baja, más grave, desprovista de toda su habitual autoridad.

—No debería haber hecho eso. Y menos… con Kyra.

Se acomodó en su asiento sin mirarle, tragando saliva con dificultad. El temblor en su voz desapareció en cuestión de segundos, sustituido por algo más duro.

—Solo te voy a decir esto, y no lo repetiré: ni ARCO, ni la Unidad Lázaro están detrás de las muertes, las cartas del tarot o las filtraciones. No lo estamos cubriendo. No tenemos nada que ver.

Se fue sin girarse. Su copa seguía casi intacta sobre la mesa.

X se quedó quieto. Su cuerpo aún no había registrado del todo lo que acababa de ocurrir. El silencio regresó, cargado y espeso, como en los segundos previos a un disparo.

Pasaron varios minutos hasta que decidió moverse. No tocó lo que quedaba de su copa. Tampoco miró hacia la puerta por la que había salido Maia. Se limitó a recoger su chaqueta con movimientos mecánicos y salir del local con el mismo gesto que pondría al dejar atrás una escena del crimen.

De camino a casa, la cabeza de X se agitaba más que el traqueteo del metro. El beso inesperado de Maia daba por fin sentido a su comportamiento errático de los últimos meses: esos gestos extraños, las miradas sin motivo y las palabras que se guardaba en el último instante. Pero, como siempre, cada respuesta era una hidra: resolvía un misterio y surgían dos nuevos en su lugar.

Sobre la afirmación de que ni ARCO ni Elías Rivas estaban detrás de las muertes del tarot… no terminaba de creérselo. O al menos, no del todo. Puede que no fueran los responsables directos de los asesinatos, pero algo más había. Se lo decía su instinto. No era una mentira completa, pero sí una verdad recortada. Con Maia, eso casi siempre significaba que lo más importante seguía fuera de foco.

Y ese era el problema, el resumen de su vida entera: todos

ocultaban algo.

Las mentiras resquebrajaban los cimientos de todo lo que había intentado construir. La familia en la que confiaba mostraba fisuras que ya no podía ignorar. Trix le ocultaba lo suficiente como para impedirle ayudarla. Kyra parecía haberle mentido desde mucho antes de lo que quería admitir. La nota en el Misty Dreams, sus desapariciones nocturnas, la reunión con Yudai Sato… ya no eran hechos aislados, sino señales repetidas de un mismo patrón. Uno que X ya no podía ignorar.

Todo eran mentiras.

Sofocado por la oleada de frustración y desengaño, X sintió cómo se le endurecía el pecho, como si el aire se negara a entrar. Las manos le temblaban —no de miedo, sino de agotamiento— y tuvo que apretar los puños hasta sentir las uñas marcándole las palmas. Entró en casa sin mirar a su alrededor. El silencio lo recibió de golpe, denso, y el eco de sus propios pasos fue la única respuesta que obtuvo. El recibidor le devolvió la bienvenida con una bofetada seca de soledad.

Miró a su alrededor: el mobiliario caro, la tecnología de última generación, las cristaleras que mostraban la noche de Atlas y las paredes limpias que parecían no haber albergado nunca a nadie. Todo aquello que había conseguido, cada contrato, cada riesgo, se le antojó de repente hueco. Una colección de cosas sin alma. ¿De qué servía tanto esfuerzo si no tenía a nadie con quien compartirlo? Se preguntó si alguna vez había luchado por algo más que por el ruido de la supervivencia. Si el propósito que lo mantenía en pie seguía siendo suyo o solo una excusa para no aceptar que se estaba quedando completamente solo.

Un aviso de peligro saltó en el NED y su mano fue instintivamente al mango de su rifle. Lo desenfundó y apuntó a la esquina del salón, comida por la oscuridad. La figura que se ocultaba ahí levantó las manos, pero no salió de la penumbra. No hizo falta que lo hiciera para que X supiera quién era. Solo tuvo que hablar. Y al oír su voz, X no pudo creer que fuera real.

—Cuanto tiempo sin vernos, hermanito.

◗ 23:28

—Pleya…

El nombre se le escapó sin pensar; jamás creyó que volvería a llamar a alguien así.

La figura emergió de las sombras y dejó que la luz mortecina de la noche de Atlas la bañara. Era la misma silueta que, dos días atrás, asesinó a sangre fría a su cliente. La superficie del traje reflejaba un brillo húmedo, casi orgánico, como si respirara con ella. Cuando levantó una mano y pulsó un punto invisible en el lateral del casco, la máscara comenzó a desensamblarse con precisión mecánica: los paneles se deslizaron hacia atrás y se encajaron unos con otros hasta quedar plegados sobre la nuca. Los surcos dorados del material se apagaron lentamente, como nervios que dejaban de transmitir impulso, hasta que el rostro se mostró por fin. La piel, oscura y tersa, brillaba bajo la luz con un leve rastro de sudor. Los ojos, hundidos y enrojecidos, revelaban noches enteras sin descanso, una mirada en la que el cansancio y la rabia convivían sin tregua. Los pómulos marcados y la tensión del cuello hablaban de una fuerza contenida, de alguien que había aprendido a resistir incluso cuando el cuerpo pedía rendirse. En torno a la boca se dibujaba una rigidez amarga, un gesto que no era del todo odio ni dolor, sino la huella de demasiadas pérdidas. No quedaba en ella rastro de la muchacha que X recordaba; solo una determinación fría, endurecida por el sufrimiento y el tiempo.

—X Freeman.

Las dos palabras salieron con tonos diferentes. El nombre familiar sonó con una nostalgia repleta de tristeza y arrepentimiento, mientras que el nombre que había adoptado lo escupió con la misma rabia con la que los ciudadanos de Atlas al principio le llamaban europeo.

—¿Tanto te avergüenzas de tu familia, que al volver al país en el

que nacimos, has adoptado una nueva identidad?

X no podía creérselo. La niña de doce años de la que se despidió una década atrás estaba frente a él. Había pensado en ella al ver la piedra tallada del refugio, pero nunca imaginó que realmente pudiera seguir viva. Y mucho menos que le hablara con ese odio metido en cada sílaba.

—Sabes perfectamente el porqué. Si lo hubiese hecho, ya estaría muerto.

—Lo dices como si fuera algo negativo.

En la expresión de Pleya ni siquiera apareció una mueca de sorna.

—¿Por qué estás en Atlas? —dijo Pleya con un tono sorprendentemente conciliador—. Nuestro padre, en su comportamiento egoísta y estúpido, te condenó a que continuaras con el sueño al que él nunca se acercó. Pero murió cuando tenías poco más de cinco años, no tenías ningún motivo para continuar con su legado fallido. ¿Por qué aun así parece que quieres conseguir lo que él solo llegó a anhelar?

X notó cómo la lengua raspaba el paladar, seca, como si llevara horas sin hablar. Esa pregunta le carcomía desde hacía años. Al principio, podía esquivarla con verdades a medias: para escapar de la RES, para sobrevivir, para encontrar al culpable de la muerte de Cleo. Pero llegó un punto en que ni él mismo se creyó esas respuestas.

Miró a su alrededor. El apartamento, la vida que se había construido, la influencia que estaba alcanzando en un país que no mucho tiempo atrás odiaba con cada célula. Sabía que esas respuestas eran solo excusas, evasiones de la verdadera razón por la que estaba ahí. Aun así, todavía no tenía la respuesta clara. O más bien, aún no la había aceptado del todo.

—A ti te podría hacer la misma pregunta. ¿Qué haces en Atlas? ¿Por qué estás haciendo todo esto, Pleya?

—¡Ese no es mi nombre! — El grito agudo resonó en el piso vacío y se extinguió en un silencio espeso. La estancia quedó suspendida en una quietud tensa, como si el aire aún temiera moverse—. Nunca lo fue. Apenas viví en esta sociedad putrefacta un año. Aun así, toda

mi vida he tenido que arrastrar el nombre que me puso nuestro padre. Pleyades. Ni siquiera eligió un nombre bonito. Pero esas letras no son más que un concepto de este país capitalista. Yo siempre he sido Freeman, sin más. Al igual que tú.

»Cuando alguien tiene un nombre propio, todo lo que hace es motivado por el beneficio de ese nombre. Mientras que si lo único que tiene es un apellido, el nombre de su familia, sus acciones están motivadas por el bien de su familia, por el bien de la comunidad. La RES y Atlas difieren desde los cimientos mismos de su estructura social. Aquí la libertad individual acaba arrasando con el bienestar social.

Pleya se pasó las manos por las trenzas de raíz que cubrían su cabeza. Como si necesitara calmar los pensamientos que abrasaban su mente.

—Además, tú eres la última persona que podría llamarme así. Un héroe de la RES transformado en el mayor traidor de la última década. Asesino de un prisionero sureño, desertor del ejército y convertido en una figura prominente dentro del bando enemigo.

Los ojos de Pleya se endurecieron, encendidos por un odio antiguo, profundo, que parecía venir de mucho antes que ella misma. Cuando habló, su voz arrastró el peso de todas esas sombras.

—Me das asco, X. Me repugna que compartamos el mismo nombre de familia.

Llevó la vista al poco ciberware que se asomaba en los brazos de su hermano. Luego recorrió el apartamento de lujo en el que vivía, con la gran panorámica a la metrópolis surcada de luces en esa noche cerrada.

—Me da asco en lo que te has convertido. El ciberware que llevas encima, los actos que has debido de cometer para llegar hasta donde estás. La poca humanidad que queda dentro de ti. Si tu madre te viera… se le rompería el corazón.

Justo eso le ocurría a X en ese momento. Su corazón se rompía. Las palabras lo golpearon más de lo que quiso admitir. La mandíbula se le tensó, los dedos se cerraron hasta que los nudillos palidecieron. Bajó la mirada un segundo, intentando contener el

temblor que le subía por el pecho, hasta que fue capaz de reunir la fuerza suficiente para hablar.

—Te equivocas. Nuestra madre me entendería. Al igual que supongo que te entendería a ti, que entendería el odio que tú ahora mismo sientes. Algo que yo, por mucho que intento, no soy…

—¡Mamá no entendería nada! Mamá está muerta. Al igual que la tía Ladner.

Esas palabras lo golpearon como un chorro de nitrógeno líquido directo al pecho y le dejaron el alma hecha escarcha.

—¿Te piensas que cuando te fuiste la vida en el pueblo se quedó congelada? ¿Que todo seguiría igual? ¿Que éramos como los personajes de un videojuego, quietos hasta que el protagonista vuelve a hablarnos? No, X. La vida siguió. La tía Ladner, la que siempre te mareaba con sus acertijos, murió cinco meses después de que te fueras. Mamá, unos años más tarde. Nos dejaste a todos atrás. Me dejaste sola.

X alzó los brazos y avanzó unos pasos hacia Pleya. La necesidad de abrazarla lo golpeó con una fuerza casi física, una urgencia que anuló cualquier pensamiento. No llegó a alcanzarla. A pocos metros, un disparo lo detuvo en seco y le paralizó el cuerpo. Había caído por segunda vez en la misma trampa.

Pleya soltó un suspiro que cargó el aire de resignación y tristeza contenida. Bajó el mentón y, con un leve gesto, reactivó la máscara. Cuando volvió a alzar la vista, X ya no vio a la niña que conocía, sino el rostro sin alma de una asesina.

—Tu capitán Pavlov te manda recuerdos. Y tanto él como yo te recomendamos que no te involucres, X. Llevamos años preparando esto. Ya no hay forma de pararlo. Tu suerte ha cambiado de manos. Si te entrometes, lo único que conseguirás es que mueran más personas de las necesarias. Que muera tu nueva familia.

21 DE JUNIO, 2067

◗ 09:42

X se incorporó de la cama con la pesadez de quien siente que cada día es una prueba divina imposible de superar. Miró a su alrededor. La mitad de las sábanas seguía perfectamente estirada, intacta por la ausencia de Kyra. La balaustrada del dormitorio daba a un salón y una cocina vacía, sin el ruido de Trix haciendo alguno de sus experimentos culinarios.

Aquel lugar, que semanas atrás era su refugio en medio del caos, se había vuelto una prisión. Allí Trix huyó sin explicaciones, discutió con Kyra hasta su portazo final, y la noche anterior fue escenario de un reencuentro inesperado con su hermana, que ya no era la niña dulce que recordaba, sino una asesina metódica y despiadada.

Verla de nuevo, con esa mirada sin titubeos y el rostro cincelado por una frialdad escalofriante, le dejó una opresión en el pecho que no lo había abandonado desde entonces. Como si, en ese instante, hubiese perdido a su hermana por segunda vez.

Quería cerrar los ojos y volverse a dormir. Conseguir que el tiempo pasara rápido mientras quedaba sumergido en un sueño más apacible que su realidad. Pero al despertarse varias horas después nada habría cambiado.

Con un suspiro resignado, se puso en pie. Se dio una ducha que

no logró despejarlo, bajó a la planta baja y se preparó algo de almuerzo. Aguantó siete minutos sin encender las noticias, gracias a la distracción momentánea que le ofreció Lluna. Al final, asumió que ignorar la realidad no haría que dejara de existir.

No necesitó mucho para identificar los dos grandes eventos de la noche anterior.

El primero, un nuevo asesinato. En esta ocasión, una Valquiria. Su corazón se saltó varios latidos, hasta que añadieron el nombre de la víctima: Astrid. Era una de las dos Valquirias que acompañaron a Kyra en la reunión con la presidenta en Isla Paradiso.

La encontraron muerta en el despacho de su brainclub en Barriada. Mientras sus clientes seguían sumergidos en BF, ajenos a lo que ocurría, Pleya arrebató la vida a una de las trece Valquirias. Su cuerpo yacía sobre la alfombra, boca arriba, los ojos congelados en un gesto de incredulidad perpetua. Dos disparos limpios al pecho la habían abatido sin margen para defensa. En su frente, la firma inequívoca: XE.

La carta del tarot, cuidadosamente dispuesta sobre su abdomen, no era una elección al azar. El Siete de Espadas —la carta por excelencia del sigilo, el engaño y la estrategia solitaria— parecía un mensaje íntimo. Durante meses la Valquiria había desviado recursos y créditos hacia los Siracusa, rompiendo la neutralidad del clan femenino. Las siete espadas robadas simbolizaban aquello que se llevó en secreto, la lealtad traicionada. La muerte se hizo pública de madrugada, y la información se había filtrado esa misma mañana. Aunque la noticia por una vez no involucraba al gobierno, había avivado un fuego que ya ardía entre Valquirias y Siracusas.

El informe preliminar confirmaba lo previsible: misma técnica, mismo patrón. Ejecución limpia. Sin huellas. Sin lucha. Solo el rastro helado de una inteligencia que planeaba cada asesinato como un ritual. Igual que Leilah Nadir. Igual que Evaristo Molina. Igual que Darío Kellman. Otro símbolo tachado en su lista invisible. Ya no quedaban dudas sobre el nivel de preparación de Pleya. La noche anterior se había colado en su casa con una facilidad inquietante. Probablemente también había estado en su oficina, y X ni siquiera lo había notado. Además, había eliminado a un ejecutivo del mismo

rango que Dalia Rojas sin dejar rastro. Ahora, había acabado con una Valquiria en su propio terreno.

Todos los que tenían una carta del tarot estaban en peligro, y eso incluía a Milo, Kyra, Trix e incluso a él mismo.

X nunca había pensado que la RES pudiese llegar a hacer algo así. Y no por falta de interés, sino por capacidad. La imagen que tenía del ejército europeo después de tantos años siendo uno de sus engranajes era la de una máquina enorme con cientos de intereses egoístas tirando en todas las direcciones. Generales nepotistas, políticos corruptos, altos mandos incompetentes… Eso hacía que esa máquina, por muy monstruosa y mortal que fuese, siempre se quedara en el sitio, sin avanzar hacia el objetivo que vendían a la población: el de salvaguardar la integridad de su nación y su ideología.

Al parecer, estaba equivocado. Al menos una pequeña parte de aquella maquinaria había logrado avanzar por su cuenta. No solo alcanzando el territorio de Atlas y abriéndose paso con éxito en sus calles, sino también poniendo en alerta a toda la cúpula de poder del país y causando unos estragos que rozaban lo irreversible.

Pero ahora que X sabía con quién se enfrentaba de verdad, ya no quedaba un atisbo de duda en su talante. Le dio vueltas durante un rato a cuál sería la siguiente víctima. Conocía a Pleya. Podría haber cambiado mucho, pero sabía que el encuentro de la noche anterior no era una mera visita. Estaba jugando con él. Lo quería retar. Quería demostrarle que ella era mejor que él.

Eso significaba que en alguna parte de la conversación se escondía una pista de quién sería la siguiente víctima.

X reprodujo en varias ocasiones el breve intercambio, en busca de diferencias en su tono, frases con doble significado o gestos que delataran algo. Cualquier cosa. Tras un rato, las noticias interrumpieron su razonamiento.

El segundo gran evento de la noche, que quedó eclipsado en gran parte por la muerte de la Valquiria, fue el debate entre Vera Voss y el principal contendiente en las próximas elecciones: Elías Rivas.

En parte, la presidenta tenía suerte de que hubiese muerto otro

ejecutivo de un clan; esa noticia desvió la atención de la tremenda derrota que sufrió. A pesar de la experiencia de Vera, Elías arrasó con ella en todos los sentidos. Su discurso no fue el de un opositor en campaña, sino el de un fiscal dictando sentencia. Desde el primer minuto, logró hacer que cada palabra pesara más que cualquier cifra o promesa: no habló de futuro, sino de enfermedad.

Los recientes casos de corrupción estaban muy frescos en la memoria del público. Aunque la presidenta no aparecía directamente implicada, su sombra cubría cada titular. Era la jefa de un gobierno que normalizaba la podredumbre como precio de la estabilidad, y ese era el terreno donde Elías se movía con gran precisión.

Con voz serena, casi pedagógica, fue desmontando uno a uno los cimientos de su adversaria: el mito de la cooperación entre Estado y clanes, la idea de que el progreso necesitaba de esos acuerdos opacos, la mentira de que Atlas solo se mantenía unido por la tolerancia al crimen. Vera intentó defenderse con diplomacia, apelando a la complejidad del sistema, a la herencia política, a las «alianzas necesarias para preservar la paz social». Pero su tono sonó viejo, caduco, ante un público que ya no quería explicaciones, sino una purga.

Elías cerró el debate con una frase que, esa misma noche, incendió las redes y los titulares de todo el país.

—Atlas no está enfermo, está envenenado. Y cuando la sangre se llena de veneno, no basta con tratar la fiebre: hay que drenar la herida, dejarla sangrar hasta que solo quede lo limpio. Los clanes son el veneno. Y si para salvar este país hay que vaciarle las venas, lo haremos.

El silencio posterior fue absoluto, como si incluso las respiraciones de los asistentes se hubiesen detenido. Esa mañana los medios ya no hablaban del debate, sino del mensaje. Las encuestas subieron con una brusquedad inédita: por primera vez el país empezó a creer que Elías Rivas no solo podía ganar, sino que debía hacerlo.

X apagó las noticias y terminó de prepararse. Había estado demasiado tiempo a la defensiva con esas muertes. Era momento de empezar el ataque. Ya no iba a quedarse con los brazos cruzados.

Abandonó su apartamento convertido en una especie de prisión cuando le llegó una llamada. Los ojos se le iluminaron con un brillo de esperanza.

—Freeman, ya tengo información sobre lo que me pediste.

No dijo nada, se quedó en silencio a la espera de que su asistente siguiera hablando.

—Me ha costado lo suyo, pero he encontrado a una persona que cuadra con la imagen que me mandaste de la chica y el alias de Trix. Te paso el informe. Su nombre real es Beatriz Esquivel.

◗ 11:20

—Beatriz Esquivel —susurró X una vez más mientras se dirigía a Cuatro Torres, uno de los barrios del territorio de los Santinos.

Aunque el fichero que le envió Adrian no tenía mucha información, le sorprendió su eficacia. Parecía que sería su asistente definitivo.

Según el informe, Trix nació en el 2050 en Cuatro Torres. Sus dos padres, que la tuvieron con veinte años, estaban en prisión. El historial que tenía la pareja era de admirar. Ladrones profesionales con más de una veintena de robos registrados en distintos distritos de Atlas. Asaltaron bancos, transportes de créditos, almacenes corporativos e incluso un par de joyerías. Su historial mostraba un patrón claro: planificación meticulosa, sin víctimas y con un alto nivel de coordinación. Ambos fueron finalmente detenidos una década atrás tras una operación conjunta entre la policía y la división federal.

Además de ellos dos, el único familiar que seguía vivo era la abuela por parte del padre. X se dirigía a su último domicilio conocido.

Por el camino siguió reflexionando sobre la conversación con su hermana. Debía llegar a su próximo objetivo antes de que fuese demasiado tarde. Sabía que lo había retado. Conociendo las cartas que la mayoría tenía, podría descubrir quién sería el siguiente.

Un indicio que tenía era el número cinco, el único que había mencionado, y lo había hecho en dos ocasiones: al recordar la edad que tenía X cuando murió su padre y los meses que pasaron hasta la muerte de la tía Ladner tras su desaparición. Había dos cartas con ese número: el Cinco de Pentáculos, que perteneció a Darío Kellman antes de morir, y el Cinco de Espadas, en manos de Kenji Tanabe, uno de los ejecutivos de los Inarizoku. Aun así, le parecía un hilo débil. Más un intento de aferrarse a lo único que había encontrado

en aquella charla que una corazonada real sobre quién estaba en peligro.

Ofuscado por la falta de resultados, X aparcó en una explanada de asfalto resquebrajado, a escasos metros de una de las cuatro torres que le daban el nombre al barrio. El vehículo se apagó con un gemido eléctrico y, en cuanto abrió la puerta, el hedor a basura quemada y aceite rancio lo golpeó como una ola. Frente a él la megatorre se alzaba como una mole interminable de acero oxidado y bloques de hormigón apilados sin orden, un coloso urbano que parecía sostenido más por la inercia de los años que por su arquitectura. Ventanas rotas y remendadas con plásticos coloreados daban al edificio un aspecto de colmena improvisada, mientras tubos de ventilación colgaban como intestinos metálicos.

El acceso principal no era más que un arco de hierro corroído, flanqueado por puertas automáticas que apenas respondían: una se abría a medias, la otra se quedaba encallada en un chirrido metálico. X cruzó bajo la mirada de un par de ancianos que fumaban apoyados contra una máquina expendedora muerta desde hacía décadas. Dentro, el aire era más espeso, cargado de humedad y sudor. El vestíbulo no conservaba nada de su propósito original: colchones viejos amontonados en un rincón, un carrito de supermercado convertido en cuna improvisada y una pantalla parpadeante que aún vomitaba anuncios de hacía años, fosilizados en un bucle interminable.

Un ascensor oxidado esperaba con las puertas entreabiertas. X pulsó el botón, que respondió con un destello moribundo, y subió despacio, escuchando cómo los engranajes crujían como huesos quebrándose. En cada planta, al abrirse las puertas, se revelaban pasillos interminables donde la pobreza se palpaba en las paredes descascarilladas, en la ropa tendida que colgaba de cables improvisados y en las miradas desconfiadas que asomaban tras puertas entreabiertas. El olor a fritanga, a orines y a humedad podrida se mezclaba en un cóctel que impregnaba hasta la piel.

Al llegar a su planta, el suelo estaba cubierto de grietas y charcos de agua turbia que se filtraban desde algún piso superior. Caminó por un corredor angosto, iluminado por tubos fluorescentes que

chisporroteaban con una cadencia irregular, como si el edificio mismo respirara a golpes. Pasó junto a una puerta abierta, donde una mujer gritaba a alguien que no respondía; más adelante, un niño descalzo lo miró un instante antes de desaparecer tras una cortina mugrienta.

Por fin, se detuvo frente a la puerta que buscaba. El metal estaba abollado, pintarrajeado con el símbolo de los Santinos y manchas secas cuyo origen era mejor no adivinar. Levantó la mano, golpeó tres veces y esperó, con la sensación de que hasta el propio edificio contenía la respiración.

Tras varios segundos sin escuchar respuesta, golpeó otra vez. De inmediato, la puerta se entreabrió. A la altura de su cuello, unos ojos envejecidos lo miraron, mientras que unos palmos más abajo el cañón de un arma le apuntaba al abdomen.

—¿Quién eres?

La voz de la mujer sonó más roída de lo que se esperaba. Según la información de Adrian, la señora tenía sesenta años, pero aparentaba varias décadas más.

—¿Es usted la señora Esquivel?

La cortesía de X pareció desconcertarla, como si nadie se hubiese dirigido a ella con respeto en mucho tiempo.

—¿Quién pregunta?

X había pensado en cómo acercarse a esa mujer. Se le ocurrían decenas de identidades y situaciones que adoptar para que lo invitara a pasar. Pero era incapaz de imaginarse cómo uno de esos escenarios la llevaría a que le hablara de su nieta. Así que optó por tomar el camino más arriesgado: la verdad.

—Soy X Freeman.

La señora Esquivel no se inmutó, como si no supiese por qué ese nombre tenía que significar algo.

—Vengo por su nieta, Beatriz Esquivel.

La mujer perdió la fuerza progresivamente y el cañón del arma cayó con lentitud. Antes de que hiciera más preguntas, X le envió por el NED varias fotos de los dos juntos, y algunas otras con Kyra. En todas ellas, Trix sonreía con esa dulzura inocente que llevaba días sin presenciar.

—No sé cuánto tiempo llevas sin verla, pero ya tiene diecisiete años. Vive con…

X se detuvo al ver a la señora Esquivel comenzar a llorar sonoramente. Entonces, antes de que pudiera decir algo, cerró la puerta. X se quedó quieto, confuso por la reacción. Pero a los pocos segundos la puerta se abrió de par en par. La mujer volvió al interior sin decir nada.

El apartamento era un respiro improbable dentro de la torre en ruinas. El aire no olía a humedad ni a orines, sino a polvo viejo, té y detergente barato. Sobre un linóleo agrietado, alfombras gastadas y una manta de lana cubrían la decadencia con una pátina de dignidad. Lámparas de pantalla tamizaban una luz cálida, y las paredes estaban ocultas tras fotografías enmarcadas y dibujos infantiles amarillentos que parecían sostenerlas mejor que el cemento.

El mobiliario era escaso y remendado, pero cada objeto estaba colocado con cuidado: una mesa desnivelada con tazas desportilladas, un sillón hundido, una estantería de libros deshojados. Aun así el deterioro se filtraba por las rendijas: ventanas tapadas con plásticos, goteras que caían en un cubo metálico, marcas oscuras en el techo. La mujer no poseía casi nada, pero lo poco que tenía estaba dispuesto con un orden obstinado, como si esa rutina fuera su única defensa contra el caos del edificio.

—¿Ibas a decirme que vive contigo? ¿Cuántos años tienes?

En su tono ni intentó esconder el deje de juicio en sus palabras. La abuela sacó un paquete de cigarros arrugado del bolsillo del delantal, extrajo uno y lo prendió con un encendedor antiguo. Hizo girar la rueda hasta que la chispa prendió con un chasquido breve y amarillento.

—Treinta… Ah. ¡No, no es eso para nada! Trix es como mi hermana pequeña —dijo X, las palabras agolpándose, restando credibilidad a su mensaje.

La señora hundió la mirada en su expresión, hasta encogerse de hombros y asentir, más tranquila.

—Conque Trix… Me alegra que por fin haya encontrado una familia de verdad. No se puede decir que creciera con una.

Se sumieron en un silencio profundo, quebrado únicamente por el goteo lento y constante dentro de un cubo metálico que estaba a punto de desbordarse.

—Justo de eso quería hablar contigo —dijo X un tanto incómodo sobre el cuero roído de un sillón que había visto mejores días décadas atrás—. Mi mujer y yo queríamos adoptarla antes de que cumpliera la mayoría de edad.

La abuela de Trix rompió a reír antes de que X pudiera explicar lo ocurrido. Las arrugas de su rostro delataban lo inusual que era ver en ella ese gesto.

—Déjame adivinar. ¿Salió corriendo?

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Es mi nieta, a fin de cuentas.

X asintió cabizbajo.

—Sí, salió corriendo. Tiene pavor a cualquier transformación, piensa que porque se convierta oficialmente en nuestra hija va a cambiar algo. Tiene…

—Tiene miedo a que la abandonéis, al igual que hicieron sus padres.

La mujer suspiró hondo, como quien se prepara para abrir una herida vieja, y empezó a hablar con la voz áspera de los años:

—Trix nunca fue hija para esos dos… fue un capricho. Como quien compra un perro raro porque le parece gracioso. Yo lo vi desde el primer día. Sus padres ya eran ladrones mucho antes de que ella naciera, profesionales de esos que sabían abrir una caja con el sigilo de una sombra, disfrazarse para colarse en cualquier edificio y desaparecer sin dejar huella. Incluso en algún momento llegué a sentir algo de orgullo por mi hijo. Eran buenos, demasiado buenos, tanto que en pocos años habían amasado una fortuna que les habría permitido retirarse. Cuando nació la niña, no hubo sonrisas ni lágrimas de emoción. Su madre la sostuvo como si fuera un objeto, con esa cara fría que tenía siempre, y a las horas ya estaba discutiendo con su marido sobre el siguiente golpe que planeaban. Yo esperaba verla arrullando a la niña, cantándole aunque fuera una tontería… pero no. Le daba de comer rápido, sin mirarla, y la dejaba en una cuna improvisada con los cojines de un sofá. Nunca le

acarició el pelo. Nunca la llamó «mi niña».

»Se obsesionaron tanto con robar que lo convirtieron en una enfermedad. Ya no era por necesidad, ni siquiera por dinero. Tenían más de lo que podían gastar en tres vidas, pero seguían. Era pura adicción, una droga. Y Beatriz creció ahí en medio, invisible, moldeada desde el principio como parte de su maquinaria delictiva. No solo se aprovecharon de su tamaño para colarla en huecos imposibles, también de la imagen que daban con ella. Una pareja con una niña pequeña pasaba desapercibida, nadie sospechaba que fueran a reventar un cajero o a abrir un almacén. La llevaban como un accesorio más, igual que cargaban con una mochila llena de ganzúas.

»Cuando empezó a gatear, su padre no lo celebró, solo pensó en lo rápido que se movía. Cuando sus manitas pudieron sostener un destornillador, la pusieron a prueba. Antes de que cumpliera los tres ya la obligaban a entrar en huecos donde ni un perro cabía. Le ataban una linterna al pecho y la mandaban a rastrear túneles, conductos, desagües nauseabundos… y ella lo hacía, porque no conocía otra vida. Yo la vi volver empapada, temblando de frío, y su madre apenas le tiraba una toalla sucia encima. Si lo lograba, nadie la felicitaba; si fallaba, los gritos retumbaban en la casa… y a veces había golpes. Nunca un abrazo, nunca un «estoy orgullosa de ti». Creció como una mascota incómoda, útil hasta que dejó de caber por los conductos.

»El día que se atascó en la ventilación de una joyería, todo terminó. A mitad del trayecto, las caderas se le trabaron contra el metal y no pudo avanzar ni retroceder. El aire en aquel túnel era sofocante, y cuanto más se movía, más se raspaba la piel contra los bordes. Gritó, primero llamando a su madre, luego a su padre, con esa voz rota de una niña que aún creía que alguien vendría a ayudarla. Arañó el metal hasta arrancarse las uñas, golpeó con los pies mientras el pánico le llenaba los pulmones. La sangre se mezcló con el sudor y con las lágrimas, pero del otro lado no hubo respuesta. Ni una palabra de aliento, ni una mano que tirara de ella.

»No estaba ahí, pero me imagino la escena a la perfección. Los dos se mirarían un instante y tomaron su decisión con la frialdad de

quien suelta un objeto roto. Se fueron. Así, sin más. La dejaron atrapada como si fuera basura olvidada en un rincón. No hubo un intento de rescatarla, ni siquiera un gesto de pánico por perderla. Se esfumaron en la noche como si nunca hubiera existido. Para ellos, Beatriz ya no era una hija, ni una herramienta útil, solo un estorbo. Y la abandonaron sin mirar atrás. Ni siquiera yo supe más de ellos hasta que los detuvieron unos años más tarde.

»Horas después, la policía sacó a mi nieta a rastras del conducto. Tenía la cara arañada, los dedos ensangrentados, los labios partidos de tanto gritar. No se movía, estaba encogida, con los ojos abiertos como platos, como si aún esperara ver aparecer a sus padres al otro lado. Pero no aparecieron. La entregaron a los servicios sociales, y allí fue otro número más, otro expediente entre cientos. Nadie quiso ver que aquella niña ya lo había entendido todo: que no había amor para ella en el mundo, que nadie iba a cuidarla, que todo lo que podía esperar era abandono.

»Escapó de los servicios sociales a los pocos días, desde entonces no volví a saber de ella. Se perdió en las calles como un fantasma, demasiado pequeña para ese mundo y demasiado herida para confiar en nadie. Siempre me he preguntado por qué no vino conmigo. Quizá pensaba que yo era igual que sus padres, que para mí no fue más que una herramienta… Lo único que sé es que esa noche en la joyería la marcó para siempre. Allí dejó de ser una niña; allí murió la parte de ella que podía creer en el cariño de alguien. Supongo que desde entonces arrastra ese miedo a que la vuelvan a abandonar, porque ya aprendió que, para quienes decían quererla, nunca fue más que un estorbo.

La abuela guardó silencio un instante. Cogió otro cigarro del paquete y lo colocó entre los labios con el pulso tenso; hizo girar lentamente la rueda del encendedor antiguo, una, dos veces, hasta que la chispa prendió y la llama tembló frente a su rostro. Cuando habló de nuevo, la voz se le quebró en la última frase.

—Ahora dime tú cómo no va a temer que todos los que se acerquen la abandonen igual que la abandonaron ellos.

◗ 18:07

Ya sabía quién era el siguiente objetivo de Pleya. La conversación con la abuela de Trix se lo había revelado. Ahora sentía la necesidad de hablar con Trix, de hacerle ver que no tenía nada que temer, que ellos no se parecían en absoluto a los padres que le tocaron: solo llevaban ese título por cuestiones biológicas, sin un solo mérito que lo justificara. Pero no sabía dónde encontrarla y comprendía que, para que lo escuchara de verdad, debía hacerlo bien. No bastaba con decirle que jamás la traicionarían de ese modo; tenía que demostrárselo. Y para eso, necesitaba prepararse.

Mientras tanto, pretendía evitar una muerte más. Al ver a la abuela girando el encendedor para prender su cigarro, una frase específica de la conversación con Pleya resonó. «Tu suerte ha cambiado de mano». No hablaba de destino ni de suerte, hablaba de una rueda. El movimiento circular del encendedor le bastó para entenderlo. La siguiente carta era La Rueda de la Fortuna. Y, gracias a la reunión con la presidenta y los líderes de los clanes, sabía quién la tenía.

X se detuvo delante de la sede principal de los Shiz. Una mole de mármol negro con columnas rojas flanqueaba la entrada, donde dragones dorados se enroscaban en relieves que brillaban bajo los neones. Sobre la puerta, caracteres chinos se extendían en vertical, tallados con tal exceso que, en lugar de impresionar, parecían gritar. Era el único cuartel general de un clan que no había visitado.

La entrada rebosaba de gente, un hervidero de rostros y ruido que se desbordaba por la calle como una marea incontrolable. Cuando la imagen de La Rueda de la Fortuna se formó en su mente, X intuyó que era la siguiente. Lo confirmó al rastrear en la net el nombre de su portador. Los asesinatos de Pleya serían cada vez más complejos; la reciente reunión entre los líderes del país lo dejaba claro: todos estaban en alerta. Atacar en silencio ya no bastaba.

Ahora necesitaba caos, y el evento que los Shiz celebraban esa tarde era una invitación abierta al desorden. Al frente del espectáculo estaba Heung Jindao, uno de los hijos de Meilin Jindao y el destinatario de La Rueda de la Fortuna.

X se dejó arrastrar por la corriente de cuerpos que descendía por las entrañas del edificio, entre escaleras forradas de luces rojas y corredores donde el aire olía a incienso. Cada nivel más profundo parecía despojar a la gente de su compostura, hasta que el bullicio lo condujo a un umbral ancho como la boca de una gruta. Se detuvo allí, inmóvil, con los brazos cruzados y la vista fija en el espectáculo que se abría ante él.

La sala era un coliseo disfrazado de pista de carreras. Un anfiteatro moderno donde los gladiadores no llevaban espadas, sino trajes sensoriales, y sus bestias eran drones armados hasta los dientes. Sobre ellos, pantallas colgantes vibraban con luces estroboscópicas, mientras el aire retumbaba con los gritos del público.

En el centro, el circuito se desplegaba como una espiral de acero y neón: un campo de batalla mutante, lleno de muros móviles, arcos holográficos y plataformas que cambiaban de forma con cada vuelta. No había línea de meta. Solo la promesa de que caerían poco a poco… hasta que solo quedara uno en pie.

En una plataforma circular elevada, justo en el corazón del trazado, ocho pilotos ocupaban un espacio abierto, rodeados por una cúpula protectora de cristal negro. Desde allí, dirigían sus drones como si fueran prolongaciones de su sistema nervioso. Llevaban trajes de conducción neural que traducían cada aceleración o impacto en una descarga sensorial directa: corrientes eléctricas que sacudían los músculos, presión sofocante en el pecho, vértigo inducido en la base del cráneo.

Uno de los drones viró con violencia para esquivar un proyectil, se ladeó en pleno aire y respondió con una ráfaga precisa que atravesó el blindaje trasero de su rival. La nave herida perdió el control, giró en espiral y se estrelló contra un muro traslúcido. En la plataforma central, el traje de uno de los pilotos parpadeó en rojo. Apenas dos segundos después, el piloto se desplomó en el arnés con

una sacudida brutal. Luego, quedó inmóvil. Inconsciente. Eliminado.

La multitud rugió con una mezcla de entusiasmo y hambre. No estaban allí solo por la competición. Estaban allí para ver cuerpos caer.

Parado delante de ese espectáculo, X analizó las gradas en busca de un lugar donde sentarse. A su alrededor, la mezcla era evidente. Civiles en busca de emociones crudas compartían fila con miembros de los Shiz que no hacían el menor esfuerzo por ocultar su afiliación. Algunos llevaban chaquetas de seda con dragones bordados, otros lucían implantes subcutáneos brillando como joyas vivas bajo la piel, y no faltaban los que exhibían tatuajes animados que reptaban por sus brazos o se encendían con cada explosión en el circuito. El exceso no era casual, era identidad. Para los Shiz, ostentar era sinónimo de poder. Hasta en la forma de mirar se notaba quién estaba ahí para ser visto, y quién mandaba en la sala.

Mientras barría la escena, X se detuvo en un grupo de drifters. Uno de ellos le sostuvo la mirada. X respondió con media sonrisa, lo que bastó para que el matón se encendiera de rabia. Ya era la tercera vez que se cruzaban: la primera, lo despojaron de todo al llegar a Atlas; la segunda, acabaron con huesos rotos tras intentar cazar su nombre en Prometheus.

Continuó escaneando las gradas hasta detenerse en una figura inesperada: una señora mayor, sola, con rasgos asiáticos como la mayoría allí, pero con una compostura que desentonaba de forma evidente. Su mera presencia rompía la marea de neones y testosterona.

X se acercó.

—¿Le importa que me siente aquí?

La mujer giró el rostro con un gesto contenido de sorpresa, como si no supiera qué le chocaba más: que un desconocido le hablara, o que lo hiciera con cortesía.

—Adelante.

X se sentó y disfrutó durante unos minutos de la carrera. No podía negar que el concepto era muy bueno. Si ya de por sí sería entretenido ver una carrera entre drones armados hasta los dientes, donde todo se permitía, el hecho de que estuviesen conectados

mediante trajes sensoriales con sus pilotos lo hacía todavía más interesante.

—Perdona que sea tan directo —dijo X a los pocos minutos—. Pero, ¿qué hace usted aquí? No pretendo ofenderla, pero está claro que destaca entre los asistentes.

La mujer alzó una ceja con elegancia contenida. Rondaría los setenta, pero su porte recto y su mirada firme le conferían una presencia que desentonaba tanto como imponía. Llevaba un conjunto sobrio, de líneas fluidas, con sutiles detalles bordados en los puños y el cuello que recordaban a la estética tradicional china.

—Se podría decir que es por trabajo.

X alzó la ceja, todavía más interesado.

—¿Trabajo? ¿Y puedo saber qué hace?

—Realmente, estoy jubilada. Pero durante muchos años he tenido una afición un tanto peculiar, ahora supongo que es mi trabajo principal.

—Me tiene en ascuas. ¿De qué se trata?

La señora le sonrió, sabiendo perfectamente el interés que estaba generando en su interlocutor.

—Caso a gente. O más bien, creo matrimonios.

—¿Cómo? —dijo X boquiabierto. Esa era la última respuesta que esperaba.

—Soy muy buena detectando compatibilidad entre personas. Así que ayudo a emparejar a la gente. Visitar eventos como este es perfecto para conocer nuevos perfiles. Siempre necesito contar con pretendientes que recomendar a mis clientes.

Sin poder aguantarse, X se echó a reír. La señora lo acompañó sin preocuparse lo más mínimo de que las personas sentadas delante de ellos se girasen molestas. Cuando ambos se callaron, X se dio cuenta de que la mujer lo miraba diferente, con más atención.

—Está claro que usted sería un buen pretendiente, o incluso un gran cliente que podría contar con mis servicios. Aunque veo que llego tarde. ¿Me equivoco?

Inconscientemente, X se puso rígido. Desconocía si lo había dicho porque sabía quién era o por una intuición desarrollada tras años de dedicarse a esa curiosa vocación, pero prefirió cambiar de tema.

—Así es. Y ha dicho que está jubilada. ¿Puedo preguntar a qué se dedicaba antes?

—No sé si se podría decir que estoy realmente jubilada, no conozco a nadie que se haya jubilado de esta profesión, pero es lo más parecido. Era una drifter.

—¿Una drifter?

Esa mujer no dejaba de sorprender a X. Ya hasta se había olvidado de cuál era realmente el objetivo por el que estaba en ese evento.

—Sé que no lo aparento. Poca gente en mi oficio alcanza mi edad.

—Desde luego, la jubilación de un drifter suele ser más radical.

La conversación se pausó durante un rato en el que devolvieron la atención a la carrera. De los ocho competidores iniciales, ya habían caído tres: además de los drones accidentados que se veían desperdigados por el circuito, en la plataforma central había tres cuerpos inconscientes junto al resto de competidores. El inventor de esa competición debía de ser un demente, pero a juzgar por los clamores del público, sabía cómo entretener a unos cuantos cientos de drifters.

—Perdona por mi indiscreción otra vez, pero soy muy curioso y la historia me fascina. Supongo que viviste la última guerra de clanes, ¿no?

La señora no pareció incomodada en lo más mínimo. Tampoco pareció sorprenderle la curiosidad de X.

—Por supuesto.

Se acomodó levemente en el asiento de plástico y comenzó a relatarle cómo se vivió aquella era convulsa años atrás. Aunque la Segunda Guerra de Clanes, como su nombre indicaba, implicó a todas las organizaciones criminales del país, fueron los Shiz quienes jugaron el papel más activo. Ellos y los Dankworth, el sexto clan fundador de Atlas, que desapareció tras aquel conflicto armado que moldeó las últimas tres décadas.

Durante la guerra murió el histórico líder de los Shiz, y su lugar lo ocupó su yerno, un joven Wan Jindao, recién casado con Meilin, la hija del difunto. Asumir el mando en plena crisis ya era complicado,

pero su juventud y el modo en que había accedido al círculo interno —por matrimonio— no ayudaban. Nadie creía en él. Muchos daban por sentenciado al clan. Sin embargo, una alianza inesperada con los Santinos cambió el rumbo: juntos aniquilaron a los Dankworth y se repartieron su territorio. Así, Wan ganó el respeto de su gente. Pero el poder le nubló el juicio y, años después, murió víctima de su propia ambición. Fue entonces cuando Meilin, hija del antiguo líder, tomó las riendas del clan.

—Está claro que si hoy en día ocurriera un conflicto similar —dijo la mujer como conclusión final—, el resultado sería muy diferente. Solo hay que ver quiénes están actualmente a la cabeza de la organización.

X siguió su mirada hasta el palco principal del circuito. Heung Jindao, el dirigente de Puerto Bahía, observaba la carrera con emoción. A su lado, Dorian Lasker parecía más entretenido por el público. En cuanto X lo observó, sus miradas se conectaron. La mano derecha de El Director le dedicó un gesto socarrón cargado de insolencia.

Al girarse hacia la mujer con la que ya llevaba un rato hablando, su expresión estaba marcada por una antipatía que no se molestó en disimular. Lo que a X no le quedó claro era su origen, si un odio contra el hijo de Meilin Jindao o contra Dorian Lasker.

—Parece que ya queda poco para que acabe el espectáculo —dijo la señora de repente, sin un ápice de la antipatía que su rostro mostraba segundos atrás.

X observó la plataforma central. Tres personas quedaban en pie. Uno de ellos, un hombre de más de dos metros, corpulento y cubierto de ciberware, reía sin control con la expresión desquiciada de un psicópata. A su lado, otro participante que en cualquier otro contexto habría parecido musculoso, se veía diminuto en comparación. La tensión y el miedo le cubrían el rostro como una máscara. Al dirigir la mirada al circuito, X comprendió el motivo: la mole de metal estaba acosando al dron de aquel hombre. De su dron colgaba una especie de látigo incandescente que le recordó a las katanas de Kyra. Con cada giro brusco, el látigo rozaba peligrosamente al dron rival.

—¿Sabe quién es ese?

—¿El amasijo de carne y metal con menos conciencia que un triturador industrial?

X asintió con una sonrisa; esa descripción era perfecta.

—Nadie se acuerda de cuál es su nombre real. Todos lo llaman Mad Dog. Acaba de salir de prisión.

—¿De prisión? Son muy pocos los drifters que van a prisión —dijo X, que solo sabía de un puñado que hubiesen acabado encarcelados.

—Con eso se podrá hacer una idea del tipo de hombre que es. Los Shiz lo utilizan para equilibrar las tensiones. Si ven que han agarrado demasiado del brazo del gobierno, mandan a Mad Dog un par de años a la cárcel para darle un hueso que roer a los medios y rebajar la presión. Pero está claro que lo único que alguien así puede aprender en una celda es cómo ser un mejor criminal.

X volvió a mirar a ese hombre con la atención que se reserva a los elementos peligrosos del entorno. Era difícil saber dónde terminaba el cuerpo y empezaba el ciberware: brazos como prensas hidráulicas, cuello ancho como una columna y una mandíbula reconstruida que parecía diseñada más para morder que para hablar. No había emoción en su mirada, solo el vacío funcional de quien ya no toma decisiones, sino órdenes.

De repente, el público entero rugió de satisfacción. Al mirar al circuito, el dron del segundo hombre acababa de estrellarse contra el suelo, partido completamente por la mitad. En la plataforma central, el drifter se sacudía como si una decena de camiones pasaran por encima de él. A su lado, Mad Dog soltaba su sonrisa sádica.

—Mad Dog hace lo que cualquiera de los Jindao le ordene, sin siquiera cuestionarlo.

En el tono de la mujer, X percibió una ira contenida que hablaba de experiencias pasadas con ese hombre, pero prefirió no ahondar en ello.

X se fijó en el último participante. Era más bajo, más ligero. Su silueta, envuelta en un traje negro sin distintivos, parecía tragarse la luz. No llevaba máscara, solo un pañuelo que le cubría el rostro. Pero había algo en su forma de moverse… La fluidez al girar, la

precisión con que apoyaba los pies, incluso el ritmo controlado de su respiración.

El pulso de X se aceleró sin permiso. El ruido del público, los estallidos del circuito, incluso la presencia de Mad Dog… se desdibujaron. Solo quedó esa figura en el centro del caos. Entonces lo supo. Con una certeza que le heló la sangre.

Sabía quién era.

Y al mirar de nuevo hacia el palco, entendió por qué Dorian Lasker estaba allí. Él también sabía qué estaba a punto de ocurrir.

Cuando X se levantó y salió corriendo hacia el circuito, el dron del último de los pilotos se saltó la curva que debía hacer y se elevó todavía más en el aire. Antes de que X pudiera hacer algo, el dron salió disparado hacia el palco principal del circuito y se estrelló contra el ejecutivo de los Shiz. La explosión que originó no dejó duda sobre el final de Heung Jindao.

◗ 18:36

El furor con que la audiencia celebraba segundos antes la violencia dentro del circuito se transformó en terror en cuanto esta cruzó los límites marcados. En una estampida desordenada, las gradas se vaciaron de inmediato: la mayoría eran simples espectadores o drifters de bajo nivel que preferían mantenerse lejos de esos problemas. Mientras tanto, una humareda espesa seguía envolviendo el palco, ocultando el desenlace de lo que, a todas luces, había sido una muerte instantánea.

X estaba clavado a mitad de camino del circuito, sin llegar a creer todavía que acabase de presenciar una muerte más a manos de su hermana, a pesar de haber sabido de antemano quién sería el siguiente y haber acudido para impedirlo. No había servido de nada. No se esperaba que ocurriese de repente, con todo el público mirando.

En la plataforma central del circuito ya solo quedaba una figura en pie, la persona de negro, la ganadora de esa competición. Mad Dog estaba inconsciente en el suelo, tirado encima del hombre al que había dejado inconsciente minutos atrás. De algún modo, Pleya había alterado la conexión entre sus dos drones, de manera que, al estrellarlos, fuera Mad Dog y no ella quien perdiera el conocimiento.

—Ha sido un placer charlar con usted, señor Freeman.

Escuchar su nombre le sacó del estado de shock. Al girarse, la señora con la que había hablado durante ese rato descendía las escaleras de la grada con el paso medido, sin apresurarse, una mano apoyada en la barandilla como si aquel no fuera más que el final previsto de una conversación.

No le preguntó cómo sabía su nombre; quizá lo había sabido desde el principio.

—¿Cómo tiene ese temple?

La señora dejó entrever una media sonrisa.

—Debe observar mejor, el hijo de Meilin Jindao acaba de morir —dijo haciendo un ademán al palco—. Y le recomiendo que no nos subestime. Al contrario de lo que muchos piensan, no es recomendable jugar con los Shiz.

La mujer siguió bajando los escalones y desapareció de las gradas. X ni siquiera tuvo oportunidad de preguntarle por su nombre, pues tenía la atención puesta en el humo ya casi extinto. Fue entonces cuando finalmente pudo ver lo realmente ocurrido. Heung Jindao seguía sentado en su sitio, con una mueca de disfrute propia de quien acaba de presenciar el espectáculo del año.

X aumentó la visión con su NED y por fin entendió lo sucedido. Delante de él, una barrera de energía, similar a la que cercaba la parte baja del circuito, lo había protegido de la explosión. Detrás de él, Dorian Lasker se levantó con una mueca de satisfacción. X supo de inmediato que esa protección extra había sido cosa suya.

Al mirar la pista, X no era el único sorprendido. Pleya parecía no comprender cómo el ejecutivo de los Shiz seguía vivo, y en el tiempo que había transcurrido desde la explosión, una decena de drifters saltó al estadio y rodeó la plataforma. En vez de enfrentarlos o activar la parte de su plan en la que debía de escapar, se quedó quieta.

El silencio tenso se rompió con el eco sonoro de unas palmadas. Dorian descendía lentamente hacia el circuito, con la mirada clavada en la figura negra. X también acortó la distancia hacia el núcleo de la acción.

—No te voy a negar que estoy muy sorprendido. Cuando deduje que Heung sería el siguiente de tus objetivos, supuse que intentarías atacarle en este evento, pero desde luego nunca pensé que serías capaz de tanto.

Dorian saltó la barrera y, tras esquivar uno de los drones descuartizados sobre el suelo de paneles, se acercó hasta los drifters que apuntaban a Pleya con sus armas. Ni ellos ni Heung parecían incómodos con que fuera él, y no el ejecutivo, quien tomara la iniciativa.

—Infiltrarte en la carrera y llegar a estar entre los dos últimos competidores.

Mientras hablaba, subió las escaleras hasta la plataforma central. Los drifters se tensaron al verlo acercarse tanto a la asaltante, pero Dorian parecía imperturbable.

—También has sido capaz de vulnerar el sistema de conexión entre los drones y los pilotos para que fuese él quien quedase inconsciente al estrellarlo.

Miró a Mad Dog en el suelo. No mostró un ápice de lástima por él. Después acercó la mano hacia el pañuelo que cubría su rostro.

—No hagas nada estúpido, Dorian.

El grito de X rebotó en la sala. Cuando varios drifters vieron que apuntaba al hombre con su rifle, la mitad de ellos cambiaron de objetivo.

Dorian lo miró de reojo y sonrió. No quitó la mano del pañuelo de Pleya, pero tampoco descubrió su rostro.

—¿Pretendes llevarte el mérito de la captura, X? ¿Tantas ganas tienes de satisfacer a nuestra presidenta?

X, que ya estaba dentro del circuito, daba pasos cortos hacia el centro, sin importarle lo más mínimo las armas que le encañonaban.

—Estás en territorio Shiz —dijo uno de los drifters. Al mirarle, X vio que era el matón con el que ya había tenido varios encontronazos—. Y estás amenazando a unos Shiz. ¿Acaso te has vuelto loco?

—No. —La negación la pronunció Dorian, no X—. No se ha vuelto loco, peón. Para otros puede parecer locura, pero no para mí. Yo sé exactamente lo que es.

X frunció el ceño ante ese comentario, pero no detuvo el paso. Ya estaba a menos de diez metros de Dorian. A pesar de los dos drifters interpuestos, la altura de la plataforma le ofrecía a X un tiro directo.

Entonces, con un movimiento limpio, Dorian le arrancó el pañuelo del rostro a Pleya. Su cara quedó al descubierto. Por primera vez, X vio algo distinto en la expresión de aquel hombre: no era certeza, sino desconcierto. Pleya lo miraba de frente, desafiante, sin un rastro de temor en los ojos. Y X entendió de inmediato el motivo de su sorpresa. Bastaba con mirarla para saber lo que era… y lo que significaba.

Dorian devolvió la mirada a X y la perplejidad se disolvió en una chispa de satisfacción que le encendió los ojos. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada que retumbó en el circuito como el graznido de un cuervo ebrio de sangre.

—He de decir que esto no me lo esperaba. De todos los espías que podían enviar los de la RES, han elegido a tu hermana. Esos comunistas son unos sádicos.

—Quita tus manos de ella.

Dorian cesó de reír de inmediato. Una luz roja se acababa de encender en el fusil de X. Solo tenía que dar una orden mental para disparar. No importaba que media decena de armas le apuntasen: aunque le dispararan, sería demasiado tarde para Dorian. Y, aunque él no fuese oficialmente un Shiz, aquellos drifters parecían dispuestos a protegerlo a toda costa.

Dorian acató la orden y retrocedió un paso. X lo siguió con el cañón de su arma.

—¿Quién ha dicho que necesite tu ayuda?

El grito de Pleya cortó el aire como una cuchilla áspera, cargado de rabia contenida y una soberbia que hizo crujir la atmósfera como si fuera cristal a punto de romperse.

—Ahórrate tu heroísmo barato, hermanito. Prefiero morir de pie antes que deberle la vida a alguien como tú.

Sin que X pudiera decir nada, un chisporroteo salió de la cabeza de todos los drifters, seguido de un sonido agudo molesto. Al segundo, la docena de soldados estaban tirados sobre el suelo. Al fijarse en el palco, se percató de que Heung Jindao también había caído inconsciente en su asiento.

—No necesito la ayuda de nadie. Y menos la de un traidor como tú.

Remató sus palabras con un escupitajo seco.

Dorian, aunque estuviese consciente, se había quedado de piedra. Pleya lo miró con altivez.

—Ya veo que, al igual que a mi hermano, no te interesaba esta carrera.

La mano derecha de El Director alzó una ceja desconcertado, hasta que el gesto se transformó en una sonrisa de entendimiento.

—El marcador del evento. Has infectado a los drifters y a Heung a través del ranking virtual de la carrera.

Pleya caminó hacia las escaleras de la plataforma central.

—A tu jefe le di El Rey de Oros para recordarle que incluso los reyes rodeados de oro pueden caer cuando creen que su trono es intocable. A ti no te di ninguna carta, pero de haberlo hecho, sin duda habría sido El Diablo: atado a un poder mayor, pero convencido de que eres tú quien sostiene las cadenas.

Dorian escuchaba atento, sin la apariencia de que quisiera detener a Pleya.

—Está claro que eres bueno al analizar cuándo es útil actuar.

Pasó delante de X sin mirarlo a los ojos. Él, por primera vez desde que entró en el circuito, bajó su arma y se giró hacia su hermana.

—Pleya, no hagas esto. Debes parar las…

—¡Ya te dije que no me llamaras Pleya! —Escupió las palabras como si le quemaran la lengua, y al decir su nombre, el labio le tembló—. Odio a nuestro padre. Evan Freeman nos dio esos nombres para encadenarnos a este país podrido.

Dio un paso al frente. X no se movió.

—A mí me recordó de dónde vengo. Pero a ti…

Se detuvo a un metro, clavándole la mirada. Sus ojos ardían.

—A ti te dio una condena mayor. —Señaló el caos a su alrededor —. Te condenó a hacer esto. A completar lo que él no hizo. Él te convirtió en…

—¿Has dicho Evan Freeman?

La interrupción de Dorian sorprendió a Pleya.

—Así que él era vuestro padre. Nacisteis en este país… —Su rostro se iluminó con una sonrisa lenta, de esas que aparecen cuando uno descubre un secreto sucio en mitad de la partida y ya saborea el momento de usarlo—. Ahora lo entiendo. Eso es lo que El Director tiene sobre ti, cómo ha conseguido que te estuvieras quieto estos últimos años.

X miró a su alrededor, asegurándose de que solo ellos tres eran testigos de esa conversación. El resto de los presentes —los siete pilotos de drones, los drifters y Heung Jindao— permanecían

inconscientes.

Pleya retomó su camino hacia la salida. Parecía cansada de esa conversación. Pero, antes de desaparecer, pronunció una última frase.

—Nuestro padre te dejó las cadenas al morir, pero fuiste tú quien eligió ceñírtelas al cuello al volver a este país.

22 DE JUNIO, 2067

◗ 13:51

Esa madrugada, Pleya no filtró ningún nuevo escándalo. X no dudaba que Heung Jindao estuviese lleno de mierda, posiblemente involucrando también al gobierno. Pero sin su muerte, parecía que no saldría a la luz.

Lo que sí había salido a la luz era la identidad del asesino del tarot. Un apodo que nunca terminó de cuajar… y ahora, menos aún. A fin de cuentas, el nuevo nombre tenía mucho más tirón: «Freeman, una espía de la RES y hermana de X Freeman».

A X no le cabía duda de que el responsable de la publicación era Dorian Lasker o, más bien, su jefe, El Director.

Su cabeza en Prometheus ya valía medio millón de créditos, y probablemente antes de que acabara el día alcanzaría las siete cifras. Al fin y al cabo, había marcado a la gente más poderosa del país. Pero eso no cambiaría nada, ningún cazador llegaría hasta ella. Ese sistema estaba pensado para ciudadanos de Atlas, personas integradas en su tejido social. Pleya era un fantasma. Y, por cómo estaba blindado su plan, era evidente que desde el principio había contado con la posibilidad de que intentaran cazarla.

Para X era un problema más, pero tampoco le había dado mucha importancia. Desde el encuentro el día anterior solo podía pensar en

qué le había ocurrido a su hermana. Era complicado sentir compasión por ella. Una pequeña parte de él, sin embargo, sí que era capaz. Se preguntaba qué le había ocurrido a Pleya en los últimos trece años para que hubiese acabado con el corazón tan teñido de oscuridad.

No había dejado de pensar en eso hasta unos minutos atrás, cuando Kyra le pidió que quedaran cuanto antes. X, que llevaba días sin poder hablar con ella, no dudó ni un instante. Estaba a punto de llegar.

Esa mañana, sin embargo, le llegó un mensaje que lo sacudió por dentro. Venía de Luka.

> *Esta tarde hay asamblea en Agartha. Van a votar si convertirnos en una organización putrefacta más de Atlas. Los mayores están empujando fuerte. Trix está sola. Muy sola. No la están escuchando.*
>
> *Si todavía estás buscándola, va a estar ahí.*

X había leído entre líneas con facilidad. Luka no le estaba pasando un dato al azar. No era solo un aviso. Había algo de urgencia, de incomodidad, casi de súplica disfrazada. Luka no decía lo que sentía, pero lo que no decía lo gritaba más fuerte.

Aparcó el coche en la calle que enfrentaba el Misty Dreams y se dirigió al callejón en el que conoció a Trix tras su llegada a Atlas. Ahí lo esperaba Kyra. Cuando sus miradas se cruzaron, no lo saludó, aunque en su expresión ya no había rastro de la frustración o rabia de las últimas veces. Parecía que solo quedaba tristeza y resignación.

X sintió la necesidad inmediata de preguntar qué ocurría. Que le dijera de una maldita vez qué pasaba para que su relación se hubiese ido a la mierda en el transcurso de unos pocos días. Pero tuvo la suficiente fuerza de voluntad como para resistirse y esperar a que ella tomara la iniciativa. Kyra pareció agradecerlo con un leve gesto con la mirada.

—Hace tres años, cuando estuvimos en casa de Victor Ardan, yo

fui la primera en meterme en su BF.

X tardó unos segundos en entender a qué se refería. No esperaba que la conversación empezara por ahí. Entonces cayó en la cuenta: hablaba de la prueba de Victor Ardan, aquel BF diseñado para obligar a actuar por puro instinto, sin posibilidad para pensar. Una prueba creada para decidir en quién confiar toda la información que acabaría destruyendo a ReCorp. Y X fue el elegido.

—Fallé la tercera de las pruebas —continuó Kyra—. Nunca me llegaste a preguntar cuál fue mi error.

X alzó las cejas. No tenía ni idea de a dónde iba a parar eso, y sentía una mezcla de temor y curiosidad que no sabía si quería satisfacer.

—Se podría decir que ahora mismo tengo varias familias. Tres. En ese BF me obligaron a elegir entre ellas. Teniendo en cuenta que el BF extirpaba mi capacidad de raciocinio y me obligaba a actuar por primeros instintos, actué. Al parecer, la decisión que tomé no le gustó a Victor Ardan. Debió de ser demasiado egoísta. Por eso fallé la prueba.

A X se le endureció la mandíbula y, sin darse cuenta, apretó los nudillos contra el muslo hasta que crujieron. Sus ojos dejaron de mirar a Kyra y se perdieron en un punto fijo del suelo, como si necesitara enfocar algo que no estaba allí. Respiró una vez, lenta y profunda, pero el aire le salió en forma de un suspiro áspero. Luego volvió a alzar la vista, con expresión más fría de lo que pretendía.

—X… lo que ha pasado estos últimos días es, en el fondo, esa decisión egoísta volviéndose realidad. De todas las opciones posibles, fue la única que sentí que tenía fuerzas para tomar.

Ya no pudo aguantarse más. Las preguntas que se agolpaban en la boca de X salieron como el agua que escapa por la fuga de una presa.

—¿Qué elecciones, Kyra? ¿A qué tres familias te refieres? ¿Me quieres decir de una maldita vez qué ocurre?

Las palabras de X no tenían ni un ápice de ira. Todo lo contrario, debía emplear toda su voluntad para evitar romper a llorar en ese mismo momento.

—Por favor, Kyra, confía en mí. Déjame que te ayude.

Enfrentemos lo que sea que ocurre…

—No servirá de nada —dijo ella, tajante—. Dada mi situación, no hay nada que puedas hacer. Yo misma me he metido en un agujero del que no se puede salir.

—¿Por qué? No tomes la decisión tú sola. Al menos…

—Estoy embarazada.

X se quedó quieto, sin pestañear, con la expresión suspendida entre la sorpresa y la negación. Pasaron unos segundos antes de que lograra articular algo, apenas un hilo de voz.

—Por eso fuiste a la clínica…

Kyra bajó la mirada. Su voz tembló, pero la decisión estaba tomada.

—Lo siento mucho, X.

Guardó silencio. Durante unos segundos, el callejón quedó en calma, como si las palabras se negaran a salir.

—Necesito el divorcio.

Sin tener tiempo para tomar aire, esa última frase le robó a X la respiración de tal forma que ni siquiera tuvo la capacidad de mostrar una expresión. Se quedó inmóvil, hasta por un momento dio la impresión de que ni siquiera su corazón palpitaba.

Kyra apretó la mandíbula y los puños, como si contuviese lo que realmente quería hacer. Y, sin decir nada más, salió corriendo del callejón.

X ni se inmutó. No pudo. Permaneció clavado en el suelo, con la mirada fija en el punto en el que antes estaban los ojos de su mujer, quien tan solo siete días después del enlace le pedía divorciarse, mientras en su vientre llevaba a su futuro hijo.

Fue ese mismo bloqueo el que, minutos después, le impidió oír los pasos que se le acercaban.

Ni el arma al desenfundarse.

Ni el disparo.

◗ 14:44

X despertó con una pesadez extraña en el cuerpo. No le gustaba que lo drogaran, los efectos siempre le dejaban mal cuerpo durante varias horas. Al abrir los ojos, tardó unos segundos en comprender dónde se encontraba: el espacio era estrecho, con dos paredes demasiado próximas a los hombros y una única puerta frente a él. Todo estaba recubierto de una espuma oscura diseñada para absorber el sonido. Las paredes, el techo, incluso el suelo. Estaba sentado en una silla metálica, atornillada al suelo. Sus piernas, abdomen y brazos encadenados. Al intentar activar su NED, no pudo. Movió la cabeza con agresividad y detectó que tenía algo adherido. Debía de ser un inhibidor físico. Invulnerable.

Se quedó quieto un rato largo, aburrido. Sabía perfectamente quién lo había capturado, y no había nada que pudiese hacer. Esa espera lenta lo mortificó. Desconocía si su hermana lo observaba o si sencillamente no había vuelto después de dejarlo encadenado.

Finalmente, escuchó ruido al otro lado. Tras varios minutos de movimiento, la puerta se abrió.

Pleya Freeman lo observó con decepción. Ya ni siquiera mostraba el interés de las primeras veces que se vieron. Como si la fascinación de la novedad hubiese desaparecido y ya solo quedara desengaño.

—X Freeman, te has convertido en el enemigo máximo de la RES.

Su voz se quedaba contenida en la sala insonorizada. Parecía un juez a punto de dictaminar sentencia.

—En los tres años que llevo infiltrada en Atlas te he estudiado. Eras un héroe… y has acabado convertido en el enemigo.

X entreabrió la boca. No le sorprendía, eso respondía al nivel de preparación de su plan y ejecución. Aun así, se sintió extraño al saber que había convivido con su hermana en la misma ciudad durante tanto tiempo, que ella lo había observado a él y a la gente que le importaba.

—En ese tiempo te he analizado en profundidad —continuó—. No estás fingiendo. No estás infiltrado ni muestras una fachada para integrarte con la inmundicia que recorre esta ciudad. Realmente te has convertido en aquello que juraste destruir cuando entraste en el ejército de la RES.

Pleya se inclinó hasta quedar a la altura de su hermano y avanzó un par de pasos, deteniéndose lo bastante cerca para que X sintiera su aliento cálido en la cara.

—Quiero saber cómo es posible que hayas cambiado tanto. Cómo has sido capaz de dejar de lado tus principios.

Terminó la frase y salió de ese armario convertido en sala de aislamiento. Volvió a los pocos segundos con una silla. Cerró la puerta y se sentó delante de su hermano.

X tragó saliva y vació los pulmones. Era algo sobre lo que había pensado mucho, pero no esperaba tener que explicárselo a su hermana en esas condiciones.

—No he cambiado tanto como crees —dijo X, sin apartar la mirada de ella—. Mis principios siguen siendo los mismos. En el fondo, sigo creyendo más en la promesa del comunismo que en la del capitalismo. En la idea de que nadie debería tener más valor que otro solo por haber nacido en el lugar correcto o con los contactos adecuados. Pero eso es justo lo que he entendido: una ideología no es más que una promesa. Un relato. Ninguna de las dos funciona fuera del papel.

»La RES me vendió igualdad, pero lo que encontré fue control. Atlas me vende libertad, pero lo que encuentro es dependencia. Solo que aquí, al menos, puedes negociar el precio de tus cadenas. Allí ni siquiera te dejan reconocer que estás atado. Así que no, no he abandonado mis principios. Solo aprendí que es mejor estar aproximadamente en lo cierto que rotundamente equivocado. Lo dijo un viejo economista, y tenía razón. Las ideas perfectas solo sirven en mundos que no existen.

Cuando X terminó de hablar, Pleya no dejaba de agitar la cabeza. No parecía haber enfado en su expresión, más bien incomprensión.

—No lo entiendo. Oigo tus palabras, las comprendo, pero no significan nada para mí. Es como si estuvieran vacías. Pero quiero

que eso cambie. Quiero entenderte.

Alzó las manos a una balda que había encima de X. No la había visto hasta entonces. De ahí sacó unas gafas que X reconoció al instante: eran las mismas que Pleya usó con Darío Kellman antes de arrebatarle la vida con dos disparos a sangre fría en el pecho.

—Uno de mis maestros en la RES fue uno de los mejores brainmasters de la historia. Tu esposa también lo conoce. Él me enseñó a sumergirme en la mente de otros, a moverme por su pasado como quien ve una película biográfica. Eso es lo que voy a hacer contigo, hermanito. Quiero entender qué te ha ocurrido para que no quede rastro del Freeman que hace trece años mató a nuestro padrastro y se escapó de casa.

X no dijo nada. Hizo un ademán con la cabeza y, como si Pleya agradeciese su consentimiento, le puso las gafas.

X cayó en un estado de semiinconsciencia. Una especie de sueño lúcido tejido con recuerdos ordenados con una precisión antinatural. De forma borrosa y fragmentada, vio su vida desplegarse ante él, aunque no toda: solo los últimos trece años. La huida de casa de su madre, los meses errante, el ingreso en el ejército, el entrenamiento, la ascensión lenta por el escalafón… Luego, la cadena de decisiones que lo llevó a escapar a Atlas y los cinco años que había pasado allí, sobreviviendo más que viviendo.

Lo veía todo sin juicio ni emoción, como si su conciencia flotara fuera del cuerpo, ajena a sí mismo. Cuando Pleya le quitó las gafas y volvió a la consciencia, sintió que acababa de despertar de un sueño largo y ajeno.

La opinión que pudiese tener sobre revivir su vida de aquel modo se desvaneció en cuanto vio a Pleya. En su expresión ya no quedaba rastro de la soberbia que había mostrado hasta entonces, solo una calma tensa, contenida, como si estuviera a punto de revelar algo que incluso a ella le pesaba pronunciar.

—Realmente… tú no lo mataste —musitó para sí misma—. No mataste al sureño. No nos traicionaste…

Parecía severamente afectada por lo que acababa de ver. Su rostro reflejaba el conflicto que la atravesaba por dentro.

—Fue el capitán quien te puso una trampa. No tuviste otra opción

más que abandonar el país…

Se levantó de la silla con un movimiento airado y salió de la habitación. Aunque la puerta cerrada aislaba la mayoría del ruido exterior, X sintió la vibración de la pared al agitarse con los puños o patadas de Pleya. También sintió sus gritos de frustración y de rabia.

Al regresar de nuevo al armario, su expresión estaba más serena, aunque aún se le notaba afectada.

—El odio nace de la ignorancia —dijo con un tono magnánimo—. El ser humano solo odia lo que no alcanza a comprender.

Parecía que iba a decir algo más, pero se calló de repente. Alcanzó otra vez la balda de encima de X y le mostró un BF. El cartucho era negro, con solo una marca de color verde fluorescente: XE.

—No sería justo que solo yo conociese tu vida.

Le volvió a colocar las gafas y acercó el BF.

—Ahora es tu turno. Quiero que tú también me entiendas a mí.

16 DE DICIEMBRE, 2054

Siempre pensé que la lluvia en los entierros no era casualidad, sino el modo que tenía Dios de ponerle un velo de duelo al mundo, como si el cielo también llorara por la partida de alguien irrepetible.

Ese día dejé de creer en Dios. O bien no existía, o se equivocaba con la naturaleza de esa persona.

La lluvia golpeaba con furia la madera del ataúd de Trudov, como si el cielo también tuviera cuentas pendientes con él. Aquella caja de pino imponía más que el propio difunto en vida. Mi madre, por supuesto, no la había pagado. Nunca tuvimos dinero para algo así. El responsable había sido su hermano, el alcalde del pueblo, que también se encargó del resto del entierro.

Que el fallecido fuese hermano del alcalde era el motivo por el que todos estaban allí, presentando sus respetos. Eso y porque nadie lo conoció de verdad. Tenían de él la imagen que se encargó de construir. La de un hombre honesto y trabajador. Un ciudadano responsable de la RES, quien producía para él y su comunidad, y que al casarse con una viuda había aceptado a unos hijos ajenos como si fueran propios.

Nadie conocía su verdadero rostro. Nadie fuera de las cuatro paredes de nuestra casa. Yo lo descubrí con ocho años, el día en que aprendí el significado de la palabra «violación». Cuando descubrí que los sonidos que salían a menudo de la habitación de mi madre nunca eran consentidos y que los moratones que trataba de esconder no eran juegos ni accidentes.

Cuando mi hermano cedió a mis incesantes preguntas y me explicó qué significaba, pensé que lo entendí. Mentira. Lo entendí dos días atrás, cuando el hombre que yacía muerto en esa caja de pino me mostró el verdadero significado de la palabra.

Pero nadie de ese pueblo sabía esa verdad. O, más bien, no querían conocerla. Romperían la armonía de una comunidad que funcionaba por confianza en el resto, aunque no fuese más que un juego de apariencias e influencias. Por eso todos miraban a la viuda con el último tipo de expresión que se esperaría de quien acababa de perder a su marido: con desprecio. Porque era su hijo quien había arrebatado la vida a ese hombre, atravesando su pecho con un cuchillo de cocina. Después, salió corriendo y escapó sin dejar rastro.

Mi hermano me salvó. Y esa misma noche me abandonó con solo doce años en ese pueblo perdido en las llanuras interminables del este de la RES.

Varios días después del entierro, cuando en nuestra casa ya no quedaba ni una sola prueba de que Trudov vivió ahí, volví al colegio. En mi clase había catorce niñas más. Todas asistieron al entierro, con la misma expresión de desprecio de sus padres. En especial Trudov, la hija del alcalde y sobrina de mi antiguo padrastro, que compartían el mismo nombre de familia.

Al parecer, su desdén en la ceremonia no fue suficiente, vieron la necesidad de reafirmar lo que pensaban de mí. En el descanso de las clases, cuando me lavaba las manos en el baño para ir a comer, Trudov y sus cuatro amigas irrumpieron en el servicio.

—¿Quién se cree que es tu hermano? —dijo escupiendo las palabras con una furia que no comprendí.

Yo, que había visto cómo mi padrastro destrozaba a mi madre durante años; yo, que también fui víctima de su acoso, que conocía de memoria el olor de su sudor pegajoso sobre mi piel; yo, que vi cómo se le escapaba la vida estando todavía dentro de mí… no atesoraba tal odio. ¿Cómo ella sí que lo podía tener?

—¿Sabes lo molesto que está mi padre por la muerte de su hermano? Y tu hermano ni siquiera se digna a entregarse y aceptar su responsabilidad como buen ciudadano. Salió corriendo como una sabandija. Pensando solo en sí mismo. Como uno de esos cromados.

—Mi hermano no es un cromado —dije con calma. Aunque no sabía por qué estaba calmada.

El rostro de la chica —y de las cuatro que imitaban sus gestos—

se agrió todavía más. El primer puñetazo no lo vi venir. El segundo sí, pero no pude hacer nada. A partir del cuarto golpe, estaba en el suelo, protegiéndome la cabeza con los ojos cerrados. Deseaba que eso acabara. Que mi hermano viniera a por mí y me salvara. Que me llevara con él, dondequiera que estuviese. Seguro que era un lugar mejor que ese pueblo, era imposible que no fuera así.

Más tarde, desperté en la enfermería. Cuando me preguntaron qué había ocurrido, ni siquiera me esforcé en soltar una mentira. Ni miré a la enfermera.

Las siguientes semanas fueron una copia de ese día, con la excepción de que no me volvieron a dejar inconsciente, no querían arriesgarse a que hablase en la enfermería. A veces me arrinconaban en una esquina, otras veces me tiraban piedras desde la acera de enfrente o me pegaban con palos. Yo siempre hacía lo mismo, cerrar los ojos y pensar en mi hermano. Solo debía aguantar el tiempo suficiente hasta que me convirtiera en alguien igual de fuerte que él, para entonces escapar e ir a buscarlo.

Unos cuantos meses después, decidí que ya estaba preparada. Tiempo atrás había encontrado un manual de artes marciales; desde entonces, era lo único que hacía al llegar a casa: leerlo y entrenar. Había visto a mi hermano hacer toda clase de ejercicios por las tardes. Cuando le preguntaba por qué lo hacía, siempre me decía que se estaba preparando. Nunca me dijo para qué. Quizás siempre supo que matar a nuestro padrastro era inevitable.

Yo también me quería preparar. Y ese día estaba preparada.

A la hora de la comida fui al baño a lavarme las manos. Cada pocos segundos miraba hacia la puerta, esperando que se abriera. Cuando al fin lo hizo, mi cuerpo se tensó de golpe… pero no eran Trudov ni sus amigas. Una chica entró, me ignoró por completo —como todos— y se marchó al cabo de un minuto. No comí. Me quedé esperando, impaciente, pero no aparecieron.

En el descanso de la tarde me senté en el mismo banco de siempre, el solitario, bajo el único árbol del patio. Tampoco vinieron.

Cuando volví a casa, me sorprendió darme cuenta de que me sentía decepcionada de que no vinieran a pegarme. Fue justo entonces cuando escuché, a mi espalda, el ritmo constante de varios

pasos acercándose.

—Freeman, ¿a dónde te crees que vas?

No fui capaz de reprimir una sonrisa al escuchar esa voz. La borré de mi cara y las enfrenté con mi habitual indiferencia. Aunque llevaba meses entrenando, no había mostrado ni un solo indicio de ello. Quería tomarlas por sorpresa.

Con la parsimonia de quien ya había tomado como rutina el pegarle a una niña indefensa y huérfana, Trudov se acercó hacia mí y me lanzó un puñetazo. Desvié el cuerpo unos centímetros y, aprovechando su fuerza, tiré de su muñeca hacia un lateral. Trudov trastabilló y estuvo a punto de caerse de boca, aunque al final consiguió recuperar el equilibrio. Al girarse, volvió a mostrar esa cara de furia que contemplé el primer día que me pegó. Con mucha más decisión, se acercó de nuevo a mí y lanzó otro puñetazo. Yo lo bloqueé y le devolví un rodillazo en la tripa que la obligó a doblarse sobre sí misma. Trudov no llegó a incorporarse, directamente cargó hacia mí en busca de mi abdomen. La esquivé con rapidez y dejé mi pierna clavada en el suelo. Ella se tropezó y, esta vez sí, cayó de boca contra el pavimento.

Una sensación que nunca antes había experimentado recorría mi cuerpo entero. Satisfacción, orgullo de mí misma. Pero no duró mucho. No vi qué fue, pero algo golpeó la parte trasera de mi rodilla y me tiró al suelo. Una segunda patada, esta vez en la nuca, terminó de tumbarme. Después recibí una tormenta de golpes que rápidamente me dejaron inconsciente.

Cuando desperté, estaba de nuevo en la enfermería. En una aldea como aquella, no había otra —salvo que quisieras ir al pueblo vecino—. El dolor físico era insoportable, como nada que hubiera sentido antes. Pero el mayor dolor estaba en mi interior. Todos esos meses de entrenamiento no habían servido para nada. Como mucho, solo para que me pegaran con más rabia.

La enfermera apareció un rato después. Posó su mirada en mí, no sabía si me observaba con tristeza o con resignación.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho esto?

La mayoría de mis compañeras mentían a los adultos. A sus padres, a las profesoras, a las mujeres de la cafetería… daba igual

quién. Yo no me molestaba. Para mentir hay que querer que el otro te crea, y yo no quería convencer a nadie de nada. Solo quería estar con mi hermano.

La enfermera soltó un suspiro. Ni siquiera se molestó en preguntar de nuevo. Se dirigió hacia la puerta, pero, antes de salir, se detuvo.

—Ya te puedes ir, aunque los próximos días deberías reposar bastante. Y tu madre ha llamado al centro. Al parecer, tu tía está en el hospital a causa de un ictus.

Tardé dos horas en llegar al hospital, estaba en el pueblo de al lado, que era mucho más grande que el mío. Allí mi madre me explicó que, de forma súbita, la tía Ladner había perdido la fuerza en un lado del cuerpo. Debido a su salud frágil, los médicos albergaban poca esperanza en su recuperación.

Allí estaba la poca familia que nos quedaba. Hermanos de mi madre y primos con los que nunca hablaba. Nadie me preguntó el porqué de mi brazo vendado o el cuerpo surcado de moratones. Ni siquiera los adultos. Supuse que si no conocían el problema, no se tendrían que molestar en intentar solventarlo.

Estuvimos dos días en el hospital hasta que la tía contó con la suficiente fuerza como para recibir visitas. Pasamos de uno en uno. Cuando fue mi turno, me senté al lado de ella sin saber qué decir. A ella no pareció importarle, imitó mi silencio.

—Siento que mi hermano no esté aquí —dije cuando la calma se me hizo insoportable—. Supongo que es él con quien te gustaría hablar. Siempre fue tu favorito.

Nunca había entendido la fascinación de mi hermano por la tía Ladner, ni tampoco comprendía su relación. Ella simplemente le hacía preguntas difíciles y él se pasaba horas, a veces días, intentando encontrar su respuesta. Lo peor es que ni siquiera eran difíciles. Un día se me ocurrió preguntarle cuál era el acertijo, después de que se encerrara toda la tarde en un armario para concentrarse. A los cinco minutos le dije la solución. Se le iluminaron los ojos y salió corriendo para ver a la tía. Las siguientes pidió mi ayuda, pero cuando se dio cuenta de que no era tan divertido cuando yo lo resolvía, dejó de contar conmigo.

—No seas tonta —dijo la tía.

Sonreía solo con la mitad de la cara, formando una imagen perturbadora. Las palabras salían de su boca de una forma extraña. Costaba entenderla.

—Tu hermano nunca fue mi favorito. Lo sois los dos.

—¿Los dos? —dije sin entender de qué hablaba—. Pero si siempre estabas con él. Yo casi nunca iba a verte.

—Pero tu hermano siempre me hablaba de ti, y sé que fuiste tú quien resolvió muchos de los acertijos que le di.

Sin entender por qué, me sonrojé.

—¿Sabes por qué sois mis favoritos?

Negué con ímpetu, ansiosa de conocer la respuesta.

—Porque, al igual que yo, vosotros nunca pertenecisteis a este mundo. —Abrí los ojos de par en par y miré por toda la habitación, con miedo de que hubiese alguien escuchando. A mi tía no pareció importarle—. Por circunstancias de la vida, a tu madre y a mí no nos quedó otra opción más que volver a la cárcel que es este pueblo. Pero vosotros no tendréis esa mala suerte. Tu hermano por fin reunió la fuerza de escapar hace meses. Si te digo la verdad, siempre pensé que lo haría antes. Y dentro de no mucho será tu turno.

Por un instante creí recuperar esa esperanza que había perdido, pero al bajar la mirada y ver mi brazo vendado, la realidad me golpeó de nuevo.

—Yo no soy fuerte como mi hermano —dije levantando el brazo con una mueca de dolor, como si presentara una prueba indiscutible —. Lo he intentado, he intentado ser como él. Pero no puedo.

La tía Ladner se rio en una carcajada sonora, aunque solo la mitad de su rostro acompañó al gesto.

—Tienes razón. Tú no eres como tu hermano. Pleya, tú eres mejor.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero al escuchar ese nombre.

—¿Cómo sabes ese nombre? No puedes pronunciarlo —dije, bajando la voz—. Mamá siempre nos dijo que nuestros nombres estaban prohibidos aquí. Que si alguien los descubría…

—Ese nombre es la prueba de que no perteneces a este lugar. No sé dónde encajas, pero desde luego que no en este pueblo de catetos de campo. Tienes doce años y ya se te ha quedado pequeño.

Mi pulso seguía acelerado, pero algo en sus palabras me impedía dejar de escucharla.

—¿A qué te refieres con que yo soy mejor que mi hermano?

—Tú siempre has sido la más lista de los dos. Tu potencial no está en tu cuerpo, Pleya, está en tu corazón y en tu cabeza.

—¿En mi corazón y en mi cabeza?

—Tu hermano me habló muchas veces de los juguetes que hacías en casa, de las invenciones que construías para molestar.

—¡Eso era un secreto! —salté en un grito airado.

—Tienes un don, Pleya, y no está aquí —dijo levantando con lentitud su brazo y tocándome un puño—. Está aquí —añadió, posando la palma en mi cabeza—. Debes aprender a luchar con ello.

No llegué a responderle; mi madre apareció para decirme que era hora de irnos. Le supliqué que me dejara quedarme un poco más. Aunque no fuese mi hermano, sentí que ella sí me comprendía. Que, al final, no estaba tan sola. Mi madre prometió que volveríamos unos días después.

No volvimos. La tía Ladner murió esa noche.

La primera semana después de su muerte estuve más aislada que nunca. Comía dentro del baño, escondida del resto. No hablaba con nadie, ni siquiera cuando los profesores se dirigían a mí. Tampoco interactuaba con Trudov y sus amigas —o más bien, ellas conmigo—. Supuse que esperaban a que se curara la fractura de mi brazo.

La muerte de la tía Ladner me afectó mucho más de lo que esperaba. En un mismo día vi que no estaba sola en esa cárcel rural, y volví a quedarme sin nadie. Si aún creyera en un dios, pensaría que me torturaba para divertimento propio. Pero en la segunda semana, la frase que la tía me dijo resonó con fuerza. Al volver del colegio, abrí la caja que llevaba intacta desde la fuga de mi hermano. Dentro se amontonaban los cachivaches que solía construir solo para fastidiarlo —como mi madre decía—. Cuando

quise darme cuenta, ya era de madrugada. Llevaba ocho horas sin parar desmontando y ensamblando viejas invenciones.

Los meses siguientes estuvieron marcados por una emoción que nunca había sentido. Las palizas de Trudov y sus amigas regresaron, pero ya no importaba. Había dejado de defenderme; solo quería que acabaran pronto para volver a casa y continuar con mis inventos. Pasaba horas leyendo manuales que encontraba en las secciones olvidadas de la biblioteca del pueblo vecino y hablando con el único mecánico de la aldea… hasta que se cansó de mis preguntas y tuve que buscar al del próximo poblado.

Al principio me guiaba por la curiosidad y el interés cambiante. Pero tras varios meses empecé a tener un objetivo. Hacer lo que la tía Ladner me dijo. Utilizar mi inteligencia para ser más fuerte.

Seis meses después de su muerte, ya estaba preparada. Era jueves. Llevaba toda la semana con mi invención en la chaqueta. Todavía no la había podido usar. Trudov y sus amigas comenzaban a cansarse de las palizas, y de ser una cita diaria se había convertido en semanal.

Esa tarde, de vuelta a casa, escuché unos pasos seguidos de sus irritantes risas.

—Freeman, no tan rápido. La profesora Nowak me ha puesto de mala leche hoy, y como llegue así a casa, mi padre me da una paliza.

Me detuve en seco. Esa vez, no hubo sonrisa. Eso no iba a ser por placer, sería por supervivencia. Antes de darme la vuelta, metí las manos en mi chaqueta y me coloqué el dispositivo que había probado las últimas semanas. Me giré con las manos en los bolsillos. Trudov caminaba hacia mí con desgana, aunque en su mirada vi un atisbo de ansia. Antes de que llegara a mí, saqué la mano derecha cerrada en un puño y golpeé su mejilla con toda mi fuerza. Cuando el relieve metálico que rodeaba mis nudillos tocó su piel, apreté el botón del lateral y una descarga eléctrica recorrió su cuerpo entero. Se desplomó en el suelo, completamente inconsciente.

Las cuatro amigas me observaron con una mezcla de terror e incomprensión. Las dos que siempre me pegaban con más deseo salieron disparadas hacia mí. Saqué mi otra mano y disparé al cuello

de la más corpulenta. Una pequeña placa de metal salió lanzada hasta su garganta, seguida de un cable que se conectaba a la misma batería que había suministrado electricidad para el primer golpe. Su cuerpo entero se sacudió y luego cayó al suelo. La tercera chica no tuvo tiempo para detener su carrera. Gracias a la confusión, me adelanté a su ataque y la golpeé en la mandíbula, igual que había hecho con Trudov.

Con la líder en el suelo y las dos más violentas del grupo también inconscientes, las dos chicas restantes no duraron ni un segundo. Se dieron la vuelta y salieron corriendo. Yo suspiré aliviada, solo contaba con las tres descargas que había usado, una batería más grande habría sido demasiado incómoda para llevar.

Colmada por una satisfacción que jamás había conocido, me di la vuelta y caminé hacia casa como si nada hubiera pasado. Por primera vez en años, sentía que tenía el control de algo.

Esa sensación no duró. Esa misma noche se presentó el alcalde en mi casa junto a un séquito de padres y cinco niñas con expresión aterrada. Como siempre, estaba sola en el domicilio, mi madre solo venía para dormir, el resto del día trabajaba.

El alcalde, coreado por el resto de padres, me dio un sermón de cuarenta minutos sobre la gravedad de mis actos. Me advirtió que si seguía por ese camino, rápidamente acabaría como mi hermano, un asesino fugitivo. Era irónico, porque era justo en quien aspiraba a convertirme.

Cuando acabó el monólogo, me preguntó qué tenía que decir al respecto. Yo aparté la vista de él y la fijé en su hija.

—A vosotras os bastó una paliza para romperos. Yo he recibido cientos, y cada una de ellas me ha hecho más fuerte.

A nadie le gustó mi respuesta. Me expulsaron dos semanas del colegio con el aviso de que, si en algún momento ocurría algo así otra vez, se me prohibiría la vuelta al centro y no podría tener una educación.

Nunca volvió a suceder algo así. Ni nadie más se atrevió a tocarme.

Los siguientes años se sucedieron casi idénticos entre sí. Mi madre era como si no estuviese, trabajaba dieciséis horas al día,

siete días a la semana, para pagar la deuda que mi padrastro nos dejó —y que su hermano, el alcalde, no pretendía liquidar—. Yo estaba sola en el colegio. Aunque iba todos los días, ni siquiera los profesores me dirigían la palabra. Pero todo eso me daba igual. Porque desde que llegaba del colegio a media tarde hasta que me iba a dormir, ya bien entrada la madrugada, era libre. Libre de crear lo que quisiera. Había llegado al punto en que el problema ya no era mi conocimiento, sino las piezas y la tecnología a las que podía acceder con los recursos de los que disponía.

Cuando cumplí los quince años, tanto trabajo finalmente le pasó factura a mi madre. Enfermó de gravedad y tuve que dejar el colegio para ponerme a trabajar. Fue entonces cuando dejé de crear por crear. Comencé a idear máquinas que me ayudaran a ganar dinero, que me permitieran trabajar más y mejor, para así ahorrar lo suficiente para pagar el hospital de mi madre y saldar la deuda que aún teníamos.

La gente del pueblo me miraba raro. Los actos de mi hermano seguían manchando mi nombre familiar, el único que se suponía que tenía. Y el incidente en el que dejé inconsciente a la hija del alcalde y a sus amigas tampoco ayudó. No obstante, la antipatía que me mostraban era por otro motivo. Aunque nunca me lo habían dicho a la cara, sabía lo que pensaban. Creían que yo era uno de ellos. Que mi madre, por alguna razón, me había criado como a uno de esos sucios cromados capitalistas. Que estaba obsesionada con la tecnología y las motivaciones económicas, ese veneno que corroía al resto de países de Europa y otros lugares tan infernales como Atlas. Pero estaban equivocados. Todos ellos. Yo lo único que quería era que la tecnología me ayudase, a mí y a los que vivíamos en una miseria que teníamos demasiado normalizada.

Cuando me quedaban unos meses para cumplir dieciséis años, hice una visita a la casa del alcalde. Él fue el primer sorprendido al verme ahí. Aun así, aceptó escuchar mi propuesta. Ya había terminado un prototipo de máquina que nos facilitaría recoger los cultivos en mucho menos tiempo, lo que permitiría producir más cantidad en un año y disminuir las horas que tendrían que trabajar los campesinos bajo el sol inclemente del verano. Al principio me

miró con reticencia. Cuando le expliqué mi investigación y lo que eso podía significar para el pueblo, me permitió preparar una exhibición.

Una semana después, el pueblo entero me observaba sola en mitad de la plaza del pueblo. Me habría gustado que mi madre estuviera allí, la única persona que me quedaba, pero en los últimos meses había empeorado tanto que ya ni siquiera podía levantarse de la cama del hospital. También habría deseado que mi hermano me viera; solo que hacía tiempo que había dejado de soñar con que regresaría a buscarme. Sabía que debía ser yo quien fuera a por él. Y esa era mi manera de hacerlo.

Expliqué con claridad cómo la máquina, pese a su simplicidad, podía aliviar su carga diaria. Les mostré que, incluso alquilándola, ganarían más dinero trabajando menos. No había discusión: todos salíamos ganando.

Cuando terminé no recibí ningún aplauso, aunque tampoco los esperaba. Ni siquiera recibí preguntas. Mucho menos peticiones de alquilar una de mis máquinas. Solo escuché algunos murmullos dispersos. Decían que ese era el principio para convertirse en Atlas. Me acusaban de ir en contra de mi patria. En un minuto la plaza se quedó vacía. Sola yo con mi invención que nadie quería utilizar.

Tuve que recoger las cosas de la presentación sin ayuda de nadie, frustrada con la vida que me había tocado vivir. Con el lugar en el que había tenido que crecer. Con la gente que me rodeaba. Pero sobre todo, frustrada conmigo misma. Por no ser capaz de conseguir lo que mi hermano hizo, escapar de ahí.

Antes de que terminara de recoger las últimas cajas, un hombre joven se acercó a mí. Trabajaba en el centro de comunicación local. Habían llamado del hospital preguntando por mí. Mi madre había tenido un colapso respiratorio y estaba muy grave. Debía ir corriendo al hospital.

Cuando llegué al pueblo de al lado, ya era tarde. Murió unos minutos antes de que cruzara la puerta del edificio. Ni siquiera pude despedirme. Aún no había cumplido dieciséis años y ya me había quedado sola en el mundo. Mis tíos y primos se apartaron tras el incidente de mi hermano, y con la muerte de la tía Ladner terminaron de romper cualquier lazo. Mi padre biológico murió

cuando yo tenía un año; mi padrastro, cuando tenía doce. De mi hermano no sabía nada desde hacía cuatro. Y aquel día perdí a la última persona que me quedaba.

En el hospital me preguntaron cómo pretendía proceder. Al responder que deseaba incinerarla, me miraron horrorizados, como si acabara de confesar un crimen. No tenía ninguna intención de enterrarla, era demasiado caro y no quería enfrentarme a un funeral vacío. No opté por una fosa común por respeto a su memoria, aunque los muertos no tuvieran memoria. Intentaron disuadirme, pero no cedí.

Dormí en la sala de espera del hospital y, a la mañana siguiente, salí del edificio con una urna en las manos. Como era de esperar, llovía. Pensé en el entierro de mi padrastro y, sin saber por qué, me reí. Fue una carcajada ácida, regurgitada desde lo más profundo de mi cuerpo.

La lluvia no me detuvo. Caminé los kilómetros que me separaban del pueblo y, al divisar el centenar de casas que lo componían, vi una columna de humo alzarse entre la cortina incesante de agua. Me extrañó mucho, la época de quema aún no había llegado. Conforme más me acercaba, mejor identificaba la zona de la que provenía la humareda.

Al llegar a la puerta de mi casa, encontré el origen. Las cuatro paredes que me habían protegido toda la vida estaban carbonizadas, casi tanto como los restos de mi madre que sostenía entre los brazos.

El aire tenía un sabor metálico y amargo, como si se pudiera masticar el incendio. Cada paso levantaba una nube gris que se pegaba a mi piel como polvo de hueso. Las ventanas eran huecos vacíos y negros, y el techo, un esqueleto de vigas retorcidas. Apreté los restos contra el pecho; la tela chamuscada se deshacía entre los dedos. Sentí el calor rezagado del incendio subir desde el suelo, mezclado con un temblor que no sabía si era mío o de la tierra. No quedaba nada reconocible, ni un mueble, ni un olor que pudiera llamar hogar. Solo silencio, y ese murmullo de las brasas que se negaban a morir.

Aunque el fuego ya se había extinguido, las ascuas seguían

respirando.

—Lo siento mucho, Freeman.

Alcé la cabeza para encontrarme con la mirada altiva del alcalde. En su voz no había ni un ápice de la tristeza que decía sentir. Estaba un par de metros alejado de mí, como si quisiera evitar a toda costa que una parte de su paraguas me protegiera.

—Alguna de tus máquinas ha debido de causar el incendio. Todos te avisamos de que esto no era buena idea. La tecnología y el dinero solo traen problemas. La mejor decisión que podrías tomar ahora es conformarte con la vida que te ha tocado vivir.

Ni siquiera me dio el pésame. Se dio la vuelta y me dejó ahí.

El humo todavía salía en columnas finas de entre los escombros. El calor me lamía la cara, pero yo temblaba igual. Me quedé tirada de rodillas en medio de la calle, frente a los restos negros de mi casa, con las manos sobre el barro y los brazos llenos de hollín. No lloré; ni siquiera sentí ganas. El vacío era tan grande que hasta respirar parecía un esfuerzo inútil, como si con cada inhalación solo metiera ceniza dentro de mí. Todo lo que había sido mío estaba ahí, reducido a ceniza, y yo también me sentía así: un montón de restos, sin nada que sostener.

Estaba tan sumida en mi sufrimiento que, cuando una voz habló a mi lado, me sobresalté por la presencia.

—Sé quien eres.

De rodillas sobre la tierra mojada, me giré hacia el hombre. Nunca lo había visto. No era de ahí, eso estaba claro. Vestía una gabardina negra que, en cuclillas como estaba, se manchaba del barro de los charcos. Un bombín le cubría la cabeza, empapado con la lluvia incesante. A pesar de ello, parecía imperturbable por la meteorología o la suciedad.

—Tu hermano me ha hablado mucho de ti. Llevo varios años trabajando con él.

A pesar de sujetar la urna de mi madre en mi regazo, se me cayó por el estupor. La urna no se rompió, pero las cenizas se desparramaron por el suelo. Se mezclaron con el agua y el barro de la calle.

—Trabajo para el gobierno. Conozco tus habilidades y sé de lo

que eres capaz, Freeman. Tengo una oferta de trabajo para ti. Soy el capitán Pavlov.

20 DE SEPTIEMBRE, 2058

—¿Cómo… cómo has llegado hasta mí? —dije, todavía estupefacta.

—Llevo años trabajando con tu hermano, y durante todo este tiempo me ha hablado mucho de ti. Conociéndolo, y viendo cómo se expresaba cuando te mencionaba, supe que eras distinta. Te he estado observando los últimos años.

—¿Observándome?

—Tengo ojos en muchos lugares, incluso en este pequeño pueblo perdido lejos de la capital. Puede que quien me informaba sobre ti no te ayudara precisamente… más bien todo lo contrario. Pero gracias a esa persona, hoy estoy aquí.

»Freeman, quiero que trabajes para el gobierno. Tus habilidades serán muy útiles para un ambicioso proyecto que queremos crear. Serán muchos años de entrenamiento. Piensas que has sufrido, que has experimentado la desesperación, el desconsuelo, la soledad… pero si aceptas venir conmigo, rápidamente te darás cuenta de los grados que hay en el sufrimiento humano, y tú solo estás en los primeros. Ten en cuenta…

—¿Podré ver a mi hermano? —dije, cansada de palabras que me sonaban vacías.

El capitán Pavlov se detuvo unos segundos, seguramente no estaba acostumbrado a que le interrumpieran.

—Sí, pero solo cuando estés preparada. Hasta que llegue ese punto, tu vida será…

—Vámonos.

Me levanté sin dejar que terminara la frase. Nada de lo que me dijese me podía hacer cambiar de opinión. Ni siquiera recogí la urna con las cenizas que quedaban dentro. ¿Para qué? El único sentido que tenía mi existencia era reencontrarme con mi hermano. Me

pidiese lo que me pidiese ese hombre, lo haría.

Para mi sorpresa, cuando nos subimos en el coche del capitán, no fuimos hacia el oeste, la capital. Nos dirigimos al norte. A pesar de que salimos a primera hora de la mañana, al anochecer todavía no habíamos alcanzado nuestro destino. Paramos en un hospedaje en la carretera y al día siguiente retomamos el camino. Llegamos después de comer. Nunca había estado tan al norte. Todavía era septiembre, pero en ese lugar ya se extendía el frío que a mi pueblo solo llegaba en las semanas más duras del invierno. Y yo no tenía más ropa, todas mis pertenencias se habían calcinado.

—Te quedarás aquí hasta que estés preparada. Cuando sea el momento, volveré a por ti.

No me dio más explicaciones.

Esa noche supe que estaba en el campo de entrenamiento en el que se formaban los futuros soldados del ejército de la RES. Aunque había otras mujeres, yo era la persona más joven. No había nadie menor de dieciocho años.

Rápidamente entendí que el capitán no exageró al describirme ese lugar. Los entrenamientos eran brutales. Las condiciones, infernales. Y el descanso, prácticamente inexistente. Dormíamos durante horas sueltas en intervalos irregulares. Estábamos a merced de lo que hicieran con nosotros, con la incertidumbre de nunca saber qué sería lo siguiente.

Sin embargo, el capitán se equivocó en algo. No sufrí. El dolor era real, tanto físico como psicológico. Pero no sentí desesperación, soledad o desconsuelo. Si en algún momento surgía un atisbo de esas emociones, el impulso que recorría cada célula de mi cuerpo rápidamente lo enmascaraba. Ese entrenamiento era mucho más llevadero que los últimos años. Ahí solo tenía que seguir órdenes. Mi objetivo y propósito eran simples.

Seis meses después de llegar, todos los soldados con los que me había formado se fueron. Habíamos terminado el entrenamiento básico. Yo supuse que al día siguiente vendría el capitán a por mí. No apareció. Dos días después, nuevos cadetes cruzaron las puertas, completamente verdes. Me pusieron con ellos, con la diferencia de que esa vez no me trataron igual. Cada vez que ellos tenían que

hacer algo —como yo seis meses antes—, los instructores me exigían el doble.

Fue ahí, al noveno o décimo mes, cuando escuché por primera vez noticias de mi hermano. Salió en la retransmisión nacional. Estaba en un escuadrón de élite dentro del ejército. La última hazaña que consiguieron supondría un punto pivotante en el transcurso de la guerra que ya duraba décadas. Habían recuperado un punto estratégico en la frontera del este que perdimos diez años atrás. Pero lo que más llamó la atención de los medios fueron sus métodos. Lograron esa hazaña con cero bajas. Y no solo de su lado, también del opuesto. Eso se traducía en la captura de un gran número de soldados, a los que podrían interrogar y usar como moneda de cambio con los europeos.

Aquello me dio fuerzas para seguir, aunque el capitán no viniera a por mí junto al resto. Pero cuando cumplí un año allí, tampoco apareció. Ni al año y medio. Fue ese cuarto periodo de entrenamiento cuando experimenté el sufrimiento del que el capitán me habló. En la tercera etapa había entregado el máximo de mí. Había sido la mejor de la promoción con mucha diferencia, incluso rompiendo varios récords de la historia de ese campo de entrenamiento. Estaba segura de que estaba preparada. Debía estarlo. Pero al parecer, no era suficiente.

En esa cuarta tanda ya no tenía motivación ni fuerza para seguir. Ver a mi hermano se volvió un objetivo tan inalcanzable que acabó perdiendo todo efecto. ¿Por qué seguía acatando las órdenes? ¿Por qué seguía luchando? Mi rendimiento comenzó a decaer, y mucho. Lo que provocó que el trato de los instructores fuese todavía peor, algo que creía imposible.

Cuando se cumplió el segundo aniversario de mi llegada a ese campo de tortura, ya no me reconocía.

En el espejo aún veía a esa chica de baja estatura y piel oscura. Pero todo lo demás había cambiado. Me acercaba a los dieciocho, y cada fibra de mi cuerpo se dibujaba con precisión brutal, sin rastro de grasa. El cabello rizado quedó atrás a los siete meses; lo rapé para ganar cinco minutos de sueño cada mañana.

Lo más drástico, sin embargo, era la mirada. Nunca tuve cara de

niña, ni tampoco una infancia. Pero ahora en mis ojos se leía algo distinto. Algo peor. Como si todo lo anterior —incluso el horror— hubiese sido un recuerdo cálido comparado con esto.

Al día siguiente de la cuarta graduación que presenciaba, después de que todos los barracones se vaciaran, me fui a dar un paseo. Solo tenía dos días libres al año. No quería malgastarlo sentada en la cafetería del centro a la espera de un hombre que no iba a regresar. Volví con la noche ya cerrada, dos minutos antes del toque de queda. Al ir a la cafetería a por agua, me encontré con un hombre sentado, inmóvil. Al verle de frente y reconocerlo, no lo creí.

—Has cambiado mucho en estos dos años, Freeman.

Su voz sonaba tan plana como el día en que lo conocí. Me planté firme y le saludé hasta que me indicó que descansara. Al recordar la forma en que me dirigí a él aquella primera vez, saltándome cualquier protocolo y siendo ahora consciente de quién era en realidad, la vergüenza me subió de golpe.

—No suficiente, capitán.

—Tienes razón, todavía no estás lista, cadete.

Mi expresión se mantuvo imperturbable. Mi interior también. Que él estuviese ahí desmentía su contestación.

—Has entrenado cuatro veces más que el resto de soldados porque tú no vas a ser una más. Debes sufrir más, aprender más, fortalecerte más. Debes ser mejor que el resto, mejor que todos, mejor que tu hermano.

Se puso en pie y se acercó a mí, estudiándome de cerca.

—No te he mentido. Todavía no estás lista. Pero este sitio ya no tiene nada más que enseñarte. Te mudas a la capital.

No pude reprimir una sonrisa. Estaba feliz porque abandonaría ese lugar, la bazofia con la que me habían alimentado durante años y las órdenes de instructores menos capaces que yo. Sobre todo, estaba feliz porque iría al lugar en el que tendría posibilidades de ver a mi hermano.

Lo que no suponía era que lo vería tan pronto.

Esa noche volamos a la capital. Era la primera vez que subía a un avión, al menos que recordara. Durante el trayecto al hotel no pude cerrar la boca: las avenidas interminables, los bloques de hormigón

que tapaban el cielo y el silencio mecánico me hacían sentir diminuta, como parte de una máquina que nunca se detenía. Al llegar al edificio donde dormiríamos, el contraste fue aún mayor. Venía de un campo sin agua caliente ni camas, así que, al ver mármol, luces suaves y ese aire de lujo casi ofensivo, me pareció entrar en otro mundo. Uno que contradecía todo lo que me habían enseñado.

A la mañana siguiente una trabajadora del hotel me despertó. Era mediodía. Le habían dicho que me llamara a esa hora. También me dio un mensaje del capitán. La ceremonia que debía atender empezaba dos horas más tarde. Me pedía que asistiera como público.

Devoré la comida del hotel, excediéndome sin duda, sobre todo después de tener a mi cuerpo acostumbrado a los mismos alimentos insípidos día tras día. Aquella mezcla de sabores, texturas y aromas me resultaba casi abrumadora, como si mi estómago no recordara que existía algo más allá del racionamiento. Al terminar, pedí un mapa y salí a la calle. El aire era frío, pero limpio, y por primera vez en mucho tiempo no olía a sudor, metal ni desinfectante. Antes de dirigirme a la ubicación de la ceremonia, decidí dar una vuelta por la ciudad. De día, todo parecía distinto: los muros grises cobraban un tono plateado, los carteles informativos resplandecían bajo la luz, y la gente caminaba con una prisa que nunca había visto. Era el mismo lugar, pero con un brillo que no parecía natural, como si alguien hubiera pulido cada rincón para esconder las grietas.

Me perdí demasiado tiempo en aquella urbe. Llegué a la ceremonia tan solo unos minutos antes de que empezara. Una plaza enorme reunía a miles de personas. Delante de lo que parecía ser un edificio muy importante, un escenario se alzaba sobre la audiencia.

Un hombre salió a explicar qué se celebraba: la conmemoración de unos soldados ejemplares en nuestro ejército. Un grupo de personas que estaban haciendo resurgir el orgullo militar del país, obteniendo proezas en el campo de batalla que ya no se creían posibles. Cuando terminó de hablar, el capitán Pavlov salió al escenario, seguido de un pequeño grupo de soldados en uniforme. Al principio me fijé en la vestimenta del capitán, mucho más formal y

elegante que otras veces. Pero en cuanto mis ojos se centraron en el rostro de uno de los hombres, ya no pude apartar mi atención de él.

Ahí estaba. Mi hermano.

Era la primera vez que lo veía en seis años. Se encontraba a apenas una docena de metros de mí. Podía correr a abrazarlo, esperarlo tras el escenario o seguirlo hasta su hotel. Cualquier opción servía, si con ello conseguíamos hablar… o incluso huir juntos.

Mi mente se calló. El piloto automático se detuvo y tomó el control el soldado al que habían entrenado los últimos dos años. En la nota que me había dejado el capitán Pavlov me ordenaba que fuera a ver la ceremonia. Nada más. En ningún momento decía que interviniera o, mucho menos, me acercara a mi hermano. Todavía no estaba lista. El capitán lo había dicho.

El capitán Pavlov pronunció el nombre de mi familia y mi hermano dio unos pasos firmes hacia él. Agachó levemente la cabeza y dejó que le colgara una medalla. En su rostro vi la misma transformación que había visto en mí misma. Estaba segura de que él tampoco había tenido la vida más fácil en los últimos seis años.

Me quedé quieta el resto de la ceremonia. Una vez terminada, volví directa al hotel y esperé la llegada del capitán Pavlov. Vino a mi habitación poco antes de la diez. Entró sin llamar y, tras hacer un ademán con la cabeza al verme ahí, dijo:

—Descansa esta noche. Mañana terminan tus vacaciones y comienza tu entrenamiento de nuevo.

No pude dormir. La suavidad de las sábanas, la comodidad del colchón, la temperatura ideal de la habitación… era un confort que no quería. Que no merecía. Acabé tumbándome en el suelo. Soñé con lo que esperaba que fuera la siguiente fase del entrenamiento. No acerté.

Por la mañana, el capitán me llevó a unas instalaciones en la periferia de la capital.

—Esta será tu nueva casa durante el tiempo que haga falta. Posiblemente sean años. Estarás sola. No habrá más cadetes, ni más soldados, ya que la unidad a la que pertenecerás estará formada por una sola persona. Tú.

Me esforcé por no delatar mi sorpresa, pero no podía negarla. Tenía muchas preguntas, la curiosidad me quemaba por dentro. Pero el capitán no me había dicho que pudiera hacer preguntas. Así que no las hice.

Me enseñó mi dormitorio: una cama y un escritorio dentro de un cuarto de paredes metálicas. Me enseñó mi baño: un váter y una ducha dentro de un cuarto de paredes metálicas. Y me enseñó mi lugar de estudio: un pupitre y un proyector dentro de un cuarto de paredes metálicas. Esas tres salas, unidas por un pasillo de paredes metálicas, serían mi casa.

Esa misma tarde conocí a mi nuevo instructor, mi única compañía durante el tiempo que durara mi entrenamiento. No se parecía en nada a los entrenadores que me habían convertido en la mujer que era. Ni tampoco al capitán. Vestía ropa casual, con un estilo que nunca había visto. Su actitud era desganada, como si no quisiera estar ahí. Y tenía la mitad de la cara cubierta de una barba frondosa. Era la primera persona del ejército que veía con vello facial.

—Voy a ser tu maestro hasta que aprendas lo que debo enseñarte —dijo, como leyendo un papel mal escrito—. Me da lo mismo si te caigo bien o mal. A mí me pagan igual, y la encerrada eres tú. Llámame Koldo.

Esa actitud me dejó bastante descolocada. El hombre se quedó callado durante varios segundos. No sabía si pretendía que le hiciera una pregunta, pero, dada su falta de protocolo, decidí hacerlo.

—¿Qué es lo que me va a enseñar, Koldo?

Se me hizo extraño llamarlo por su nombre —si es que realmente lo era— en lugar de por su cargo.

—Te enseñaré no solo a sobrevivir en el lugar más peligroso del mundo, sino también a prosperar en él.

—¿Te refieres a la frontera con el resto de Europa?

El hombre dibujó una media sonrisa, mostrando unos pocos dientes amarillos y el hueco que indicaba la falta de uno.

—Por supuesto que no. Estoy hablando de Atlas.

Los siguientes meses de entrenamiento fueron muy duros a nivel psicológico, pero se trataba de una dureza distinta. Estaba sometida a un aislamiento total. Incluso cuando me traían la comida solo veía

unas manos. Koldo me explicó que pretendían simular lo sola que estaría cuando llegase a Atlas.

Al principio las clases no tenían ningún tipo de entrenamiento físico, pruebas o tortura psicológica. Era puro estudio. Durante doce horas al día, Koldo me enseñaba todo sobre la cúspide del ultracapitalismo. Su funcionamiento, los clanes, las personas influyentes, el gobierno, su geografía. Incluso cosas que la mayoría de ciudadanos de ese país desconocían, como un sistema de túneles abandonados que en su época sirvieron para prevenir tsunamis. Una vez me instruyó en lo básico, pasamos a mi parte favorita: la tecnología. Sentí que mi gen inventor renacía al ver todas las posibilidades que ofrecía un país como Atlas. El funcionamiento del NED me pareció increíble. Koldo dedicó un mes entero a ese dispositivo: me enseñó los distintos programas que podía aplicar, sus vulnerabilidades y fortalezas. Luego pasamos al ciberware, los tipos que había, el peligro de convertirse en legacy…

Así se sucedieron los meses. Cuando aprendí a aceptar el aislamiento, enfoqué todas mis energías en absorber la información que Koldo me ofrecía. No solo me parecía un tema fascinante, además de un lugar opuesto a lo que conocía hasta entonces. También estaba descubriendo el país en el que mi hermano y yo nacimos. De donde era el padre que nunca llegué a conocer.

Un día, algo más de un año después de que conociera a Koldo, entró en la clase con un objeto en la mano. Lo reconocí al instante: eran unas gafas de braindiving. Aunque en las clases introductorias del país me habló del tema, no habíamos vuelto a tratarlo.

—Ya estás preparada para esto, Freeman.

Lo miré con la fascinación de siempre y dejé que hablara. Me explicó la definición básica y el uso de esa tecnología. Mi mente, al encontrarse con información ya conocida, se dispersó y llegó a una pregunta que me había hecho infinidad de veces. Por algún motivo, ese día la solté:

—Siempre he tenido una pregunta que he querido hacerte. ¿Puedo?

Al principio, Koldo pareció molesto por la interrupción, pero rápidamente se apoyó en su asiento e hizo un ademán con la

cabeza.

—¿Cómo sabes tanto sobre Atlas?

Dejó escapar una de sus risas rotas, ladeando la cabeza con gesto cansado.

—¿Acaso no es obvio? He vivido toda mi vida ahí.

—i¿Eres de Atlas?! —dije escandalizada. Tenía razón, era evidente. Pero nunca había pensado que alguien de Atlas, un enemigo, fuese mi instructor.

—En mis buenos años, fui uno de los mejores brainmasters de Atlas. Pero no siempre actuaba acorde al gobierno o a los clanes. Hace unos años me echaron. Pusieron mi nombre en Prometheus con una recompensa bastante alta. Escapé al único sitio al que no llegarían los cazarrecompensas: este país. Pero como sabía que aquí tampoco sería bienvenido con las manos vacías, ofrecí mi ayuda al ejército. A cambio de una nueva vida y su protección, les daría toda la información que conocía sobre mi país.

Una parte de mí sintió repulsión hacia su egoísmo e individualismo. ¿Cómo había sido capaz de traicionar a su patria? ¿Acaso no tenía principios? Pero si algo me había enseñado ese hombre es que, en especial en Atlas, muchas veces no tenías que intentar comprender al otro, solo ver cómo te podías beneficiar de él.

—Tengo otra pregunta.

—Esta es la última. Después empezamos con el braindiving.

—¿Soy la primera persona a la que entrenas así?

Esta vez no se rio. Desvió la mirada hasta un punto indeterminado de la pared.

—No —dijo al cabo de un rato—. Entrené a otra mujer en unas condiciones bastante similares a las actuales.

—¿Quién es mejor? ¿Ella o yo?

No sé por qué dije eso. Ni siquiera la conocía. Y desde luego que no pretendía ganarme el respeto de Koldo. Quizás sí el del capitán Pavlov, pero no el de alguien que ni siquiera sabía afeitarse.

La nostalgia desapareció de su rostro y volvió esa risa agria.

—Mi primera alumna, y con mucha diferencia.

—Bien —dije mostrando todos mis dientes—. Cuando termine mi

entrenamiento, vuelve a responderme.

Koldo soltó la carcajada más sonora que había escuchado hasta la fecha, y ratificó mi petición.

—Seguramente ella será uno de tus objetivos al llegar a Atlas. Es la ejecutiva de uno de los clanes.

Quise preguntar cuál, pero él se adelantó, tras unos segundos de suspense que me devoraron por dentro.

—Es una Valquiria. Ahora deja las preguntas y ponte esto. Voy a demostrarte que esos dos años en el campo de entrenamiento fueron, comparados con esto, unas simples vacaciones.

No le faltó razón. Los siguientes meses fueron los más duros que había experimentado en mi vida de sufrimiento. La clase de situaciones que Koldo podía crear dentro de un BF no tenía límites. Cuando ni siquiera te tenías que regir por la física ni por el cuerpo, el dolor adquiría nuevas formas. En los BF, Koldo me moldeaba a través del sufrimiento. Me hacía revivir mi propia muerte una y otra vez, sentir cómo el aire se me escapaba de los pulmones o cómo la piel ardía sin llegar nunca a consumirse. A veces me obligaba a elegir entre dos vidas, sabiendo que, cualquiera que salvara, moriría igual; otras me dejaba sola en un vacío absoluto, sin cuerpo ni voz, hasta que perdía la noción de mí misma. Cada simulación terminaba igual: conmigo de rodillas, temblando, pero más resistente, más fuerte, más útil.

Siempre continué. Sabía que estaba cada vez más cerca de reencontrarme con mi hermano. Cerca de superarle. Y, sin saber por qué, también estaba motivada a superar a la primera alumna de mi maestro, a pesar de que ni siquiera la conocía.

Hasta que un día, mi mayor motivación me traicionó. Traicionó a su país, a su capitán… pero, sobre todo, me traicionó a mí. A su hermana.

El soldado Freeman —el mismo que se había convertido en héroe para toda la RES— asesinó a sangre fría a un prisionero enemigo. Aquel acto desató sospechas de una posible traición: decían que era un espía al servicio de los sureños.

Durante las semanas que duró su detención, fui incapaz de concentrarme en nada. Sentía que todo volvía a repetirse, como si

reviviera lo de nuestro padrastro. No sabía si era cierto. No quería saberlo. Pero si lo era… tenía que haber una razón. Él no podía haber traicionado a su país. No podía haberme traicionado a mí.

El día en que lo transportaban a una cárcel de máxima seguridad a la espera del juicio, consiguió escaparse. No hubo información concluyente de cómo, pero su fuga se confirmó. Con una confusión enorme, seguí entrenando. Ya no tenía claro para qué, porque el reencuentro con mi hermano se sentía más lejano y borroso que nunca. Quizás, en lo más profundo de mí, pensaba que eso era una prueba más del capitán y Koldo. Una serie de noticias inventadas para ponerme a prueba.

No lo fueron.

Un par de meses después de la fuga de mi hermano, el capitán Pavlov me visitó por primera vez en los dos años que llevaba confinada en aquel lugar.

—Quería venir a verte antes, Freeman, pero decidí no hacerlo hasta que la información que teníamos se confirmara.

Sacó del bolsillo de su chaqueta una fotografía impresa y la dejó sobre la superficie metálica de la mesa.

En la imagen, mi hermano aparecía junto a tres hombres. Los cuatro sonreían, relajados, con vasos en la mano y el gesto despreocupado de quienes vivían un momento de celebración. Mi hermano vestía como los ciudadanos de Atlas que ya tantas veces había visto en otras imágenes: ropa de corte urbano, implantes discretos y una serenidad que sugería plena adaptación al entorno. Sobre el rostro del hombre al lado de mi hermano, una marca con rotulador decía «Capodecina Siracusa, hijo del capo Bruno Greco»; los otros dos hombres aparecían señalados como «Drifter Siracusa». El fondo mostraba una terraza elevada, iluminada por el reflejo del neón y el paso distante de unos vehículos aéreos.

—Yo soy el primero que se pregunta cómo es posible que esto haya ocurrido. Pero no sirve de nada negarlo. La realidad no va a cambiar. Mi mejor soldado hasta la fecha, tu hermano, es un traidor de su patria. Se ha convertido en el tipo de persona con la que prometió acabar.

No podía apartar los ojos de la imagen. Su rostro era

inconfundible. Incluso sonreía. Era él. El mismo hombre que, dos años atrás, recibía una medalla en la capital. El mismo que, ocho años antes, mató a nuestro padrastro.

¿Qué sentido tenía todo mi esfuerzo si ahora vivía en Atlas como uno de ellos? Entrené para reencontrarme con él. Para elegir. Pero si él había traicionado todo en lo que creíamos… ¿Entonces qué?

Mi mente no pensaba, gritaba. Las preguntas me golpeaban sin orden ni pausa:

¿Para qué servía todo esto?

¿Hacia dónde había estado corriendo?

¿PARa qUE HaBÍA SeRViDO ToDO Mi SUfRiMIENtO?

17 DE OCTUBRE, 2064

Torres de acero y cristal recortaban el horizonte igual que lo habían hecho dos años atrás, cuando él llegó. No necesitaba alzar la vista para reconocerlas: había memorizado cada línea de Atlas durante las noches de espera, cada brillo, cada promesa y cada mentira.

El buque se deslizaba lento entre las sombras del puerto. A mi alrededor, los recién llegados contemplaban la ciudad con el mismo temblor que, imaginaba, tuvo él. Yo no. El miedo se me había oxidado hacía tiempo. No venía a sobrevivir; venía a trabajar.

El aire cambió antes de tocar tierra, cargado de ozono y grasa industrial. Atlas olía a metal caliente y decadencia, justo como lo imaginé. Cuando los agentes aparecieron en el muelle, sus uniformes relucían más que sus sonrisas. No hicieron falta fusiles: bastó su presencia.

—Bienvenidos al mundo libre —dijo uno, sin mirarme realmente.

Libre. Me mordí la lengua para no reír.

El trámite fue rápido. El funcionario apenas levantó la vista mientras mis datos se desplegaban en su visor. Me pidió nombre, fecha, ciberware instalado. No dudé.

—Mi nombre familiar es Trudov. Me gustaría adoptar el nombre de Elyades.

Las palabras flotaron ante mí como una sentencia ya escrita.

Cuando mi identificación se proyectó en el NED, vi el emblema de Atlas brillar junto a mi rostro. Dos años atrás, ese mismo símbolo marcó el final del exilio de mi hermano. Para mí, era el comienzo de una caza.

Salí del edificio con el pulso estable y corrí a la única dirección conocida de mi hermano, de X Freeman. Por el camino me puse al día. En el mes que llevaba incomunicada habían pasado muchas

cosas.

El nombre de X había aparecido en Prometheus y obtuvo una recompensa de un millón y medio de créditos, el máximo actual. Tras una revuelta interna que escaló a conflicto armado, el líder de los Siracusa se sustituyó por Bruno Greco, aliado de X. También había surgido ARCO, una organización de la que Koldo no me había hablado, así que debía de ser nueva. Junto a X, se encargaron de sacar a la luz información sobre ReCorp, una empresa que yo ya tenía en mi punto de mira como posible herramienta. Al parecer, ese cuerpo que iba contra los clanes había empezado mi trabajo antes de tiempo.

Llegué al edificio donde se encontraban las oficinas de No-One. Meses atrás, al estudiar sus planos, detecté una vulnerabilidad en el sistema de ventilación; sin embargo, los sucesos recientes habían abierto un acceso mucho más sencillo. Subí hasta la planta situada sobre la oficina de mi hermano y me infiltré en el local inmediatamente superior: un bufete de abogados. Los empleados, enfundados en trajes impecables, me observaron con desconcierto, pero mi expresión de absoluta determinación bastó para que nadie se atreviera a preguntarme qué hacía allí. Me descolgué por la ventana y, balanceándome con control, salté al piso inferior por la amplia abertura del muro.

Miré a mi alrededor. Fue entonces cuando caí en la cuenta de dónde estaba. En Atlas. Después de años de preparación, dedicación y sufrimiento, estaba ahí. Esa oficina la había construido mi hermano. Ya estaba dentro de su vida. Bloqueé las emociones que intentaban tomar control de mí y registré el espacio entero.

No me llevó mucho tiempo. La propiedad correspondía al plano público de la oficina, pero algo me parecía extraño. Sabía que X pasaba mucho tiempo allí, lo usaba incluso como su casa. Pero sentía que faltaba algo. Al investigar los locales cercanos antes de viajar a Atlas, descubrí que, unos meses después de que X alquilara la oficina, alguien se hizo con el piso inferior, coincidiendo con un extraño caso de contaminación por una plaga. Empecé a buscar un acceso oculto. Solo había dos lugares posibles: el baño y la habitación trasera. Así podía entrar y salir aunque tuviese clientes en

su despacho o en la sala de espera. Encontré la entrada en el baño. Forcé la seguridad con el NED. El plato de la ducha se contrajo y mostró unas escaleras que descendían.

La habitación inferior sí que parecía su apartamento. Todo estaba bastante desorganizado, posiblemente debido a los sucesos de los últimos días. En una misma área, dos camas compartían el espacio con una pequeña mesa y una cocina estrecha.

En una de las camas vi ropa de mujer. Identifiqué a su propietaria de inmediato. Trix, esa niña que X parecía haber adoptado como su nueva hermana. Sentí una punzada aguda en el corazón. Ahogué el dolor al instante. No estaba allí para sentir, sino para actuar.

Rápidamente vi que el tamaño de la planta no encajaba con el piso superior ni con el plano de ese lugar. Y no había ninguna puerta. Activé la visión infrarroja de mi NED y escaneé la sala. Debajo del cuadro de un pueblo en las montañas, varios cables se conectaban a la red general de electricidad. Me quité el embellecedor que cubría la falange de mi dedo índice para revelar un espadín metálico. Lo introduje en la pared en el lugar exacto donde pasaba el cable y con una pequeña descarga eléctrica lo activé. El cuadro se movió y mostró una apertura en el muro.

Lo que encontré en su interior me impresionó. Sabía de la muerte de Cleo Rojas, una drifter que estuvo involucrada en los eventos del Blackout cuando X llegó a Atlas, pero no pensaba que tuvieran una relación tan profunda como para que X creara lo que tenía delante.

Observé el muro completo, lleno de imágenes, notas, informes, personas implicadas, conexiones entre una parte y otra… Pensé en los acertijos de la tía Ladner.

En el centro aparecía el nombre de El Director. Koldo me habló de él. Me avisó de que era la persona con la que más cuidado debía tener. Ni la presidenta del gobierno, ni el líder de ningún clan. No. Era esa figura implicada en cada engranaje de Atlas y, aun así, envuelta en un misterio: nadie sabía realmente quién era.

Escaneé todo con detalle y salí de esa sala oculta, dejándolo como me lo había encontrado. Bajé por el ascensor hasta el vestíbulo comercial, y ahí me lo encontré. La misma persona que vi cuatro años atrás en la ceremonia de la capital. Quien abandonó a

su familia una década atrás. Vestía ropa propia de Atlas, tenía el pelo más largo y en uno de sus brazos se identificaba algo de ciberware. No obstante, era él. Freeman. Mi hermano. Sin darme cuenta, me había quedado clavada en el suelo. Apreté la mandíbula con fuerza y salí con la mirada fija en mis pies. En mi estómago sentía un agujero que parecía que iba a devorarme por dentro. Si él me veía ahí… si me reconocía… todo se echaría a perder.

Tenía la atención tan fija en la punta de mis pies que calculé mal y me choqué con él. Verlo después de tantos años fue como si todo el entrenamiento se me hubiera evaporado de golpe. No me detuve, seguí andando hasta que estuve en el exterior. Fue entonces cuando me permití girarme para comprobar si me había reconocido. Le vi en el ascensor, antes de que se cerraran las puertas. Mantenía una expresión ensimismada.

Suspiré y dejé que me bañara el ruido, el caos y la locura de Atlas, que se detectaba incluso en su distrito más lujoso. Tenía trabajo que hacer, y más me valía ponerme de inmediato con ello.

Llevaba seis años preparándome para eso, aunque no siempre lo supe. Koldo me transfirió todo el conocimiento que tenía sobre ese lugar. Sin embargo, tenía razón. Recibir la información en una clase en la RES era una cosa, pero vivirlo era completamente diferente. Además, Atlas estaba en completo movimiento. Las alianzas, tensiones y el ambiente de la ciudad-Estado cambiaban cada mes.

Los siguientes años consolidé lo aprendido. Dejé de limitarme a observar y empecé a diseñar la caída de Atlas desde dentro, como una infección que avanza sin síntomas hasta que es demasiado tarde.

Durante dos años me moví entre drifters, escuché conversaciones de ejecutivos de clanes y seguí a políticos corruptos. Estuve en todos los estratos del país, con la pobreza que corrompía las chabolas de Barriada hasta el aire purificado de los jardines aéreos de los rascacielos de Nuevo Centro. La imagen que Koldo me dibujó sobre Atlas fue grotesca y, aun así, la realidad no me decepcionó. Era todavía peor.

Al principio utilicé como base uno de los refugios para inmigrantes de la RES. Muchos de ellos ilegales. El capitán Pavlov, ya

convertido en el mayor Pavlov, me habló de que ahí era donde residían algunos de los espías que tenían infiltrados en el país. Sin embargo, yo nunca me revelé como espía del ejército. No me podía fiar de nadie, ni siquiera de quienes estaban en mi bando. A fin de cuentas, mi propio hermano no mucho tiempo atrás estaba en ese lado, y solo había que ver hasta dónde había llegado con sus antiguos enemigos.

Tras varios años, capturaron a uno de los espías y este se debió de romper, ya que unos días más tarde hicieron una redada completa en el edificio. Yo conseguí escaparme por uno de los túneles del antiguo sistema de prevención de tsunamis y acabé alquilando un pequeño apartamento en otra zona de la ciudad. Aunque tenía prácticamente fondos ilimitados, prefería destinarlos a lo que importaba.

Durante todo el tiempo que duró mi investigación, no fueron pocas las veces que seguí a X y a su nueva familia. Cada vez que veía a su novia, el pensamiento era inevitable: Koldo. Tenía que ser precisamente ella… la antigua alumna de mi maestro. Antes de que partiera hacia Atlas, le pregunté si ya era mejor que ella. Se rio con esa grieta que tiene por carcajada y me dijo que no tenía ni idea, pero que estaba claro que solo había una forma de comprobarlo.

En muchas ocasiones me sentía tentada a averiguarlo. Otras veces solo advertía el impulso de matarlas. Ellas disfrutaban de la vida que yo nunca había conocido. Cuando se compraron su nuevo piso en un edificio lujoso de Sentrum, los espié desde una azotea contigua con un rifle. Tenía a Trix en el punto de mira, solo me faltaba flexionar el dedo unos milímetros más. Igual que con Kyra. Incluso podía hacerlo con X. Él se había convertido en el mayor traidor de la RES. Nadie de vuelta en mi país pondría una objeción si lo hacía. En especial teniendo en cuenta todo lo que había sufrido por su culpa.

Si tuviese que definir mi vida con una palabra, sin duda era esa: sufrimiento. Mi infancia no fue la mejor, aunque al menos lo tenía a él. Pero desde el día en que mató a mi padrastro, el sufrimiento había sido la única constante en mi existencia. Vi cómo la vida se escapaba de Trudov cuando todavía estaba dentro de mí. Cómo el

cuchillo asomó por su pecho y su sangre me cubrió el torso. Los siguientes meses de palizas y radicalización social porque mi hermano había acabado con un cabrón que maltrataba a su esposa. La muerte de la tía Ladner. La soledad de crecer en un pueblo donde todos me odiaban, y yo respondía con el mismo sentimiento. La enfermedad de mi madre y la obligación de dejar el colegio para ponerme a trabajar. La presentación de todo mi trabajo hacia un pueblo que solo me ridiculizó, con la subsecuente muerte de mi madre y el volver para ver toda mi vida calcinada por el terror que unos paletos tenían a la evolución.

Los siguientes años, aunque con un propósito más claro, el sufrimiento siguió presente. Los veinticuatro meses en el campo de entrenamiento, con la incertidumbre de si acaso no valía para eso. El aislamiento en una celda metálica con las únicas visitas de Koldo, con torturas increíbles a través de BF. Los años de preparativos para llegar a Atlas y los últimos años que llevaba en ese país, un lugar en el que cada vez que respiraba su aire sentía una punzada en lo más profundo de mi interior.

Y todo ese tiempo había estado completamente sola, porque la única persona que tuve en mi vida me abandonó. Me traicionó y construyó una nueva vida. Estaba ahí, delante de mí, tan feliz. Como si su verdadera familia nunca hubiera existido.

Recogí el fusil y volví a mi pequeño apartamento. Ya era hora de actuar.

Hacía tiempo que dejé de limitarme a recopilar información. Estudiando la historia del país supe lo que debía hacer: destruirlo desde dentro, igual que la RES estuvo a punto de lograrlo durante su fundación… antes de que Atlas, el fundador, apareciera y reunificara a los líderes de los seis clanes.

Al entrar en el apartamento, observé la única mesa que tenía. Iluminadas bajo una luz mortecina, veintidós cartas del tarot me observaban, como si esperasen ser utilizadas. Podía haber usado cualquier otra cosa para el teatro que rodearía mi plan, pero quería que nuestra madre estuviese ahí presente. Además, sabía que a mi hermano nunca le gustaron. Siempre asoció esas cartas con la miseria en la que crecimos. Con uno de los tantos trabajos que ella

tuvo que aceptar para sacarnos adelante.

Las inspeccioné de cerca. Sentía que faltaba algo, una última pieza para que el mapa estuviese completo. Entonces me vino la idea a la mente.

Cogí uno de los pinceles que había usado para las ilustraciones y lo manché de un color verde fluorescente. En cada una de las cartas firmé con dos letras. X y E. XE. Esa sería mi firma. Conociendo a mi hermano, quizás incluso pensaría que hacía referencia a él, a ese estúpido nombre que había adoptado. Pero nada más lejos de la realidad.

Cuando el mayor Pavlov se despidió de mí en el puerto de la RES, antes de embarcarme para Atlas, me dio un nombre. No era el que utilizaría en Atlas, sino el que tendría grabado en mi interior.

> *Tu nombre en clave será Xenón. Es un gas noble: no se mezcla, no se contamina. Así debes ser tú, inerte ante el enemigo, intocable. No como tu hermano, que se dejó contaminar por la inmundicia del capitalismo. En la medicina adormece sin que la víctima lo perciba, y en la ciencia proyecta una luz tan intensa que nada puede ocultarse de ella. Invisible para vivir, implacable para matar y luminosa para revelar lo que otros esconden. Ese es tu destino.*

22 DE JUNIO, 2067

◗ 18:17

Las lágrimas salían a borbotones de los ojos de X antes incluso de quitarse las gafas de braindiving. Apenas era consciente de dónde estaba; la habitación seguía en silencio, pero para él ya no existía. Tenía la respiración entrecortada, el cuerpo rígido, como si todavía no hubiese salido del todo de aquel infierno ajeno. Parpadeó varias veces, intentando apartar las imágenes que se le habían grabado en la retina: el fuego, el humo, la voz rota de una niña que se quedó sin nadie y todo el sufrimiento que había vivido para llegar a estar delante de él.

Bajó la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada. Las cadenas le sujetaban pies y manos, pero aun así intentó cubrirse el rostro. El tintineo del metal rompió el silencio. No había palabras para lo que acababa de ver. No era compasión ni culpa; era un peso denso, áspero, como una losa húmeda pegada al pecho, que le robaba el aliento y le dejaba una presión constante, semejante al aire viciado de aquellos recuerdos. Ya comprendía la voz de Pleya, su frialdad y esa rabia silenciosa que no buscaba justicia, solo descanso. En ella no quedaba nada que no hubiese sido arrancado o quemado.

Cuando alzó la vista, las lágrimas le corrían sin resistencia. Pleya seguía frente a él, inmóvil, observándolo con una calma que dolía

más que cualquier amenaza. En ese momento, X dejó de verla como a una enemiga: era solo alguien que había sobrevivido demasiado. La frase que le dijo resonaba en su cabeza: «El ser humano solo odia lo que no alcanza a comprender». Era completamente cierta. Después de conocer todo el pasado de Pleya, su sufrimiento, lo que había tenido que soportar durante tantos años para luego creerse traicionada por su hermano… La entendía con una claridad dolorosa. X supo que, contada desde el otro lado, Pleya sería la heroína. Y los empresarios, políticos y criminales a los que estaba eliminando, los villanos. Exactamente como lo veía la RES.

—Tenías razón, hermanito —dijo Pleya cuando el caudal de las lágrimas de X disminuyó—. No hemos cambiado tanto. Por fuera es fácil calificarnos como monstruos. Tú no te salvas, y yo desde luego que tampoco. Pero una vez que se conoce el camino de nuestra vida, qué clase de dolor es el que nos ha traído hasta aquí… —Hizo una pausa. Bajó ligeramente la cabeza, como si su voz pesara más que sus palabras—. Es complicado seguir viéndonos como demonios.

Su respuesta estaba marcada por un halo de resignación extraño. Antes X no habría entendido su origen. Ahora sí. Era madurez, el dolor de la experiencia. A pesar de que solo tuviese veinticinco años, la persona que había dentro distaba mucho de una veinteañera normal.

—Pero a nuestros gobiernos no les importan las historias. No están interesados en conocer los porqués. Solo quieren resultados.

Se puso de pie, arrastrando la silla de metal por el suelo de goma.

—Llevo toda mi vida entrenándome y luchando para otros. Ya estoy cansada. —Alzó la mirada y clavó sus ojos verdes eléctricos en los de X. Eran iguales que los de Trix—. Dejémoslo todo atrás y escapemos juntos. Volvamos a ser una familia. Yo traicionaré a la RES y a la razón por la que estoy aquí. Tú abandonarás tu vida en Atlas: tu empresa, tu mujer, todo. Lo único que siempre ha importado hemos sido nosotros, hermanito. Seamos la familia que nunca pudimos ser.

A X se le heló la sangre al escuchar el tono con el que mencionó a Kyra, demostrando que sabía que se habían casado. Un nudo se le

cerró en la garganta y notó un escalofrío recorrerle la espalda. Por un segundo, su cuerpo pareció más rígido que las cadenas. Pleya se acercó a su hermano y comenzó a quitarle las ataduras que le aprisionaban. Al volver a hablar, su voz tenía una seguridad imperturbable.

—No hace falta que me respondas ya. Tienes cinco horas y media. Esta medianoche te estaré esperando en Puerto Bahía. Ven solo, dejemos todo atrás y volvamos a ser por fin los hermanos Freeman.

◗ 19:20

El eco de los pasos de X retumbaba por el túnel a la vez que la proposición de su hermana dentro de su cabeza.

Dejarlo todo atrás. Abandonar lo que había construido y escapar con ella.

Era curioso. En el lapso de una semana, dos mujeres le habían pedido lo mismo. Sin poder evitarlo, X soltó una risa agria que rebotó en el hormigón que alguien construyó décadas atrás con la intención de soportar una cantidad ingente de agua que nunca habían visto.

Una parte de X veía obvia la negativa a su propuesta. Su vida entera estaba en Atlas, aunque en los últimos días se había resquebrajado hasta rozar el colapso. Kyra… Trix… El embarazo… Su empresa, la razón por la que hacía todo eso… No podía dejar eso atrás.

Sin embargo, seguía dudando. En su mente la respuesta se veía difusa, lejos de una decisión tomada. El X del pasado, no, el Freeman del pasado se sentía en deuda con su hermana. Él era el principal culpable de la vida de sufrimiento que había tenido. Después de muchos años, tenía la oportunidad de enmendar sus errores. De volver a tener una hermana.

Además, no solo se reencontraría con ella. También salvaría las vidas de la gente que quería. Quienes tenían una carta del tarot y todavía podían morir. Era la única forma de asegurarse de que nadie más moría. Kyra, Trix, Milo, Maia… incluso Dalia. Con Pleya fuera del país, el caos cesaría al fin.

Sin tener claro qué hacer, X siguió avanzando hasta alcanzar el final del túnel, donde la ciudad subterránea de Agartha se desplegaba ante él como el vientre de una bestia dormida, inmensa y silenciosa. A sus pies, una caída de treinta metros, y más allá, una sala colosal, de hormigón desnudo y columnas afiladas. Las chozas

colgaban suspendidas entre pasarelas metálicas, madera de desecho y cables de acero, formando un enjambre aéreo que parecía desafiar las leyes de la gravedad. Desde lo alto, Agartha ofrecía la imagen de un refugio improbable: una ciudad sin cimientos, nacida del abandono y sostenida por la necesidad.

X descendió sin ser visto, bordeando una de las columnas hasta alcanzar una de las pasarelas laterales. Desde ahí, cruzó entre sombras y chatarra hasta el acceso trasero de la sala de asambleas. El murmullo ya era perceptible. Más de un centenar de niños llenaban el espacio central. Los más pequeños, apretujados en bancadas improvisadas, escuchaban con una atención que rozaba el miedo. Los mayores, rígidos en pie junto a las paredes, parecían tensar el aire con su sola presencia.

En el centro de la sala, una mesa baja de metal oxidado servía de núcleo. A un lado, Trix y Luka. Ella, pálida pero firme, con la mandíbula apretada y los puños cerrados sobre el regazo. Él, más blando, asentía y hablaba, aunque sus palabras parecían hundirse antes de alcanzar la superficie. Al otro lado, los demás precursores de ese lugar: Velo, Mara y Kenzo, este último, plantado con una seguridad que no admitía réplica.

Detrás de ellos, el mural. Los cinco fundadores en colores desvaídos, con Trix al centro.

Por la expresión crispada de sus rostros, era fácil deducir que la discusión ya llevaba rato. X, oculto al fondo, se apoyó contra una columna. Sus ojos recorrían el rostro de los niños, el temblor de los más pequeños, el gesto endurecido de los mayores. Nadie lloraba en alto, pero varios lo hacían en silencio, con los labios apretados y la mirada baja.

—No se trata de traicionar lo que fuimos —dijo Kenzo, con una voz grave, serena, casi pedagógica—. Se trata de sobrevivir. Agartha ya no es una comuna de diez niños hambrientos. Somos más de cien. No podemos seguir dependiendo de ingresos irregulares ni de la escasa buena voluntad de unos pocos para sobrevivir.

—Nadie dice que dependamos de ellos —replicó Trix, sin levantar la voz—. Solo digo que convertir esto en una empresa nos va a romper. Esto nació para ser un hogar. Para quienes no tenían nada.

No para exigir cuotas ni repartir cargos.

Mara intervino con tono más suave, como si intentara apaciguar la tormenta:

—Pero ahora sí tenemos algo, Trix. Tenemos estructura, recursos, talento. Y algunas figuras intermedias de clanes están interesadas en colaborar. Si hacemos las cosas bien, podemos convertir Agartha en una base autosuficiente. Un lugar donde no solo se sobrevive, sino donde se crece. Con dignidad.

—¿Y quién define esa dignidad? —preguntó Trix, sin apartar la vista de ellos. Su voz temblaba un poco, pero no de miedo. De rabia contenida—. ¿Quién va a decidir quién merece quedarse? ¿Quién aporta lo suficiente? ¿Quién da más de lo que gasta?

El silencio que siguió fue espeso. Luka la tocó brevemente en el brazo, pero no dijo nada.

—Nosotros no proponemos expulsar a nadie —insistió Velo, con un tono más técnico que emocional—. Pero si queremos mantener este lugar, necesitamos ingresos. Y para eso debemos profesionalizar la comunidad. Formar equipos de trabajo, establecer responsabilidades. Hay niños que pueden ayudar. Hay mayores que ya lo hacen.

—Y hay niños que apenas saben hablar —dijo Trix, alzando la voz por primera vez—. Y que lloran en mitad de la noche porque no recuerdan cómo se llamaban sus padres. Si empezamos a exigirles rendimiento, los vamos a perder. Vamos a volvernos iguales que todo lo que juramos no imitar.

Kenzo avanzó un paso. No levantó la voz, pero su sombra pareció más grande bajo la lámpara cenital.

—Trix, entiéndelo. Si seguimos así, Agartha colapsará. No podemos seguir alimentando a cien personas sin una estructura. Es cuestión de semanas. Tal vez días. Esto no es una utopía. Es Atlas. O nos adaptamos, o nos extinguen.

En el rincón donde X permanecía oculto, algo en su estómago se tensó. Reconocía esa retórica. La había escuchado antes, en sus años como soldado. La promesa de orden disfrazada de necesidad.

Trix se puso en pie. Pequeña, pálida, pero con una presencia que lo llenaba todo.

—Agartha se fundó con una sola idea: aquí nadie sobra. Nadie manda. Nadie está solo. Si empezamos a poner precios a la dignidad, a cotizar la permanencia, a medir a los niños por su capacidad de aportar… entonces ya no somos Agartha. Solo somos otra versión de Atlas.

El silencio se hizo absoluto. Incluso los más pequeños dejaron de respirar.

X mantuvo la mirada fija en el mural. En la pintura desvaída de aquellos cinco rostros, aún soñadores, aún ingenuos. El lema temblaba bajo la humedad del hormigón.

Sin previo aviso, X emergió desde la penumbra.

Caminar entre el centenar de niños fue como atravesar una arteria congelada: los ojos se volvieron hacia él, primero confundidos, luego alertas. No había prisa en sus pasos, solo determinación. En su mano derecha, una silueta metálica se balanceaba ligeramente. Nadie reaccionó al principio, hasta que la luz oscilante reveló su forma.

Un lanzallamas.

Se detuvo a mitad de camino y lo alzó con lentitud, como quien presenta un argumento irrefutable. Nadie se atrevió a moverse. Las pupilas se dilataron, los cuerpos se encogieron, los murmullos desaparecieron. Algunos niños se abrazaron entre sí. Los mayores tensaron los músculos. Luka dio un paso involuntario hacia adelante, y Trix, sin apartar los ojos de X, se levantó con la respiración trabada.

Kenzo frunció el ceño al reconocerlo. Se incorporó bruscamente.

—¿Qué haces tú aquí? —soltó, con voz grave, intentando recuperar el control.

X no respondió. Giró una válvula con calma y encendió el lanzallamas.

Una lengua de fuego se alzó hacia el techo, devorando el aire con un rugido bestial. Durante dos segundos eternos, todos creyeron que iba a atacar. Hubo gritos ahogados, pasos que retrocedieron, un crujido de bancadas movidas por el pánico. Algunos niños rompieron a llorar. Otros se cubrieron con los brazos.

Pero X no apuntó a nadie. Caminó en línea recta hacia el mural.

Y, sin vacilar, dirigió la llamarada contra él. El fuego lamió los colores con hambre de siglos. La pintura saltó en burbujas negras, los rostros se retorcieron en una danza grotesca. Trix dio un paso al frente, temblando, pero Luka la sujetó con un gesto que era más desconcierto que convicción.

—¿Qué estás…? —susurró ella, sin ser oída.

Kenzo se levantó por completo. Avanzó dos pasos, la ira trepándole por el cuello.

—¡Freeman, para! —gritó—. ¡¿Te has vuelto loco?!

Pero X no se detuvo.

Cuando la última llama se extinguió y solo quedó el humo pegajoso de lo que fue una promesa, soltó el lanzallamas. El metal cayó con un golpe seco, como el fin de un veredicto.

Entonces se agachó y sacó una palanca de hierro oxidado.

La encajó bajo una de las placas metálicas que sostenían el mural y la arrancó con un chasquido brutal. Luego arrancó otra placa. Y otra. Cada una estallaba contra el suelo con el estruendo de una sentencia. Fragmentos de cemento y óxido volaban por el aire. Nadie se movía. Nadie hablaba.

—¡Freeman! —volvió a gritar Kenzo, fuera de sí—. ¡No puedes venir y arrasar con todo como si te perteneciera!

Kenzo avanzó con intención de detenerlo, pero X se limitó a mirarlo. No hizo falta más. En esa mirada cabía toda la diferencia entre quien cree saber… y quien ha sobrevivido. El impulso de Kenzo se deshizo en seco.

Trix se liberó del agarre de Luka y corrió hacia X.

—¡Basta! ¡¿Qué haces?! ¡X, para!

Corrió hacia él, pero Luka la detuvo de nuevo, esta vez con más firmeza. En su rostro ya no quedaba autoridad, solo una expresión de impotencia.

La última lámina de metal en caer fue en la que minutos atrás aparecía el rostro de Trix. Se desprendió con una lentitud casi simbólica. Al tocar el suelo, se quebró en dos.

Nadie respiró. Durante unos instantes, Agartha pareció olvidar que aún estaba viva.

X se quedó de pie frente al muro calcinado, la palanca aún en la

mano, los pulmones agitados por el esfuerzo. Miró los restos humeantes de la pintura. Ya no quedaba nada. Solo el eco de lo que alguna vez fue.

Entonces se giró.

Sus ojos recorrieron a los presentes sin levantar la voz. Pero había en su tono una calma tan absoluta que helaba más que cualquier grito.

—Agartha no era eso.

Hizo un gesto leve con la barbilla hacia el mural destruido.

—He trabajado con todos los clanes de esta ciudad. Con criminales, con ejecutivos, con políticos y con fantasmas sin nombre. He visto imperios nacer desde la nada. Y he visto cómo se pudren desde dentro. Siempre igual. Siempre por lo mismo.

Su mirada se paseó entre los fundadores, sin necesidad de señalar.

—Lo que habéis propuesto hoy… es el primer paso hacia esa misma podredumbre. Hacia convertiros en aquello de lo que decís proteger a estos niños. Y a vosotros mismos.

La sala seguía sin moverse.

—Las jerarquías no sirven para proteger. Solo sirven a quienes ya están arriba. Y los créditos… los créditos atan más que las cadenas. Querer convertir Agartha en una estructura autosuficiente suena bien. Suena ordenado. Pero lo que estáis diciendo es que vais a ponerle precio al refugio. Que vais a exigir productividad como si esto fuera un mercado. Que vais a devolver a estos críos al mismo sistema del que salieron huyendo. —Se giró hacia los fundadores. Uno a uno—. Y lo hacéis amparándoos en vuestra antigüedad. Como si haber llegado antes os diera más derecho a decidir. Como si vuestra voz pesara más porque fuisteis los primeros en tener miedo.

Sus palabras no eran crueles. Eran veredictos.

Y entonces se volvió hacia Trix.

Su tono cambió. No se hizo más suave; se hizo más humano.

—He visto líderes derrumbarse por dentro. Gente admirada que se pudrió intentando sostener lo que no podía cargar. Pero tú… tú eres distinta.

Se acercó un paso. Ya no hablaba a la sala. Solo a ella.

—Tú empezaste esto cuando no tenías nada. Cuando el mundo te abandonó como si fueras un error. Cuando tus propios padres, si se les puede llamar así, te abandonaron como quien olvida un paraguas en un tren. Podías haberte podrido como tantos otros. Podías haberte convertido en otra versión de ellos. Pero diste sin tener, cuidaste sin que nadie lo mereciera, sostuviste a todos cuando tú eras la que más necesitaba que la sostuvieran.

Trix no se movió. Solo lo miraba, con esa mezcla de incredulidad y fragilidad que asomaba cuando alguien tocaba el lugar exacto donde dolía.

—Tu valor no está en el tiempo que llevas aquí. Está en lo que hiciste por cada uno de ellos. Uno por uno. Incluso por mí, cuando no tenías motivo alguno para hacerlo.

Respiró hondo, solo una vez.

—Trix… que el mundo te abandone. Yo no lo haré.

◗ 20:21

X caminaba más ligero que de costumbre. Uno de los mayores pesos de los últimos días se había desvanecido.

No se trataba solo de lo que había dicho, ni del fuego, ni del mural. Había algo más profundo en esa sensación de ligereza, como si, por fin, una de las piezas sueltas dentro de él hubiera encajado.

Cuando terminó de hablar, Trix se acercó sin decir nada y lo abrazó con fuerza. Lloraba, no con un llanto roto, sino uno limpio, de los que no exigen consuelo. Luego, sin previo aviso, los niños estallaron en gritos. Gritos de furor, de alivio, de algo parecido a esperanza. La asamblea se había pospuesto entre voces, risas, abrazos y confusión. Quedaban asuntos por resolver, claro. Pero se resolverían. De una forma u otra.

En cuanto a ellos dos, ya no quedaba nada pendiente. Trix ya no miraba de lado, ni preguntaba con los ojos lo que no se atrevía a decir. Sabía que podía apoyarse en X sin necesidad de confirmar nada.

Antes de separarse, habían quedado en que ella hablaría con Kyra. Trix estaba segura de que sabría encontrar la manera de hacerle entrar en razón, de recordarle todo lo que compartían. Estaba convencida de que podrían volver a ser lo que eran: una familia, aunque a veces esa palabra les pesara en la boca. Una familia de tres.

X no le dijo que Kyra estaba embarazada. Le había costado callárselo, casi tanto como le había costado todo lo demás. Aun así, no era el momento. Aún no.

Pero aquella sensación de alivio no tardó en disiparse, desplazada por el nudo áspero que le dejaba su hermana. Como cuando eran niños, Pleya sabía exactamente cómo llevarlo al límite. Esa vez, no solo ponía a prueba su paciencia, sino algo mucho más difícil de sostener: sus principios.

Cualquier decisión respecto a su propuesta de escapar acarrearía consecuencias negativas. Si aceptaba irse con ella, estaría abandonando a Kyra, a Trix y a la vida que había construido en ese país en el que nunca pensó que sería capaz de vivir. Si conseguía detenerla y la entregaba al gobierno o a los clanes, ellos la matarían después de una tortura larga y dolorosa para sacarle toda la información que tuviese. Y si la dejaba libre o la deportaba de vuelta a la RES, no serviría de nada. Pleya regresaría para acabar con lo que había empezado.

Tenía menos de cuatro horas para tomar esa decisión imposible.

X aparcó el coche en una estrecha calle del barrio de Greco. Comprobó que el edificio de enfrente era la dirección que le marcaba en el NED. Era la primera vez que visitaba la casa de Milo, siempre se veían en el restaurante o, alguna vez, en el apartamento de Sentrum. Solo hacía falta echar un vistazo a la construcción para confirmar que hacía tiempo que Milo no recibía dinero de su padre. Como medida de prevención, había cortado todos los lazos que tenía con el clan, salvo por el detalle de que la mitad de su clientela seguía siendo drifter. Entre padre e hijo Greco ya solo quedaba una relación cordial y distendida, aunque tampoco es que alguna vez hubiesen tenido algo mejor que eso.

El barrio mantenía ese encanto decadente que solo sobrevivía en los distritos viejos de Atlas. Los balcones rebosaban de plantas, ropa tendida y cables enredados; las paredes, tatuadas con grafitis a medio borrar, contaban mejor que nadie las décadas de abandono. X cruzó la calle, esquivando una moto que rugió entre los charcos, y alzó la vista hacia el edificio: tres plantas, ladrillo rojizo ennegrecido por el humo y una fachada que resistía más por costumbre que por estructura.

El sistema de acceso reconoció su NED de inmediato —Milo debía de haberlo añadido como invitado—, y la puerta se abrió con un susurro hidráulico. El ascensor tardó en responder. Era uno de esos modelos viejos que parecían subir a regañadientes, como si dudaran de la urgencia del pasajero. Cuando al fin llegó a su piso, el pasillo estrecho lo recibió con luces parpadeantes y un olor espeso a ajo, vino barato y electrónica quemada. Al fondo, una puerta con el

número casi borrado: la de Milo.

X llamó. Lo que semanas atrás había sido una invitación a cenar los tres, ahora era una visita sin Kyra ni Trix. Aun así, confiaba en las palabras de Trix. Sabía que podría recuperar a Kyra igual que lo había hecho con ella.

Martina abrió la puerta. Llevaba el pelo recogido a toda prisa y un delantal manchado de harina. El aroma que salió del apartamento era acogedor y denso: tomate, pan tostado y algo que se cocinaba a fuego lento.

—Pasa, pasa —dijo con una sonrisa amable y un abrazo cálido—. No tardes en sentarte o se me quema la salsa.

—Huele bien —respondió X.

—Claro que huele bien —dijo mientras se giraba hacia la cocina —. En esta casa solo cocino yo. Milo ya pasa demasiadas horas entre fogones en el restaurante.

Aunque pequeño, el apartamento rebosaba de vida. En una esquina, una estantería inclinada con libros de cocina y figuras de cerámica; en la otra, un sofá cubierto con una manta de lana. La luz cálida del techo y la música suave que sonaba daban al lugar una sensación de hogar que X no recordaba haber sentido nunca.

Y, sin embargo, ese calor doméstico, esa normalidad tan ajena a todo lo que conocía, le dejó una punzada en el pecho. Era justo lo que Pleya decía que podían tener si escapaban. Pero también era lo que perdería si elegía mal.

—Te juro que solo estaba probando la salsa —se defendió Milo desde la cocina, alzando una cuchara con gesto inocente.

—Eso dijiste ayer —replicó Martina, arrebatándole la cuchara—. Ya te he dicho mil veces que esta es mi cocina.

X sonrió sin poder evitarlo. Se apoyó en el marco de la puerta mientras los observaba moverse juntos, con la naturalidad de quien comparte cada día. Había algo casi coreografiado en su rutina: ella cocinando, él bromeando, los dos riéndose sin necesidad de decir mucho. A su lado, Siro los miraba desde el suelo, con un muñeco entre las manos y las mejillas manchadas de puré seco. Tenía los ojos grandes, curiosos, y esa risa fácil que llenaba el apartamento de vida. Cada vez que Milo hablaba, el niño lo imitaba con una seriedad

cómica, y Martina, sin dejar de remover la olla, lo observaba con esa ternura cansada que solo conocen los padres felices.

Cuando Milo sirvió el vino y Martina trajo la fuente humeante al centro de la mesa, X pensó que, por un rato, podía fingir que aquel era su sitio. La cena olía a hogar: pasta fresca bañada en una salsa espesa de tomate, albahaca y queso curado que burbujeaba aún en la fuente y dejaba un rastro de vapor cálido en el aire. El aroma llenó el pequeño comedor, sacando incluso una sonrisa al pequeño Siro.

Comieron sin prisa. Hablaron de clientes insoportables, del dron del vecino que se había estrellado por tercera vez contra la misma ventana y de cómo Siro, con dos años recién cumplidos, ya intentaba sabotear cada siesta con una energía casi sobrehumana. Las risas iban y venían sin esfuerzo, naturales, como si el mundo no pesara.

X se descubrió relajado, casi sin darse cuenta. El cuerpo hundido en la silla, los hombros por fin caídos, la mandíbula sin apretar. La mente, por una vez, no estaba encendida en segundo plano escaneando amenazas, trazando salidas o clasificando perfiles de riesgo. Se sorprendió al notar el calor del pan en las manos, el sabor sencillo pero real del vino en la boca. Había olvidado lo que era comer sin mirar de reojo, sin sospechar de cada gesto.

Por primera vez en días —quizá en meses—, no estaba alerta. Solo era un invitado más, envuelto en una conversación ajena, bajo una luz amarilla que suavizaba los rostros y teñía el aire de algo parecido a la calma. En ese instante fugaz, todo parecía estar bien.

Al terminar la cena y calmar a Siro después de varios intentos, los tres se sentaron en el salón.

—Yo sería incapaz de estar aquí sentado tranquilamente sin tener un ojo encima de Siro —dijo X mientras Milo servía unas copas de vino—. No me apartaría de su habitación en ningún momento.

Aunque cerró la frase con una carcajada seca, por dentro luchaba por contener la revelación de que Kyra estaba embarazada… y que, justo después, había pedido el divorcio.

—Al principio a mí me pasaba igual —dijo Martina, cogiendo su vaso de agua—. Pero al final te acostumbras. No te queda otra. A no

ser que no quieras dormir durante ocho años.

—Además —continuó Milo, dándole un sorbo a su copa—, tenemos cámaras instaladas aquí, en el pasillo y en su habitación.

X siguió la dirección de su dedo hasta un punto en la esquina del techo. Era difícil identificar que era una cámara si nadie te lo decía.

—Nos llega un aviso al NED cada vez que llora o hace algún movimiento repentino.

—Lo que nos hará mucha falta cuando llegue nuestro segundo hijo.

Martina lo dijo con una sonrisa tranquila, dejando el vaso sobre la mesa. Milo la miró con complicidad, y X, al reparar en que ella no bebía, tardó solo un segundo en entenderlo.

—¿En serio? —soltó, sin poder contenerse.

Los tres rieron en silencio, procurando no despertar a Siro. X los abrazó por turnos, contagiado por la alegría.

—Otro Siro correteando por aquí —bromeó Milo, intentando mantener la voz baja.

—Otro Siro que no dormirá, querrás decir —corrigió Martina, riendo—. Ya me veo con ojeras hasta las rodillas.

—Y tú encantado, seguro —añadió X, mirando a Milo, que no disimuló su sonrisa.

—Por supuesto. Dos son el número perfecto para perder la cordura —replicó él, y los tres rieron.

La conversación siguió entre risas y bromas sobre noches en vela, biberones y el caos que se avecinaba. Milo exageraba los futuros despertares a las tres de la mañana, y Martina lo corregía con una mirada divertida que decía «ya te tocará levantarte a ti». X los escuchaba en silencio, sonriendo, pero sin terminar de estar allí del todo.

Había algo en esa escena que le apretaba el pecho. Esa normalidad, tan simple y frágil, le parecía inalcanzable. Pensó en Kyra. En cómo le había anunciado el embarazo y, en la misma respiración, el divorcio. No sabía qué había detrás de eso, ni si ella misma lo sabía. Había algo roto entre ambos, algo que no entendía y que le daba miedo intentar arreglar. Pero al verla tan lejos —tan distante, tan fuera de su alcance—, entendió que lo que veía en Milo

y Martina era justo lo que más deseaba: un lugar donde quedarse.

Mientras ellos reían, X apartó la mirada hacia la botella vacía sobre la mesa. Por un momento imaginó que podía tener algo así algún día, pero enseguida la duda le arañó por dentro. No sabía si sería capaz de construirlo. Y mucho menos, de mantenerlo.

—Ya se está haciendo tarde —dijo Milo, sacando a X de su ausencia.

Como un automatismo, X asintió y los tres se levantaron. Al ponerse en pie, como si estuviese planificado, Siro empezó a llorar.

—Yo me encargo —dijo Martina—. Ya despides a nuestro invitado.

—Muchas gracias por todo —dijo X estrechándola entre sus brazos—. La pasta estaba deliciosa. Y enhorabuena por la próxima incorporación a la familia.

Martina le dedicó una mirada con un brillo cargado de ilusión y desapareció por el pasillo de la casa.

—¿Y tú qué? —dijo Milo, soltándole una palmada fuerte en el hombro.

—¿Yo qué de qué?

—¿Cuándo ampliaréis la familia?

X se mordió el labio, intentando mantener a raya el caos que le hervía en la mente.

—¿Trix no cuenta como hija?

Milo le siguió la broma, aunque rápidamente pareció percibir la estrategia de disuasión de X.

—Con ella te has saltado la parte más complicada. No cuenta.

X se paró en el umbral de la puerta. Sentía las emociones escapar de él. No sabía si era a causa de conocer el pasado de su hermana, por haber recuperado a Trix o por la última conversación con Kyra… pero parecía que hasta el más mínimo detalle le afectaba.

Con tal de ocultar un par de lágrimas que huían de sus ojos, abrazó a Milo con fuerza. Él pareció sorprenderse, pero rápidamente le aceptó.

—Te envidio, Milo. Has conseguido salir de una vida en la que yo solo me hundo más y más. Ojalá algún día pueda construir algo parecido a lo que tú tienes. Hasta entonces… disfrútalo tú por los dos.

—Jamás pensé que acabaría dándote consejos sobre la vida. Pero esto no es algo que debas esperar a que ocurra; es algo por lo que tienes que luchar.

En el rostro de Milo se imprimió una seriedad muy poco habitual en él. X asintió con ímpetu y se despidieron con un nuevo abrazo.

Cuando Milo cerró la puerta, X bajó hacia su coche con paso firme. Consultó la hora: once y treinta y cuatro. Le quedaban veintiséis minutos para que se cumpliera el plazo que su hermana había marcado. Ya sabía lo que iba a hacer. Aquella cena no había hecho más que recordarle lo que siempre había sabido: la familia lo era todo.

23 DE JUNIO, 2067

▹ 00:04

El brillo de la luna reflejado en el océano golpeaba los millares de contenedores del puerto. Los pasos de X sobre el metal resonaron y Pleya se dio la vuelta de repente, apuntándole con un arma. X se detuvo, pero no alzó las manos. Al ver quién era, su hermana se relajó.

—Si sigo andando, ¿tienes alguna trampa escondida que me vaya a inmovilizar? —dijo X.

—Ya pensé que no ibas a venir.

La voz de Pleya tenía una calidez inesperada. No respondió a su pregunta. Solo lo miró como si aún albergara una chispa de esperanza. Dubitativo, él dio unos pasos, hasta quedar a pocos metros.

—¿Por qué has elegido este sitio?

En el tono de X ya se dejaba entrever que conocía la respuesta. Pleya señaló el embarcadero frente a ellos, pero en su gesto había algo más que pragmatismo.

—Ahí llegaste tú hace cinco años. Yo lo hice hace tres. Me parecía el lugar más apropiado desde el que abandonar este país. Dejaremos atrás este episodio de nuestras vidas y comenzaremos de nuevo. Juntos.

—Pleya, no me voy a ir contigo.

La frase cayó como una losa en mitad del muelle. El rostro de Pleya tardó unos segundos en reaccionar. Solo bajó la mirada, como si tratara de sostener el peso de algo que llevaba tiempo evitando. Su respiración se volvió irregular. No lloró ni gritó; simplemente se quedó quieta, tragando el temblor que amenazaba con escaparse en forma de palabras.

—¿De qué estás hablando? Has venido aquí. Has aceptado la proposición que te hice esta…

—He venido a decirte que no me puedo ir contigo. Mi familia está aquí. Por mucho que ahora estemos pasando momentos difíciles, debemos permanecer juntos.

—¡Yo soy tu familia!

La furia se deslizó como un escalofrío por su cuerpo, apenas perceptible al principio. Pero creció en ella con cada sílaba no dicha, con cada recuerdo traicionado. Dio un paso adelante, los hombros tensos, las manos temblorosas. La voz, cuando brotó, ya estaba rota.

—Yo soy tu familia, hermanito —repitió, esa vez con los ojos bien abiertos, como si esas palabras llevaran una amenaza soterrada.

—Tras matar a Trudov y escapar de casa por el bien de madre y el tuyo, dejé de tener familia. He estado huérfano todos estos años, hasta que aquí por fin he construido algo a lo que poder llamar familia. Algo que pretendo proteger, igual que te protegí a ti aquella noche.

Aunque X habló con calma y contención, en Pleya no quedaba espacio para el diálogo. Lo miraba con los ojos encendidos, como si sus palabras hubiesen sido una traición imperdonable. Antes de que pudiera responder, X se adelantó.

—Cuando el otro día te presentaste en mi piso, me dijiste que no reconocías a quien tenías delante. Que ese tal X Freeman distaba mucho del hombre bondadoso que tanto querías en la RES. Es irónico, yo puedo decir lo mismo de ti. Cuando te miro, no veo ni rastro de la chica dulce que conocía. La mujer que tengo delante, una asesina con sangre fría capaz de manipular a cualquiera con tal de derrocar a un país entero, no tiene nada que ver con la Pleya que

conocí. Aunque entienda el camino lleno de sufrimiento que te ha llevado hasta aquí, no lo justifica. Yo tampoco he vivido una vida fácil, pero eso no me ha convertido en un asesino como tú.

—¿Ahora pretendes aleccionarme? Por favor, no me seas hipócrita. Puede que mantengas tu superioridad moral de no matar nunca, por ahora, pero tus manos están igual de manchadas que las mías. Al menos en mi caso, la sangre que las mancha es animal. Los cerdos que estoy matando no cualifican como humanos. Aquí, la humanidad se extinguió hace tiempo.

»En Atlas, la vida no vale nada. Las clínicas comercian con órganos, el aire limpio se paga por suscripción y las farmacéuticas inventan enfermedades para vender la cura. Los niños aprenden a sobrevivir antes que a leer, y las calles las vigilan hombres con más metal que piel. En un lugar así, desear que todo arda no es una locura. Es, quizá, lo último que nos hace humanos.

—Eso no hace que dejen de ser humanos. Esa gente debe pagar por sus crímenes, pero eso no justifica tus acciones, Pleya.

—¡Ya te dije que no me llamaras Pleya! —Un silencio áspero los envolvió. X mantenía cada músculo de su cuerpo en tensión, atento a cualquier movimiento que pudiera hacer su hermana—. X Freeman —continuó, escupiendo las palabras—, me da asco la versión cínica en la que te has deteriorado. Ya veo que otra vez vas a abandonar a tu hermana. Pero yo no me dejaré contaminar por la inmundicia de este país. Yo soy invisible para vivir, implacable para matar y luminosa para revelar lo que otros esconden. No me dejas otra opción más que continuar con la ejecución de mi plan.

Pleya echó a andar hacia el borde del contenedor en el que se encontraban. X sabía que tenía que hacer algo. Si la dejaba escapar, las muertes se seguirían sucediendo. Tenía la oportunidad de detenerla, de parar el caos.

Se conectó a su rifle inteligente y seleccionó una carga neutralizadora. Fijó como objetivo a la persona que tenía delante y… se detuvo justo antes de confirmar.

Bastaba con una orden mental. Ni siquiera tendría que mover un solo músculo. Y, aun así, no pudo hacerlo.

Como si le hubiese leído la mente, Pleya se paró en el borde del

contenedor y giró levemente la cabeza.

—Tú quieres detenerme, hermanito, pero no puedes. Yo tampoco quiero seguir con esto, ya no tengo ningún motivo. Pero ya no sé cómo parar. Atlas se me ha quedado clavado en la mirada como un virus que debe ser erradicado antes de que sea demasiado tarde.

X se desconectó del rifle y hundió la cara entre las manos. Derrotado por su inhabilidad de enfrentar a su hermana.

Pleya no retomó la marcha. Terminó de darse la vuelta y encaró a X.

—Hay una última cosa que quiero que sepas antes de que me vaya. Yo no he provocado todas las muertes de los últimos días.

X alzó las cejas. No confiaba en sus palabras ni entendía a qué venía esa información después de la conversación que habían tenido.

—Hay alguien que me ha estado ayudando. O, más bien, jodiéndome. Mi plan no es tan simple como que cada persona que ha recibido una carta del tarot morirá. Cada uno cuenta con su rol. Pero hay quienes se han aprovechado para ajustar sus propias cuentas.

Pleya se detuvo. Saboreaba la expresión de terror en el rostro de X, que negaba con la cabeza. No por incredulidad, sino porque, al fin, todo encajaba.

—Evaristo Molina y la Valquiria Astrid. Ninguna de esas dos muertes la he causado yo.

El gesto de X se congeló por completo. Justo había dicho las dos muertes con las que más había sospechado.

—No. No —consiguió decir finalmente—. Eso es mentira. No es más que una gilipollez.

—Ya veo que tienes idea de quién ha sido la verdadera asesina.

—No, no es cierto —repitió—. ¿Por qué haría algo así? Si ella lo hubiese hecho y la descubriesen, provocaría una guerra de clanes de inmediato.

—No es a mí a quien debes preguntárselo.

Antes de que X pudiera replicar, Pleya saltó del techo del contenedor y dejó a su hermano a solas. Finalmente entendía el porqué de su extraño comportamiento en los últimos días. Ya no

había ninguna incógnita que resolver.

Ahora se preguntaba si había alguna forma de volver al desconocimiento del que antes disfrutaba.

◗ 00:21

Ni siquiera quedaron ecos cuando Pleya echó a correr. Sencillamente se desvaneció entre las sombras, y lo único que dejó tras de sí fue el recuerdo que X guardaría para siempre.

Una notificación interrumpió sus pensamientos.

—Dime, Trix. ¿Qué…?

—¡Ven ahora mismo donde estoy! Te mando la localización.

Colgó antes de que X pudiera responder.

Consultó su NED y comprobó que era un punto en el norte del Sector Industrial, el segundo barrio del territorio de los Inarizoku. Trix había dicho que iría a por Kyra. ¿Qué hacía ahí? ¿Estaba con Kyra?

Sin tiempo a darle más vueltas —el tono de Trix no lo permitía—, salió corriendo hasta su coche. Aunque era de madrugada, a Atlas no solía importarle, sus calles siempre estaban colmadas de personas que vivían en diferentes horarios. No esa noche. Ni las anteriores. Las muertes del tarot habían logrado lo impensable: convencer a la mayoría de quedarse en casa en cuanto caía el sol, aunque solo unos pocos estuviesen marcados en el plan de Pleya.

Activó el vehículo y se incorporó a la autopista elevada, con el corazón latiendo más acelerado que el susurro mecánico que impulsaba al coche. La voz de Trix seguía resonando en su cabeza. No sabía qué iba a encontrarse, pero después de lo que Pleya había insinuado, temía que esa llamada fuese el principio del desastre que llevaba días intentando evitar. Atravesó distritos enteros sin registrar apenas el paisaje: los rascacielos del centro dieron paso a los bloques de hormigón y fábricas oxidadas del Sector Industrial. Las luces de neón se diluían en tonos anaranjados y sucios, el aire se volvía más espeso y la ciudad parecía apagarse con cada kilómetro. No había tráfico, ni ruido, ni vida. Solo el zumbido del motor y el pensamiento constante de que tal vez ya era demasiado tarde.

X aparcó frente a la torre de comunicaciones. Confirmó que era la ubicación que Trix le había enviado y empezó a trepar por las escaleras de mano, sin perder tiempo. El viento silbaba entre los barrotes metálicos y cada peldaño resonaba como si la estructura se quejara.

Al llegar arriba, una pistola lo recibió de frente. No se inmutó. Trix, al reconocerlo, bajó el arma, la enfundó en la espalda y lo abrazó con fuerza. No dijo nada.

Al separarse, X ya no necesitaba preguntar. Frente a él yacía un cadáver con el pecho atravesado por dos disparos. El rostro estaba cubierto de sangre, pero la marca lo decía todo: XE, escrita en la frente con trazo firme. A su lado, Kyra estaba de rodillas, inmóvil. Miraba a la nada, respirando con dificultad. Aún empuñaba un cuchillo, y sus manos estaban cubiertas del mismo rojo espeso que se escapaba del cadáver.

—¿Quién…? —dijo X.

—Kenji Tanabe —respondió Trix al fin—. El líder de este barrio de Kinshima… El número tres de los Inarizoku.

—Un Inari…

A X no le salió la voz; el aire pesaba en la garganta. El olor metálico, los neones y el goteo del cuerpo componían un silencio que le helaba la piel.

Aun así, esas palabras bastaron para quebrar la quietud de Kyra. Se incorporó con torpeza, y al girarse hacia él, sus ojos ya no tenían la dureza de antes. Lo observó como si acabara de despertar en medio de una pesadilla, con las manos temblando y la culpa ardiéndole en los dedos.

—X… lo siento, no he podido…

—La Unidad Lázaro —soltó X de repente. El color había vuelto a su cara.

Trix lo miró confusa, mientras que Kyra se quedó inmóvil, con los labios entreabiertos y la respiración cortada, como si aquel nombre le hubiese golpeado el pecho.

—Julius Thorne te ha ordenado que hagas esto, ¿verdad?

Antes de responder, bajó la mirada. El colgante con una cruz se había deslizado fuera de la ropa, expuesto como un vestigio

involuntario del caos.

—Sí.

El monosílabo salió de su boca automáticamente. Como si todo ese tiempo hubiese querido decirle la verdad a X, pero solo pudiese hacerlo si le hacían la pregunta correcta.

—Al igual que Evaristo Molina y la Valquiria Astrid.

—Así es.

Trix mantenía su incredulidad, acrecentada por que X de repente supiese exactamente de qué iba todo aquello.

—Lázaro fue un personaje bíblico que resucitó después de haber muerto —continuó X, al fin con una imagen completa de qué ocurría. La confirmación definitiva se la había dado Pleya en el puerto—. La Unidad Lázaro es una iniciativa secreta de ARCO. Sus miembros «murieron» en su vida anterior y renacieron como un drifter dentro de un clan. «Bajo la tierra muere un nombre; sobre ella, vive otro».

»Todos estos años, Kyra, eras un agente durmiente infiltrada dentro de las Valquirias, a la espera de poder hacer el encargo por el que te uniste a Julius tantos años atrás: erradicar los clanes. Erradicar las organizaciones que acabaron con la vida de tus padres.

Kyra ni siquiera se molestaba en asentir a las palabras de X, como si, al no ser ella quien las pronunciaba, perdieran parte de su fuerza.

—Cuando personas importantes de Atlas recibieron las cartas del tarot y una de ellas murió, con un claro simbolismo, el comandante de ARCO vio la oportunidad. Julius quiso aprovechar esto para acabar con los integrantes más importantes de los clanes sin que nadie echara las culpas a otra persona más que a quien había comenzado esta locura. Mi hermana. Ella, viendo que no tenía otra opción, se adaptó e hizo ver que esas muertes habían sido suyas, publicando la información comprometida que tenía de tus víctimas.

»La primera muerte fue relativamente sencilla, aún la gente no estaba tan alerta. Aunque Evaristo fuese uno de los ejecutivos de los Santinos, llevabas años preparándote para esto. Con la segunda muerte, la de la Valquiria, jugabas con ventaja. Entiendo que tampoco fue muy difícil manipularla para acabar con ella en su despacho. Pero el número tres de los Inarizoku es algo muy

diferente. Por eso quedaste con Yudai Sato. Supongo que él es otro integrante de la Unidad Lázaro y es quien se ha encargado de que Kenji Tanabe estuviese aquí solo.

La única respuesta de Kyra fue soltar el cuchillo ensangrentado. La hoja chocó contra el suelo metálico con un tintineo agudo y quedó temblando al borde del abismo. Sus piernas flaquearon de golpe, y habría caído al suelo de no ser por los brazos de X, que la sujetaron por los hombros justo a tiempo.

—Ojalá me hubieras hecho caso y nos hubiéramos ido de Atlas cuando aún teníamos la oportunidad —dijo Kyra, con la voz cargada de arrepentimiento.

—¿Ya sabías que esto iba a ocurrir?

Ella negó.

—Todavía no… pero era cuestión de tiempo. Soy parte de lo que hoy se conoce como ARCO desde los quince años. Llevo trece infiltrada en las Valquirias, trabajando como una de sus ejecutivas. Y acababa de casarme contigo, violando de forma clara las reglas de mi clan y comprometiendo mi objetividad emocional como nunca antes. Tenía la bomba delante, cargada y lista. Solo era cuestión de que alguien activara la cuenta atrás. Aunque no pensé que sería tan pronto. Ojalá hubiéramos tenido un poco más de tiempo para esto.

Recuperó la compostura y dio unos pasos atrás. Miró sus manos manchadas de sangre, como si en ellas estuviesen tatuadas las decisiones que la habían llevado hasta ese preciso instante cargado de arrepentimientos.

—Intenté tomar otra elección. Créeme. Decir que no al comandante. Pero no pude. Llevo toda mi vida preparándome para esto, para vengarme del sistema que mató a mis padres. No fui capaz de echar por la borda tantos años de trabajo. Y créeme que lo intenté…

La voz se le quebró y las lágrimas empezaron a recorrerle las mejillas. Apretaba la cruz de su collar con fuerza, como si en ella residiera la voluntad que necesitaba para seguir hablando.

—Siento habértelo hecho pasar tan mal estos días, X. Y siento lo del divorcio… Te quiero, no dudes que te quiero. No quiero separarme de ti… Pero fue la única solución que se me ocurrió.

Alejarme de…

X acortó la distancia que lo separaba de Kyra. La observó un instante, temblorosa, deshecha, y en medio de aquella ruina algo en su interior se quebró. Había demasiado caos a su alrededor: el cadáver, la sangre, las luces moribundas del neón.

No podía permitirse caer también. La mente buscó refugio en lo único que aún podía salvar: ella.

Con un gesto lento, casi paternal, le sostuvo el mentón hasta que sus miradas se cruzaron.

—Vamos a salir de esta, Kyra —dijo, y por un segundo creyó en sus propias palabras porque necesitaba hacerlo—. A partir de este momento, somos una familia. Ahora mismo somos tres, pero pronto seremos cuatro.

Trix abrió los ojos de par en par al escuchar la noticia, pero no dijo nada. X notó el temblor en su voz, el pulso todavía desbocado, y aun así continuó.

—Siempre y cuando confiemos en nosotros y nos contemos todo… Nada ni nadie podrá destruirnos.

El eco de sus palabras flotó entre ellos, más como un deseo que como una certeza. Kyra lo miró, intentando aferrarse a esa promesa imposible, mientras las lágrimas volvían a cubrirle los ojos.

—Me gustaría creer en tus palabras, pero no es más que un pensamiento ilusorio. He asesinado al Ministro de Guerra de los Santinos, a una de mis compañeras Valquirias y al número tres de los Inarizoku. Además, llevo trece años infiltrada en mi clan como un operativo secreto. No hay nada que puedas hacer que vaya a servir para…

Mientras hablaba, X se quitó su chaqueta y se la tendió a Trix. Al rasgar su camiseta, Kyra no fue capaz de seguir hablando. X no dijo nada. Se despojó de la prenda hecha jirones y la usó para limpiarle la sangre de las manos. Lo hizo con movimientos lentos, firmes, como si cada gesto buscara recordarle que seguía allí. Cuando la tela absorbió la mayor parte de la sangre, se agachó y cogió el cuchillo que se asomaba al vacío. Lo envolvió en la camiseta. Cogió de vuelta su chaqueta y, tras ponérsela, guardó las pruebas del asesinato en su bolsillo interior.

—Confía en mí, Kyra. Yo me encargaré de que todo acabe bien.

Quizás fue el tono empleado en esa ocasión, o la calma absoluta y la certeza con la que se había movido, pero Kyra no replicó. Sus lágrimas se detuvieron de golpe y asintió. Antes de que pudieran notarlo, los tres se fundieron en un abrazo, con el futuro cuarto integrante de la familia en el centro.

Sin embargo, esa paz momentánea no duró mucho. Antes de separarse, X recibió una notificación. Le extrañó mucho que esa persona le hablase a esas horas de la madrugada. Cuando leyó el mensaje, lo entendió.

Auuda

◗ 01:19

El coche hendía la ciudad como una cuchilla silenciosa, deslizándose entre el neón y el vapor del asfalto mojado. X se aferraba al volante con las manos crispadas, los nudillos blancos, los ojos fijos en una línea que ya no existía. No había margen para frenar. Ni para pensar. El mensaje seguía ardiendo en su retina, una palabra solitaria que no necesitaba releer. Bastaba con recordarla para saber que algo se había roto. Irremediablemente.

Atlas se negaba a dormir. A pesar de la hora, las calles hervían con esa vida desordenada que la definía: drones de reparto flotaban entre semáforos, taxis sin conductor tomaban giros cerrados sin señalizar y de los soportales emergían figuras borrosas que se deslizaban como sombras hambrientas.

X rebasó tres carriles de un volantazo, las ruedas protestaron contra el asfalto. Los sensores de tráfico pitaron. Le daba igual la multa, la persecución o el arresto. Lo único imperdonable era llegar tarde.

Volvió a llamar a Milo. Ni una respuesta. No llegaba a dar señal. Simplemente… vacío.

La ciudad mutaba a medida que avanzaba. Las luces parecían menos brillantes, el ruido más lejano, como si el pulso de Atlas se apagara lentamente en esa dirección. No era un lugar peligroso, pero tampoco lo abrazaba la calma.

El mapa proyectaba una línea roja sobre su NED. Faltaban setecientos metros. Luego quinientos. Luego doscientos.

Giró la última esquina.

Frenó en seco.

Aparcó sin molestarse en cerrar bien la puerta y se dirigió al portal a paso rápido. El lector reconoció su NED al primer intento. Entró. El ascensor tardaba demasiado, tomó las escaleras. Subió los escalones de dos en dos, luego de tres en tres.

Al llegar a la planta, giró por el pasillo. Su cuerpo en modo automático. La mente, no. La mente estaba viva, clavándole imágenes de posibles futuros como cuchillos. Milo maniatado. Milo sangrando. Milo sin rostro.

Y entonces la vio. La puerta de la casa, entreabierta.

No era una rendija amable. Era una herida expuesta. El marco estaba torcido, la cerradura arrancada desde dentro.

X desenfundó su fusil y entró.

El aire tenía ese espesor que solo aparece cuando algo se ha roto del todo. Ni rastro de movimiento, ni de vida. Un silencio con peso que parecía observarlo. Avanzó con el pecho sellado y el NED conectado a su fusil, dispuesto a disparar.

El salón lo recibió con objetos caídos, señales de una huida o de una lucha. En la cocina, un vaso volcado y una luz aún parpadeante. Había un rastro. No de sangre, sino de desorden.

X siguió el recorrido con una calma que no sentía. Su pulso no existía ya como ritmo: era una vibración constante que le subía por el pecho. Al girar hacia el pasillo del fondo, el aire cambió. El olor. Ese olor. Orgánico, dulce y metálico a la vez. Lo reconoció de inmediato.

Se detuvo frente a la puerta del niño.

La puerta del dormitorio cedió con un leve crujido.

Y al instante, el mundo dejó de tener sentido.

La cama, destrozada; el colchón, empapado hasta rezumar por los bordes. Las paredes, manchadas con líneas y salpicaduras que no seguían ningún patrón, pero hablaban con claridad: allí no se había cometido un asesinato. Aquello había sido una ejecución ritual.

X no dio un paso más. Solo observó.

Primero vio a Milo.

Estaba sentado contra la pared, aunque su postura resultaba extraña, antinatural. Como si alguien lo hubiese colocado así después. Tenía el pecho abierto desde el esternón hasta el abdomen. No con precisión médica, sino con torpeza, con prisa. Las vísceras colgaban sobre el suelo como cables desordenados. Una expresión congelada en mitad de la boca entreabierta: algo entre sorpresa, dolor y un terror que no alcanzó a gritar.

A su lado, el cuerpo de Martina. Tendida boca abajo. La espalda rajada desde los omóplatos hasta la cadera, como si alguien hubiera intentado arrancarle la piel a tiras. El cuello había sido girado en un ángulo imposible, como si su último intento de proteger a su hijo hubiera terminado con una ejecución inmediata.

X tragó saliva. El corazón no latía. Golpeaba.

Y entonces, lo vio.

A Siro.

Ni siquiera lo había reconocido al primer vistazo.

Estaba en el centro de la habitación con las manos levantadas, como una ofrenda. El pijama —azul con dibujos de naves espaciales — manchado por completo.

Por último, en una de las paredes, pintado con la sangre de alguno de los cuerpos, la marca de los Shiz ponía firma a esa masacre.

X dio un paso atrás. No por miedo. Por náusea. Por algo que se deshacía en su interior, como si el suelo cediera bajo sus pies.

Miró a Milo. Su amigo. Parte de su familia en Atlas. Un hombre que había aguantado traumas, amenazas, violencia y miedo, pero que jamás se había doblegado. Un hombre que había confiado en él hasta el final. Alguien que por fin, después de una vida de violencia, lo había conseguido todo. Y en una sola noche lo había perdido.

—Esto… —La voz de X fue apenas un murmullo, rasgado por dentro.

Apretó los dientes. Sintió cómo se le tensaban los tendones del cuello, cómo los nudillos se le volvían blancos.

—Joder, esto es culpa mía.

La frase no sonó a lamento. Sonó a sentencia.

—Si la hubiera detenido. Si la hubiese parado antes…

Se giró, pero la escena seguía ahí. Pegada a su espalda. Imborrable.

—Toda esta sangre… —Miró sus propias manos, temblorosas, sucias sin tocar nada—. Toda esta puta sangre es mía.

El silencio no lo consoló. Era espeso, hostil. Lleno de ojos invisibles.

X retrocedió hasta el marco de la puerta. Aún con el fusil colgado

del brazo. Aún con las pulsaciones fuera de control. Como si el tiempo hubiese olvidado detenerse junto a él.

Durante unos segundos, se dejó arrastrar por el vacío. Sintió la mente en suspensión, incapaz de hilar pensamientos. El aire pesaba como plomo fundido. Pero algo dentro de él —una chispa, una memoria involuntaria, un impulso tan seco como el clic de un gatillo — lo despertó.

Ese sonido interior, tan preciso y mecánico, marcó el final del estupor.

Su cuerpo respondió antes que la razón.

El NED se activó, como si hubiera esperado esa orden desde hacía horas. Recordó las cámaras, las que usaban para vigilar a Siro.

Tras unos segundos, su visión se llenó de ventanas flotantes. Cuatro pantallas en el aire. Cuatro fragmentos de la verdad que lo aguardaba veinte minutos atrás.

En el centro, el salón de Milo.

Las luces del neón rebotaban contra la ventana y teñían de rojo los muebles dormidos. Todo estaba en silencio. Hasta que la puerta se abrió con un estruendo.

Mad Dog —el perro de los Shiz— entró con paso firme, un machete colgado del antebrazo como una extensión de su cuerpo. Se movía con la seguridad de quien ha repetido ese gesto demasiadas veces.

Milo apareció segundos después, medio vestido, alertado. En el pasillo, las sombras de ambos se enfrentaron. X contuvo el aire al ver cómo Milo intentaba correr hacia la habitación de Siro. No llegó.

Mad Dog lo interceptó con un golpe seco que lo estampó contra la pared. El impacto sacudió la cámara.

Martina salió al pasillo, desorientada, los brazos aún buscando al niño. Alcanzó a golpear al intruso con una furia instintiva, pero fue inútil. Mad Dog la sujetó de la cabellera y, con la otra mano, tiró también de Milo, todavía consciente a duras penas.

Los arrastró por el pasillo hasta la habitación del pequeño. El sonido metálico del machete cortó el aire una vez, luego otra. Después, nada. Solo el parpadeo irregular de las luces del neón sobre las paredes manchadas.

La imagen se tiñó de un rojo más oscuro. Y cuando Mad Dog se apartó, el símbolo de los Shiz ya brillaba en la pared con la sangre de sus tres víctimas.

El estómago de X se contrajo. Por un instante fugaz, casi en una exhalación, creyó sentir alivio. Pero bastaron unos segundos de imágenes para que el hielo le recorriera el cuerpo.

—Pleya —susurró.

No había duda. Había usado a los Shiz para ejecutar la primera jugada. No buscaba muertes, sino una guerra. Otra guerra. La chispa que reavivaría el caos entre clanes, tal y como ocurrió durante el Blackout.

Y el detonante sería la muerte de Milo Greco.

X cerró los ojos un instante. Su mente, que antes era un laberinto de ruido, se volvió nítida. No iba a permitirlo.

No esa vez.

Tomó aire, arrancó las cámaras y se las guardó en su chaqueta. Después cruzó la habitación hasta el cuerpo de su amigo y se conectó a su NED. Se aseguró de que no tuviese una grabación local ahí. Nadie más debía verlas. Solo entonces se arrodilló, con una calma que únicamente podía nacer del agotamiento absoluto.

—Perdóname, hermano —dijo en voz baja—. Pero no dejaré que tu muerte sirva para lo que ella quiere.

Sacó la camiseta con la que había limpiado la sangre de Kenji Tanabe y borró la marca de los Shiz. Luego abrió su chaqueta y extrajo las cuatro cartas del tarot: la suya, la de Kyra, la de Trix y la de Milo.

Cogió el Tres de Espadas. Ahora lo entendía. Ese había sido su plan desde el inicio. Pleya la había reservado para Milo Greco porque su muerte era la más dolorosa y decisiva. Ese naipe representaba la pena más profunda, el corazón atravesado por la pérdida y la traición. Tres espadas, tres vidas: Milo, Martina y el niño. Era un símbolo de muerte sin mostrarla, una tragedia emocional convertida en detonante político. Pleya sabía que asesinar a Milo rompería el alma de Bruno Greco, su padre, el líder más volátil de todos. Ese dolor —íntimo, insoportable— sería la chispa que haría estallar la guerra entre clanes. X comprendió que el Tres de Espadas no solo

anunciaba el final de una familia, sino el principio del colapso. El corazón que Pleya quería atravesar no era el de Milo, sino el de todo Atlas.

Colocó la carta sobre el abdomen de Milo con una lentitud reverencial, como si temiera despertarlo.

El siguiente paso fue el más cruel. Cogió la navaja que guardaba en su cinto. Al abrirla, el sonido agudo llenó el aire. Grabó una X sobre la frente de Milo. Después una E. Las iniciales de Pleya. Xenón. Luego pasó a Martina.

Y, finalmente, se detuvo frente al niño. El tiempo se suspendió. La navaja tembló en su mano. El pequeño tenía los ojos cerrados, las mejillas aún tibias.

—Joder… —susurró X, con la garganta encogida.

El metal tocó la piel y un hilo rojo comenzó a caer. La marca quedó grabada.

X apartó la mirada. Por un instante, deseó no volver a abrir los ojos nunca.

Cuando terminó, limpió el filo y revisó la escena.

Ya no había nada de los Shiz. Solo la firma del asesino equivocado. La suya. La de Pleya.

Permaneció en silencio un largo rato, observando los cuerpos, la habitación alterada, la mentira perfectamente compuesta. La escena mostraba más violencia que los crímenes anteriores, más ira contenida, pero la misma simbología de siempre seguía presente. Nadie dudaría de lo que había ocurrido. Y Pleya creería que su plan seguía intacto. Que nadie había tocado nada.

X sabía que eso le daba una ventaja efímera. Un día, tal vez menos.

Unas horas en las que Pleya seguiría convencida de que todo salía según su cálculo, que una guerra entre clanes estaba a punto de estallar. Ese era el tiempo que él tenía para moverse. Para adelantarse. Para convertir el dolor en estrategia.

Respiró hondo. Sabía que esas muertes —cada una de ellas — no pesaban solo sobre los hombros de Pleya. También eran suyas.

Él había mirado hacia otro lado. Le había permitido seguir con su cruzada, como si todavía creyera que podía ponerle límites. Se había

engañado pensando que era un juego, que aún tenía margen para frenarla cuando fuese necesario.

Y por esa pasividad, no detenerla cuando aún podía, Milo, Martina y aquel niño ahora estaban muertos.

Apretó los dientes.

—Nunca más —susurró.

◗ 01:51

X estaba sentado en el sofá de la casa de Milo. El mismo sofá donde, apenas unas horas antes, había recibido la noticia de que Martina esperaba su segundo hijo. Aquel espacio, que hasta hacía nada destilaba vida, en esos momentos pesaba como una tumba abierta.

Aunque navegara por las imágenes en su NED, la visión de aquella familia descuartizada seguía anclada en su retina como un grabado a fuego. Sabía que esa imagen —igual que la del cuerpo apuñalado de Cleo de cinco años atrás— no lo abandonaría jamás. Otro tatuaje cruel, imborrable, grabado en su memoria.

Se levantó y caminó hasta el marco del pasillo. Desde allí, la puerta entreabierta dejaba escapar un olor metálico que lo devolvía a la escena.

Esperaba al padre, suegro y abuelo de los cuerpos que yacían en la habitación del fondo. Sabía lo que tenía que hacer. Lo había sabido en el momento exacto en que vio los cuerpos. Pero el tiempo se detenía. Cada segundo de esa espera lo quemaba por dentro.

Pensó en todo lo que no había hecho, en lo que pudo evitar y no evitó. Y por un instante, el mundo pareció girar sin sentido, arrastrado por pura inercia.

Entonces una llamada rompió el vacío en el que estaba sumido.

—X, ¿lo has visto?

La voz de urgencia de Kyra le puso alerta, aunque ya estaba tan insensibilizado que dudaba que algo pudiera sorprenderle.

—¿El qué?

—Tu hermana lo ha publicado. Todo Atlas sabe que estamos casados.

X hundió su rostro entre sus manos.

—¿Qué? ¿Cómo…? ¿Han dicho algo las Valquirias?

—Sí…

Su voz salió en un hilo. Estaba claro que seguía dividida por

dentro tras tantos años con las Valquirias. Por mucho que desde el inicio entrara ahí con un objetivo, los años de convivencia habían terminado por volverlas una de sus familias.

—*Su respuesta ha sido inmediata. Me han puesto en Prometheus.*

—¡¿En Prometheus?! ¿De qué estás hablando? ¿Cuánto es tu recompensa?

—*Ciento diez mil créditos.*

—¡¿Ciento diez mil?!

Rápidamente se metió en la aplicación. En la pantalla inicial ya aparecía el rostro de su esposa como novedad.

—*Es simbólico, X.*

Al leer los detalles del encargo, lo entendió. No había nada en la descripción. Solo el objetivo, la recompensa y el contratista. Ese nombre, que normalmente permanecía anónimo hasta que se cumpliese el encargo, tenía un autor. «Valquirias».

—*Es la forma de hacerle saber a la ciudad que ya no soy una Valquiria. Que me han echado de la organización. Pero aunque ya no sea una de ellas, nadie se atreverá a venir a por mí. Desde luego no con una recompensa tan baja.*

X asintió, algo más tranquilo. Tenía razón. Tarde o temprano su matrimonio se iba a hacer público, y dadas las circunstancias, tampoco era lo peor que podía haber ocurrido.

El silencio volvió a aprisionar a X. Por un momento dudó si relatarle lo que había visto, pero decidió no hacerlo. Había cosas más importantes.

—Kyra, necesito que organices una reunión con Julius Thorne. Urgentemente.

La respuesta fue inmediata.

—*Dalo por hecho.*

La llamada se cortó.

X sonrió, sintió de nuevo esa conexión pura que había marcado su relación los últimos años. Eso era lo único a lo que podía aferrarse en esos momentos.

Se levantó. El sofá aún conservaba el calor de su cuerpo. Caminó sin rumbo, hasta que un sonido seco lo detuvo.

Pasos.

Lentos primero, luego más firmes. Subiendo por el pasillo.

X giró la cabeza hacia la puerta. El eco metálico de las botas se derramaba por el interior del edificio, frío y nítido.

Bruno Greco irrumpió en el salón con la respiración desbordada, el rostro desencajado y la camisa manchada de lluvia. Detrás, su sombra de siempre: un hombre alto, de mandíbula cuadrada y mirada de acero.

—¿Dónde está mi hijo? —bramó Bruno, con los ojos como cuchillas—. ¿Dónde está Milo? ¿Y mi nieto?

X no dijo nada. Solo alzó el brazo y señaló el pasillo. La puerta del dormitorio seguía entreabierta, como si la escena en su interior no hubiese terminado de cerrarse.

Bruno entró tambaleándose, y el mundo se quedó sin aire. Primero el silencio; luego, un grito que desgarró los muros. Cayó de rodillas junto a los cuerpos mutilados de su hijo, su nuera y su nieto. Los llamó por su nombre, los tocó, quiso arrancarse los ojos. Cuando su guardaespaldas entró, lo apartó. Necesitaba estar solo. El llanto llenó el pasillo… hasta que volvió el silencio.

Bruno emergió de la habitación como si cada paso arrastrara el peso de un mundo roto, con el rostro empapado y la mirada perdida en un abismo sin fondo. La piel, pálida. Los nudillos, ensangrentados.

Se detuvo en mitad del salón, respirando con dificultad. Entonces lo vio. Sin mediar palabra, avanzó hacia X y lo empujó con fuerza.

—¿¡Qué coño ha pasado aquí!?

X no respondió de inmediato.

—Solo hay una persona capaz de hacer algo así —dijo por fin, con una voz que no se quebró, pero tampoco sonaba entera—. Mi hermana.

Bruno lo miró como si le acabara de escupir en la cara. Avanzó otro paso y lo agarró por el cuello de la chaqueta.

—¿Y qué coño haces tú aquí? —escupió Bruno, con la voz desbordada, temblándole los labios—. ¿Cómo sé que no has tenido nada que ver con esta puta carnicería? ¿Cómo sé que no llevas años jugando a dos bandas, con tu puto país, con tu puta hermana? ¡¿Y si sois lo mismo, tú y ella, dos mierdas del mismo saco!?

—No digas gilipolleces.

X lo apartó de un empujón seco.

—Milo era como un hermano para mí. Esta noche no eres el único que ha perdido a su familia. —A X le costaba soltar esas palabras manteniendo la serenidad que requería el momento—. Antes de que acabe este día, tendrán justicia.

—¿Justicia? No quiero justicia. Voy a descuartizar a tu hermana, ¿me oyes? Voy a hacerla sufrir durante semanas. Y si te interpones, Freeman, te degollaré como a un animal.

El silencio volvió por un segundo.

X no retrocedió ni un milímetro.

—Soy el único que puede capturarla. Si quieres verla sufrir, primero tendrás que atraparla. Y eso solo puedo hacerlo yo.

Bruno apretó la mandíbula. Parecía a punto de embestirlo. Pero algo en la mirada de X, algo frío y afilado, le hizo detenerse. Detrás de él, su hombre de confianza no dijo una palabra, pero no apartaba la atención de X.

Bruno escupió al suelo y lo observó durante unos segundos eternos, hasta que la rabia se transformó en un odio más controlado, más peligroso.

—¿Cómo pretendes llegar a ella?

X se dio la vuelta. En la calle, la ventana se manchaba de una lluvia sucia, como si incluso Atlas, esa ciudad implacable, fuese incapaz de mantenerse inalterada ante lo que había ocurrido esa noche.

—Primero tengo que hacer una llamada.

No se giró para ver la expresión de Bruno, ya se la podía imaginar: un rostro deformado por el dolor, con la furia saliéndole por los poros como vapor de una válvula a punto de estallar. Con los ojos clavados en su reflejo en la ventana, X abrió el panel de comunicación de su NED y marcó.

El pitido retumbó dentro de su cráneo, seco y espaciado, como el goteo de una fuga sobre metal caliente. Cada tono era una duda. Cada segundo, un peso más sobre sus hombros.

Detrás de él, Bruno respiraba como un toro enjaulado, sin entender por qué X no respondía, por qué seguía tan quieto.

Y justo cuando parecía que la llamada iba a cortarse, cuando la línea coqueteaba con el silencio absoluto, el pitido se interrumpió.

El otro lado no respondió de inmediato. El mutismo se extendió durante unos segundos hasta que, al fin, la voz emergió, tersa y precisa.

—Te preguntaría cómo has conseguido mi contacto, pero ahora mismo tengo más curiosidad de saber por qué me llamas.

◗ 04:28

X terminó la llamada con Trix y alcanzó el nivel que Kyra le había indicado. La arena de la obra crujió levemente bajo sus botas sin llegar a delatar su llegada. Se detuvo justo antes de cruzar la línea de luz proyectada por un foco industrial. Desde allí, vio a los tres reunidos en un semicírculo tenso, rodeados de estructuras a medio montar y el zumbido lejano de Atlas en plena digestión nocturna.

Kyra hablaba con tono firme, medido, como si repitiera por enésima vez una verdad incómoda.

—… Las tres muertes como asesinatos de la espía de la RES.

Maia mantenía los brazos cruzados, clavando la mirada en algún punto indeterminado del horizonte. Julius asentía apenas, como quien ya había oído aquello y solo medía el peso de las palabras en retrospectiva.

Kyra soltó un suspiro.

—Era cuestión de tiempo que supiera que era yo quien se aprovechaba de su plan. Como represalia, ha filtrado… que me he casado con X.

Maia alzó la cabeza de golpe. Un parpadeo rápido, luego otro. La mandíbula se le tensó como si las palabras se le hubieran atragantado sin previo aviso.

—¿Y tú pensaste que eso era una buena idea? —espetó, más rápido de lo que su tono alcanzó a moderar.

No mencionó a X. Ni una sola vez. Pero cada sílaba llevaba su sombra detrás. Se pasó una mano por el pelo y se mordió el interior de la mejilla. X nunca la había visto así. Tan lejos de tener el control. Julius giró levemente la cabeza hacia ella, como si evaluara el comentario, aunque no dijo nada al respecto. Se acercó un par de pasos. El fuerte viento agitó su chaqueta. Su voz fue clara.

—Los daños al operativo son incalculables. Tu tapadera ya no existe, eso está hecho. Sin embargo… también es tu vida, Kyra.

Nadie aquí va a crucificarte por eso.

Kyra lo miró con una mezcla de incredulidad y respeto. Julius, el mismo que había construido esa operación con tenacidad durante años, no solo la entendía… casi parecía compadecerla.

—Tu nombre está en Prometheus —dijo el comandante.

Hubo un breve silencio. Uno de esos que pesa más que cualquier grito. Julius bajó la mirada un instante, como si ya supiera la respuesta y aún así necesitara oírla.

—¿Estás bien?

Kyra no respondió de inmediato. Bajó los ojos hacia sus botas, luego al horizonte de rascacielos. Ambos sabían a qué se refería esa pregunta, pues no tenía nada que ver con Prometheus. Cuando habló, su voz fue apenas un hilo de acero.

—Todavía no. Pero lo estaré.

—¿Ahora te preocupas por Kyra? —soltó X, avanzando desde las sombras. Su voz seca no buscaba respuesta.

Julius no tuvo tiempo de girarse. El puñetazo le llegó de lleno al pómulo izquierdo, con la precisión de quien lleva días acumulando esa rabia. El impacto lo hizo tambalearse, sin llegar a caer.

Maia desenfundó por reflejo, su arma apuntó directa al pecho de X.

—¿Qué coño estás haciendo? —bramó.

Kyra dio un paso al frente.

—No —dijo Julius levantando una mano. La sangre le resbalaba desde el labio roto, con una sonrisa perversa impropia en él—. Desde el primer día en que me viste tenías ganas de esto, ¿verdad, Freeman?

X no respondió con palabras. El siguiente golpe le cruzó la mandíbula. Julius encajó el impacto y devolvió uno al abdomen. Ninguno usó implantes, ni aumentos, ni atajos. Solo puños, hueso, piel y una deuda larga de emociones mal enterradas.

Rodaron por el suelo de cemento, cruzando un andamio sin derribarlo, hasta estamparse contra una viga de metal expuesta. Intercambiaron otro par de golpes antes de separarse a la fuerza, respirando como bestias recién salidas de una jaula.

—¿Tienes idea de lo que le has hecho vivir? —espetó X, la voz

ronca, las venas del cuello marcadas—. Le has robado años. La obligaste a enterrarse en una vida de mentiras. Siempre con una puta máscara. Siempre jugando a ser otra persona.

El puño de Julius respondió antes que su boca. Lo golpeó en la mejilla con más rabia que técnica, con la fuerza justa para hacerlo bascular. X no se detuvo. Cargó de nuevo y lo estrelló contra una columna sin terminar, con el antebrazo presionando su garganta.

—Mientras tú te quedabas aquí, seguro, ella vivía rodeada de asesinos, de gente capaz de pegarle un tiro por un gesto en falso. Y todo ese tiempo fingiendo ser una de ellos. ¿Dónde estabas tú?

Julius lo empujó con un codazo seco al costado y se liberó con un giro. Lo derribó con una embestida al torso. Cayeron al suelo, forcejeando. Golpes cortos, directos.

—¿Y tú quién eres para decidir por ella? ¿Acaso le has preguntado lo que quería? —gruñó Julius entre dientes, con la rodilla clavada en su abdomen.

X lo hizo volar de un cabezazo que crujió. Luego rodó sobre él y lo inmovilizó.

—No tienes ni idea de lo que hablas. Todo este tiempo la trataste como una pieza más del tablero. Como una extensión de tu estrategia. Por mucho que ella te viese como a un padre, tú a ella solo la viste como a una herramienta. Al igual que al resto de tu puta unidad.

Julius le clavó el pulgar en una costilla magullada. X se tensó por reflejo. El comandante aprovechó para voltearlo y arrastrarlo por el suelo antes de alzarlo por la pechera.

—Todos aquí tomamos decisiones, Freeman —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo—. Nadie tiene el privilegio de culpar al resto por el precio que paga. Ni tú, ni ella. Que lo hiciera no la hace una víctima. La hace adulta.

Se separaron de golpe, casi al mismo tiempo. El cuerpo ya no respondía con la misma agilidad. Se tambalearon, respirando con dificultad, los rostros cubiertos de sudor y sangre. Ninguno bajó la mirada.

X se pasó el antebrazo por la boca. La sangre era suya, aunque no se preocupó en saber de dónde salía.

Ambos se quedaron ahí, inmóviles. Maia bajó el arma. Kyra seguía sin moverse. El silencio que quedó era el de una tregua sin firmar.

—Al parecer hay secretos que no han sobrevivido a las conversaciones en la cama —dijo Julius mirando de reojo a Kyra, mientras se limpiaba la sangre del labio y se acomodaba la chaqueta.

Kyra puso los ojos en blanco con un gesto lento, apenas contenido. Se cruzó de brazos, apretando los dedos contra los codos, y tomó aire.

—Ha sido él solo quien lo ha descubierto —dijo al fin, sin mirarle —. Yo lo he intentado evitar.

X prefirió no revivir los últimos días de su relación, así que, sentándose en el poyete que daba a la calle, empezó a hablar.

—¿Cuántos integrantes tiene la Unidad Lázaro? —dijo como quien lanza una piedra en un estanque, sin esperar respuesta—. ¿Cinco? ¿Uno por cada clan?

El tic en la mandíbula de Julius fue casi imperceptible, pero X lo captó igual que una sacudida. Maia solo cruzó los brazos con ímpetu.

—Kyra estaba en las Valquirias. Yudai Sato en los Inarizoku. Supongo que Han Tao, el hombre que se convirtió en legacy hace tres años al investigar ReCorp, también era un infiltrado. Teniendo en cuenta su apariencia, diría que formaba parte de los Shiz.

Maia bajó la mirada apenas un segundo, como si se obligara a tragar algo espeso. Julius, en cambio, dio un paso hacia X, casi involuntario, y luego se frenó.

—En cuanto a los Siracusa, no tengo la menor idea, y eso que es el clan con el que más familiarizado estoy. Supongo que querrías meter a un infiltrado en la facción de los Greco, donde ocurre la mayor parte de la actividad. Es posible que muriese en la guerra de hace unos años.

Kyra no parpadeaba. Seguía con la vista fija en un punto de la pared, inmóvil, como si el ruido del mundo ya no la alcanzara. Ni una mueca, ni un temblor en el rostro.

X siguió hablando. El peso de sus palabras parecía medirse sobre la respiración contenida de ella, no sobre las miradas de los demás.

—En cuanto a los Santinos, tampoco tengo la menor idea. Aunque si hablase con Dalia Rojas, no tardaría en encontrar al topo que ha estado royendo su organización durante la última década y media.

Maia bajó la mirada un instante, la mandíbula rígida. Julius soltó el aire despacio, más para controlarse que para contestar. Luego alzó apenas la cabeza hacia X, sin apartarse del eje de Kyra, como si aún esperara una reacción que no llegaba. Pero Kyra siguió igual: quieta, suspendida entre el control y el colapso. Esa calma se convirtió en el centro de la habitación, una tensión que nadie se atrevía a romper.

—¿Qué pretendes hacer con toda esta información? —soltó al fin.

—Supongo que todos tienen el mismo origen que Kyra. Los encontraste en la calle, a punto de morir a causa de la crueldad de Atlas. Les salvaste la vida para luego meterlos en otro infierno. Uno que duraría décadas. Años de entrenamiento para convertirse en máquinas con máscaras intercambiables. Para morir por tu causa: acabar con los clanes. «Bajo la tierra muere un nombre; sobre ella, vive otro».

»Si me paro a pensarlo, no es muy distinto de la vida que mi hermana ha llevado. Con tal de conseguir un propósito, dio su vida para una causa ajena. Para luchar por los ideales de una organización que necesitaba herramientas moldeables.

—¿Qué pretendes hacer con toda esta información? —espetó de nuevo, la voz aún controlada, pero con la rabia asomando entre los dientes.

—Nada. —La palabra resonó en el terrado, todavía comido por la noche encapotada de Atlas—. Absolutamente nada. Kyra ya ha quedado lo bastante expuesta como para arriesgarse a que el país descubra todo lo que ha hecho estos años.

Tanto Julius como Maia relajaron un poco su compostura. Kyra ni se inmutó.

—No obstante, voy a necesitar todos los recursos de ARCO.

—¿Quiénes te crees que somos, X? —soltó Maia incapaz de contenerse. Echó una mirada a Kyra—. No somos tu puto ejército personal.

—No os lo he pedido —replicó X, seco—. Es una orden.

Maia abrió la boca. Julius levantó la mano sin mirarla, y la palma tensa bastó. Ella reculó un paso, respirando como si hubiese corrido una maratón sin moverse del sitio.

—Está bien —dijo Julius sin dejar de mirar a X—. ¿Qué necesitas?

X ni siquiera sonrió, como si ya supiese de antemano que esa era la única conclusión posible de la conversación. Mientras Kyra mantenía su silencio, les relató al comandante y a la capitana de ARCO qué necesitaba. Ninguno de los dos puso ninguna pega. Incluso Maia se mostró comprensiva y apaciguada tras conocer sus demandas.

Kyra y X se fueron sin despedirse. Al llegar a la calle, el aire de la noche de Atlas parecía más liviano. Caminaban sin rumbo fijo, sin necesidad de palabras. A cada paso, las sombras de la ciudad se volvían menos densas, como si esa tregua silenciosa entre ambos desinflara la presión que arrastraban desde hacía días.

Kyra dejó que su mano rozara la de X. Él respondió entrelazando los dedos sin mirar. Avanzaban como si esa noche les perteneciera. Pero Atlas no concedía noches en calma.

La alerta en su NED tensó el paso de X. Siluetas. Una. Dos. Cinco. Quince. Surgían de los callejones como si hubiesen estado esperándolos desde siempre.

¿Cazadores de Prometheus? ¿Iban a por Kyra? No. Las insignias en sus trajes lo dejaron claro: Siracusa. Los rodearon en segundos. Sin palabras. Solo el eco de botas y el ritmo exacto de una formación militar.

X escaneó los flancos. Antes de pensar en huir, vio a Lupo. Sus ojos, encendidos, no parpadeaban. Cada segundo de contención acumulaba más odio. Era la mirada de quien enfrenta al asesino de su hermano.

El primer disparo partió el aire. Luego otro. Cargas de alta intensidad que sacaron convulsiones de sus cuerpos. Sintió la quemazón, el colapso interno. El mundo empezó a ladearse, las luces de la ciudad distorsionadas como un cuadro derritiéndose. Cayó de rodillas… y después al suelo.

Antes de que la oscuridad lo alcanzara, lo vio. Entre los soldados, firme, impasible. Vestido como uno más, con la presencia de un rey

sin trono.

Bruno Greco.

▹ 06:10

La voz de Kyra fue lo primero que escuchó X al recobrar la conciencia.

—Sois la misma basura. Siracusa, Santino… Da igual el logo que llevéis grabado en el pecho. Matáis, traficáis y os cubrís las espaldas con alianzas de mierda.

X no abrió los ojos de inmediato. Su cuerpo aún dolía, y su cabeza seguía distante a causa de la conmoción que lo dejó inconsciente.

—¿Sabes lo que pasa cuando dos clanes se enfrentan en un barrio donde vive gente normal? —continuó Kyra, la rabia subiendo con cada palabra—. Que una niña termina abrazando los cadáveres de sus padres. Y ninguno de vosotros paga por eso.

Bruno estaba de pie con los brazos cruzados, la sombra de una columna industrial proyectada a su espalda. La poca luz que entraba por los boquetes del techo trazaba surcos dorados en la maraña de polvo. Su mirada era la de alguien que había dejado de escuchar hacía tiempo.

—Yo no maté a tus padres —dijo al fin con voz ronca, como si estuviera cansado de una conversación que en ningún momento había querido tener.

—Y eso te hace mejor que el resto, ¿no? —dijo Kyra.

La bofetada llegó sin previo aviso. Seca, directa. Le cruzó la cara con la fuerza justa para hacerle girar la cabeza sin derribarlo.

—Cállate —escupió Bruno—. No eres nadie para hablar de justicia. Has sido una Valquiria durante años. ¿Crees que nunca has dejado a un niño huérfano con las muertes que has provocado?

Kyra apretó los dientes. La mejilla le ardía, y aun así no parpadeó. Bruno se volvió hacia X con una sonrisa envenenada.

—Míralo. El marido despierta.

Avanzó un par de pasos con las manos a la espalda, como si

presidiera una ceremonia en lugar de una venganza.

X primero contempló a Kyra. Además de la sangre de su labio a causa del golpe reciente y las cadenas que aprisionaban su cuerpo, estaba bien. Luego analizó la ubicación. El techo alto, las estructuras metálicas cruzadas como costillas oxidadas, la luz cenital del alba cayendo a través de los agujeros del tejado… Reconocía ese lugar.

La nave industrial. La misma donde, años atrás, Bruno ejecutó a dos capodecina traidores. No había cambiado nada, salvo el polvo acumulado y los ecos más viejos.

—Enhorabuena por el matrimonio. De verdad. Me alegra ver que has sido capaz de construir una vida feliz. Ya solo te falta tener hijos.

Se detuvo frente a él.

—Casi tan feliz como la que tenía mi hijo… antes de que tú se la arrebataras. ¿Realmente creías que tu supuesto plan para capturar a tu hermana sería suficiente para engañarme?

X lo miró confuso.

—¿De qué cojones hablas, Bruno? ¿Crees que yo he matado a tu hijo y a su familia?

Bruno no respondió de inmediato. La pausa fue mínima, pero el cambio en su voz fue nítido: un filo helado, cargado de certeza.

—¿Creer? —dijo con desdén—. No hace falta creer nada. Solo hay que ver.

Sacó un pequeño dispositivo de su bolsillo y proyectó un holograma sin dramatismos, como quien muestra un dato administrativo, pero el contenido tenía el peso de una sentencia. Varias imágenes flotaron en el aire. Era el canal de noticias.

X las reconoció al instante. Una cámara enfocaba la entrada de la casa de Milo con la silueta de los tres dibujada en la ventana de su salón. El horror no era la imagen. Era el sello de la hora: 00:51. La misma hora en la que, según el informe forense, los cuerpos se quedaron sin vida.

—¿Te suena esa casa? —preguntó Bruno sin esperar respuesta—. ¿Y esa hora?

Kyra observó a X de reojo, pero no dijo nada. Las imágenes se disolvieron y, enseguida, apareció una segunda serie de documentos: primeros planos de los cadáveres. Milo. Martina. Siro.

Los tres con una marca idéntica en la frente. La XE. Trazadas con precisión, como una firma de autor.

Bruno no apartó la atención mientras sacaba algo más del bolsillo. Una navaja. El mango tenía una pequeña grieta cerca del remache central. X la reconoció. Era la suya.

—Ya me he asegurado —dijo Bruno—. Es la misma que se utilizó. Las heridas lo confirman.

X no se movió.

Bruno cambió de panel. Una última imagen flotó delante de ellos: un boletín de noticias. A su lado, dos retratos: la espía de la RES y X. Los hermanos Freeman. Bajo ellos, una lista de crímenes. Ocho muertos en la última semana.

—Ahora sois el dúo más buscado del país —murmuró Bruno—. Enhorabuena.

X tardó unos segundos en hablar. Su voz, cuando surgió, no era la de un hombre derrotado, sino la de alguien que trataba de ver más allá de lo evidente.

—Eso es falso —dijo, no como defensa, sino como análisis—. Alguien ha manipulado las horas, los datos, las pruebas. Las imágenes son reales, pero no los tiempos. Yo estuve allí horas antes, para cenar, no durante los asesinatos.

Su mirada se tensó, como si buscara asirse a un punto fijo entre el desorden.

—Pero no tiene sentido. Si esto es parte de un plan de mi hermana… —Negó con la cabeza, más para sí que para los demás—. Esto lo jode todo. No gana nada con esto. Lo único que consigue es echar por la borda todo lo que ha construido.

Hizo una pausa. Y entonces añadió en voz más baja:

—Si no ha sido ella… entonces, ¿quién?

El silencio volvió a imponerse, roto solo por los crujidos lejanos del metal oxidado sobre sus cabezas. Bruno se mantuvo inmóvil, observándolo con una mezcla turbia de decepción y desprecio. Luego, muy despacio, inclinó la cabeza hacia un lado.

—Tus juegos mentales no van a servir de nada, Freeman.

Bruno soltó una carcajada seca, quebrada. Su cuerpo oscilaba con una euforia inquietante, más allá de la ira. Cuando habló, ya no

amenazaba: solo quedaba una certeza escalofriante.

—No os preocupéis… —dijo, y se acercó a las dos sillas metálicas en las que Kyra y X estaban encadenados de pies y manos—. No tengo intención de acabar con vosotros. Todavía no. Esto va a durar semanas. —Mostró sus dientes desalineados—. Pero hoy… hoy necesito vaciarme un poco por dentro.

X no respondió. Mantuvo la mirada fija, los músculos tensos, el pulso contenido bajo una máscara de serenidad que ya empezaba a agrietarse. Había visto ese brillo en los ojos antes: soldados que perdieron a sus hijos, hombres cuya ira se volvió religión. Bruno era uno de ellos. Solo que su fe era el sufrimiento.

Del cinturón extrajo su cuchillo de cazador, largo como el antebrazo de un niño y con la hoja curvada en un ángulo grotesco. El acero brilló y reflejó la mirada asesina de su portador.

—Empezaré contigo, Freeman.

Las palabras resonaron como una sentencia.

X tragó saliva. Su instinto militar le pedía evaluar rutas de escape, debilidades del enemigo, buscar patrones en sus movimientos. Pero nada en Bruno respondía a patrones. Era un animal herido: visceral, impredecible, inmune a la razón. No había forma de prever cuál sería su próximo gesto.

—Voy a obsequiarte con el mismo regalo que le hiciste a mi hijo, mi nuera y mi nieto. Fuiste capaz de grabarlo incluso en mi nieto —añadió, en un tono más bajo, incrédulo.

El cuchillo se alzó. Bruno lo sujetaba con una devoción extraña, como si se tratara de un objeto sagrado. Dio un paso. Otro.

X no dijo nada. Ni una palabra. Pero por dentro, algo se descomponía. ¿Realmente sería capaz? ¿Después de todo lo que había hecho por él, por su familia, por el imperio que ahora controlaba? ¿Realmente…?

El filo tocó su frente.

Kyra gritó.

—¡Para! ¡Ni se te ocurra tocarlo! ¡Te juro que si lo haces…!

La carcajada que soltó Bruno a continuación heló el aire de la sala.

X no apartó la vista. No suplicó. Pero el miedo ya no era una idea

abstracta: era físico. Se alojaba en su estómago, le estrangulaba el pecho, le decía que sí, que Bruno era perfectamente capaz de atravesarle la piel.

Y entonces lo hizo.

Clavó la punta del cuchillo justo en el centro de su frente.

El dolor fue inmediato y punzante, como si le hubiera incrustado un clavo incandescente. Un hilo de sangre bajó entre sus cejas y bañó su nariz. X apretó los dientes.

Bruno empezó a cortar, meticuloso. Dibujaba algo. El filo descendía con precisión. X entendió de inmediato lo que era, antes incluso de que trazara la primera línea completa. La XE. La misma marca que él había grabado en la frente de Milo y su familia.

Kyra gritaba su nombre, insultaba a Bruno, se retorcía en su silla como si pudiera alcanzar el cuchillo con la rabia. X la oía, pero su voz era lejana. Le dolía la piel, pero más le dolía la incredulidad. No podía estar ocurriendo. No así. No con él.

El acero seguía su camino, lento, firme, hasta que lo levantó. Había terminado su primer trazo.

—Así… —murmuraba Bruno, con la cadencia de un artesano entregado a su obra—. Así debiste sentirlo tú, ¿no?

Cuando fue a clavarlo para seguir con una segunda incisión, el eco de unos pasos les interrumpió.

El sonido no pertenecía a nadie asustado ni con prisa. Cada pisada era deliberada, casi coreografiada, como si el dueño de esos pasos supiera que todos los focos se posarían sobre ella. Bruno giró la cabeza y apretó el mango del cuchillo, irritado. X apenas alzó la vista, pero en el fondo agradeció la pausa. Su respiración, aunque controlada, temblaba.

Desde la entrada principal de la nave industrial, una figura emergió de entre las sombras.

—Lamento interrumpir el espectáculo, Don —dijo Pleya, con una sonrisa ladeada y la altivez intacta—. Iba con prisa, así que no puedo prometer que tu pequeño ejército de fuera no haya sufrido algún que otro percance… irreparable.

Vestía su habitual traje técnico negro, una mezcla de elegancia letal y desdén. El rostro limpio, la postura erguida, la voz empapada

de sorna. Ni rastro de sudor o esfuerzo, como si abrirse paso entre un pequeño ejército hubiese sido apenas una molestia administrativa.

Bruno no respondió. Retrocedió un paso, luego otro, como un animal que huele pólvora antes de ver la mecha. Pero no temblaba. Al contrario, se revolvía en una mezcla de furia y desprecio.

—¿Has venido a salvar a tu hermano? —masculló con los ojos entornados, luego se giró hacia X—. Esta es la confirmación de que las noticias son ciertas. Habéis trabajado juntos todo este tiempo.

Soltó el cuchillo y desenfundó el arma que llevaba al otro lado del cinto. Casi al instante, el aire zumbó con el sonido de varios drones activándose. X contó tres. Aparecieron desde el techo como insectos de guerra y rodearon a Bruno con una coordinación programada. Actuaron sin esperar más órdenes. Dos descargas simultáneas impactaron en sus hombros, otra en la base del cráneo. El cuerpo del Don del clan se sacudió como una marioneta con los hilos rotos. Su arma cayó al suelo con un ruido sordo antes de que él mismo se desplomara inconsciente en un final abrupto.

Pleya ni siquiera miró el cuerpo de Bruno. Se giró hacia Kyra con una sonrisa más estudiada.

—Por fin nos vemos en persona, Kyra.

La antigua Valquiria la observó con el ceño fruncido. Su respiración aún era irregular por el dolor, pero había algo en aquella presencia —en su voz, en su postura— que la tensó de forma instintiva.

Pleya se agachó frente a ella.

—Koldo te manda saludos —dijo mientras inspeccionaba las cadenas—. Aunque me temo que ya no habla tanto de ti.

El nombre cayó como un chasquido eléctrico. Kyra parpadeó. La sorpresa se le endureció en el rostro.

—¿Qué… qué has dicho?

—Koldo. Tu viejo brainmaster. Pensabas que estaba muerto, ¿no? Pues no. Solo cambió de bando. —Pleya sonrió, deslizando un dedo por el borde de la cadena antes de llegar a su rostro—. En la RES, encontró mejores materiales con los que trabajar.

Kyra apretó los dientes. La furia le invadió los ojos.

—¿Tú…? —escupió—. ¿Fue él quien te convirtió en esto?

—Su obra definitiva, diría yo —respondió Pleya con una inclinación teatral de cabeza.

Kyra la observó en silencio. No había arrogancia en su mirada, solo la tensión contenida de alguien que acababa de encajar un golpe que no esperaba. Tragó saliva con dificultad, como si el nombre de Koldo aún le ardiera en la garganta.

—No puedo creer que acabara entrenando a alguien como tú.

Pleya rio, con una calma que rozaba la crueldad.

—Pues créetelo.

Kyra desvió la mirada. Apretó la mandíbula, conteniendo palabras que no cambiarían nada. Pleya se giró hacia X y su sonrisa se hizo más amplia.

—Y tú… hermanito. —Su voz se volvió algo más cálida, aunque no perdió el filo—. El cinismo de Atlas nunca decepciona. Me gustaría saber a quién cojones has cabreado tanto como para que manipule las pruebas con tanta destreza y consiga incriminarte por un asesinato que serías incapaz de cometer.

Pleya soltó un nuevo suspiro al detenerse delante de él. Detrás de la fachada de absoluto control que mostraba, X percibió un atisbo de cansancio.

—Este maldito país ya me está hartando. Es como si no quisierais darme un respiro para poder destruiros

X alzó la vista. Con la sangre aún escurriéndole por la frente, esbozaba una sonrisa: socarrona, inesperada, casi despreocupada.

—No te preocupes, Pleya. Te lo explico en un momento.

Giró las muñecas y, con un chasquido apenas audible, las cadenas cayeron al suelo. Bruno nunca llegó a cerrarlas del todo.

Kyra arqueó las cejas. Pleya dio un paso atrás, desconfiada.

—¿Qué…?

Los drones, al detectar la liberación, se dirigieron hacia X y desplegaron sus armas. Pero X ya estaba conectado. Su NED envió una orden. A lo lejos, apoyado contra una columna, su rifle inteligente se activó con un zumbido de reconocimiento. Tres disparos cortaron el aire y rectificaron su trayectoria en pleno vuelo. Los drones explotaron en una lluvia de chispas antes de alcanzar a

su objetivo.

Pleya apenas parpadeó. La siguiente vez que lo hizo, X ya estaba frente a ella.

La sujetó del cuello con una sola mano y la estampó contra una de las paredes de hormigón. El impacto dejó una grieta en la superficie. Pleya cayó al suelo, tosiendo, con los ojos desorbitados.

—¿Qué estás haciendo? —jadeó.

X no respondió. Se limitó a mirarla, frío como el acero que recorría su cuerpo.

Las puertas principales se abrieron de golpe con un estruendo metálico. Un escuadrón completo de ARCO irrumpió en la nave: uniformes negros, visores encendidos, armas alzadas.

La escena quedó suspendida. Bruno, inconsciente. Pleya, tendida en el suelo. X, en el centro, con el rostro ensangrentado. Inmóvil.

Todo había cambiado.

Y solo X parecía entender por qué.

▹ 06:36

Los pasos de ARCO retumbaban como martillos sobre el suelo de hormigón. Cada miembro del escuadrón se desplegó hasta rodear la escena sin pronunciar una palabra. Los láseres de los visores barrían la nave en busca de amenazas, fluyendo por las figuras congeladas: Bruno desmayado, Kyra aún encadenada a la silla, X en el centro, salpicado de sangre… y su hermana en el suelo, con una rodilla hincada, aún respirando con fuerza.

Pleya se incorporó de inmediato, los músculos tensos, los ojos dilatados. Su mirada iba de los soldados de ARCO a X, y de X de vuelta a las armas que se cernían sobre ella. Entendía perfectamente lo que estaba ocurriendo… y al mismo tiempo, no entendía nada.

X no se movió. El rifle seguía apoyado en la columna tras él, el cuerpo en reposo, la mente en otro plano.

Los agentes se acercaron con cautela, cercando a Pleya. El comandante Thorne, a la cabeza, levantó un puño y el resto se detuvo. El círculo ya estaba cerrado.

—¿Qué es esto…? —murmuró Pleya, sin alzar demasiado la voz. Luego se giró hacia X, como si la escena solo pudiera explicarla él—. ¿Todo esto era parte del plan? ¿También tú?

X la miró al fin, sin rabia ni piedad, solo con un cansancio tallado por la muerte. Su voz lo dejó claro:

—Nunca debiste cruzar esa línea.

Los guantes negros de la capitana Duval se cerraron sobre las muñecas de Pleya. Cogió las esposas que colgaban del cinto y las cerró sobre su piel.

X no se movió. Seguía en el mismo sitio, con la misma expresión: impasible, remota, como si ya estuviera viendo los minutos posteriores al presente.

—La escena del crimen de Milo —dijo Pleya con un hilo de voz—. Fuiste tú quien limpió la…

Un disparo seco, limpio, cruzó el aire desde la columna del fondo. La bala, teledirigida y precisa, impactó en su cuello con un chasquido húmedo. El cuerpo de Pleya se desplomó al instante, inerte, como si alguien hubiese apagado un interruptor invisible.

El eco del disparo aún resonaba cuando los hombres de ARCO alzaron sus armas por reflejo. Julius dio un paso al frente, la mandíbula tensa.

—¿Qué haces, Freeman?

X alzó las dos manos en el aire. Su rifle seguía en la columna donde Bruno lo había apoyado, como si todo aquello hubiese sido una rutina más en su lista del día.

—Estoy cansado de escucharla hablar —dijo, sin emoción.

El silencio que siguió fue sólido. Julius lo evaluó con los ojos entornados, hasta que, finalmente, asintió con un gesto seco.

—Ha sido un placer trabajar contigo, X.

X giró apenas el cuello.

—No tan rápido. Este no era el trato.

—¿Disculpa?

—Acordamos que mi hermana se quedaba conmigo.

La tensión en la sala subió un par de grados. Los soldados de ARCO intercambiaron miradas fugaces, y Julius, sin perder la calma, se cruzó de brazos.

—Sabes tan bien como yo lo que vale tu hermana. Con todo lo que ha hecho y la información que guarda sobre nosotros y la RES, va a pasarse los próximos meses en una sala de interrogatorios. Vamos a exprimir hasta la última palabra que sepa. No puedo dártela.

—Eso no es lo que acordamos. Te dije que os ayudaría a acabar con la espía de la RES que había puesto en jaque al país. Pero cuando la capturáramos, ella sería mía.

Julius se encogió de hombros.

—Será que después de trabajar tantos años entre los drifters, estoy adoptando sus prácticas. En ningún momento pretendía cumplir esa parte del trato.

X dio un paso al frente. De inmediato, varios soldados de ARCO le apuntaron con sus armas. El cuerpo de Pleya quedó en medio,

rodeado como un tesoro custodiado. Kyra, a su lado, templó sus músculos, alerta a lo siguiente que sucediera.

—Comandante, se acerca algo —dijo entonces uno de los soldados—. Alguien… No, muchos. Una masa. Desde el sur.

X giró la cabeza hacia la entrada principal. Julius también se alertó; su cuerpo se endureció casi de forma imperceptible, pero no hubo tiempo para reaccionar.

La puerta chirrió al abrirse de golpe, un sonido metálico que rompió la tensión. Lo que siguió no tuvo sentido.

Irrumpió una horda.

Eran niños. Decenas, quizás un centenar. De todas las edades, desde los cinco hasta los veinte años. Corrían, reían, chillaban como si participaran en una excursión escolar. Iban desarmados, descalzos algunos, vestidos con ropa raída o directamente pijamas que colgaban de sus cuerpos como si acabaran de salir de una institución olvidada. No llevaban nada consigo, ni había adultos. Solo ruido y caos.

El operativo de ARCO levantó las armas por puro instinto. Uno de los más jóvenes murmuró algo que sonó como una pregunta, pero nadie respondió. Los demás se limitaron a quedarse congelados, con el dedo cerca del gatillo, los ojos siguiendo a los críos como si esperaran que, en cualquier momento, todos sacaran cuchillas de entre los dientes.

Kyra se sacudió dentro de sus cadenas. Miró a Julius como buscando confirmación de que aquello era real. Luego contempló a X, y al ver que no se inmutaba, su confusión se tornó aún más nítida. Frunció el ceño, con los labios entreabiertos, como si estuviera a punto de preguntar qué demonios estaba pasando. No lo hizo. Algo en el rostro de X, en su quietud absoluta, la hizo callar.

Los niños no se detuvieron. Pasaron entre ellos. Algunos saludaron con la mano, otros gritaban nombres al azar o cantaban canciones infantiles desafinadas. Uno se detuvo frente a un soldado de ARCO, le hizo una burla con la lengua fuera y siguió corriendo.

X no se movió en ningún momento. Toda su atención estaba puesta en contener la sonrisa que amenazaba con asomar.

Julius mantenía el ceño fruncido, pero su atención ya no estaba

en los niños. Escaneaba la situación con rapidez, buscando el truco. Su atención iba de los críos a los accesos laterales y de los accesos al cuerpo de Pleya.

Cuando el último niño pasó junto a él, giró la cabeza de golpe. Miró hacia donde X había disparado a su hermana. El cuerpo seguía allí, boca abajo, con las muñecas esposadas, inconsciente sobre el suelo, ajena al desfile que acababa de cruzar la nave industrial.

—Vosotros dos —ordenó Julius sin girarse, señalando con un gesto de barbilla a los soldados más cercanos—. Id detrás de ese grupo. Quiero saber qué demonios era eso.

Los agentes asintieron y corrieron hacia la puerta por donde los niños habían desaparecido, sus pasos resonando sobre el metal viejo.

—El resto, agrupaos y salid. Ya tenemos lo que veníamos a buscar.

Maia avanzó en silencio. Se agachó junto al cuerpo esposado, lo tomó por la cintura y lo cargó al hombro con una facilidad casi mecánica, como si solo fuera otro objetivo cumplido, uno más en una larga serie. Al incorporarse, un mechón pálido se deslizó sobre el rostro cubierto, pero Maia ni siquiera alzó la mano para apartarlo.

X no lo toleró.

—¡Maia! —rugió, su voz atravesando la nave con fuerza—. ¡Detente! ¡He dicho que mi hermana se queda conmigo!

Maia no se inmutó. Caminó hacia la salida sin volver la vista. Varios soldados de ARCO se giraron al unísono, armas en alto. Bastaba con ver su expresión para entenderlo: un solo error, un paso en falso, y X tendría problemas mucho más graves que perder a su hermana. Julius no dijo nada. Le bastó una mirada para dejar claro que la decisión ya estaba tomada.

X se mantuvo firme. Los cañones de los fusiles se mantenían fijos en su pecho. Respiró hondo, clavó los ojos en Julius… y no dijo nada más.

Maia cruzó la nave con el cuerpo inconsciente colgando de su hombro. Julius la siguió. El resto de los soldados se posicionó en formación de salida y rodearon a su líder con una disciplina imperturbable. En cuestión de segundos, las sombras de ARCO se

desvanecieron por la misma puerta por la que habían irrumpido.

X se quedó solo. Kyra continuaba atada. Bruno, inconsciente. La nave, de pronto, era otra vez un lugar muerto.

—¿Me quieres explicar qué acaba de pasar? —dijo Kyra rompiendo por fin el silencio. En su expresión se reflejaba la perplejidad que sentía.

X retrocedió un par de pasos, como si el peso de todo lo que no había dicho le cayese de golpe sobre los hombros. Se apoyó en una columna de cemento, la espalda rígida contra la aspereza, y se dejó caer. Las piernas cedieron sin aviso, como si algo dentro se hubiese roto. Una carcajada áspera y seca escapó de su garganta, hasta rebotar en las paredes vacías como una grieta imposible de cerrar. No era alegría, ni alivio. Era un desahogo violento, un estallido que le atravesó el pecho y aflojó cada músculo, como si el cuerpo, al fin, pudiera colapsar.

—Que todo ha acabado. Eso es lo que ha ocurrido, Kyra.

—¿Me lo quieres explicar de una vez? —respondió con la paciencia al borde del colapso—. ¿Por qué Bruno no te ha encadenado y ha dejado tu rifle conectado aquí? Y, sobre todo, ¿por qué Maia estaba llevando el cuerpo de Trix en vez del de tu hermana?

La carcajada de X aumentó todavía más al escuchar esa última pregunta.

—La filtración de las pruebas manipuladas que me incriminaban a mí, que Bruno nos capturase… era mi idea. Quería provocar que mi hermana viniese a salvarme y a indagar quién me había inculpado. No te he dicho nada porque quería evitar que ella supiera que esto era un teatro.

Kyra puso los ojos en blanco, pero no lo interrumpió. Durante unos segundos, X evocó el modo en que Bruno se había tomado demasiado en serio su papel. Cuando observó su expresión antes de que le hendiera con su cuchillo, supo que, en parte, no fingía. La navaja que X le había entregado como supuesta prueba de su culpabilidad no era la misma con la que marcaron los cuerpos, pero algo en su interior le gritaba que, pese a la lógica, una parte del Don de los Siracusa realmente lo culpaba por lo ocurrido.

—Sabía que Julius no cedería. Por eso organicé la entrada de los niños de Agartha: se llevaron a mi hermana mientras Trix tomaba su lugar.

El rostro de Kyra era una mezcla difícil de leer. Tenía las cejas ligeramente alzadas, como si no pudiera evitar reconocer el mérito de lo que acababa de presenciar. Pero sus labios, apretados y firmes, delataban que lo que escuchaba no le gustaba en absoluto.

—Así que te parece buena idea cambiar la vida de tu hermana por la de Trix.

X se puso en pie y recogió su fusil inteligente.

—No es cambiar —dijo X, modificando el tono de inmediato por uno conciliador—. Trix no ha hecho nada ilegal… más o menos. Con la información que tengo sobre Julius y ARCO, será suficiente para que nos devuelvan a Trix, en especial una vez que mi hermana deje de ser una carta sobre la mesa. Además, fue Trix quien se presentó voluntaria para hacer esto. Quería ayudar.

Kyra vació el aire de sus pulmones y le pegó un puñetazo a X en el hombro.

—La próxima vez, me lo cuentas antes.

X sonrió apenas. Era lo más parecido a un perdón que recibiría.

Ambos se alejaron hacia el extremo norte de la nave, tras las huellas difusas de los niños. El eco de sus pasos apenas se había disipado cuando una voz retumbó a sus espaldas y rompió el silencio.

—¡Freeman!

Julius apareció de nuevo en la entrada, empapado en furia. Sujetaba a Trix por una de sus muñecas esposadas, arrastrándola con torpeza. La detenida mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Vestía ropa muy similar a la de Pleya.

Los soldados de ARCO emergieron tras él como una sombra multiplicada, armados, sin el menor asomo de confusión. Maia compartía parte de la furia que encendía los ojos del comandante. Cuando cruzó la mirada con X, él supo que la amistad que habían mantenido hasta ese momento acababa de desaparecer. Aquel beso inesperado en el bar marcó el comienzo del adiós; esta maniobra de X, el punto final.

—¿Dónde está? —rugió Julius al detenerse—. ¡No juegues conmigo, Freeman!

X no respondió. Dio un paso hacia atrás, los ojos fijos en el comandante.

Kyra se adelantó sin avisar. Se colocó entre ambos, de cara a Julius, el pecho firme, la voz tensa.

—Déjalo estar, Julius. Las muertes han terminado. Es lo único que importa.

Julius frunció el ceño. El desconcierto asomó bajo la furia. La sombra que siempre había caminado a su lado ahora lo desafiaba sin vacilar.

Kyra no apartó los ojos. No tembló. No reculó. Los soldados de ARCO esperaban una orden, armas alzadas. Julius la observó, inmóvil. Durante un segundo, algo en sus ojos titubeó. Una sola palabra, Kyra caería y dejaría paso libre hacia X. Pero no la pronunció.

X lo entendió al instante.

Se giró hacia Trix, que lo observaba con una mezcla de alivio, temor y orgullo contenido.

—Gracias —le dijo X, con una calma que le nacía del fondo del pecho—. Lo hiciste perfecto.

Luego contempló a Kyra. Había algo en su expresión que no necesitaba palabras: respeto, gratitud… y una promesa tácita.

—Gracias a ti también.

Y corrió hacia el extremo de la nave, sin mirar atrás. Los cañones de ARCO lo siguieron en silencio, pero cuando uno de los soldados rozó el gatillo, Julius alzó una mano, seco.

—No.

X desapareció de la nave, dispuesto a llegar a su hermana y cerrar ese capítulo de una vez por todas.

◗ 22:48

X cruzó el umbral con paso seguro, cargando sobre el hombro el cuerpo inconsciente de su hermana. Frente a él se alzaba la casa de Fumiko Watanabe. El lugar parecía detenido en otro siglo: madera oscura, tejados curvos, un jardín de grava peinada y linternas de piedra que evocaban el hogar de un antiguo samurái. No había rastro de la urbe colapsada más allá de esos muros.

A pesar de que toda la ciudad estaba detrás de ellos dos, habían conseguido escapar con éxito con la ayuda de los niños de Agartha a través de los túneles que usaban. También le hablaron de la entrada secreta que tenía la residencia privada de la líder de los Inarizoku.

Ese acceso era un vestigio olvidado, una de esas rarezas que solo los que se arrastraban por las entrañas de Atlas conocían. Décadas atrás, durante la construcción del jardín, los ingenieros abrieron un túnel subterráneo para canalizar las corrientes que mantenían el estanque en movimiento constante. Cuando la obra terminó, el pasaje debía sellarse, pero alguien decidió dejarlo intacto, convertido en una vía de mantenimiento que, con el tiempo, cayó en el olvido. En la actualidad, oculto entre raíces y tuberías, seguía respirando bajo la superficie.

X avanzó despacio, procurando que sus pasos no dejaran huella sobre la grava peinada. El viento apenas movía las ramas del ciruelo, ni un solo sonido humano rompía el silencio. Demasiada calma para un lugar donde cualquier intruso debería estar muerto antes de dar tres pasos.

Deslizó la puerta corrediza y caminó por un pasillo que olía a incienso y tatami recién renovado. La casa estaba vacía, muda, como si sus ocupantes hubiesen desaparecido de golpe. Llegó a una sala amplia, donde las paredes deslizantes daban paso a un dormitorio y un estudio.

Todo ocurrió a la vez. Las puertas laterales se abrieron con un

golpe seco y diez figuras vestidas de negro irrumpieron hasta cerrarle todas las salidas. Lo rodearon en segundos, alzando katanas, lanzas eléctricas y pistolas cortas con el mismo gesto preciso de quien ya ha ensayado la emboscada cien veces.

X se detuvo. Sostuvo el cuerpo de Pleya con firmeza, pero no dio un solo paso más. El silencio volvió a reinar, ahora cargado de amenaza.

Fue entonces cuando la puerta principal se deslizó con un susurro. En el umbral apareció Fumiko Watanabe envuelta en un kimono oscuro, los ojos entrecerrados en un gesto imposible de descifrar. Al ver a X con un cuerpo sobre el hombro, su serenidad habitual se quebró apenas un instante y dejó asomar la sorpresa. Estaba claro que no se esperaba esa visita.

—Freeman, tienes que tener los huevos muy cuadrados para presentarte en mi casa de esta forma. En especial cargando con lo que supongo que es tu hermana.

X sostuvo su mirada. Sabía que con un mínimo gesto de esa mujer, la vida de Pleya y la suya se extinguirían.

—Tantos años en Atlas parece que te han llevado a la locura. ¿Acaso has venido para que la mate?

La respuesta de X fue seca y cortante, casi tanto como la katana que seguía sobre su cuello.

—Sí.

La líder de los Inarizoku alzó una ceja e hizo un aspaviento con la mano. Igual de rápido que habían surgido, los diez soldados desaparecieron entre los paneles de las paredes. X se quedó a solas con Fumiko. Se puso de rodillas sobre el suelo de tatami y depositó el cuerpo inconsciente con cuidado.

—¿Has dicho que quieres que la mate?

La duda en la voz de Fumiko parecía impropia en ella.

—Sí —dijo X—. O más bien, quiero que finjas como que lo has hecho.

La expresión de la mujer se relajó, finalmente entendiendo de qué iba todo aquello. Se sentó de rodillas frente a X y pareció sumirse en una profunda reflexión. X no la interrumpió.

—Entiendo que quieres saldar la deuda que arrastro desde que

llegaste a este país.

X asintió en un movimiento pausado. Ese favor se lo ganó cuando descubrió que Fumiko estaba detrás de los ataques del Blackout —ese virus que arrebataba el control de uno mismo—, todo con el simple objetivo de medir las tensiones entre clanes y calcular cuán cerca estaba la próxima guerra entre organizaciones. X juró no hacerlo público, y a cambio endeudó a una de las personas más poderosas del país.

—Qué conveniente —añadió Fumiko, con una sorna que parecía más propia de Kyra que de ella.

Aquel día había sido demasiado largo para seguirle el sarcasmo, así que X habló sin rodeos.

—No la matarás, pero sí anunciarás que lo hiciste. Así terminará todo. Ella asumirá la culpa por los crímenes que desataron el caos: filtraciones, asesinatos, incluso la muerte de Milo y su familia, al igual que los asesinatos de Kyra. Nadie más tendrá que morir por su causa.

X sabía que era un parche, un acto desesperado, pero el único viable por ahora. La verdad acabaría saliendo. Solo esperaba estar preparado para entonces.

Antes de hablar, Fumiko clavó la mirada en el cuerpo inconsciente frente a ella. No hizo ningún gesto, pero el leve endurecimiento de su mandíbula y el modo en que apoyó los dedos sobre su regazo bastaron para que el aire en la sala se templara. Cuando finalmente respiró, lo hizo despacio, como quien contiene algo que preferiría dejar escapar.

—¿Todo quedará cerrado? ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo? Anoche tu hermana asesinó a Kenji Tanabe, ni siquiera han pasado veinticuatro horas de su muerte.

Los músculos de X se relajaron un poco más. Tenía miedo de que Fumiko supiera que la verdadera autoría de esa muerte correspondía a Kyra, o que al menos lo sospechara. Pero no parecía ser el caso.

—Lo que me pides no solo es excesivo, es una falta de respeto. Quieres que no mate a la responsable de la muerte de alguien muy importante para mi organización. Y encima, que la proteja.

—No sería protegerla. Quiero que me ayudes a encerrarla en un

lugar alejado de los clanes, del gobierno de Atlas y de la RES. Pero tanto por mi bien como por el del resto de los habitantes de este país, no pretendo que mi hermana vuelva a ver la libertad. Debe pagar por sus crímenes.

Fumiko permanecía sentada de rodillas frente a X, rígida sobre el tatami. No levantaba la mirada del cuerpo de Pleya, y sin embargo, cada músculo de su rostro delataba que deliberaba. Las manos, firmes sobre el regazo, se aferraban al tejido de su kimono como si en ese gesto se resolviera la tensión que la atravesaba.

X no podía leerle la mente, solo intuir el dilema: aceptar significaba arrastrar al clan a un compromiso peligroso; al negarse, se arriesgaba a perder la confianza de un hombre al que no convenía tener como enemigo, además de la falta de integridad al negar la deuda que debía saldar. En esa quietud había más ruido que en cualquier palabra.

Fumiko exhaló lentamente, y ese aliento pareció arrastrar el peso invisible de todas las consecuencias. El leve crujido de sus nudillos al aflojar los puños resonó en la sala como una grieta contenida. Cuando alzó la vista, sus ojos mantenían el mismo velo impenetrable, pero el descenso de los hombros y un parpadeo revelaron que tenía una decisión.

X no necesitó escucharla para saber cuál era, por eso tomó la primera palabra. No quería jugar esa carta, pero era la única opción que le quedaba.

—Además, mi hermana es igual de culpable de la muerte de Kenji Tanabe que un integrante de tu clan.

La tensión inicial de Fumiko se deshizo en un matiz inesperado: sus facciones, antes rígidas y contenidas, se abrieron a una expresión de asombro que apenas supo ocultar, como si las palabras de X hubiesen roto un muro íntimo. Los ojos, antes velados por la duda, brillaban con un destello de interés genuino, curioso e inquisitivo, un contraste nítido con la rigidez con la que había recibido a Pleya. Esa transición —del peso sofocante de la obligación a la chispa súbita de la intriga— transformaba su presencia en algo más cercano, aunque igual de enigmático.

—Supongo que estás en el proceso de llevar una investigación al

respecto. A fin de cuentas, ella le arrebató la vida al ejecutivo de tu clan en la cúspide de una torre de comunicación, a solas. Dada la tensión actual y lo alerta que debía de estar, era impensable que lo capturara en otro lugar y luego lo matara ahí. Kenji Tanabe tuvo que ir a ese lugar sin ninguna protección por iniciativa propia. Pero ¿por qué?

Esa simple pregunta llenó el silencio de la sala de tatami. Después de tantas interacciones, X comenzaba a ser capaz de interpretar el misterio que siempre rodeaba a las expresiones de Fumiko. En esa ocasión fue muy obvio. Se consumía por conocer la respuesta a la pregunta que la había perseguido desde que se confirmó la muerte de su subordinado.

X terminó la espera.

—Yudai Sato.

Si Fumiko estaba sorprendida, no lo mostró. Esperó a que X desarrollara su contestación.

—Hace tres años te hablé de la Unidad Lázaro. Ahora puedo confirmarte que es un operativo secreto de ARCO: un grupo de agentes infiltrados en los clanes desde hace años. Actualmente solo conozco a dos. Uno era miembro de los Shiz, pero murió hace tiempo. El otro es Yudai Sato… y, por su posición en tu clan, imagino que ya sospechabas algo.

Sabía que contar esa información era un riesgo para Kyra. Aunque ya no estuviera en las Valquirias, sus acciones eran imperdonables en ese país. Si en algún momento la verdad salía a la luz, solo pasarían unas horas hasta que muriese. Pero X confiaba en que Yudai mantendría su silencio, sin inculpar a nadie más de la unidad o revelar que a quien había asistido era a Kyra, no a Pleya.

—Tu suposición es correcta. Si Yudai está a mi lado es porque sabía que no estaba limpio. Yo seleccionaba cuidadosamente la información que conocía. Pero siempre supuse que era otro clan quien le había comprado, no ARCO. Ni mucho menos que tuviese pretensiones tan ambiciosas.

Durante unos segundos, Fumiko dejó que aflorara la decepción que debía de estar sintiendo por sí misma. En parte, la muerte del ejecutivo también era culpa suya, pues había subestimado a alguien

que ya sabía que era un virus dentro de su clan.

—Está bien —dijo de repente, con una nueva claridad en su mirada—. Acepto tu proposición. Con Yudai Sato, tendré una forma de mostrar firmeza por lo ocurrido, y para los integrantes de mi clan y el resto de Atlas, la muerte de tu hermana servirá para saciar la sed de venganza que ahora corroe al país.

»Ahora tengo curiosidad de conocer algo. Aunque tú no te vayas a manchar las manos de sangre, al darme esta información estás matando a Yudai Sato. ¿Acaso ya te has dado cuenta de lo complicado que es mantener ese principio tuyo de no matar en este mundo en el que vivimos?

—Cada vez lo tengo menos claro.

X observó el rostro de Pleya sobre el tatami, dormido y sereno. Pensó en la promesa que se hizo años atrás, la noche en que mató por primera vez. Lo hizo por su hermana. Por su madre. Y aun así, al hacerlo, no sintió justicia ni paz. Aquel hombre merecía vivir el resto de su existencia en una celda olvidada, no el escape fácil que le dio su muerte. Desde entonces evitaba matar, no por compasión, sino porque entendió que a veces la vida pesa más que la muerte.

—Quizás es como la ideología que tiene la RES —continuó X—. Es muy bonita sobre el papel, pero irreal debido al mundo violento y cruel en el que vivimos. De todas formas, yo nunca dije que no mataría, sino que siempre he encontrado otras soluciones. Pero ahora… o bien cada vez tengo menos creatividad, o mi vida se ha complicado tanto que ya hay situaciones en las que la muerte se vuelve ineludible.

Fumiko asintió. Desde que había aceptado la proposición de X, se la notaba más relajada, como si ya solo ultimasen los preparativos.

—Y mi duda final: ¿cómo evitarás que Bruno Greco lidere una guerra contra los Shiz por la muerte de su hijo?

X alzó la cabeza de golpe, con una sombra de incredulidad atravesándole la mirada.

—¿Qué…? ¿Cómo sabes…?

X suponía que era solo una suposición suya, y con esas palabras acababa de confirmarla, pero la pregunta le había pillado completamente desprevenido.

—He visto imágenes de cómo murió Milo Greco, su mujer embarazada y su hijo de dos años. Solo conozco a una persona en este mundo capaz de hacer una barbaridad así. Y tu hermana, por mucho que nos haya jodido a todos, no es esa persona.

La grabación de cómo Mad Dog mutiló a la familia de Milo apareció en la mente de X. La imagen se le quedó grabada, un bucle eterno de aquella masacre.

Finalmente, suspiró. El aire se le escapó de los labios con el peso de algo que llevaba demasiado tiempo conteniéndose, como si cada palabra silenciada hubiese estado aguardando ese instante para escapar.

—También me encargaré de arreglar eso, no debes preocuparte. Solo asegúrate de mostrarle al mundo que has eliminado a la responsable del caos de esta última semana y encuentra un lugar donde mantenerla encerrada, lejos de todos. Yo me ocuparé de atar los últimos cabos sueltos. Es hora de dejar esto atrás.

24 DE JUNIO, 2067

◗ 10:05

La noticia de la muerte de la espía de la RES —la hermana de X Freeman, la mujer que había puesto en jaque a una nación entera en cuestión de días— provocó una conmoción considerable. Para muchos, fue el cierre simbólico de una etapa que ansiaban dejar atrás. Para otros, como la presidenta Vera Voss, una oportunidad de anotarse un tanto. Transformó aquel episodio en una victoria propagandística: la prueba de que habían derrotado, una vez más, al enemigo histórico. Y lo peor era que la estrategia estaba funcionando.

Los clanes tenían sentimientos encontrados. En general, la intranquilidad se disipó, aunque muchos estaban descontentos con el resultado final. Tanto los Santinos como las Valquirias habrían preferido encargarse ellos mismos de la ejecución, pero no pusieron objeciones a que fuese Fumiko quien llevase a cabo la sentencia. En especial gracias a las grabaciones que había difundido sobre la ejecución de su hermana. Incluso X, que sabía que Pleya seguía con vida, había dudado de que se tratase de imágenes verídicas.

Quien no parecía conforme era Bruno Greco. Aunque la presunta asesina de su hijo y su familia hubiera muerto, eso no bastaba: no era la clase de venganza que él necesitaba. X sabía que era el

eslabón más volátil de toda la cadena que había construido para cerrar aquel conflicto. Aun así, parecía que por ahora resistiría lo suficiente como para retener su rabia.

X rozó con los dedos la cicatriz que le cruzaba la frente, una línea áspera que todavía ardía. Atravesó la entrada principal del edificio de los Shiz sin que nadie se molestara en detenerlo. No hacía falta: las cámaras ya lo habían escaneado diez veces antes de llegar al vestíbulo. Aun así, dos guardias con más cromo que carne lo escoltaron por un pasillo tan saturado de luces que parecía una galería de neón en plena resaca.

El interior de la base era un monumento al exceso. Los muros, revestidos de pantallas holográficas, mostraban símbolos chinos refulgentes que se entrelazaban con anuncios de alcohol, armas y placer sintético.

A ambos lados, los miembros del clan exhibían su poder como si desfilaran en una pasarela de excesos: pieles tatuadas con luz, implantes que palpitaban al ritmo de la música, prótesis cromadas que brillaban sin función aparente. Algunos parpadeaban con ojos que mutaban de color; otros mostraban manos transparentes que dejaban ver el flujo interno de sangre. Parecían diseñados más para un desfile que para una pelea. Mientras avanzaba, el aire olía a incienso barato y a ozono, una mezcla dulzona que irritaba los sentidos. Los pasos de X resonaban sobre un suelo negro tan pulido que devolvía su reflejo deformado, rodeado de hombres y mujeres que lo observaban con una mezcla de curiosidad y desdén.

Cuando las puertas del despacho se abrieron, el ruido exterior se desvaneció de golpe. La sala era otra cosa. Amplia, silenciosa, dominada por una pared de cristal tras la que caía una cortina de agua artificial. En el centro, un escritorio bajo, lacado en rojo, y tras él, Meilin Jindao.

Su presencia bastaba para explicar el equilibrio del clan: la belleza y el peligro coexistiendo con precisión. Llevaba un qipao negro de cuello alto que brillaba con un patrón digital, y su rostro, casi intacto por el ciberware, mantenía una serenidad inquietante. Solo un detalle rompía esa armonía: una línea de luz azul recorría su cuello y se desvanecía bajo la piel. Cuando levantó la vista hacia él,

X sintió que la calma de la habitación era solo una trampa bien calculada.

Junto a Meilin, de pie y con las manos cruzadas a la espalda, había un hombre alto, de piel clara y cabello perfectamente peinado hacia atrás. Su traje negro parecía recién planchado, y el brillo metálico que asomaba bajo el cuello del abrigo delataba un implante cervical de alto nivel.

Dorian Lasker.

X se detuvo frente a él, ignorando deliberadamente a la líder.

—Gracias por ayudarme a filtrar la información falsa de que yo asesiné a Milo.

Dorian Lasker le devolvió un suave asentimiento de cabeza.

—Cuando me contaste lo que querías hacer, no tuve dudas: pensé que buscabas tu propio suicidio. Jugar con Bruno Greco deja poco margen para el error. Pero está claro que sabías lo que hacías.

—Ya ha quedado todo solucionado —dijo X con la mirada todavía fija en Dorian—. Ahora que ya se ha demostrado que la información que mostraste era solo circunstancial y estaba manipulada, se han publicado las verdaderas imágenes del asesinato de la familia de Milo y la perpetradora está muerta, todos están más o menos satisfechos.

—¿Por qué ha hecho esto, señor Freeman? —La voz de la líder de los Shiz sonó imperativa, firme y limpia, como una orden que no admitía réplica. No había emociones en su rostro, solo una calma estudiada, y en esa quietud se percibía la práctica de quien está acostumbrada a que todos respondan.

—Para evitar una guerra —dijo X con sencillez—. Al culpar a mi hermana, y estando ella muerta, la balanza queda equilibrada. Su hijo, nuera y nieto serán vengados, al menos en apariencia. Y con ella muerta, no hay juicio posible, ni defensa. Solo un cierre ficticio que impide más derramamiento de sangre. Los muertos no pueden contradecir los relatos que se construyen sobre ellos.

Meilin le sostuvo la mirada sin parpadear, como si esperara que el silencio hiciera flaquear a X antes de pronunciar una sola palabra. Él se mantuvo firme, sin mover ni un músculo.

El aire entre ambos era denso, cargado de algo más que palabras

no dichas. X no pudo evitar compararla con Fumiko. Su porte imitaba la serenidad de la japonesa, pero sin su hondura. Nada en Meilin era ostentoso, pero todo parecía calculado. No imponía respeto, solo esa incomodidad que provoca quien confunde poder con su escenificación.

—¿Va a permitirlo? —La pregunta, tan directa, sorprendió a X, pero esperó a que la desarrollara—. Hemos analizado el NED de nuestro hombre. En algún momento, la espía de la RES lo hackeó. Fue así como pudo enviar un mensaje haciéndose pasar por mí, ordenando que asesinara a Milo Greco y a su familia con total libertad de métodos. Además, debía dejar la marca de nuestro clan en la escena del crimen.

»He visto las imágenes. En la escena no hay rastro de nuestro emblema, y tengo claro que nuestro hombre no imitó la firma de XE en la frente de las tres víctimas. Fue usted, ¿verdad? Limpió la escena del crimen antes de que llegara nadie, al igual que se ha encargado de jugar con Bruno Greco para convencerle de que nosotros no hemos tenido nada que ver.

X se mantuvo serio, con los hombros relajados y la mirada fija, sin necesidad de levantar la voz ni cambiar el gesto. Había una autoridad silenciosa en su postura, una calma que obligaba a los demás a medir sus movimientos y a escoger con cuidado cada palabra.

—Así que, se lo vuelvo a preguntar. ¿Realmente va a permitirlo? ¿Va a proteger a quien asesinó a su amigo?

X soltó el aire de golpe, como si acabara de oír la mayor estupidez del mundo.

—Señora Jindao, no se confunda: no protejo a ese psicópata. Y créame cuando le digo que, tarde o temprano, su hombre responderá por lo que ha hecho. Igual que lo hará usted. Igual que lo hará El Director.

La frase cayó como un golpe seco. Meilin sostuvo la mirada de X un segundo de más; su calma se agrietó apenas y la mandíbula se tensó antes de recomponer el gesto. Dorian, aún con su máscara de cortesía, guardó un silencio que pesó como advertencia. Luego, sin ruido, Meilin sonrió: estrecha, calculada, como quien ya ha previsto

el error ajeno. Cruzaron una mirada breve, afilada, cargada de tensión, sorpresa y ese interés frío de quienes esperan el próximo movimiento del rival.

—Es obvia la relación que tiene El Director con su organización —continuó X, con la mirada todavía clavada en Meilin—. Ya tengo claro que fue usted quien ordenó mi muerto tras mi llegada a Atlas, cuando hice demasiadas preguntas. Lo que la hace en parte culpable de la muerte de Cleo Rojas. Y en cuanto a ti, Dorian, tengo unas palabras para tu jefe.

Dorian lo observó en silencio, y por primera vez su sonrisa titubeó. El gesto seguro se le congeló un instante, apenas lo justo para que la incomodidad se asomara tras su fachada pulida. Bajó la mirada, como si necesitara medir sus próximas palabras, y se alisó la chaqueta con un movimiento mecánico. En sus ojos había un brillo nuevo: el de alguien que empezaba a comprender que el hombre frente a él ya no era una pieza en el tablero… sino la amenaza que se avecinaba por el horizonte.

—No quiero que El Director crea que lo he olvidado. Hace tres años, que yo supiera el nombre de Dorian Lasker era un riesgo para él. Una grieta en su control. Desde entonces se ha ocupado meticulosamente de convertir ese nombre en algo irrelevante. Te borró sin borrarte, como hace siempre: te dejó existir, pero vacío de peso, de amenaza, de memoria. Hoy puedes presentarte ante los líderes de los clanes y ante la presidenta sin que nadie pestañee.

»Pero tu jefe no es el único haciendo algo así. Yo no he incumplido nuestro trato. No he vuelto a investigar sobre él, y no tengo intención de hacerlo. Aun así, hay algo que sí puedo prometer: llegará el día en que pague por lo que le hizo a Cleo.

15 DE JULIO, 2067

◗ 17:30

X salió del coche y se quedó inmóvil, dejando que la humedad de la vegetación espesa lo envolviera. Tres semanas. ¿Tan poco hacía desde el caos? Desde las muertes, los titulares, las protestas en las calles…

A juzgar por las elecciones de la noche anterior, para Atlas era tiempo suficiente.

Vera Voss había ganado. Otra vez. Cinco años más en el poder.

Aquel resultado no era solo un reflejo de los votos, sino del olvido selectivo de un país entero. X lo sabía bien, porque había sido parte de ese proceso, aunque le repugnara. La presidenta había jugado con maestría su carta: unidad contra el enemigo. Y cuando quedó demostrado que la RES estaba detrás de los ataques, la corrupción pasó a segundo plano.

La narrativa era simple. Ellos —los comunistas— eran el verdadero enemigo.

El recuento había sido tenso hasta el final. Aun así, Vera se impuso a Elías Rivas. Eso simbolizaba claramente el sentimiento de los ciudadanos: los clanes eran un mal menor.

Los líderes y ejecutivos de las organizaciones que realmente movían los hilos del país se mostraban satisfechos. X, no tanto. Que

Vera Voss hubiese derrotado a Elías Rivas pese a los escándalos filtrados no era una victoria, sino una señal: los clanes se encontraban más alto que nunca. En el transcurso de los últimos eventos habían logrado arrancarle aún más control al Estado. Pero no entendían que, al hacerlo, le despejaban el camino a Rivas. Ese hombre no tardaría en usar la confabulación entre gobierno y crimen organizado como excusa para proponer un nuevo modelo político. Uno en el que los responsables del ochenta por ciento de los delitos del país no dirigiesen la nación.

X era uno de los pocos entre sus amistades que prefería a Elías Rivas en el poder. Aunque ese hombre tenía algo que le chirriaba. Aún no lograba identificar el qué.

Cerró la puerta tras de sí y el silencio de la casa lo embargó. El aire olía igual que en su primera vez allí, humedad vieja, madera podrida y polvo acumulado en los años de abandono. Las ventanas seguían cubiertas por tablones y el viento silbaba entre las rendijas, trayendo el eco apagado del bosque. Todo en aquel lugar parecía muerto… salvo lo que ocultaba en su interior.

Fumiko le había dicho esa mañana que ya estaba listo. No había preguntado más. No hacía falta.

Cruzó el salón en penumbra, esquivando los muebles cubiertos con sábanas amarillentas, y llegó al punto exacto donde el suelo crujía de manera distinta. Apretó una secuencia en su NED y la trampilla que había descubierto años atrás —cuando visitó esa residencia abandonada de Victor Ardan con Kyra— se abrió con un leve suspiro hidráulico. El aire que subió desde abajo era frío, demasiado puro para pertenecer a una casa en ruinas.

Descendió despacio. A cada peldaño, el olor a moho se disolvía, reemplazado por un aroma metálico y estéril. Al llegar al fondo, el cambio fue absoluto. Las paredes lisas reflejaban la luz blanca que emanaba del techo; los suelos de acero pulido vibraban levemente con la energía que recorría los conductos. Lo que antes fue el sótano de Victor Ardan se había transformado en una pequeña instalación clandestina de criogenización.

Ni siquiera Kyra conocía el nuevo propósito de aquel lugar. X no podía permitirse ese riesgo. Si llegaba a saberlo, podría atar cabos y

sospechar de un posible acuerdo con Fumiko… lo que la llevaría a pensar que fue él quien entregó a Yudai Sato, muerto dos semanas atrás.

Fumiko tenía razón, la sangre ya le manchaba las manos. Podía seguir mintiéndose, repitiéndose que no había alternativa, que todo era una consecuencia inevitable de salvar más vidas, las de su familia. Pero eso no cambiaba la realidad: había sentenciado a muerte a una persona. Era igual de culpable de la muerte de Yudai Sato que el drifter de los Inarizoku que la había llevado a cabo.

X observó la cabina que tenía delante, encajada en la abertura de una esquina, como si alguien hubiera querido ocultarla sin demasiado empeño. Era una cápsula de criogenización de modelo reciente, conectada al sistema central por una maraña de cables que vibraban con una corriente tenue. Los indicadores de estado parpadeaban en ámbar, en espera, como un corazón que aún no ha decidido si latir.

A través del cristal ligeramente empañado, podía distinguir a Pleya, desnuda, reclinada en posición diagonal dentro de la cámara. No parecía inconsciente, solo dormida, envuelta en un resplandor azulado que acentuaba el contraste entre su piel oscura y el metal frío que la rodeaba. El aire dentro del cilindro se movía apenas, con el sonido sordo del sistema de soporte vital respirando por ella.

X se acercó sin hacer ruido. No supo si le inquietaba más la quietud de la escena o la naturalidad con la que ella descansaba dentro, como si aquel lugar —una máquina diseñada para borrar el presente— fuese lo más parecido a un refugio que había tenido nunca. Por un instante, pensó que no dormía, sino que esperaba.

Cansado de observar esa imagen, como si Pleya descansase en paz absoluta tras todo lo que había hecho, golpeó el cristal con los nudillos.

La mujer en su interior tardó unos segundos en abrir los ojos. Fumiko le había explicado que los preparativos para sumirla en un estado de criogenización estaban listos, pero que aún seguía consciente, a la espera de que fuera él quien empezara el proceso.

—Vaya, ya pensaba que me iban a congelar sin que te despidieras de mí.

Pleya mostraba una sonrisa cínica. Quedaba claro que ya había aceptado cuál sería su destino y no parecía que le importara mucho.

—No, al menos te quería ver una última vez.

X tampoco sabía por qué se encontraba allí. No tenía nada concreto que decirle. No habían cruzado una sola palabra desde que la dejó inconsciente frente al escuadrón de ARCO.

Pleya observó a su alrededor: la cápsula en la que yacía, la sala que antes había sido un centro de braindiving diseñado por Victor Ardan.

—He escuchado lo que has hecho. El teatro que has montado culpándome de todas las muertes. Te has tomado muchas molestias para tenerme aquí, para no matarme. Si me hubieras cortado el cuello con una de las katanas de tu novia, habría sido más rápido y con el mismo resultado.

—Es mi mujer. Tú misma te encargaste de gritarlo al mundo. Y, al igual que tú no fuiste capaz de dejarme morir, yo tampoco puedo dejar que mueras. Por mucho que nos pese, sigues siendo mi hermana.

La mirada desafiante desapareció del rostro de Pleya y, en su lugar, quedó solo un rastro marcado de ira contenida.

—Crees que has ganado, pero si de verdad piensas eso, eres un iluso. Lo único que has hecho es contener una avalancha tras una presa. Tarde o temprano habrá una grieta, y cuando eso pase, toda la mierda que has enterrado saldrá a la superficie… y arrasará con lo que tanto te has esforzado en construir.

»Kyra es la verdadera asesina del ejecutivo Santino, del Inarizoku y de la Valquiria. Has traicionado esos principios que siempre has abanderado como infranqueables. Usaste a Fumiko Watanabe, engañaste a Dalia Rojas y ahora las Valquirias tienen motivos de sobra para querer acabar con una de las suyas.

»El verdadero asesino de Milo Greco y su familia fue el psicópata ese de los Shiz. Lo sabes perfectamente. No solo has ayudado a los Shiz a encubrirlo, también llegaste a marcar los cadáveres de Milo Greco, Martina Lavolpe y Siro Greco. He visto las imágenes de los cuerpos. Grabaste mi firma de XE en ellos. X, tallaste la frente de un niño de dos años.

»Tus mentiras no se quedan en el exterior, también en la familia que dices proteger. Al principio no entendí por qué la líder de los Inarizoku te ayudaba. Es posible que tuviese algún tipo de deuda contigo, pero debía de haber algo más. Entonces fue cuando me enteré de la muerte de Yudai Sato y lo entendí. Tú se lo entregaste a Fumiko Watanabe. Tú has sacrificado al amigo de Kyra con tal de protegerme a mí, la culpable de todos tus problemas.

»Y esa es la última mentira. A diferencia de lo que has logrado hacer creer tanto en Atlas como en la RES… yo sigo viva. Y tú lo estás encubriendo. Para colmo, la situación política y entre los clanes está al límite.

»Con esta imagen que te he dibujado, hermanito, dime: ¿cuánto piensas que esto aguantará? Y, sobre todo, ¿cuánto tiempo más piensas que serás capaz de ocultar tu verdadera identidad antes de que se descubra y todos te quieran muerto?

X se conectó a la cápsula de criogenización y ejecutó paso a paso las instrucciones que Fumiko le había enviado. Al terminar, el sistema se activó: en el cristal interior de la cabina apareció una cuenta regresiva de treinta segundos. Ya no había vuelta atrás.

Pleya tenía razón, no había exageración alguna en su advertencia. La situación era tan extrema como la había descrito. Cuando el contador descendió hasta un solo dígito y el silencio se volvió insoportable, X habló.

—Esto durará mientras yo pueda garantizar que nada se salga de control. Y pretendo que sea mucho tiempo. En cuanto a mi identidad… no te preocupes, hermana. Para cuando se descubra, ya nadie podrá hacer nada al respecto.

◗ 20:29

La casa desprendía aroma a pan tostado y especias dulces. No era una cena especial, pero lo parecía. Después de tanta muerte, fuego y traición; tras ver caer a su mejor amigo, enfrentarse a un pasado que lo desfiguró por dentro y sobrevivir a una verdad que habría quebrado a cualquiera, aquella calma se sentía irreal. Un respiro robado. Un lujo que la ciudad rara vez concedía.

El apartamento estaba iluminado solo por la luz anaranjada que entraba desde los ventanales de Sentrum. Afuera, Atlas rugía con su ruido eterno: motores, sirenas, pantallas. Dentro, en cambio, reinaba un sosiego casi imposible.

Lluna dormitaba junto al sofá, con las patas estiradas y la cabeza apoyada en una manta. De vez en cuando levantaba una oreja, como si no terminara de fiarse de tanto silencio. X se sirvió un poco más de vino. Kyra le sonrió desde el otro extremo de la mesa, con una serenidad que él no conocía hasta entonces. Ya no era la Valquiria que había sido, sino alguien más auténtica, más suya. La ciudad había intentado triturarla y, aun así, seguía en pie, sin una sola grieta a la vista.

—¿Y bien? —dijo Trix, mirando los dos vasos levantados frente a ella—. ¿Vamos a brindar o vais a seguir con esas miraditas vuestras?

Kyra soltó una risa leve.

—Por poder estar los tres aquí —dijo, levantando su copa de agua—. Por todo lo que creímos que no iba a arreglarse… y se arregló.

X la miró un segundo antes de alzar la suya.

—Porque, al final, seguimos siendo una familia.

Trix asintió, mordiéndose una sonrisa.

—Brindemos por eso entonces. Por seguir vivos, por seguir juntos… y por no haber volado nada esta vez.

Las copas chocaron con un tintineo breve y cristalino, más

elocuente que cualquier palabra. Rieron. Y X, abrumado por aquella calma inesperada, apartó la mirada: no recordaba la última vez que se sintió así. El peso habitual en su espalda, ese que nunca terminaba de irse, por primera vez se sentía liviano. Como si, por unas horas, no cargara con un mundo entero.

En la mesa quedaban los restos de la cena: algo que pretendía ser pasta, pan horneado por Kyra y una tarta que Trix había comprado a última hora en una pastelería de Chinatown. Sobre todo, quedaban las marcas de tres personas que, tras muchos años, no necesitaban huir ni mirar por encima del hombro.

Kyra posó la mano sobre la de X, y él la sostuvo en silencio. Su otra mano se deslizó, casi sin darse cuenta, hasta el vientre. Aún no se notaba, pero el gesto bastó para que Trix sonriera, con una calidez nueva en los ojos. En su expresión había algo más que alegría: un destello de certeza, como si por fin intuyera un camino que no pasara por las sombras. Kyra, por su parte, acarició el vientre con la torpeza de quien empieza a imaginar una vida distinta, no para ella, sino para alguien que aún no existe.

X las miró a ambas, y por primera vez en mucho tiempo no pensó en los muertos, ni en la sangre, ni en las deudas que aún latían en la ciudad. Solo en eso: tres personas vivas, una mesa caliente y el rumor de una ciudad que, por una noche, parecía demasiado lejana para alcanzarlos.

El momento era casi perfecto. Tan perfecto que dolía. Y fue en ese hueco de calma donde apareció la grieta. La imagen de Pleya irrumpió en su mente como una sombra que nunca terminaba de marcharse, seguida de su voz, clara como una amenaza latente:

«¿Cuánto piensas que esto aguantará?».

X bajó la mirada y se quedó observando el plato, como si allí pudiera hallar la calma que se le escurría entre los dedos. Pero no apareció. En su lugar solo quedó ese peso conocido: la inquietud que siempre regresaba, la certeza de que todo lo que tocaba acababa rompiéndose. El miedo sordo de no saber cuándo esa paz —tan nueva, tan improbable— se desmoronaría.

Cuando X alzó la vista, se encontró con las miradas fijas de Kyra y Trix. Su expresión seria había quebrado el clima distendido y

celebrador que reinaba en la casa.

X fue a hablar, pero tenía la garganta demasiado seca para hacerlo. Bebió de su copa y se limpió el sudor frío que le caía por un lado de la cabeza. Cada momento que seguía callado, la preocupación en el rostro de Kyra y Trix aumentaba.

—He sido un hipócrita con las dos —dijo al fin, sin éxito en disimular el gesto—. Os he culpado a ambas por ocultar información o no ser del todo sinceras, cuando yo he sido el primero en hacer lo mismo.

Trix lo observaba con esa curiosidad inquisitiva que parecía un reflejo de X, mientras Kyra se había recostado en la silla y lo contemplaba con una calma serena.

—X Freeman no es mi verdadero nombre.

Kyra y Trix se miraron un instante, sin decir nada. La incredulidad se les mezcló con una decepción contenida, como si aguardaran una verdad que no había llegado.

—Ya sabemos que eres de la RES y que no tenías nombre propio —dijo Trix con cierta ingenuidad en los ojos.

—No me refiero a eso. Yo nací con otro nombre, porque yo nací en Atlas.

Esa vez sí, las dos se quedaron inmóviles, con los ojos muy abiertos y el aliento suspendido. Las palabras de X habían hecho que todo a su alrededor dejara de existir por un instante.

—Mi madre sí era europea, pero mi padre era de Atlas. Nací y viví aquí los primeros seis años de mi vida. Hasta que mi padre murió y, junto a mi hermana, nos mudamos al país de nuestra madre. La RES.

Tras digerir la información durante unos segundos, Kyra habló, con el rostro más tranquilo.

—A ver, es sorprendente. Pero tampoco es para tanto. En todo caso, es algo bueno, casi que justifica el hecho de que te hayas adaptado tan bien aquí. No deja de ser el lugar en el que viviste el inicio de tu vida.

—No es eso —dijo X cortante.

Tragó saliva y les contó cuál era su verdadera identidad. Cuál era el castigo que su padre le dio sin darse cuenta.

Al terminar, las dos mujeres miraron a X con la expresión de quien acaba de ver cómo una sola frase derrumba todo lo que creía conocer sobre alguien.

—Nadie puede saber esto —dijo Trix, cuando finalmente se recuperó del shock.

—Si alguien se entera… —empezó Kyra, entonces los ojos se le iluminaron—. ¿Por esto no has investigado sobre la muerte de Cleo Rojas en los últimos tres años? ¿El Director lo sabe?

X asintió con pesar.

—Así es. Me chantajea. Junto a vosotras, es el único que tiene conocimiento de ello.

—En ese caso, tienes razón. Nadie puede conocer tu verdadera identidad. Incluso si fuese solo como medida preventiva, todos en este país irían contra ti.

X guardó silencio unos segundos, con la mirada baja y los dedos entrelazados sobre la mesa. Luego alzó la vista. En sus ojos se mezclaba una determinación fría con algo más antiguo, una herida que aún latía bajo la piel. Cuando habló, lo hizo despacio, cada palabra medida, con un peso que parecía superar sus fuerzas.

—Es cierto, todavía no puedo mostrar quién soy de verdad. Pero ese es mi propósito aquí: crecer hasta ser intocable, tan grande que nadie pueda detenerme cuando llegue el momento. Todo lo que hago tiene un fin: primero, proteger a mi familia. Después, conquistar el único día que importa… Aquel en el que, por fin, pueda ser yo sin pedir permiso.

ANTES DE QUE TE VAYAS

¿Te atrapó *Lamentos de Xenón*? ¿Te rompió? ¿Te dejó pensando?

Entonces **tu opinión importa**.

Ayúdame a crecer como escritor. Envía una señal de humo para otros lectores perdidos entre algoritmos.

Te tomará menos de un minuto. Solo tienes que escanear el código QR o hacer clic aquí: kiannoren.com/review-lamentos-xenon



TODO SE RESQUEBRAJA

X ha construido su poder sobre un mosaico de verdades a medias.

Encubrió a Kyra por una cadena de asesinatos, marcó los cadáveres de Milo Greco, su pareja y su hijo con su propia firma para proteger a un psicópata de los Shiz, sacrificó a Yudai Sato para saldar una deuda con los Inarizoku… y ha ocultado al mundo que Pleya sigue viva.

Todo mientras mantiene enterrada su verdadera identidad: la que haría que Atlas entero lo viera como una amenaza.

La ciudad parece en calma, contenida tras una presa de mentiras. Pero la presión no deja de crecer. Y cuando aparezca la grieta —porque siempre aparece—, **todo lo que X ha enterrado saldrá a la superficie y arrasará con aquello que tanto le ha costado construir**.

Reserva ya *Espejismos de Carbono*, el cuarto volumen de *Los Diarios de Atlas*, y prepárate para el momento en que todo lo que parecía firme… empiece a caer.

X te está esperando.

Escanea el código QR o ve al enlace: kiannoren.com/espejismos-carbono

